

Edición dedicada a la mujer.

“

La mujer formada con una costilla de Adán es una alegoría, pueril en apariencia, si se la toma al pie de la letra, pero profunda en el sentido. Tiene por objeto mostrar que la mujer es de la misma naturaleza que el hombre y, en consecuencia, es su igual ante Dios, y no una criatura aparte, para ser esclavizada y tratada como paria. Salida de su propia carne, la idea de la igualdad es mucho más impresionante, que si hubiera sido formada separadamente con el mismo barro; esto es decir al hombre que ella es su igual, y no su esclava, a quien debe amar como parte de sí mismo.

”

(*La Génesis*, Cap. XII, ítem 11, IDE-Mensaje Fraternal)

Distribución gratuita



*Mensaje
Fraternal*

Anuario Espírita 2015

Año XXX - Primera Edición 20.000 ejemplares.

Órgano de la Editora Mensaje Fraternal.

Caracas - Venezuela.

Tels. 58 - 212 - 472 92 89 y 58 - 212 - 448 10 15

Celular 58 - 414 - 183 16 15

www.mensajefraternal.org.br

mensajefraternal@cantv.net

Para envío de artículos:

alipio_gonzalez_18@yahoo.com

alipio_gonzalez_18@hotmail.com

La composición e impresión de este libro se realizó en el
Instituto de Difusão Espírita, en el mes de abril de 2015

Av. Otto Barreto, nº 1067 - Caixa Postal 110

CEP 13602-970 - Araras, San Pablo, Brasil.

Tel. (55-19) 35 43 24 00 - Fax (55-19) 35 41 09 66

editorial@ideeditora.com.br

Anuario

Director – Alipio González Hernández

Secretaria – María Isabel Estéfano Rissi

Jefe de Redacción – Guillermo A. Arrioja (CNP 206)

Colaboradores en la revisión

Ana de Jesús Ríos de González – Antonio Boscán Leal

Blanca Flor González Medina – Cecilia Wong

Chelita Fontaina – Fernando Antonio Lora Gómez

Gipciro Zavala – Marina Navarro – Nelson Li Fo Sjoe

Ricardo Alberto Sandoval Barrios

Víctor Hugo Torres García – Vilma Piña Guzmán

Colaboradores

André Luiz de Andrade Ruiz

Antonio César Perri de Carvalho

Carlos Roberto Campetti – Fabián Lazzaro

Germán Téllez Espinosa – Joamar Zanolini Nazareth

José Eurípedes García – Juan Félix Algarín Carmona

Juan Miguel Fernández Muñoz – Leandro Martins

Leonardo Boff – Mariana Frungilo – Mirta Canales

Walter Barcelos – Walter Oliveira Alves

Colaboradores mediúmnicos

Cirinéia Iolanda Maffei – Divaldo Pereira Franco

Waldo Vieira – Wanderley Oliveira

In memoriam a Francisco Cândido Xavier y a

Yvonne de Amaral Pereira

Portada

César França de Oliveira

Traductores

Equipo de Redacción de la Editora Mensaje Fraternal
y Jacob

Anuario Espírita

Índice

Presentación	7
Estudios doctrinarios	
Amelia Gabriela Boudet	9
La mujer ante la evolución del pensamiento religioso, <i>Carlos Campetti</i>	21
La participación de la mujer en la implantación del Cristianismo, <i>José Eurípedes García</i>	36
¿Mujer luz o mujer tierra?, <i>Joamar Zanolini Nazareth</i>	50
La mujer y sus sagrados atributos: maternidad, amor, femineidad, <i>Walter Barcelos</i>	62
Jesús y la mujer, <i>Fabián Lazzaro</i>	76
El poema de caridad de Doña Lina, <i>Juan Félix Algarín Carmona</i>	83
El sermón de la montaña, <i>Jesús de Nazaret</i> según la versión de San Mateo	150
Vampirismo espiritual, <i>Leandro Martins</i>	206
Vacuna contra la muerte provocada, <i>André Luiz de Andrade Ruiz</i>	218
Noticiario	
El trabajo voluntario puede proporcionar vida más larga y feliz	234
Regresa al Plano Espiritual Néstor João Masotti, <i>Antonio César Perri de Carvalho</i>	237
Espiritismo en Marcha – <i>Germán Téllez Espinosa, Juan Miguel Fernández Muñoz, Mirta Canales</i>	240
Literatura y Espiritismo	
Clara de Asís: el coraje de una mujer apasionada, <i>Leonardo Boff</i>	74
La foto, <i>Mariana Frungilo</i>	135

2015

Palabras del Más Allá

La Madre María, <i>Humberto de Campos, Francisco Cândido Xavier</i>	12
María de Magdala, <i>Humberto de Campos, Francisco Cândido Xavier</i>	67
Mensaje mediúmnico de Doña Modesta para las madres, <i>María Modesto Cravo, Wanderley Oliveira</i>	87
El yugo ligero, <i>León Tolstoi, Cirinéia Iolanda Maffei</i>	89
Evolución, <i>Charles, Yvonne de Amaral Pereira</i>	122
El ejemplo es el más poderoso agente de propagación, <i>Allan Kardec</i>	141
Otro gran mensaje del Maestro Allan Kardec	143
En los caminos de Jope, <i>Emmanuel, Francisco Cândido Xavier</i>	153
Reminiscencias, <i>Medeiros y Albuquerque, Francisco Cândido Xavier</i>	172
Cuando Él llegó, <i>Amelia Rodrigues, Divaldo Pereira Franco</i>	178
Caridad, <i>Fabiano de Cristo, Francisco Cândido Xavier</i>	183
Una vista de Cruz y Souza, <i>Ramiro Gama, Francisco Cândido Xavier</i>	185
Doloroso engaño, <i>R. S., Francisco Cândido Xavier</i>	186
Servir más..., <i>Hermano X, Francisco Cândido Xavier</i>	192
Los primeros minutos de un muerto, <i>Hermano G, Francisco C. Xavier</i>	194
Un muerto ilustre describe el propio entierro, <i>Augusto dos Anjos,</i> <i>Francisco Cândido Xavier</i>	199
Gloria de un día, <i>Vianna de Carvalho, Divaldo Pereira Franco</i>	202
El grito, <i>Hilario Silva, Waldo Vieira</i>	210
Sentimiento, <i>Espíritu Aulus, Francisco Cândido Xavier</i>	212
Canción de la inmortalidad, <i>Juana de Ágelis, Divaldo Pereira Franco</i>	214

Educación y Pedagogía

Pedagogía Espírita, <i>Walter Oliveira Alves</i>	166
--	-----



Madre María de Nazareth

Trabajo artístico realizado bajo la orientación de Francisco Cândido Xavier que honra y enaltece la portada de esta edición del *Anuário Espírita* 2015.

Presentación

Valerosas almas femeninas, por la fuerza de su humildad, de su elevada preocupación con la tarea a ser realizada, ante el compromiso asumido con el Plano Mayor de la Vida, muchas veces pasan desapercibidas, perdiéndose incluso en la memoria del tiempo. Y es con mucho cariño y con espíritu agradecido que en el *Anuario Espírita 2015* hemos dedicado gran parte de nuestras páginas a ellas.

Todos conocemos la discriminación que el espíritu femenino, encarnado en la Tierra, sufrió y aún sufre ante diversas situaciones, conceptos y personas. Durante varios siglos, la mujer fue considerada como una criatura inferior, con responsabilidades meramente domésticas y procreadoras. Por desgracia, eso aún continúa sucediendo, pues nos hacemos eco de noticias publicadas en los más diversos medios de comunicación, de mujeres que sufren todavía por los abusos y prejuicios a los que están sometidas.

No obstante, tenemos, en este período, como ejemplo de garra y lucha, a una niña de apenas diecisiete años: Malala Yousafzai, quien ganó el Premio Nobel de la Paz, después de sufrir un atentado, hace dos años, y sobreviviéndolo, siguió corriendo el riesgo de morir por defender el derecho de todas las mujeres al estudio.

Allan Kardec, a través de la orientación de los Espíritus, abordó ese tan polémico asunto con la publicación de sabios mensajes en la *Revista Espírita*, de diciembre de 1858. Recordamos, a continuación, fragmentos de algunas de esas esclarecedoras comunicaciones,

cuyo objetivo era el de preparar tanto a hombres como a mujeres para que fuesen asimilando esa realidad irrefutable: la importancia real del alma femenina:

“Mujeres, no temáis deslumbrar a los hombres por la belleza, por la gracia y por la superioridad; mas, que sepan ellos, a fin de que se tornen dignos, que deben ser tan ricos de carácter, cuan bellas sois vosotras, tan sabios, cuan buenas sois, tan instruidos, cuan ingenuas y sencillas seguís siendo. Es necesario que sepan ellos que os deben merecer, que sois el premio de la virtud y de la honra, pero, de la honra según Dios”.

“Las mujeres serán en todo semejantes a vosotros. Entonces, formaréis una gran unión: seréis cabeza, y ellas corazón; seréis pensamiento bienhechor, y ellas, las manos liberales. Uníos, pues, no solo por el amor, sino por el bien que podéis haceros mutuamente”.

“Como hija de Dios, ella amará en sus hijos la visita del Espíritu creador; querrá saber para enseñar y educar a los suyos; amará a su país y sabrá su historia, a fin de iniciar a sus hijos en las grandes ideas progresistas. Serán madres y médicas, consejeras y mentoras; en una palabra, serán mujeres según el Espiritismo, esto es, el futuro, el progreso y la grandeza de la Humanidad en su más amplia expresión”.

Agradecemos a Dios por la oportunidad que nos ha dado de entregarte esta edición número treinta que consolida y da validez al ideal de servir al ser humano que abrazamos con mucha fe y alegría...

Acompañados por un Equipo de colaboradores dedicados, hemos logrado reunir un manojo de ideas y testimonios que esperamos ayuden a la transformación moral y al necesario ascenso hacia los constantes perfeccionamiento y pureza de todos nuestros amados lectores, incluyéndonos.

Los Editores

Caracas, 31 de diciembre de 2014.

Amelia Gabriela Boudet

En esta publicación del anuario, que hace referencia, principalmente, al trabajo de la mujer dentro de los valores de la Doctrina Espírita, no podríamos dejar de mencionar a Amelia Gabriela Boudet, esposa de Allan Kardec (Hipólito León Denizard Rivail). Una mujer que tuvo una presencia fundamental en la codificación del Espiritismo.

Amelia era conocida en su época como Madame Rivail. Nació en Thiais, Sena, el 23 de noviembre de 1795, hija de Julián Luis Boudet, propietario y antiguo notario, y de Julia Seat de Lacombe. Después de cursar la primaria, se mudó con la familia a París, continuando sus estudios en la Escuela Normal, donde se graduó como profesora de primaria. Profesora de Letras y Bellas Artes, culta e inteligente, demostrando mucha vivacidad e interés por los estudios desde la infancia, fue autora de tres obras: *Cuentos primaverales*, 1825, *Nociones de diseño*, 1826, y *Lo esencial en Bellas Artes*, 1828.

El 5 de febrero de 1832, se casó con Allan Kardec. Nueve años más joven que Amelia, pero, Kardec en ningún momento se preocupó por esa diferencia, que en ella pasaba desapercibida, debido a su jovialidad física y espiritual. Asociándose al esposo, Amelia se dedicó también a apoyarlo en el trabajo desarrollado en el Instituto técnico, fundado por Kardec poco después de concluir sus estudios con Pestalozzi, en Iverdum. Es importante observar que fue a partir de 1833 cuando se instituyó en Francia la enseñanza primaria, por fuerza de la Ley Guizot. En el año 1835, Amelia y Kardec, ante serias dificultades, fueron obligados a cerrar las acti-



vidades del Instituto Técnico. Mientras Kardec trabajaba como contable para diversas empresas comerciales, Amelia se dedicaba, durante el día, a la preparación de los cursos gratuitos que comenzaron a dar –de 1835 a 1840– en su propia residencia, por falta de recursos para implantarlos en otro local. Apoyando a Kardec en los proyectos que emprendía, Amalia colaboró para que su obra pedagógica ganase volumen y calidad, siendo adoptada por la Universidad de Francia, reproduciéndose en decenas de ediciones. Con ese trabajo, fue posible que el matrimonio alcanzase una posición económica satisfactoria, dando respaldo a Kardec para iniciar, en 1855, una investigación sobre los fenómenos sobrenaturales de las mesas giratorias, que fueron en la época, una verdadera novedad continental.

Después del lanzamiento de *El libro de los Espíritus*, el 18 de abril de 1857, Kardec fundó la *Sociedad parisiense de estudios espíritas* con sede en su residencia. Envuelto en tramas de injurias y calumnias, Kardec enfrentó todos los obstáculos contando siempre con el apoyo de Amelia, comprensiva y tierna con él, segura de la inmensa grandeza y responsabilidad que representaba el trabajo del marido.

El día 31 de marzo de 1869, cuando Kardec, a los 64 años, partía hacia el mundo espiritual, Amelia fue capaz de mantener la serenidad y la dignidad, que se esperaba de ella. Ante una multitud de más de mil personas, en el día de los funerales de su esposo, se mantuvo serenamente contemplativa, observando con respeto y admiración las palabras de aquellos que se despedían de él.

Compareciendo a todas las reuniones donde era invitada, después de la desencarnación de Kardec, Amalia continuó presidiendo la sesión realizada anualmente en el Día de los Muertos, durante el cual varios oradores transmitían enseñanzas sobre la desencarnación y la vida espiritual.

Tomando para sí las responsabilidades del esposo desencarnado, se empeñó, junto a los fieles discípulos de Kardec, en crear, según los planes del Codificador, la *Sociedad Anónima del Espiritismo*, entidad que llevó adelante la divulgación doctrinaria, la administración de la *Revista Espírita* y de la librería.

En 1871, P. G. Leymarie, médium y colaborador incansable, asumió esas tareas, ante la necesidad de reposo que su avanzada edad exi-

gía de Amelia. El 18 de octubre de 1873, la razón social de la entidad fue cambiada a *Sociedad para la continuación de las Obras Espíritas de Allan Kardec*, atendiendo a las sugerencias de aquellos que entendían que así se caracterizaba mejor el objetivo propuesto inicialmente.

Hasta el final de su vida, Amelia atendía en particular a aquellos que recurrían a ella en busca de una palabra de consuelo y esclarecimiento. El 21 de enero de 1883, a las cinco horas de la madrugada, aún lúcida y amable, a los 87 años de edad, Amelia regresó a la patria espiritual. Sin contar con herederos directos, pues Amelia y Kardec no tuvieron hijos, los bienes de la pareja fueron destinados, en testamento, a la *Sociedad para la continuación de las Obras Espíritas de Allan Kardec*. No obstante el empeño de una parienta, y de sus hijos, en el intento de anular su voluntad, nada consiguieron, en virtud de la decisión de la justicia, que consideró soberana la decisión de Amelia, destinando a dicha entidad el patrimonio acumulado en esa existencia.

El día en que fue sepultada, junto al dolmen de Allan Kardec, en el cementerio Père-Lachaise, a doce kilómetros de su residencia, durante la ceremonia sencilla y natural, Leymarie habló de improviso, recordando el gran valor de Amalia, afirmando que las ediciones *El libro de los Espíritus* y la *Revista Espírita*, se debieron, en gran parte, a su esfuerzo personal, insistencia y perseverancia. Es cierto que el encuentro de Amelia con Allan Kardec se debió a un compromiso asumido en la espiritualidad, en función de la grandiosa misión que les correspondería emprender a ambos. Ese encuentro de almas fue la alianza bendita que reforzó en ambos la disposición y la fe para sobrepasar los innumerables obstáculos, sirviendo, para la posteridad, como ejemplo de firmeza, determinación, lealtad y amor.

La Madre María

Humberto de Campos / Francisco Cândido Xavier

Junto a la cruz, la agobiada figura de María ocasionaba dolorosa e inolvidable impresión. Con el pensamiento ansioso y torturado, los ojos fijos en el madero de las perfidias humanas, la ternura materna volvía al pasado en amargos recuerdos. Allí estaba, en su hora extrema, su bien amado hijo.

María se dejaba transportar por la corriente sin fin de los recuerdos. Eran las maravillosas circunstancias en que el nacimiento de Jesús le fue anunciado, la amistad de Isabel; las profecías del anciano Simeón, reconociendo que la asistencia de Dios se tornó incontestable en los menores detalles de su vida. En aquel supremo instante parecía volver a ver el establo en su belleza campestre, sintiendo que la Naturaleza parecía dejarle oír nuevamente el cántico de gloria de aquella noche inolvidable. A través del velo espeso de sus lágrimas, repasó, una por una, las escenas de la infancia del hijo querido, observando el arrebató interior de las más dulces reminiscencias.

En las menores cosas, reconocía la intervención de la Providencia celestial; no obstante, en aquella hora, su pensamiento también vagaba por el vasto mar de las más aflictivas interrogaciones.

¿Qué había hecho Jesús para merecer penas tan amargas? ¿No lo vio crecer pleno de sentimientos inmaculados, bajo el calor de su corazón? Desde los más tiernos años, cuando lo conducía a la tradicional fuente de Nazaret, observaba el cariño fraterno que dispensaba a todas las criaturas. Con frecuencia iba a buscarlo en las calles empedradas, donde su cariñosa palabra consolaba a los transeúntes desamparados y tristes. Miseros viajeros venían a su modesta casa a loar a su hijo idolatrado, que sabía distribuir las bendiciones del Cielo. ¡Con qué deleite recibía a los huéspedes inesperados que sus minúsculas manos conducían a la carpintería de José!... Recordaba bien que, un día el divino niño guió a la casa a dos malhechores públicamente reconocidos como ladrones del valle de Mizhep. Y era digna de verse la amorosa solicitud con la que su pequeño cuidaba a los desconocidos, como si fuesen sus hermanos. Muchas veces, comentó la excelencia de aquella virtud santificada, recelando por el futuro de su adorable hijo.

Después del agradable ambiente doméstico, era la misión celestial,

dilatándose la misma, en cosecha de frutos maravillosos. Eran paralíticos que recuperaban la movilidad, ciegos que se reintegraban en los sagrados dones de la vista, personas hambrientas de luz y de amor que se saciaban en su lección de infinita bondad.

¿Qué profundos designios habían llevado a su hijo adorado al suplicio de la cruz?

Una voz amiga hablaba a su Espíritu, dialogando sobre las determinaciones impenetrables y justas de Dios, que necesitan ser aceptadas para alcanzar la redención divina de las gentes. Su corazón reventaba en tempestades de lágrimas irreprimibles; sin embargo, en el santuario de la conciencia, repetía su afirmación de sincera humildad: “¡Que se haga en la esclava la voluntad del Señor!”

Con el alma angustiada, notó que Jesús había llegado al último límite de sus inenarrables padecimientos. Algunas de las personas más exaltadas multiplicaban los golpes, mientras las lanzas rayaban el aire, en audaces y siniestras amenazas. Mordaces ironías eran proferidas de repente, dilacerando su alma sensible y afectuosa.

En medio de algunas mujeres piadosas, que la acompañaban en el angustioso trance, María sintió que alguien posaba levemente sus manos sobre sus hombros.

Se encontró con la figura de Juan que, venciendo la pusilanimidad criminal en que se habían hundido los demás compañeros, le extendía los brazos amorosos y reconocidos. Silenciosamente, el hijo de Zebedeo se abrazó a aquel triturado corazón maternal. María se dejó acoger por el discípulo querido y ambos, al pie del madero, en gesto de súplica, buscaron ansiosamente la luz de aquellos ojos misericordiosos, en el cúmulo de los tormentos. Fue entonces cuando la frente del divino martirizado se movió lentamente, revelando percibir la ansiedad de aquellas dos almas en extremo desaliento.

“¡Hijo mío! ¡Hijo mío!...” –exclamó la mártir en aflicción ante la serenidad de aquella mirada de intraducible melancolía–.

El Cristo pareció meditar en el auge de sus dolores, pero, como si quisiera demostrar, en el último instante, la grandeza de su valor y su perfecta comunión con Dios, replicó con un significativo movimiento de sus vigilantes ojos:

“¡Madre, he ahí a tu hijo!...” –Y dirigiéndose de forma especial, con un leve saludo, al apóstol, dijo: “¡Hijo, he ahí a tu madre!”

María se envolvió en el velo de su doloroso llanto, pero el gran evan-

gelista comprendió que el Maestro, en su lección final, enseñaba que el amor universal era el sublime coronamiento de su obra. Entendió que, en el futuro, la claridad del Reino de Dios revelaría a los hombres la necesidad del fin de todo egoísmo y que, en el santuario de cada corazón, debería existir la más abundante cuota de amor, no solo para el círculo familiar, sino también para todos los necesitados del mundo, y que en el templo de cada habitación permanecería la fraternidad real, para que la asistencia recíproca se practicara en la Tierra, sin ser necesarios los edificios exteriores, consagrados a una solidaridad claudicante.

Estuvieron allí durante mucho tiempo, en oraciones silenciosas, hasta que el Maestro, exánime, fue arrancado de la cruz, antes que la tempestad hundiese el castigado paisaje de Jerusalén en un diluvio de sombras.

✱

Después de la separación de los discípulos, que se dispersaron por diferentes lugares, para la difusión de la Buena Nueva, María se retiró a Betania, donde algunos parientes más próximos la esperaban con especial cariño.

Los años comenzaron a pasar, silenciosos y tristes, para la angustiada nostalgia de su corazón.

Tocada por grandes sinsabores, observó que, en poco tiempo, los recuerdos del hijo amado se convertían en elementos de ásperas discusiones, entre sus seguidores. En Betania, se pretendía mantener una cierta aristocracia espiritual, por causa de los lazos de consanguinidad que allí la prendían, en virtud de su unión con José. En Jerusalén, combatían los cristianos y los judíos, con vehemencia y acidez. En Galilea, los antiguos cenáculos simples y amorosos de la Naturaleza se encontraban tristes y desiertos.

Para aquella madre amorosa, cuya alma digna observaba que el generoso vino de Canaán se transformaba en el vinagre del martirio, el tiempo era siempre una nostalgia mayor en el mundo y una esperanza cada vez más elevada en el cielo.

Su vida era una devoción incesante al inmenso rosario de la añoranza, de los más queridos recuerdos. Todo lo que el pasado feliz había construido en su mundo interior lo revivía ahora en la pantalla de su memoria, con pequeños detalles solamente conocidos por el amor y que alimentaban la savia de su vida.

Rememoraba a su Jesús pequeñito, como en aquella noche de prodigiosa belleza, en la que lo recibió en sus maternales brazos, iluminado por el más dulce misterio. Aún se le figuraba escuchar el balido de las ovejas que venían, presurosas, a acercarse a la cuna que se formó de improviso. ¿Y

aqué! primer beso, hecho de cariño y de luz? Las reminiscencias envolvían la realidad lejana de singulares bellezas, alimentando su corazón sensible y generoso. En seguida, era el río de los recuerdos desembocando, sin cesar, en su alma rica de sentimientos y ternura. A su imaginación volvía Nazaret, con sus paisajes de felicidad y de luz. La casa simple, la fuente amiga, la sinceridad de los afectos, el lago majestuoso y, en medio de todos los detalles, el hijo adorado, trabajando y amando, en la formación de la más elevada concepción de Dios, entre los hombres de la Tierra. De vez en cuando, le parecía verlo en sus sueños repletos de esperanza; Jesús le prometía el júbilo encantador de su presencia y participaba de la felicidad de sus recuerdos.

En ese tiempo, el hijo de Zebedeo, teniendo en cuenta las observaciones que el Maestro le había hecho desde la cruz, surgió en Betania, ofreciendo a aquel espíritu nostálgico de madre, el refugio amoroso de su protección. María aceptó el ofrecimiento con inmensa satisfacción.

Y Juan le contó sobre su nueva vida. Se había instalado definitivamente en Éfeso, donde las ideas cristianas ganaban terreno entre las almas devotas y sinceras. Nunca había olvidado las recomendaciones del Señor y en lo íntimo, guardaba aquel título filial como una de las más elevadas expresiones de amor universal hacia aquélla que recibió al Maestro en sus brazos venerables y cariñosos.

María escuchaba sus confidencias, con una mezcla de reconocimiento y ventura.

Juan continuaba exponiéndole sus planes más insignificantes. La llevaría consigo; ambos comulgarían en la misma asociación de intereses espirituales. Sería su dedicado hijo, y él recibiría de su generosa alma la ternura maternal, en los arduos trabajos del Evangelio. El hijo de Zebedeo explicó, que se demoró en venir, porque le faltaba una cabaña, donde pudiesen abrigarse; mientras ello, uno de los miembros de la familia real de Adiabene, convertido al amor de Cristo, le donó una sencilla casita, al sur de Éfeso, distando alrededor de tres leguas de la ciudad. La vivienda, simple y pobre, estaba sobre un promontorio, desde donde se divisaba el mar. En lo alto de una pequeña colina, lejos de los hombres y en el imponente altar de la Naturaleza, se reunirían ambos para cultivar el recuerdo permanente de Jesús. Establecerían un hospedaje que serviría de refugio para los desamparados, enseñarían las verdades del Evangelio a todos los espíritus de buena voluntad y, como madre e hijo, iniciarían una nueva era de amor, en la comunidad universal.

María aceptó alegremente.

Dentro de poco tiempo, se instalaron en el seno amigo de la Natura-

leza, frente al océano. Éfeso quedaba poco distante; sin embargo, todas las adyacencias se poblaban de nuevos núcleos de habitaciones alegres y modestas. Al cabo de algunas semanas, la casa de Juan se transformó en un punto de adorables asambleas, donde los recuerdos del Mesías eran cultivados por espíritus humildes y sinceros.

María contaba sus memorias. Hablaba sobre Él con maternal enternecimiento, mientras, el apóstol comentaba las verdades evangélicas, apreciando las enseñanzas recibidas. Innumerables veces, la reunión solo terminaba a altas horas de la noche, cuando las estrellas tenían mayor brillo. Y no fue solamente esto. Pasados algunos meses, grandes filas de necesitados llegaban al lugar simple y generoso. La noticia de que María descansaba, ahora, entre ellos, había expandido una claridad de esperanzas para todos los desventurados. Así, mientras Juan predicaba en la ciudad las verdades de Dios, ella atendía, en el pobre santuario doméstico, a los que la buscaban exhibiendo sus ulceraciones y necesidades.

Su cabaña era, entonces, conocida por el nombre de “Casa de la Santísima”.

El hecho tuvo origen en cierta ocasión, cuando un mísero leproso, después de ser aliviado de sus llagas, le besó las manos, murmurando con reconocimiento:

“—¡Señora, sois la madre de nuestro Maestro y nuestra Madre Santísima!”

La tradición creó raíces en todos los espíritus. ¿Quién no le debía el favor de una palabra maternal en los momentos más duros? Y Juan consolidaba el concepto, acentuando que el mundo le estaría eternamente agradecido, pues había sido por su grandeza espiritual que el Emisario de Dios pudo penetrar la atmósfera oscura y pestilente del mundo para balsamizar y atenuar los sufrimientos de la criatura humana. En su sincera humildad, María se esquivaba de los afectuosos homenajes de los discípulos de Jesús, pero aquella confianza filial con que reclamaban su presencia era para su alma un suave y delicioso tesoro del corazón. El título de maternidad hacía vibrar en su espíritu los más dulces cánticos. Diariamente, llegaban los desamparados, suplicando su asistencia espiritual. Eran ancianos enclenques desengañados del mundo, que venían a escuchar sus palabras consoladoras y afectuosas, enfermos que invocaban su protección, madres infortunadas que pedían la bendición de su cariño.

“—Madre mía —decía uno de los más afligidos— ¿cómo podré vencer mis dificultades? Me siento abandonado en el oscuro camino de la vida...”

María le enviaba su amorosa mirada de bondad, dejando en ella aparecer toda la tierna dedicación de su espíritu maternal.

“—¡Eso también pasa! —decía ella, cariñosamente—. Solo el Reino de Dios es lo bastante fuerte para nunca pasar de nuestras almas, como eterna realización del amor celestial”.

Sus palabras atenuaban el dolor de los más desesperados, y tranquilizaban el pensamiento atribulado de los más desanimados.

La Iglesia de Éfeso exigía de Juan la más elevada expresión de sacrificio personal, por lo que, con el paso del tiempo, casi siempre María estaba sola, cuando la humilde legión de los necesitados bajaba del promontorio desadornado, rumbo a hogares más confortados y felices. Los días y las semanas, los meses y los años pasaron incesantes, trayéndole los recuerdos más tiernos. Cuando sereno y azulado, el mar hacía que volviese a su memoria el distante Tiberiades. Sorprendía en el aire aquellos vagos perfumes que llenaban el alma de la tarde, cuando su hijo, de quien no se olvidaba ni un instante, reuniendo a los discípulos amados, transmitía al corazón del pueblo las lozanías de la Buena Nueva. La edad avanzada no le trajo ni cansancios ni amarguras. La seguridad de la protección divina le proporcionaba consuelo ininterrumpido. Como quien atraviesa el día en labores honestas y provechosas, su corazón experimentaba un grato reposo, iluminado por la luz de la esperanza y por las estrellas fulgurantes de la creencia inmortal. Sus meditaciones eran suaves coloquios con las remembranzas del hijo muy amado.

Súbitamente recibió noticias de que un período de dolorosas persecuciones se había abierto para todos los que fuesen fieles a la doctrina de su Jesús divino. Algunos cristianos expulsados de Roma traían a Éfeso las tristes informaciones. En obediencia a los más injustos edictos, se esclavizaban a los seguidores de Cristo, se destruían sus hogares y eran sujetos a hierros en las prisiones. Se hablaba de fiestas públicas, en las que sus cuerpos eran ofrecidos como alimento a fieras insaciables, en horriblos espectáculos.

Entonces, en un crepúsculo lleno de estrellas, María se entregó a sus oraciones, como de costumbre, pidiendo a Dios por todos aquellos que se encontrasen con angustias en sus corazones, por amor a su hijo.

A pesar de la soledad del ambiente, no se sentía sola: una fuerza singular bañaba toda su alma. Brisas suaves soplaban del océano, extendiendo los aromas de la noche que se poblaba de astros amigos y afectuosos, participando en pocos minutos, igualmente la luna, en ese concierto de armonía y luz.

Concentrada en sus meditaciones, María vio que se aproximaba la silueta de un mendigo.

—Madre mía —exclamó el recién llegado, como tantos otros que recurrían a su cariño—, vengo a hacerte compañía y a recibir tu bendición.

Maternalmente, ella lo invitó a entrar, impresionada con aquella voz que le inspiraba profunda simpatía. El peregrino le habló del Cielo, confortándola delicadamente. Comentó las bienaventuranzas divinas que aguardan a todos los devotos y sinceros hijos de Dios, dando a entender que comprendía sus más tiernas nostalgias del corazón. María se sintió asaltada por una especial sorpresa. ¿Qué mendigo sería aquél que calmaba los dolores secretos de su alma nostálgica, con bálsamos tan dulces? Hasta entonces nadie había surgido en su camino para dar; era siempre para pedir alguna cosa. No obstante, aquel viajero desconocido derramaba en su interior los más santos consuelos. ¿¡Dónde había escuchado ella, en otros tiempos, aquella voz delicada y cariñosa!? ¿Qué emociones eran aquellas que hacían palpar su corazón con tanta ternura? Sus ojos se humedecieron por la ventura, sin que consiguiese explicar la razón de su tierna emotividad.

Fue cuando el huésped anónimo extendió sus manos generosas y le dijo con profundo acento de amor:

“—¡Madre querida, ven a mis brazos!”

En ese instante, observó las manos nobles que se le ofrecían, en un gesto de la más bella ternura. Muy conmovida, vio en ellas dos llagas, como las que su hijo mostraba en la cruz y, por instinto, dirigió su mirada ansiosa hacia los pies del peregrino amigo, divisando también allí las úlceras causadas por los clavos del suplicio. No pudo más. Comprendiendo quien era la visita amorosa que Dios le enviaba a su corazón, exclamó con infinita alegría:

“—¡Hijo mío! ¡Hijo querido! ¡Esas son las heridas que te hicieron!...”

Y precipitándose hacia él, como madre cariñosa y dedicada, quiso cerciorarse, tocando la herida que le fue producida por el último lancetazo, cerca del corazón. Sus manos tiernas y solícitas lo abrazaron en la sombra visitada por los rayos de la luna, buscando impacientemente la úlcera que tantas lágrimas provocó a su cariño maternal. La llaga lateral también estaba allí, bajo la caricia de sus manos. No consiguió dominar su intenso júbilo. En un ímpetu de amor, trató de hacer el movimiento de arrodillarse. Quería abrazarse a los pies de su Jesús y besarlos con ternura. Sin embargo, Él, rodeado de un halo de luz, la levantó y se arrodilló a sus pies, y besándole las manos, dijo en cariñoso transporte:

“—¡Sí, madre querida, soy yo!... Vengo a buscarte pues nuestro Padre quiere que seas en mi reino la Reina de los Ángeles...”

María se estremeció, tomada de una inexpresable ventura. Quería ha-

blar de su felicidad, manifestar su agradecimiento a Dios; pero el cuerpo se le paralizó, mientras a sus oídos llegaban los suaves ecos de los saludos del Ángel, entonándose, entonces, mil voces cariñosas, entre las armonías del cielo.

Al otro día, dos mensajeros humildes bajaban a Éfeso, de donde regresaron con Juan, para asistir a los últimos instantes de aquella que era para ellos la piadosa Madre Santísima.

María ya no hablaba. En una inolvidable expresión de serenidad, durante largas horas esperó aún la ruptura de los últimos lazos que la prendían a la vida material.

✱

La alborada desdoblaba su hermoso abanico de luz cuando aquella alma electa se elevó de la Tierra, donde tantas veces llegó a llorar de júbilo, de nostalgia y esperanza. No veía más a su hijo amado, que con seguridad la esperaba, con las bienvenidas, en su Reino de Amor; pero, extensas multitudes de seres angelicales la rodeaban cantando himnos de glorificación.

Sintiendo la sensación de estarse alejando del mundo, deseó volver a ver a Galilea con sus sitios preferidos. Bastó la manifestación de su voluntad para que la llevaran a la región del lago Genezaret, de maravillosa belleza. Atisbó todos los cuadros del apostolado de su hijo y, solo ahora, observando el paisaje desde lo alto, notaba que el Tiberíades, en sus suaves contornos, presentaba la forma casi perfecta de una cítara. Entonces recordó, que en aquel instrumento de la Naturaleza Jesús cantó el más bello poema de vida y amor, en homenaje a Dios y a la humanidad. Aquellas aguas mansas, hijas del Jordán caudaloso y tranquilo, habían sido las cuerdas sonoras del cántico evangélico.

Dulces alegrías invadían su corazón y ya la caravana espiritual se disponía a partir, cuando María recordó a los discípulos perseguidos por la crueldad del mundo y deseó abrazar a los que permanecerían en el valle de las sombras, en espera de las claridades definitivas del Reino de Dios. Emitiendo ese pensamiento, imprimió un nuevo impulso a la multitud espiritual que le seguía de cerca. En pocos instantes, su mirada divisaba una ciudad soberbia y maravillosa, extendida sobre colinas adornadas de carruajes y monumentos que provocaron su asombro. Los más ricos mármoles resplandecían en las magníficas vías públicas, donde las literas patricias pasaban sin cesar, exhibiendo joyas y pieles, sustentadas por míseros esclavos. Después de algunos momentos su mirada descubría otra multitud trancada bajo hierros en oscuros calabozos. Penetró las sombrías cárceles del Esquilino, donde centenares de rostros amargados retrataban atroces padecimientos. Los condenados experimentaron en el corazón un consuelo desconocido.

María se aproximó a uno por uno, participó de sus angustias y oró con sus plegarias, llenas de sufrimiento y confianza. Se sintió madre de aquella asamblea de torturados por la injusticia del mundo. Extendió la claridad misericordiosa de su espíritu entre aquellas fisonomías, pálidas y tristes. Eran ancianos que confiaban en Cristo, mujeres que por Él habían despreciado el confort del hogar, jóvenes que depositaban en el Evangelio del Reino todas sus esperanzas. María les alivió el corazón y, antes de partir, deseó sinceramente dejar en sus abatidos espíritus un recuerdo perenne. ¿Qué poseía para darles? ¿Debería suplicar a Dios por su libertad? ¡Pero, Jesús había enseñado que con Él, todo yugo es suave y todo fardo ligero, pareciéndole mejor la esclavitud con Dios que la falsa libertad en los desvaríos del mundo. Recordó que su hijo dejó la fuerza de la oración como un poder sin contraste entre los discípulos amados. Entonces rogó al Cielo que le brindase la posibilidad de dejar entre los cristianos oprimidos la fuerza de la alegría. Fue cuando, aproximándose a una joven encarcelada, de rostro descarnado y flaco, le dijo al oído:

“—¡Canta, hija mía! ¡Tengamos buen ánimo!... ¡Convirtamos nuestros dolores de la Tierra en alegría para el Cielo!...”

La triste prisionera nunca sabría comprender el porqué de la emotividad que le hizo vibrar súbitamente el corazón. Con los ojos extáticos, contemplando el luminoso firmamento, a través de los fuertes barrotes, ignorando la razón de su alegría, cantó un himno de profundo y tierno amor a Jesús, en el que traducía su gratitud por los dolores que le eran enviados, transformando todas sus amarguras en consoladoras rimas de júbilo y esperanza. En pocos instantes, su canto melodioso era acompañado por los centenares de voces de los que lloraban en la cárcel, aguardando el glorioso testimonio.

Después, la caravana majestuosa condujo al Reino del Maestro a la bendita entre las mujeres y, desde ese día, en los más duros tormentos, los discípulos de Jesús han cantado en la Tierra, expresando su buen ánimo y su alegría, guardando la suave herencia de nuestra Madre Santísima.

¡Por esta razón, mis hermanos, cuando escuchéis el cántico en los templos de las diversas familias religiosas del Cristianismo, no os olvidéis de hacer en el corazón un suave silencio, para que la Rosa Mística de Nazaret extienda allí su perfume!

(Transcripto de *Buena Nueva*, IDE-Mensaje Fraternal, Capítulo 30, pp. 195 – 207, 2007, Araras, SP., y Caracas).

La mujer ante la evolución del pensamiento religioso

Carlos Campetti

La mujer ha sufrido discriminación a lo largo de la historia, en la mayoría de las sociedades. A pesar de que, en todas ellas, sea la principal promotora de la educación de los hijos, la administradora del hogar, y generalmente, la que comparte las más grandes responsabilidades dando abundantes ejemplos de sacrificios y renunciaciones, en constantes muestras de verdadero amor; sin embargo, se le ha otorgado una posición secundaria en relación a la ocupada por el hombre, en evidente desequilibrio generador de discriminaciones, que pueden llegar, en algunos casos, a extremos de violencia.

No obstante, en la sociedad occidental han surgido movimientos de liberación de la mujer, que vienen revirtiendo la situación, conduciendo las relaciones entre hombres y mujeres a un estado de mayor equidad. Sin embargo, en esa lucha por la afirmación de la importancia del papel de la mujer, algunos grupos presentan comportamientos extremos y, en busca de la igualdad, invierten absurdamente los patrones de las relaciones haciendo que, en muchos casos ambos cónyuges —como en el caso del matrimonio—, deserten del cumplimiento de funciones que son fundamentales para el equilibrio de la familia y de la estructura de la propia sociedad.

El movimiento feminista

El movimiento feminista, gestado desde finales del siglo XIX, culminó, en la década de los 60 del siglo XX, en la organización de grupos en pro de la igualdad de derechos para la mujer, en los cuales participaron —mujeres y hombres simpatizantes de la causa—, que se movilizaron para denunciar las desigualdades existentes, en algunas sociedades con más preponderancia que en otras.

Los temas discutidos incluyeron los derechos de las mujeres en lo que

respecta a la educación, salud, reproducción, trabajo, diferencias de oportunidades de participación, equiparación salarial, sexualidad, derecho sobre su propio cuerpo, violencia doméstica, entre muchos otros. Las formas de abordarlos son de los más variados, conforme a las visiones biológica, psicológica, sociológica, científica, filosófica, religiosa, etc., de los distintos grupos en cuestión.

El movimiento feminista contrastaba con el pensamiento predominante en la década de los 60, partía de la premisa de que las funciones correspondientes a cada sexo estarían diferenciadas, siendo reservado al hombre “lo más pesado”, el trabajo externo, y a la mujer “lo más ligero”, las labores del hogar (en la visión masculina tradicional no se considera la labor de la mujer en el hogar un trabajo, el de ellos sí). La definición de nuevos parámetros, en la identificación de alternativas para la conciliación de posiciones y para el establecimiento de un *modus vivendi* hubo quienes propusieron erróneas soluciones generando muchos desvíos en la convivencia social.

A lo largo de los últimos años, esa situación resultó en evidente perjuicio para la familia que, en muchas ocasiones, se estructuró precariamente, sin padre o sin madre. Propició el surgimiento de una juventud que duda o evita constituir una familia y tuvo como consecuencia un índice de divorcio superior al 50% de los matrimonios en muchas sociedades. En la educación de los hijos, se destaca la carencia de límites para pautar su comportamiento en la relación con los demás miembros del grupo social.

A pesar de las distorsiones de ciertos grupos pseudofeministas, gracias al feminismo, la mujer conquistó importantes puestos en las empresas y en la administración social y política, infelizmente, en muchos casos, copiando el comportamiento competitivo, la búsqueda de la riqueza y la notoriedad social que predomina en el mundo moldeado por el predominante pensamiento masculino. La contribución que la mujer podría ofrecer para llevar a cabo una relación más humana, más equilibrada y pautada en el sentimiento de respeto y amor al prójimo, más cooperadora, en el mundo de los negocios y de la política, está aún por desarrollarse plenamente.

Pero, a pesar de las exageraciones y comportamientos extremos de ambas partes, mucho se ha evolucionado y la sociedad avanza sólidamente hacia un equilibrio, en que las responsabilidades de la relación son compartidas entre los seres que se deciden por una convivencia pacífica y constructiva, independientemente de su género.

No es fácil romper parámetros contruidos de forma continuada, a lo largo de milenios. Toda vez que las imposiciones prohíben la libre manifestación, por mucho tiempo, en algún momento, al romperse las cadenas, puede ocurrir una reacción inversa que conduce al otro extremo, y solo más tarde, evolucionará hacia la condición de equilibrio deseada, en la que todos los implicados pueden beneficiarse de los resultados alcanzados en el esfuerzo conjunto de construcción. Esa parece ser la tendencia de la relación hombre mujer en el mundo moderno.

Evolución del papel social de la mujer

No es acertado juzgar el papel de la mujer en épocas anteriores tomando como base la visión que tenemos hoy. Cada época y cada pueblo tuvo una mentalidad propia, su desenvolvimiento cultural característico, sus necesidades específicas, que eran atendidas conforme a la educación y a la técnica conquistadas. En fin, el contexto socio económico y cultural de cada fase de la Humanidad y conforme lo vivió cada grupo social influyen en la concepción de las relaciones humanas. Para que examinemos la condición de la mujer en cada tiempo y en cada sociedad tendríamos que abstraernos de la realidad actual y trasladarnos con la imaginación al lugar y época que estamos considerando.

En las sociedades matriarcales, primitivas, en las que, aparentemente, la mujer era el centro de la organización social, por poseer el privilegio uterino de la vida y poseer el secreto inicial de las plantaciones, al constituir la vida una lucha por la supervivencia, que demandaba la fuerza masculina para la caza, la pesca y la victoria sobre los clanes y grupos rivales, era natural que el hombre llegase, con el tiempo, a predominar en las comunidades rudimentarias.

Entre las más antiguas civilizaciones, todo indica que la mujer no sufría discriminaciones extremas. Entre los egipcios, ella podía llegar a ocupar la posición de faraón. También entre los nórdicos, cuya manifestación histórica solo se destaca por la invasión del imperio romano, las mujeres ocupaban una posición de igualdad, participando inclusive en guerras, cuando así lo deseaban, junto a los hombres. No se puede decir lo mismo de los hindúes y asiáticos donde la mujer ocupaba un papel subalterno.

La visión budista

¿Cuál es la dificultad en ser mujer cuando la mente está concentrada y la comprensión es clara y brillante? – Soma, discípula de Buda¹.

El pensamiento budista sobre la mujer no es unánime. Todavía hoy existen algunas discriminaciones en relación a ellas, a pesar de que, desde el inicio, las mujeres lucharon y conquistaron una posición de jerarquía sacerdotal budista.

Según la Monja Cohen, hace cerca de 2600 años, en India, Xaquiamini Buda recusó el pedido de su tía Mahaprajapati y de quinientas mujeres que la seguían para aceptarlas como sus seguidoras. El afirmaba que las mujeres no deberían abandonar sus familias para ser mendicantes, como los monjes lo hacían. Después de mucha insistencia, Ananda, un asistente de Xaquiamini, intercedió por ellas, con el argumento de que “todos los seres, sin excepción, son capaces de obtener la más elevada iluminación, la sabiduría y la compasión superiores. Basta que practiquen el camino de Buda”. ¿Por qué no las mujeres? Xaquiamini Buda cedió.

De esa forma, las mujeres pudieron participar de la orden monástica del Budismo, a pesar de que hubiese reglas especiales debido a la visión que las sociedades antiguas tenían de ellas. Hoy, algunas órdenes en países del sur de Asia no consideran a las mujeres con igualdad, pero, en Japón las monjas pueden realizar los mismos rituales que los hombres.

La monja Cohen afirma que en el budismo no se reverencia el género masculino o femenino, sino la mente iluminada, capaz de incluir a todos los seres en la gran ternura de la acogida suprema.

Para los griegos y romanos

En *La política*, Aristóteles define el pensamiento griego conforme prevalecía en Atenas:

[...] Dividimos el gobierno doméstico en tres poderes: el del señor, [...] el del padre y el del marido. El padre de familia gobierna a su mujer y a sus hijos como a seres libres, pero cada uno de un modo diferente: su mujer como ciudadana, sus hijos como súbditos. En el orden natural, a menos que,

(1) Consulte en http://humaniversidade.com.br/boletins/mulheres_no_budismo.htm, sobre la monja Cohen.

como en ciertos lugares, esto haya sido derogado por alguna consideración particular; el macho está por encima de la hembra y el más viejo, cuando alcanza el término de su crecimiento, está por encima del más joven, que aún no alcanzó la plenitud. [...] En cuanto al sexo, la diferencia es indelible: cualquiera que sea la edad de la mujer el hombre debe conservar su superioridad. [...] La educación de las mujeres y de los niños debe ser de la alzada del Estado, ya que importa a la felicidad del Estado que las mujeres y los niños sean virtuosos. Esto es realmente del mayor interés, ya que las mujeres constituyen la mitad de las personas libres, y los niños serán los que participarán del gobierno de los negocios públicos.

De esa forma, a pesar de tener el derecho a la libertad de pensamiento, la mujer en Atenas era casi una propiedad del jefe de familia, la cual era transferida al marido en el casamiento. Ellas podían ser entregadas para contraer matrimonio a partir de los trece años y no tenían derecho a la propiedad, salvo pequeñas cosas, como joyas y algún esclavo.

No obstante, para los espartanos la situación era diferente, pues las mujeres se casaban en torno a los dieciocho años, recibían educación junto con los hombres, participaban en competiciones atléticas entre ellas, podían tener propiedades y tenían influencia sobre sus maridos.

En la sociedad romana la mujer tenía más importancia y respeto que en la griega. Si estaba casada, además del cuidado de la casa, administraba los esclavos, hacía refecciones con el marido, ayudaba en la organización de las fiestas, participaba en la vida pública, pudiendo salir para hacer visitas, asistir al teatro e ir a los tribunales. Hasta el siglo II a.C. la mujer era cuidada por el padre que la transfería mediante el matrimonio al marido. En ese siglo hubo una emancipación gradual de la mujer que, al casarse permanecía bajo la tutela del padre y mantenía el derecho de gestión de sus bienes. Con eso hubo un aumento de los divorcios y varias mujeres se destacaron por sus influencias en la sociedad.

El pensamiento judaico es, en ese particular, bastante estricto en sus consideraciones sobre la mujer. Al examinar *La Biblia*, se evidencia que la mujer es siempre presentada como inferior al hombre. Son muchos los pasajes del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento* que presentan a la mujer en esa condición de sumisión. Esas descripciones, naturalmente, no representan la posición divina sobre el asunto, siendo fruto de la concepción de los hombres que reflejaban, en los escritos, las costumbres y hábitos de sus respectivas épocas, conforme a sus creencias y valores.

En el Antiguo Testamento

La historia bíblica describe que Dios hizo primero al hombre y, después, de una de sus costillas, hizo a la mujer, colocándola desde el inicio, en posición de sumisión, después del hombre. Además, Eva habría sido la gran responsable del pecado original que, desde el punto de vista teológico, marca el destino a la Humanidad hasta nuestros días. Cuando *La Biblia* fue escrita, la sociedad estaba organizada en la forma patriarcal, siendo consideradas las mujeres como personajes secundarios y sin mucha expresión.

La sociedad hebraica de los tiempos anteriores y posteriores a Moisés vivía plenamente en el patriarcado, en el cual el hombre tenía todos los derechos y poderes sobre la familia –mujer, e hijos– y la propiedad, incluidos los esclavos. La religión hebraica estaba totalmente apoyada en esa concepción, reservando al hombre exclusivamente el derecho a la interpretación de la Torá –textos sagrados– siendo limitada la entrada de mujeres en el Templo y casi nula su participación en la estructura social, considerándose como su función única la de generar los hijos que pudiesen garantizar la perpetuidad del nombre del marido. Tanto es así que no se hace referencia a ellas en la genealogía bíblica y estaban obligadas a tomar como esposo a un cuñado en caso de fallecimiento del marido y de este modo pudiera concebir y dar el nombre del fallecido a la criatura. Aparte de eso, cuando hubiese problemas para la concepción, la esterilidad era siempre culpa de ellas, siendo, por otra parte la ley más rigurosa contra la mujer, especialmente en el caso de adulterio y de divorcio.

Un hecho curioso que pone de manifiesto la discriminación de las mujeres es el establecimiento (*Levítico*, 12:1-5) de aislar a la mujer por una semana en caso de que diera a luz un hijo y de dos en caso de que naciese una niña.

No obstante, la actuación de la mujer fue tan destacada en muchos momentos de la historia del pueblo hebreo que no fue posible ignorarla completamente, como es el caso de la esposa de Noé que lo ayudó en su esfuerzo de construcción del Arca, en la cual él debería colocar también a las mujeres de sus hijos (*Génesis* 6:18). Otra referencia importante es la de la mujer sunamita que recibió al profeta Eliseo en su casa. En el surgimiento de las tribus de Israel es destacada la presencia de dos mujeres (Sara y Agar). La relación entre las dos está descrita en *El Génesis*, capítulos 12 a 21. La madre de Sansón también es mencionada (*Jueces*, 16:4-31). Elías recibió sustento de la viuda de Serepta (*I Reyes*, 17:9). A pesar de las prohibiciones referidas a las

siguientes ocupaciones en *La Biblia*, existieron mujeres hebreas que fueron adivinas y practicaron la necromancia o evocación de los muertos, como es el caso de la pitonisa de Endor que tuvo un importante papel en la consulta que hizo Saúl a Samuel ya muerto (*I Samuel*, 28). Se hizo referencia a muchas otras, entre ellas Abigail (*I Samuel*, 25: 14-17), Betsebá (*II Samuel*, 11:3-9), Débora (*Jueces*, 4:5, la esposa de Lot (*Génesis*, 3:10), la reina de Saba (*I Reyes*, 10). La lista es extensa.

No obstante, son muchas las situaciones en el *Antiguo Testamento* que demuestran la diferencia entre los derechos del hombre y de la mujer. La discriminación de la mujer permaneció hasta los tiempos de Jesús.

En los tiempos de Jesús

Los escritores del *Nuevo Testamento* sufrieron la influencia de la visión bíblica y de la época en que vivían, con relación a la subordinación de la mujer, destacando su papel de ama de casa y sus deberes de sumisión en relación al hombre. No obstante, innovan en relación al *Antiguo Testamento*, pues ya en la genealogía de Jesús, incluyen el nombre de cinco mujeres para evidenciar que Él es descendiente de David (Mateo, 1:1-17) Tamar, Rahab, Rut, la mujer de Urías y su madre María.

Muchas mujeres anónimas aparecen en el *Nuevo Testamento*. Jesús las utiliza como referencia en sus parábolas como en el caso del dracma perdido (Lucas, 15:8), de la mujer de Lot y de dos que están moliendo juntas (Lucas 17:32 y 35) y de las diez vírgenes (Mateo 25:1). Pero la acción de las mujeres junto a Jesús va mucho más allá de la simple referencia. Ellas están vivas y activas como sus seguidoras, así como se muestran a los hombres. Dado que los textos fueron escritos por hombres y ellos actuaban conforme a las costumbres de la época, las acciones de ellas aparecen como secundarias y hasta buscan no mencionarlas entre los discípulos. Pero como en el caso de la historia de la anciana del pueblo hebreo, su presencia fue tan profunda que no fue posible dejar de mencionarlas en diversos pasajes. Están incluidas María, su madre, María de Magdala, Marta y otra María, las hermanas de Lázaro y Juana de Cusa, sobre quien existen datos de que apoyaban la misión de Jesús con recursos económicos.

Entre las anónimas (hay quien afirme que ella habría sido María de Magdala, poco después de su conversión) está la pecadora que entra en la casa de un importante fariseo que recibía a Jesús para una cena y cubre los

pies del Maestro con lágrimas, perfume y besos sin que Él tenga ninguna reacción de visible repudio, lo que provoca pensamientos negativos en Simón, el anfitrión (Lucas, 7:36). Este y otros muchos pasajes, como el de la mujer adúltera (Juan, 8:3), ponen de manifiesto que Jesús no seguía las tradiciones de la época y del judaísmo con relación a las mujeres. En el pozo de Jacob Él habla con una samaritana rompiendo con dos tradiciones de los judíos: no hablar con mujeres desconocidas y no dar importancia a los samaritanos que eran considerados heréticos y traidores de las tradiciones hebreas.

Por el hecho de Él no discriminar a las mujeres en general, había un gran número de prostitutas, adúlteras y viudas que lo seguían y mantuvieron su fidelidad incluso en los momentos más difíciles, durante el juicio, la crucifixión, las exequias y en la resurrección.

En la época del cristianismo naciente

Las mujeres también tuvieron un importante papel en los primeros momentos de la propagación del mensaje de Jesús y de su implantación en las comunidades del Cristianismo naciente por sus ejemplos de fe y perseverancia, venciendo los obstáculos naturales de una sociedad regida por las tradiciones masculinas. Fueron ellas, principalmente, que, rompiendo con las tradiciones de la religión judaica, contribuyeron en la conversión de familiares y amigos y, en la condición de esclavas de los romanos, ejercieron una importante influencia sobre sus amas en la propagación de la Buena Nueva, lo que se muestra en la obra *Pablo y Esteban*, de Emmanuel, a través de la psicografía de Francisco Cândido Xavier.

Sin embargo, a pesar del ejemplo de Jesús, sus seguidores reflejaron en sus escritos los prejuicios de la sociedad judaica. Pedro tenía mucha dificultad para aceptar a María de Magdala, prefiriendo no tenerla entre los discípulos después de la crucifixión del Maestro. En una preciosa narración, Divaldo Pereira Franco informa que ella pasa a desempeñar en sus últimos años de vida un importante papel de servidora junto a una comunidad de leprosos¹.

En los escritos atribuidos a Pablo encontramos algunos ejemplos que certifican la posición de inferioridad de la mujer con respecto al hombre. A los corintios escribe sin *subterfugios* (*I Corintios*, 13:3-16) que el hombre es superior y no precisa cubrir su cabeza para orar, pero la mujer debe hacerlo

(1) FRANCO, Divaldo. Superando la prostitución. María de Magdala. In. *Sexo y conciencia*. Organizado por Luiz Fernando Lopes. Primera edición, Salvador, Leal, 2013. P. 241-282.

como señal de dependencia. En *1 Timoteo*, 2:9-15, está indicado, inclusive, como debe presentarse la mujer en sociedad:

Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad. La mujer aprenda en silencio con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia.

No obstante, en los escritos de Pablo y en los *Hechos de los apóstoles*, a pesar de la discreción en la cita de mujeres, hay referencias de que las había que apoyaban con dedicación el movimiento cristiano, ocupando posiciones destacadas en la acción práctica y de divulgación de la Buena Nueva. Destaca Tabita, de Jope, “notable por las buenas obras y limosnas que hacía” y que, cayendo enferma y, supuestamente muerta, fue resucitada por Pedro (*Hechos*, 9:36-42). Es famoso el apoyo que María, madre de Marcos, ofrece a los apóstoles inmediatamente después de la crucifixión del Maestro, volviéndose su casa punto de reunión de los seguidores de Jesús. *Hechos*, 12:12 registra que Pedro, después de escapar de la prisión, se dirige hacia allá en busca de abrigo. María tenía un poder adquisitivo considerable, a pesar de vivir en una sociedad organizada de una forma en que la mujer estaba sometida al hombre. Y ella no es un caso aislado en las referencias que encontramos. En Listra (*Hechos*, 16:1), Pablo cuenta por discípulo a Timoteo, que es hijo de una mujer judía, “que abrazó la fe”. En Filipo (*Hechos*, 16:13-15), Pablo, estando presente Lucas, Silas y Timoteo, habla a las mujeres reunidas, y una de ellas Lidia, negociante de púrpura, la cual había recibido el bautismo, los invitó para que se hospedaran en su casa. El capítulo 18 de los *Hechos* registra el encuentro de Pablo con Áquila, que tenía por esposa a Priscila, que lo acompañó, más tarde, en su viaje a Siria, permaneciendo en Éfeso, donde llega un judío llamado Apolo que recibe orientación de los dos sobre el Camino.

De esos relatos, se puede deducir que había mujeres judías, fuera del ámbito limitado de las sinagogas y de las imposiciones de los fariseos y doctores de la Ley, que participaban, en pie de igualdad con los hombres, en la vida social, en los negocios y en la divulgación de la Buena Nueva. Se puede admitir la influencia de mujeres con posición económica confortable y con influencia en la sociedad, pues los líderes del movimiento cristiano eran

judíos, hombres y mujeres, por ejemplo Áquila y Priscila, que son también nombrados por Pablo en *Romanos* 16, donde él también recomienda a Febe a los Romanos, diciendo: “nuestra hermana, diaconisa de la Iglesia de Cencrea, para que la recibáis en el Señor de modo digno, como conviene a los santos, y la asistáis en todo lo que ella pueda precisar de vosotros, porque también ella ayudó a muchos, inclusive a mí”. Recomienda también a María (debe ser la madre de Juan Marcos) “que hizo mucho por vosotros”; Andrónico y Junia, “mis parientes y compañeros de prisión, eximios apóstoles que me precedieron en la fe en Cristo”; la madre de Rufo, Julia; la hermana de Nereo y posiblemente otras mujeres cuyos nombres no sabemos identificar si se trata de mujeres o no. Pero, en *Hechos*, 17:12 encontramos el registro de que muchos abrazaron la fe “también entre las mujeres griegas de alta posición, y no pocos hombres”.

No notamos en esas referencias y en otros textos de Pablo y de los *Hechos*, las discriminaciones señaladas en los textos dirigidos a los Corintios y a Timoteo. Los registros de los acontecimientos referentes al cristianismo naciente revelan acciones de mujeres en el liderazgo del movimiento tanto en la acción de la divulgación como en el apoyo económico a la causa.

Todos los viajes de Pablo fueron enriquecidos por conversiones de mujeres que se transformaron en dedicadas trabajadoras junto con los hombres y que Pablo consideraba como cooperadoras, misioneras, hermanas, diaconisas (como el caso de Febe).

La mujer en el catolicismo

Con la evolución del movimiento cristiano de los primeros tiempos, cada vez más, se fue afirmando el papel preponderante del hombre que culminó en la organización del movimiento católico, apostólico, romano, para el cual las mujeres, además de representar una amenaza para la salvación del hombre, debían siempre ocupar un papel subalterno, siendo inferiores en la jerarquía sacerdotal, sometidas a la autoridad de algún sacerdote. Pero, si fue así, en el inicio y, en algunas situaciones, así ha permanecido, a lo largo del tiempo, pues, la Iglesia actual se está adaptando, poco a poco, para reflejar el pensamiento de la sociedad en esta época. El Papa Francisco, en un discurso proferido en el Seminario sobre la Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem*, de Juan Pablo II, el día 12 de octubre de 2013, hizo mención a dos peligros potenciales que pueden afectar a la mujer y a su vocación. El primero sería el de

“reducir la maternidad a un papel social, a una tarea, por más noble que sea, pero en efecto pone de lado la mujer con sus potencialidades y no la valora plenamente en la construcción de la comunidad. Esto tanto en el ámbito civil, como en el contexto eclesiástico”. El segundo sería “promover una especie de emancipación que, para ocupar los espacios tradicionalmente ocupados por los hombres, llega a abandonar su cometido como mujer, con los rasgos inestimables que lo caracterizan”, En relación al papel de la mujer en la Iglesia, el Papa Francisco dijo que “la mirada de la fe siempre tiene necesidad de la mirada sencilla y profunda del amor. Los apóstoles y los discípulos tienen dificultades para creer. Las mujeres no”. Dijo, en otra oportunidad: “Pensemos un poco en lo que acontecería si no hubiese religiosas en los hospitales, en las misiones, o en las escuelas. ¡Mas, considerad, una Iglesia sin religiosas! No se puede imaginar: ellas son este don, este fermento que lleva adelante al Pueblo de Dios. Son grandes estas mujeres que consagran la vida a Dios, que llevan más allá el mensaje de Jesús”.

Para el protestantismo

El pensamiento de Lutero sobre el papel de la mujer es contradictorio. Al mismo tiempo que destaca la importancia de la educación de los hijos, de la cual también debe participar el padre y no solo la madre, él afirma que la mujer tiene inteligencia inferior a la del hombre, estando sujeta a las consecuencias del pecado original y debiendo quedar subordinada al hombre, lo cual era también el pensamiento del catolicismo en aquella época. A pesar de eso, se empeñó en establecer escuelas para niños y niñas, pues reconocía la importancia de la educación para ambos sexos y hay registros de que consultaba con su esposa sobre cuestiones de la administración y de la política, aparte de no negar la participación de la mujer en el culto.

A pesar de la multiplicidad de interpretaciones y de las diferencias de tratamiento conforme a las denominaciones protestantes que fueron surgiendo a lo largo del tiempo, según Martin H. Jung¹, citado en artículo de Ruthild Brakemeier, una investigación realizada por él sobre mujeres en la época de la Reforma, vencida la gran dificultad para encontrar las informaciones en archivos de difícil acceso, reveló que las mujeres no fueron simplemente esposas que apoyaban a sus maridos y cuidaban de la casa y de los hijos. Ellas

(1) JUNG, Martin H. Keine Reformation ohne Unterstützung der Frauen. Disponible en: www.buero-fuer-chancengleichheit.elk-wue.de Jung es Profesor de Teología Histórica e Historia Eclesiástica en Osnabrück. Alemania.

estudiaban *La Biblia* y no temieron divulgar las ideas de la Reforma, contribuyendo decisivamente en la propagación del protestantismo. Aunque la mujer tuviese una imagen desvalorizada en la época, muchas, convencidas de la fe evangélica, no se intimidaron ante las discriminaciones y persecuciones. O sea, las mujeres, en el cumplimiento de su papel social, siempre tuvieron y siguen teniendo un lugar preponderante dentro de la Reforma.

Ruthild refiere también que dos libros¹ presentan quince biografías de mujeres, de diferentes condiciones sociales y económicas, que contribuyeron con la Reforma protestante siendo esposas de reformadores, mujeres de la nobleza y de la burguesía. Las biografiadas vivieron en diferentes países de Europa, principalmente en Alemania, y, a pesar de su condición de mujer, tuvieron una importante influencia en sus respectivas regiones, incentivando, por la palabra directa, por la música o por la poesía, la lectura personal de *La Biblia*, lo que no era habitual antes de la Reforma.

Hoy es común encontrar mujeres pastoras en muchas denominaciones protestantes. Son, como los hombres, personas comunes, dedicadas al cumplimiento de los deberes establecidos para el papel que asumen en igualdad de condiciones con los hombres.

La contribución del Espiritismo

En la época del surgimiento del Espiritismo, en Europa, era común, en las reuniones sociales, que las mujeres no se sentasen a la mesa con los hombres para las comidas, especialmente en comunidades del interior.

En un banquete espírita, en Burdeaux, en el año de 1867, después de los discursos de Allan Kardec y del Sr. Jules Peyranne, presidente de la Sociedad anfitriona, Auguste Bez, médium y responsable en aquella época de la publicación del periódico *L'Union Spirite*, tomó la palabra, recordando la siguiente manifestación que había hecho en el banquete del año anterior²:

Los apóstoles [...] nos dieron el ejemplo de la admisión de las mujeres en sus banquetes sagrados. Tanto que la fraternidad reinó entre los prime-

(1) KOCH Ursula. *Die gelebte Botschaft: Frauen der Reformation*. Hamburg: Agentur des Rauben Hauses. 2010.

DOMRÖRE, Sonja. *Fraun der Reformationszeit*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2011, 2010.

(2) MARTINS, Jorge Damas y BARROS, Stenio Monteiro de Barros. *El banquete espírita del pentecostés 1867*. In: Jean Baptiste Roustaing apóstol del Espiritismo. Río de Janeiro, CBBM, 2005. p. 100-102.

ros cristianos, vemos a las mujeres cristianas penetrar en los cenáculos y tomar parte en todos los trabajos de sus hermanos. ¡Muy bien! Ese hábito no se conservó por mucho tiempo; la mujer fue relegada pronto a ese plano secundario, de donde la palabra de Jesús la había hecho salir por un instante, y bajo la dominación de los pretendidos sucesores de los apóstoles de Cristo, ella recae tan bajo, que se llegó a cuestionar solemnemente, en un concilio, si la mujer tenía un alma. Al final decidieron que si la tenía. Pero el único hecho que esa cuestión colocó nos descubre el abismo que se había entreabierto a sus pasos. Después, gracias al progreso de las luces y de la civilización, la mujer está un poco más elevada, pero nosotros tenemos aún mucho por hacer para devolverle al lugar al que ella tiene derecho. Mejor que cualquier doctrina filosófica, el Espiritismo puede y debe rehabilitar a la mujer, porque nos prueba que el alma, esto es, la individualidad, el yo, lo que vive, lo que piensa, no tiene sexo, y que, como consecuencia, desde el punto de vista espiritual, el hombre y la mujer son iguales.

Rompamos, entonces, con los procedimientos del pasado: admitamos a las mujeres entre nosotros con los mismos títulos que los hombres, y trabajemos con todas nuestras fuerzas para hacer desaparecer los prejuicios que hasta ahora relegaron a la mujer al último plano.

Enseguida, entre los brindis incluye a Amelia Boudet, esposa de Allan Kardec, homenajeándola por su actuación junto al Codificador y sigue exclamando:

A las mujeres espíritas, a las esposas y a las madres que han tenido suficiente conciencia de sus deberes y de sus derechos, que han tenido bastante fuerza de voluntad para desafiar los prejuicios que pesan tan injustamente sobre su sexo, y no temieron afirmar; por su presencia en este banquete, la oportunidad del ruego que hasta ahora dirigían a la Sociedad Espírita de Bordeaux.

En fin, a la emancipación completa de la mujer por el Espiritismo, que, probando a todos que el alma de la mujer es igual a la del hombre, que ella tiene el mismo origen y que camina en dirección al mismo objetivo, recorriendo la misma vía, restablece, de manera definitiva esa igualdad que nunca debería ser desconocida.

Efectivamente, en las preguntas 200 a la 202 de ***El libro de los Espíritus*** queda demostrado que el espíritu no tiene sexo y puede reencarnar bien como hombre o bien como mujer dependiendo de sus necesidades evolutivas y los compromisos asumidos anteriormente.

En comparación con las religiones tradicionales, el Espiritismo rompe con la tendencia de atribuir el papel de subalterna a la mujer, teniendo ella el mismo derecho a la manifestación que tiene el hombre en las actividades espíritas. El Espiritismo es, por tanto, más liberal y más justo que otras filosofías de vida, especialmente, en lo que atañe a los derechos de la mujer, pues comprende que no somos hombres o mujeres, pues estamos transitoriamente en la condición femenina o masculina.

De esta forma, el Espiritismo defiende la igualdad de derechos entre los géneros, pues todo Espíritu está dotado de libre albedrío, de la ciencia del bien y del mal y de la capacidad de progresar. Eso es lo que indica la pregunta 817 de *El libro de los Espíritus*, esclareciendo, la 818, que la inferioridad moral de la mujer en ciertos países es el resultado del predominio injusto y cruel que sobre ella asumió el hombre, de las instituciones sociales y del abuso de la fuerza sobre la debilidad. En tiempos pasados, entre hombres moralmente poco adelantados, la fuerza hacía el derecho, pero estamos llegando a un nivel evolutivo en que comienza a predominar el buen sentido y el respeto por las diferencias.

No obstante, sigue aún un asunto que es controvertido en nuestros días. Los Espíritus esclarecen a Kardec, en la pregunta 822, del mismo libro, lo siguiente:

822 – Siendo iguales los hombres ante la ley de Dios, ¿deben serlo, así mismo, ante la de los hombres?

–Este es el primer principio de la justicia: No hagáis a los otros lo que no quisierais que se os hiciese.

–Según esto, una legislación para ser perfectamente justa, ¿debe consagrar la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer?

–De derechos, sí; de funciones, no. Es preciso que cada uno esté colocado en su lugar. Que el hombre se ocupe de lo exterior y la mujer de lo interior, cada cual según su aptitud. Para ser equitativa la ley humana, debe consagrar la igualdad de derechos entre la mujer y el hombre, y todo privilegio concedido al uno o a la otra es contrario a la justicia. La emancipación de la mujer sigue el progreso de la civilización. Su sujeción camina con la barbarie. Por otra parte, los sexos solo existen por la organización física, puesto que los Espíritus pueden tomar uno u otro, no habiendo diferencia entre ellos, bajo este aspecto, por consiguiente, debe gozar de los mismos derechos.

Aquí se evidencia que hay funciones específicas para cada género y que, obviamente, precisan ser cumplidas para beneficio del propio Espíritu que reencarna en el Planeta. En la cuestión anterior Kardec pregunta si las funciones que son destinadas a la mujer por la Naturaleza tendrán una importancia tan grande como las deferidas al hombre y los Espíritus, afirman que sí y hasta mayores, pues es ella quien da al hombre las primeras nociones de vida.

Una visión retorcida, fruto del pensamiento masculino, dominante por mucho tiempo, redujo, en la concepción social, la función primordial de la educación y orientación moral de los hijos a un trabajo de categoría inferior. Por otro lado, no se puede, a título de defender los derechos de la mujer, asumir esa posición equivocada, imponiendo como condición para la liberación de la mujer el abandono del hogar por la multiplicidad de cosas inútiles que podrían ofrecer a los hijos. No obstante, no se puede ignorar, que hay situaciones en las que, si los dos no tienen empleo fuera del hogar, el sustento de la familia se hace difícil en función del costo de vida y de las demandas de la actualidad. Tampoco es lícito ignorar que hay mujeres que tienen buenas aptitudes para el trabajo profesional fuera de casa y poca para la educación de los hijos y los cuidados del hogar.

A raíz de lo que está en la respuesta de la cuestión 822, citada anteriormente, se evidencia que hoy, a la luz del entendimiento del Espiritismo, ya no es importante quien cumpla con las funciones, si el hombre o la mujer, desde que sean atendidas y produzcan los resultados esperados. De esa forma, estamos viendo cada vez más lo que se podría considerar el ápice de la evolución del papel social de la mujer cuando la pareja, en perfecto entendimiento, se complementa en el cumplimiento de las funciones para que la familia esté atendida en todas sus necesidades y aspectos, asumiendo el hecho de que no somos hombres o mujeres, pues estamos transitoriamente en la experiencia que necesitamos para desarrollar los dos tipos de sentimientos que, cuando están equilibrados según nos esclarece André Luiz en el capítulo 20 de *Nuestro Hogar*, dan como resultado en el hogar: los sentimientos femenino y masculino.

Estamos caminando, cada vez más, hacia el equilibrio al superar el egoísmo y desarrollar el sentimiento de solidaridad que es la base de la sociedad del futuro, que para ser construida, exigirá tanto del hombre como de la mujer la donación o entrega de su mejor esfuerzo y, hasta de su propia renuncia.

La participación de la mujer en la implantación del Cristianismo

José Eurípedes García

En la época en la que Jesús estuvo en la Tierra, las mujeres judías eran respetadas por los hebreos como pocas naciones lo hacían en aquel tiempo.

Cumplían con funciones muy diferentes de las del hombre y sus atribuciones eran ejercidas exclusivamente en el ámbito familiar, dedicando sus jornadas en forma completa al marido y a los hijos, lo que les impedía el ejercicio del culto y la asistencia a los templos.

Era creencia general que si las mujeres participaran en el culto distraerían a los hombres y éstos no conseguirían orar adecuadamente.

En el siglo III, Tertuliano sostuvo que la mujer había cometido el primer desliz al incitar al hombre a comer la fruta prohibida, por tanto era pecadora e inclinada al mal.

San Agustín, uno de los Padres de la Iglesia, defendía la tesis de que la mujer había sido creada exclusivamente para la procreación y que a ello debía conformarse. Pensaba que cuidando de la prole y amparando a su marido ya realizaba lo suficiente, no debiéndosele exigir a ella ninguna cooperación de tipo sacramental.

Algunas corrientes religiosas de la época sostenían que a Jesús, siendo hombre, no le correspondía tener mucha aproximación con las mujeres, debiendo estar más cercano a los hombres.

Cuando el Cristianismo sale de las fronteras del antiguo Israel, esparciéndose por otras naciones, encontró a pueblos paganos que adoraban diosas, y para facilitar su conversión, consintió en hacer algunas adaptaciones,

permitiendo por ejemplo, que las mujeres pudiesen asistir a los templos, pero sin una participación activa, y con la condición de ser vírgenes, pues si ya hubiesen practicado sexo eran consideraban impuras e inhabilitadas para el credo religioso.

Por demás estar decir que no era permitido a las mujeres salir a las calles para manifestarse por alguna causa social por la que abogasen.

Pero el mensaje de Jesús buscó romper esos paradigmas, transformando la condición que hasta ese momento había determinado la vida de la mujer. Durante su ministerio de amor, está siempre rodeado de mujeres, algunas buscando ayuda para sí mismas, otras para sus familiares y muchas por sentir que el mensaje divino penetraba en sus corazones liberándolas de las circunstancias que le impedían elevar su posición humana y espiritual.

Innumerables nombres de mujeres, que la historia oficial, escrita por los hombres, no registró, pudieron, algunas de ellas, a través de la *crónica del Más Allá*, por intermedio de insignes médiums, tener la oportunidad de narrar sus actividades.

A continuación haremos, sin ninguna pretensión literaria, un breve relato de algunas mujeres heroicas que colaboraron de forma decisiva a la implantación del mensaje de amor del Cristo en la Tierra. No buscaremos destacarlas por algún orden de importancia, pues no tenemos la más mínima intención de juzgar sus actuaciones y mucho menos saber cuál de ellas habría sido superior a la otra. Igualmente, por la falta de datos, no las mencionaremos por fechas cronológicas, restringiéndonos solo a breves comentarios sobre lo más resaltante de sus vidas, desde el punto de vista moral.

Isabel, madre de Juan el Bautista, el Precursor

El Evangelio de Lucas nos narra que María, estando embarazada, fue a visitar a Isabel, que era su prima, y que Juan el futuro Bautista, todavía dentro del vientre de su madre, Isabel, se movió cuando “escuchó” la voz de la madre de Jesús. La parte más importante de esta narración es el hecho de que María, joven y con un embarazo inusual, buscara a alguien de su confianza para conversar y orientarse. Tengamos presente que ellas vivían, aproximadamente a doscientos kilómetros de distancia, en una época en la que no existían medios de transporte que facilitaran el traslado de una mujer en el estado de María, y que un viaje como éste habría sido realizado a pie o en

algún carro de tracción animal. Reflexionemos, entonces, en la necesidad de María de encontrarse con Isabel, teniendo presente, además de su estado de gravidez, las condiciones materiales de aquel momento. Así, pues, para que María efectuase un viaje en tales circunstancias, debía motivarla la enorme necesidad de hablar con su prima, esperando de ella la orientación adecuada para los problemas que la afectaban en esos momentos. Para comprender esta situación hemos de reconocer que la confianza y afinidad de ésta con Isabel posiblemente se debía a que las dos tendrían la misma evolución espiritual.

Algunos pasajes de *La Biblia* hacen referencia a esta figura extraordinaria de Isabel, incluso con alusión a ese inolvidable encuentro con María, pero Humberto de Campos, por la psicografía de Chico Xavier, en el libro *Buena Nueva*, nos relata otros hechos significativos relacionados con otra visita que ella y su hijo –Juan– hicieron a su prima, María, ya madre de Jesús de Nazaret, cuando los dos eran niños.

Destacamos una pequeña parte del diálogo entre las dos mujeres, cuando Isabel exterioriza sus preocupaciones hacia su excepcional hijo:

“–Lo que me asombra, decía con su cariñosa sonrisa, es el temperamento de Juan, dado a las más profundas meditaciones, a pesar de su corta edad. Con frecuencia, lo busco inútilmente en casa, para encontrarlo casi siempre, entre las higueras silvestres, o caminando a lo largo de caminos áridos, como si su pequeña cabeza estuviese dominada por graves pensamientos”.

Más tarde, esta madre sufrida, entregada totalmente a la causa del amor, supo que su hijo amado fue decapitado en una fiesta en la corte de Herodes, y permanece fiel a la causa del amor sobre la Tierra, desencarnando, según algunos historiadores, alrededor del año veintiocho de la era cristiana.

Las cuatro hijas de Filipe

En *Hechos de los Apóstoles*, encontramos narrada la visita que Pablo hizo a Cesárea y su hospedaje en la casa de Filipe.

No debemos confundir este Filipe con Felipe, el apóstol de Jesús. Filipe era un hombre probo y ardiente divulgador del Cristianismo, en aquella región. Era padre de cuatro hijas, vírgenes, que además tenían el don de profetizar. Al final de las tardes, entraban en trance y por su intermedio hablaban los espíritus para orientar a las personas que recurrían a ellas en busca de ayuda y esclarecimientos.

Imaginemos esta situación en una época de prejuicios contra la mujer y, aún más, de prohibición de evocar a los muertos. En la casa de Filipe las reuniones acontecían con el fin de exaltar la figura divina de Jesús y el Cristianismo naciente.

Dorcas

Existió una congregación cristiana en Jope, en el primer siglo de la Era Cristiana. En esta congregación participaba Dorcas, que es la única mujer mencionada en *La Biblia* a quien se aplica la forma femenina de la palabra discípulo.

No se hace ninguna mención sugiriendo que ella estuviese casada, o que tuviese alguna familia. Por tanto, inferimos que ella vivía sola o que posiblemente era soltera y, además costurera, porque usaba su talento y sus manos para elaborar ropas para los necesitados, principalmente para las viudas. Ella también se dedicaba a consolar a los sufrientes, ayudar a los pobres y llevar alegría a muchas personas tristes. Era querida por muchos, en Jope. Sus buenas acciones la convirtieron en una persona muy amada.

Era una digna discípula de Jesús porque su vida cotidiana estaba repleta de actos de bondad. Sabía quién carecía de ropa confortable y quien necesitaba de alegría, y, espontáneamente, socorría a esas personas. Esta discípula cumplía con una misión admirable la misión reconfortar la vida. Era la promotora de una sociedad de amistades, la constructora de comunidades fraternales.

Cuando la vida de personas como Dorcas, transborda de amor en acción es porque ellas se vuelven más eficientes en retratar el carácter de Dios. Gracias a ellas, el mundo aprende a confiar en lo que los cristianos auténticos hacen, a través de ejemplares acciones que causan grandes impactos en la vida diaria, incluso más que las palabras que pronuncian. Dorcas desplegaba un servicio cristiano poderoso por toda la ciudad de Jope. Vidas como la suya acrecientan valores espirituales en aquellos que las rodean. Es probable que mujeres como Dorcas no hayan sido excepcionales aunque si anónimas, pues solo se dedicaron a vivir para reafirmar la vida entre los más infelices. Ella cumplía muy bien el propósito existencial de un buen cristiano pues sabía vivir fraternalmente, fortaleciendo la moral en las vidas de los más necesitados.

Esto queda explícitamente corroborado por la veneración que despierta

ta cuando ella al final de su vida, enferma y fallece. Después de la confirmación de su muerte, sus amigas lavaron su cadáver y lo colocaron en una habitación en lo alto (cf. *Hechos* 9:37). Un sufrimiento indescriptible alcanzó a todos los que fueron beneficiados por sus manos.

De esta manera, podemos ver que aquellas otras mujeres viudas de aquellos tiempos no eran simples plañideras (señoras que eran contratadas para llorar en los velorios), sino amigas que construían algo en conjunto. Dorcas era conocida por los valores que fomentaba, y no solo por las limosnas y ayudas que ofrecía. Esto causó un impacto tan grande en el corazón de sus amigos que, ante su muerte, expresaron: “¡Una persona como ésta no puede morir!” E, inconformes, mandaron a llamar a Pedro, que estaba en Lida, distante de Jope unos dieciocho kilómetros, al sudeste, con la finalidad de revivirla. Lucas narra el increíble episodio con estas palabras:

“Y, como Lida se ubicaba cerca de Jope, oyendo los discípulos que Pedro estaba allí, le mandaron dos varones, rogándole que no se demorase en venir hasta ellos. Y, levantándose Pedro, fue con ellos; y cuando llegó lo llevaron al cuarto alto, y todas las viudas lo rodearon, llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas les había hecho cuando estaba con ellas. Pero Pedro, haciéndolas salir a todas, se puso de rodillas y oró; y, volviéndose hacia el cuerpo, dijo: ¡Tabita, (Dorcas es en griego y Tabita su sinónimo en arameo) levántate! Y ella abrió los ojos, y viendo a Pedro, se sentó, dándole la mano, y, llamando a las viudas, la presentó viva”.

El milagro de la “resurrección” de Dorcas no muestra tan solo el retorno de una persona, sino, la necesidad de preservar la esperanza de aquellos cuyo ascenso moral ha dependido de ella.

Febe

Sobre Febe las informaciones también son pocas: Sabemos que posiblemente ella fue la portadora de la epístola de Pablo a los Romanos. Comentando sobre ella Pablo dice “ella ha sido el amparo de muchos, protectora de muchos”.

La idea aquí al hablar sobre Febe, es demostrar que ella había ayudado y protegido a creyentes, enseñándoles y proveyéndoles en sus necesidades básicas. También había cuidado de enfermos y ayudado a mujeres creyentes en su trabajo en la Iglesia. Habiendo sido así de gran apoyo para otros creyen-

tes, se hizo merecedora de la ayuda de toda la Iglesia Cristiana, en cualquier localidad donde se encontrase cumpliendo con sus labores. La palabra “patrocinadora” indica, pues, que Febe habría utilizado sus recursos materiales, con el fin de servir a la Iglesia Cristiana que se esforzaba por echar raíces en diversas localidades, sobre todo en su ciudad, Cencrea.

De acuerdo con el Comentario Hebraico del *Nuevo Testamento*, ella fue llamada *shammash*, la persona que cuida de las tareas prácticas de cada día relacionada con el programa de una sinagoga. El equivalente en griego es *diakonos*, que puede ser entendido aquí en el sentido de “siervo” u “obrero”, en sentido general, como normalmente es el caso en el *Nuevo Testamento*. Pero hay una buena razón para pensar que, en este caso, es un término técnico que indica a alguien ordenado para un oficio reconocido en la congregación, y cuyo deber es cuidar de sus cuestiones prácticas.

Es de destacar que esta mujer no solo ocupaba un oficio importante en la congregación de Cencrea, sino que era un *diácono*, no una *diaconisa*. Porque no existía la forma femenina para dicho término. En el texto, sin embargo, Febe, puede ser reconocida como diaconisa, porque tenía todos estos atributos.

En un tiempo en que las mujeres no tenían mucha posibilidad de expresarse y participar en las más destacadas labores religiosas, Febe es una mujer que sobresale tanto en su época, siendo, digna de ser mencionada de una forma tan sorprendente en esta Carta de Pablo. Ella marcó de tal manera su generación con su servicio en favor de los demás, que el propio apóstol se encarga de escribir sobre ella, enviando una solicitud de amparo y apoyo a sus servicios, para la misma.

¿Qué marca la vida de esta mujer al punto de volverse tan especial?

Febe vivió en un mundo completamente diferente del nuestro. En aquella época la mujer ocupaba una posición muy diferente a la de la mujer actual. Primero, porque en la mayoría de los lugares ella no podía auto presentarse, pues precisaría de un marido o pariente para hacerlo; segundo, porque no podía tener propiedades y no podía actuar en público, y en las sinagogas no podía expresar sus ideas. Aunque esta no era la regla general en todos los lugares, sí valía para muchos de ellos. Alguien tal vez califique a esto de prejuicioso, pero se trataba de una costumbre de la época. Vivimos en un mundo distinto donde la mujer ha conquistado una posición muy dife-

rente. Para entender bien la grandeza de Febe es necesario tomar en cuenta el contexto histórico y pensar cuánto tuvo que luchar y que enfrentar para ser reconocida como diácono de su Iglesia.

Loide y Eunice

Pablo conoció a Loide y a Eunice en Listra, en su primer viaje misionero, cuando fue acogido en su casa, y allí enseñó el Evangelio de Jesús y fundó una Iglesia.

Por esa época, Timoteo era un niño que crecía bajo las luces del Evangelio y más tarde se convertiría en el gran continuador de su obra. Entre ellos se formó una gran amistad. ¿Y qué relación tiene Timoteo con Loide y Eunice?

“Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loide y en tu madre Eunice...” (*Segunda Epístola de Pablo a Timoteo* 1:5). Así escribió Pablo mientras estaba en la prisión en Roma, sabiendo que no iría a ver más en la Tierra al gran amigo, Timoteo.

Ser una hija de Dios es, sin sombra de dudas, un gran privilegio. Pero, más allá de este privilegio, existen otros que son verdaderas joyas en nuestra vida. Entre tantos, podemos destacar dos: uno, el privilegio de ser madre; dos, el privilegio de ser abuela.

Como una mujer que amaba al Señor, Loide legó a su hija, Eunice, verdades espirituales que fueron transmitidas a las próximas generaciones.

Para ella, los hijos debían ser obsequios que Dios le estaba concediendo. Ellos serían bendiciones del Señor.

Hablar de Jesús era para ella un placer. En verdad, ella estaba preparando el corazón de Eunice para oír las prédicas del apóstol Pablo que hablaría de Cristo y de la Buena Nueva del Evangelio, que sustentaría la formación de Timoteo.

Loide supo transmitir a Eunice su amor en Cristo, su fe y sus valores cristianos.

La Carta del apóstol Pablo a Timoteo, nos muestra cuán grande fue su empeño en enseñar los principios del Evangelio a sus seres amados.

Priscila

“Material publicado en el periódico *Mundo Espírita* – noviembre/2005”.

Fue en el oasis de Dan, distante un poco más de cincuenta millas de Palmira, ciudad en el desierto sirio arábico, fortificada por el rey judío Salomón, que Saulo, que vendría a convertirse en el Apóstol de los gentiles, los vio por primera vez.

Era una pareja armoniosa, donde “el respeto mutuo, la perfecta conformidad de ideas, la elevada noción de deberes... y sobre todo, la alegría, irradiaban de sus menores gestos”.

Prisca, también llamada Priscila, había sido, cuando niña y huérfana desamparada, sierva de la esposa del hermano de Gamaliel, maestro de Saulo.

Buenos operarios, según el comerciante Ezequías, que los empleaba, eran, cuando llegó allí Saulo, para su exilio espontáneo de tres años, los únicos habitantes.

Se dedicaban a la preparación de tapetes de lana y de tejidos resistentes de pelo caprino, para las barracas de viaje. Vivían ambos la juventud y dotados de buen ánimo, trabajaban con expresiones de alegría.

Prisca era la expresión del cariño. Apreciaba entonar viejas canciones hebraicas, que resonaban en el gran silencio del desierto. Concluía las tareas domésticas y se apostaba junto al marido, en las lides del telar, hasta las horas avanzadas del crepúsculo.

Áquila se dedicaba con tesón a las responsabilidades que le competían, trabajando sin descanso, a la sombra de árboles acogedores.

Cuando caía la tarde, los esposos, después acompañados por Saulo, estudiaban las anotaciones del apóstol Levi.

Ambos habían vivido en Jerusalén y frecuentado las reuniones en la Casa del Camino. No obstante, cuando se desencadenaron las persecuciones comandadas por el entonces orgulloso rabino de Tarso, ellos fueron apresados.

Aquila tenía una tienda de tejidos y su padre, una panadería, que era motivo de la codicia de un cierto Jochai, que varias veces intentó comprarla, sin éxito.

Revestido de autoridad, el infeliz personaje mandó a prender al matrimonio y al pobre viejo, ése, por su parte, no era seguidor de Jesús, aunque simpatizase con sus ideas.

Aquila y Prisca fueron liberados pero el dueño de la panadería en seguida tuvo todos sus bienes confiscados y sufrió en las manos de los verdugos las peores torturas. Cuando fue devuelto a la casa del hijo, murió al día siguiente. Parecía un fantasma al ser traído por los guardias: huesos quebrados, heridas abiertas, el cuerpo lleno de contusiones por los azotes. A pesar de todo, la pareja no odiaba a Saulo, pues había aprendido con Pedro a perdonar y a bendecir al perseguidor.

Cuando, pasados unos meses, Pablo se identifica como el perseguidor Saulo de Tarso, recibe el abrazo fraterno de Aquila y las mejores consideraciones de Prisca. Él ya había conquistado sus corazones, por la humildad y los extensos diálogos en torno a la Buena Nueva.

Ante las revelaciones del extraordinario encuentro de Saulo con Jesús, a las puertas de Damasco, decidieron que deberían salir del desierto para proclamar los favores de Jesús por todo el mundo.

Además del Evangelio, tenían ahora también las notas de la visión de Jesús resucitado para ilustrar su palabra. Su sueño mayor era ir a Roma y anunciar a Cristo a los hermanos de la antigua Ley.

Fue así que dejaron el oasis, en ocasión del paso de una gran caravana que los condujo a Palmira, donde fueron inicialmente acogidos con desvelado cariño por la familia de Gamaliel.

Por el año cincuenta, Áquila y Prisca se volverían a reencontrar con Pablo, en Corinto. “Áquila y la compañera hablaron largamente de los servicios evangélicos, a los cuales habían sido llamados a realizar por la misericordia de Jesús.

Conforme a sus planes, habían estado en Roma por algún tiempo, haciendo las primeras prédicas del Evangelio. Los judíos les habían declarado la guerra y, cierta noche, contó Prisca que, estando sola, un grupo de israelitas invadió su casa y la azotaron duramente.

Cuando Áquila llegó, la encontró bañada en sangre. Todo lo narran, entre exclamaciones de regocijo por el honor de servir a Cristo.

A instancias de Pablo, emprenden esfuerzos para fundar una iglesia en Corinto.

En el año 52, acompañaron a Pablo a Éfeso, instalándose allí. Cuando un cierto Apolo, judío elocuente, natural de Alejandría, vino a Éfeso, fueron Aquila y Prisca quienes le expusieron minuciosamente la Buena Nueva, habiéndose tornado él, un predicador.

Con él, fueron a Corinto y por la vehemencia de sus discursos, convencía públicamente a los judíos, mostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo.

De regreso a Éfeso, Áquila y Prisca sufrieron nuevas persecuciones. Su sencillo taller fue totalmente destruido, quebrado los telares, botado a la calle las piezas de cuero. La pareja fue apresada y solo los liberaron, después de la movilización y de los mejores empeños de Pablo.

Renán, el autor francés, al referirse a la fundación de la Iglesia de Roma afirma que no se sabe, con exactitud, quién la habría fundado. Pero, afirma que con toda certeza, los miembros más antiguos de esa Iglesia serían Aquila y Prisca.

Para Pablo, desde el oasis de Dan fueron queridos amigos, que él volvería a encontrar en Roma. Los llamó sus cooperadores en Jesucristo, afirmando que expusieron sus cabezas por la vida de Él. A ellos dirigió, en sus Epístolas, innumerables saluciones, como pueden ser encontradas en la *Primera Epístola a los Corintios*, 16:19, en la *Epístola a los Romanos*, 16:3 al 5, y en la *Segunda Epístola a Timoteo*, 4:19”.

Priscila (Prisca es un diminutivo de su nombre) fue una de las mujeres más destacadas del inicio del Cristianismo, pues siendo mujer afrontó todas las dificultades de la época volviéndose una predicadora del Evangelio.

Era tan grande su autoridad que muchas veces en *La Biblia* su nombre es mencionado antes del nombre del marido, cosa inaceptable para la época. Destacamos además el hecho de que cuando vivía en Roma, por decreto del Emperador Claudio, dejó la ciudad yendo para Éfeso y Corinto donde consolidó su trabajo evangélico al lado de su esposo.

Abigail

La hermana de Jeziel, más tarde Esteban, siempre se caracterizó por ser una persona dócil, de principios elevados y de intensa sensibilidad.

Ejerció gran influencia sobre Saulo de Tarso quien se enamoró de ella

y viajaba de Jerusalén a Jope frecuentemente para estar a su lado. En la adolescencia había perdido a su padre, víctima de persecuciones atroces hechas por un patricio romano, que tenía el deseo de tomar posesión de una pequeña heredad que pertenecía a su padre.

Su hermano, Jeziel, había sido vendido como esclavo y ella, huyendo de las persecuciones, fue a residir en la casa de un matrimonio en Jope que la adoptó como hija del corazón.

Por ironía del destino, ella fue, sin saberlo, al encuentro de su hermano en el día de su ejecución, víctima de las persecuciones que su novio, Saulo de Tarso, aplicaba contra los cristianos. Quien lea el libro *Pablo y Esteban*, no conseguirá contener las lágrimas frente a la descripción memorable de aquella escena por parte de Emmanuel. Pedimos permiso a nuestros lectores para transcribir una pequeña parte de aquel momento conmovedor.

“...La joven escuchaba sus últimas palabras, muy conmovida. Le enjugaba el sudor sanguinolento del rostro, que se iluminaba de una serenidad superior.

...Abigail... Murmuraba aun como en un soplo –me voy en paz... Quisiera oírte en la oración de los afligidos y agonizantes...

Ella recordó los últimos momentos del suplicio del progenitor, en el día inolvidable de la separación en los calabozos de Corinto. De repente, comprendió que, allí, otras fuerzas se encontraban en juego. No solo Licinio Minucio y sus secuaces crueles, sino su propio novio, se habían transformado en verdugos, por una terrible equivocación. Acarició con más cariño la cabeza sangrienta, acogió al moribundo junto a su corazón, como si fuese un adorable niño. Entonces, a pesar de mantenerse rígido e inquebrantable en apariencia, Saulo de Tarso observó, con mayor nitidez, un cuadro que nunca más se saldría de su imaginación. Guardando al moribundo en su regazo fraterno, la joven elevó la mirada a lo Alto, mostrando las lágrimas que le caían pungentes. No cantaba, pero la oración le salía de los labios, como la súplica natural de su espíritu a un padre amoroso que estuviese invisible:

*Señor Dios, padre de los que lloran,
de los tristes, de los oprimidos,
fortaleza de los vencidos,
consuelo de todo dolor,
aunque la miseria amarga*

*de los llantos de nuestro yerro,
en este mundo de destierro,
¡clamamos por vuestro amor!*

*En las aflicciones del camino,
en la noche más tormentosa,
vuestra fuente generosa
es el bien que no secará...
Sois, en todo, la luz eterna
de la alegría y de la bonanza
nuestra puerta de esperanza
que nunca se cerrará.*

*¡Cuando todo nos desprecia
en el mundo de la iniquidad,
cuando viene la tempestad
sobre las flores de la ilusión!
Oh, Padre, sois la luz divina,
el cántico de la certeza,
venciendo toda aspereza,
venciendo toda aflicción.*

*En el día de nuestra muerte,
en el abandono o en el tormento,
tráenos el olvido
¡de la sombra, del dolor y del mal!...
Que en los últimos instantes
sentamos la luz de la vida,
renovada y redimida
en la paz dichosa e inmortal.
.....”*

Abigail se torna más importante para el Cristianismo a partir del momento en que su presencia actúa decisivamente en la mente de Saulo, preparando su campo vibratorio para la aceptación de Jesús. Su figura siempre presente en los recuerdos de Pablo, su constante compañía espiritual, deja marcas y ánimo en el gran divulgador del mensaje de Jesús.

María Marcos

Esta mujer es mencionada una sola vez en *La Biblia*, ella se destacó por su valor en un tiempo donde la persecución de Herodes Agripa a los cristianos era muy dura; él ya había matado a Santiago y Pedro estaba preso, listo para ser ejecutado también.

María fue una mujer acaudalada, con siervos y una casa suficientemente amplia, donde pudo acoger a la congregación de Jerusalén en ese momento tan difícil.

A pesar de los riesgos que existían, esa mujer abrió las puertas de su casa a los cristianos; fue hacia donde Pedro se dirigió cuando fue liberado de la prisión por el Ángel, mientras los cristianos estaban en su casa orando para que sucediera este acontecimiento.

Ella fue en su época ejemplo de hospitalidad y valor, su hijo vino a ser el líder de la Iglesia y autor del Evangelio de Marcos.

Era hermana de Bernabé, amigo y compañero de Pablo de Tarso en la Iglesia de Antioquía y estuvo con él en su primer viaje misionero.

María vendió sus bienes para costear el mantenimiento de la Casa del Camino y dar apoyo a los apóstoles en sus tareas. La tradición cristiana, comenta, sin confirmación, que la última cena fue celebrada por Jesús en su casa.

Podríamos continuar describiendo la vida de otras mujeres más que actuaron con entrega total en la divulgación de la Buena Nueva, pero este artículo podría tornarse muy largo.

No obstante, no queremos dejar de mencionar que en el momento de la crucifixión hubo mujeres acompañando a Jesús en su calvario. Estaban con Él, además de su madre, algunas mujeres piadosas, entre las cuales podemos destacar a:

María Magdalena, la convertida, que acompañó a Jesús, y después fue a cuidar de leprosos en las proximidades de Jerusalén, siéndole fiel hasta la muerte, víctima del mal de Hansen. (1)

(1) Se denomina mal de Hansen a la lepra. Se trata de una enfermedad infecciosa producida por la bacteria *Mycobacterium leprae* descubierta en 1874 por el médico noruego Gerhard Armauer Hansen, debido a lo cual se le denomina bacilo de Hansen.

En 1987 el investigador venezolano Jacinto Convit fue distinguido con el Premio Príncipe de Asturias por descubrir la cura para esta enfermedad.

Salomé, madre de los apóstoles Juan y Santiago.

María Cleofas, madre de Santiago, el joven, Judas Tadeo y Mateo Levi.

Juana de Cusa, quien, fiel al Evangelio, se deja martirizar en Roma en el año sesenta y ocho de la era cristiana, siendo un ejemplo de amor. Y cuando el verdugo le pregunta si Jesús solo enseñó a morir, ella contesta: “No solo a morir, sino también a amarte”.

También estuvo con María, en la hora de su infinito dolor, una mujer llamada Verónica, que en algunas tradiciones se llama Berenice, la cual en el momento del calvario, habría cedido su velo para secar el sudor de Jesús, cuya imagen de su rostro quedó impregnada en aquel memorable tejido. Verónica es la misma mujer que sufría de hemorroides sangrantes, y que, en un acto de fe y de valor, fue sanada por Jesús.

Amelia Rodrigues, así mismo, nos habla que la mujer adúltera, después de ser atendida por el Maestro, y renovada, montó una casa de asistencia a los necesitados en la región de Tiro, transformando aquella humilde residencia en un foco de luz que iluminaba a las personas de aquella región.

Y León Tolstoi, por la psicografía de Cirinea Yolanda Maffei, dictó un libro con el título *Mujeres Fascinantes*, en el cual nos narra historias de varias mujeres anónimas que al influjo de la vibración del Maestro transforman sus vidas y actúan decisivamente en las comunidades en las que viven, esparciendo las luces del Evangelio.

* * *

Al finalizar este artículo queremos enaltecer el papel de las mujeres en la divulgación y principalmente en la siembra de enseñanzas del Evangelio, primeramente, en las mentes y corazones de sus familiares y amigos. Por su sensibilidad, la mujer se transformó en un vehículo extraordinario y privilegiado para la expansión e implantación de la Buena Nueva en la Tierra.

Correo electrónico del Autor: jeeuripedes@yahoo.com.br

¿Mujer luz o mujer tierra?

Joamar Zanolini Nazareth

“La mujer es una copa en la que el Todo Sabiduría vierte el agua milagrosa de su amor con más intensidad, para que la vida se engrandezca”.

André Luiz – Francisco Cândido Xavier.

Entre la Tierra y el Cielo, cap. XXXIX, pág. 231,
IDE-Mensaje Fraternal.

¡Bendecidas sean todas las mujeres!

Encarnar como mujer, es una oportunidad bendita que la Ley Divina ofrece a todos los Espíritus en su caminata rumbo a Dios. Lamentablemente, muchos no aprovechan una circunstancia tan importante.

¿Por qué venir hombre o mujer?

En la caminata evolutiva es preciso que adquiramos los nobles valores desarrollados con la ayuda de la razón y del sentimiento. Es solo cuando el Espíritu llega a reconocer y valorar cada encarnación como una ocasión de servir y mejorarse, que las experiencias en el plano físico son mejor aprovechadas por él, sobre todo cuando busca, a través de la luz de la labor edificante, sembrar flores incluso en el charco.

La Providencia Divina instituye campos de trabajo para que el ser inmortal cultive los atributos para desarrollar las dos alas que le permitirán alzar vuelos rumbo a una perfección mayor del Espíritu.

Por eso, en el reino de la Naturaleza el Padre Eterno creó el género masculino y el género femenino. Ambos con tareas y obligaciones específicas que servirán de escuela para la adquisición de virtudes y sentimientos sublimes. Pues, para subir los peldaños de la escalera de la evolución, necesitará el Espíritu aprender de las experiencias de ambos géneros.

No obstante, el ascenso no lo logra el Espíritu de forma homogénea, desarrollando, a igual ritmo, razón y sentimiento, es decir, la capacidad de analizar, dirigir, intelectualizarse con la capacidad de emocionarse sentir y amar.

Cuanto menos evolucionado es el ser espiritual, más apegado se encuentra a la materia, y tiende a recurrir más a la violencia que al buen sentido, persiguiendo el poderío y no la sabiduría, para dominar y subyugar antes que compartir y abrazar.

Las vivencias en el género masculino, escuela en la que el Creador, desde los primeros tiempos talló un instrumento útil al desarrollo de la fuerza y el vigor necesarios para domar el ambiente agreste de la vida planetaria, dando con ello inicio al despliegue de su inteligencia que le conduciría a crear los recursos necesarios para no sucumbir ante ese medio donde iniciaría la fase de la razón y precisaría de ser más viril para poder imponerse ante un ambiente hostil y proteger a los suyos, ayudaron a forjar en el Espíritu un instinto con el que sería más fácil desenvolver la razón, sin detrimento de un mayor despertar de su sensibilidad.

Al mismo tiempo, en las vivencias en el género femenino, talló Dios, igualmente en el período primitivo, un cuerpo en que la forma más graciosa, la constitución más diversificada, en la que la jurisdicción Divina propició la generación de los nuevos seres, contribuiría a forjar en ella un instinto en el que el sentimiento orientaría a la razón.

Vemos entonces, como todo Espíritu llega a encarnar como mujer, y con ello adquirir un impulso especial para alcanzar un mejor camino para la conquista de ese sentimiento supremo que es el amor, energía creadora, renovadora y sustentadora de la vida.

Por eso, el Espíritu que se engrandece como mujer, a través del sentimiento, se aproxima más aceleradamente a Dios que aquel otro que se conforma solo con desarrollar la razón.

Para alcanzar las cimas en vuelo soberano es menester que el espíritu desarrolle ambas alas: la de la sabiduría y la del amor, repito.

Ningún ave consigue alzar el vuelo hacia lo alto con alas desproporcionadas. Del mismo modo hasta que no consigamos desarrollar plenamente nuestras dos alas seguiremos pegados al suelo de la escuela planetaria. Pero si aún no podemos volar, al menos podemos caminar en la dirección del bien, buscando apartarnos de nuestras imperfecciones, e intentar con fuerza, llegar cada vez más alto en el ideal superior con el auxilio de la escalera del servicio cristiano, teniendo, aunque sea de manera difusa, una idea de lo Alto.

Es importante aprovechar las experiencias que la escuela del cuerpo físico sexuado nos permite vivir.

La opresión de la mujer y la igualdad necesaria

En el pasado los hombres valoraron más la fuerza bruta, y así en vez de proteger, amparar y compartir con la mujer, terminaron subyugándola, dominándola y abusando de ella, creando las condiciones de sufrimientos y constreñimientos que aún persisten en el universo femenino.

Con su libre arbitrio, el Espíritu hombre instituyó una sociedad patriarcal y machista, causando sinsabores y angustias a los semejantes que portaban un cuerpo femenino.

La experiencia femenina que serviría para ayudar a desarrollar en la Tierra valores nobles, que beneficiarían al Espíritu al venir al mundo en forma femenina, principalmente a través de la sublime experiencia de la maternidad, acabó por constituir para las almas que transitan en tal género, un pesado camino de dolor, injusticia, abuso y esclavitud a los caprichos masculinos.

Sordo a los consejos de lo Alto que le alertaban sobre la Ley de acción y reacción, se olvidó el espíritu encarnado en los hombres que tendría que vivir todas las experiencias necesarias para fundir las virtudes producto de la razón y del sentimiento, pasando para eso por la experiencia de la feminidad, la cual ellos mismos tendrían que vivenciar para su propio escarnio.

De este modo, con la instauración del patriarcado –además, en un mundo de pruebas y expiaciones–, las vidas desarrolladas por hombres y mujeres se polarizaron al extremo, de manera que la razón ejercida en forma prepotente y exclusiva por los primeros, terminó desvalorizando y doblegando las tareas que propician el desenvolvimiento de los sentimientos sublimes para el Espíritu en el cuerpo femenino.

Los espíritus que encarnan como hombres se vieron tentados al uso severo de la fuerza y, cuando no, a establecer el dominio con ayuda de la razón; mientras que los que encarnan como mujer se vieron forzados a disminuir sus dotes intelectuales y encontraron un campo fértil para el desarrollo de su sensibilidad a través del sufrimiento y la resignación.

En estas condiciones se hizo más fácil al espíritu el progreso intelectual, que ante estas condiciones se hacía más rápido y menos doloroso que el desarrollo de sentimientos sublimes, que entonces se hizo más lento,

gradual por el peso de la violencia y el sufrimiento. La capacidad más exaltada fue, en consecuencia, la intelectual, desvalorizándose así, por siglos, importantes realizaciones que proporcionarían una experiencia femenina no sometida a tales condiciones terribles.

Esto explica por qué es tan necesaria a la misión libertadora y redentora de la mujer del yugo patriarcal.

La respuesta sabia de los Mentores Espirituales a Allan Kardec en la pregunta 821 de *El libro de los Espíritus* indica la importancia de la misión de la mujer:

821 – Las funciones a las que está destinada la mujer por la Naturaleza, ¿tienen tanta importancia como las reservadas al hombre?

–Sí, y mayores; ella es quien le da las primeras nociones de la vida.

Lamentamos que en lugar de comprender la importancia de la experiencia liberadora de la tarea femenina, como escuela bendita para el cultivo de la sensibilidad del espíritu, se promuevan discusiones infructíferas, estériles e interminables sobre la superioridad del hombre en relación con la mujer.

Esto es insensato, pues el espíritu inmortal, en su trayecto hacia la perfección, solo tiene un género transitoriamente definido por el conjunto más acentuado de los valores de la masculinidad o de la feminidad en función de sus más recientes experiencias, porque, como se dijo anteriormente, en esencia el espíritu no tiene sexo.

No es tan sencillo con la denigración del género femenino, el proceso de evolución del espíritu. La herramienta física indica posibilidades y aprendizajes, pero el aprendiz que no desee oír las orientaciones que lo conduzcan al buen aprovechamiento del instrumento y lo utiliza mal, no aprende casi nada bueno en el arte de vivir. En este sentido, nada bueno aprende al venir y ser tentados como hombres a hacer mal uso de la razón, en detrimento de su propio desarrollo como seres sensibles; y poco aprenden al encarnar como mujeres, llevando una existencia, en la cual no logran descubrir el amor con sus compañeros masculinos. Pero ello puede hacer que, como mujeres, busquen en Jesús la inspiración para el resguardo de sus sentimientos o unirse con sus congéneres para contrarrestar los abusos de los hombres machistas.

La azada que tritura y caba la tierra, también puede herir al semejante.

El libro que esclarece, también sirve para calzar una mesa desnivelada.

El tenedor que facilita la alimentación saludable, también fue usado para herir el vientre de un misionero de la caridad en la Tierra (nos referimos al maltrato que sufrió Chico Xavier por parte de su madrina).

La pluma que enriquece la lección, también firma la pena de muerte.

El dinero que es invertido en hospitales y escuelas también puede ser empleado en la propagación de tóxicos.

La energía eléctrica que ilumina la residencia también permitió la tortura a víctimas indefensas.

El agua que mantiene la vida también puede ser foco irradiante de enfermedades.

La mano que acaricia puede ser la misma que agrede...

Quien desee crecer, encontrará en el buen uso de la herramienta un instrumento propiciador de conocimientos y habilidades. Quien no lo desee desperdiciará el equipo, relegándolo a la inutilidad o a la herrumbre.

Los siglos y milenios pasados fueron de mucha opresión para la mujer, por lo tanto, los que encarnaron en cuerpos femeninos, se vieron en medio de dolores y luchas agudas, iluminando, no obstante, las almas que supieron aprovechar la experiencia, incluso dolorosa, mientras otras, aunque sin premeditación, permanecieron en la rebeldía y en resentimiento, desperdiciando la ocasión de crecer en la adversidad y en el sufrimiento.

Al avanzar la sociedad en sus leyes y patrones sociales, se libera a la mujer de la discriminación y el maltrato.

Los derechos deben ser iguales para hombres y mujeres. Dios ejemplifica por medio de sus leyes, como informan los Instructores Espirituales en la pregunta 818 de la obra *El libro de los Espíritus*: ¿No ha dado Dios a ambos la inteligencia del bien y del mal y la facultad de progresar?

Aún se debe hacer un gran esfuerzo en ese sentido. En Oriente la mujer es tratada todavía con prejuicios y con marcada desigualdad, no teniendo derechos análogos al hombre. En Occidente se avanzó mucho, pero aún no goza de igualdad plena de derechos. En unos países más, en otros menos, aún existen desigualdades que vencer.

No es a causa de que se instituya la igualdad que perderá el espíritu la ocasión de desarrollar valores diferenciados cuando encarne en un cuer-

po masculino o femenino. Incluso existiendo derechos iguales, la Naturaleza mantiene requisitos especiales que determinen experiencias diferentes. El hombre, por más que el espíritu encarnado en él, busque desarrollar su sensibilidad, no vivirá la sublimidad de la experiencia maternal, mientras que la mujer, incluso teniendo acceso total al conocimiento disponible en el mundo, no posee la constitución masculina que le permita desempeñar determinadas tareas duras que solo el hombre puede afrontar.

Asistiendo tiempo atrás a un documental sobre una empresa constructora de la capital paulista que contrata normalmente hombres y mujeres para trabajar en las obras y, naturalmente, evaluando las habilidades de cada uno, las mujeres asumieron plenamente la instalación de pisos y revestimientos en las paredes, pues sus habilidades de mayor delicadeza y tacto les permitían ser mejores en esa área, mientras los trabajos pesados eran mejor realizados por los hombres. Es obvio que encontraremos mujeres en tareas más ásperas y hombres haciendo labores más delicadas, pero eso será en la medida en que haya una natural adaptación de unos y otros.

Del mismo modo encontramos mujeres en las autopistas conduciendo camiones gracias a los progresos de la dirección hidráulica y hombres cuidando niños en albergues, pero no será una regla general y dependerá de las habilidades individuales del espíritu ya desarrolladas en existencias anteriores. Por mucho tiempo aún será más seguro que los hombres conduzcan camiones y las mujeres, por tener más tacto, tendrán que lidiar con niños.

La aclaratoria en cuanto a eso ya fue dada por los Espíritus también en la primera obra de la Codificación, en la pregunta 819:

El hombre es para los trabajos rudos, como más fuerte que es; la mujer para los trabajos ligeros, y ambos para ayudarse mutuamente a pasar las pruebas de una vida llena de amarguras.

Ciertamente surgirán voces exaltadas diciendo: pero las mujeres hoy día se fortalecen físicamente, entrenan en artes marciales, entre otras cosas.

Respondemos que está ahí otra prueba. Necesitan de técnicas especiales y arduo entrenamiento para nuevas áreas de trabajo y deportivas, pero, naturalmente no pueden ni necesitan un mayor desarrollo muscular.

También pueden los hombres estudiar pedagogía y educación y dedicarse a tales áreas. Pero la habilidad adquirida no se equipara al tacto natural de las mujeres para lidiar con niños.

¿Basta ser mujer?

Se dijo que el Espíritu en esencia no tiene sexo, debiendo encarnar como hombre y como mujer, para aprender los valores de ambas experiencias.

Cristalina la enseñanza dada en la pregunta 201 y 202 de ***El libro de los Espíritus***.

201 – El Espíritu que animó el cuerpo de un hombre, ¿puede en una nueva existencia, animar el de una mujer?

–*Sí, unos mismos Espíritus animan a los hombres y a las mujeres.*

202 Cuando se es Espíritu, ¿hay preferencia para encarnarse en el cuerpo de un hombre o de una mujer?

–*Eso poco importa al Espíritu, pues escoge según las pruebas que ha de soportar.*

Y acota Kardec:

Los Espíritus se encarnan hombres o mujeres porque carecen de sexo. Como deben progresar en todo, cada sexo, como cada posición social, les ofrece pruebas y deberes especiales, además de la oportunidad de adquirir experiencia. El que fuese siempre hombre, no sabría más que lo que saben los hombres.

Por un principio de educación, la vivencia en una o en otra de las polaridades sexuales se hace por vía de seguidas reencarnaciones, pero entonces, tarde o temprano, surge la necesidad de vivir las experiencias de la otra polaridad. En otras palabras, para aprender lo que la masculinidad y la feminidad proporcionan, el Espíritu amerita reencarnar muchas veces en la misma polaridad, para fijar el aprendizaje y crecer con tal experiencia.

Solamente la repetición posibilita el aprendizaje real. Los cambios de una polaridad a otra no son, como regla, hechos apresuradamente.

Surge otra inevitable pregunta: ¿Las mujeres de hoy son Espíritus que vienen reencarnando desde hace mucho tiempo en cuerpos femeninos?

No todas, indudablemente. Hay las que ya demuestran enorme patrimonio y grandeza de alma; pero en los días modernos, en que la facilidad de

extraviarse en un mundo de pasiones y llegar al fondo del lodazal del propio egoísmo viene acometiendo a las criaturas, sean hombres o mujeres, sirven tales circunstancias como pruebas para generar valores reales en cada una.

Observamos Espíritus que traen muy elevada dignidad femenina o que apenas lucen un cuerpo de mujer, buscando solamente la perfección del cuerpo verificando por dentro un vacío enorme de espiritualidad.

El culto al placer egoísta, al sensualismo sobrepujado, y al auto irrespeto, la entrega desequilibrada a los vicios y a la embriaguez de los sentidos demuestra y expone los malos instintos traídos por el ser, bien sea en la forma masculina o femenina.

Hay mujeres diferentes.

Ningún Espíritu es superior solo por *vestir* un cuerpo femenino.

¡Si fuese así de fácil, bastaría con aumentar el número de Espíritus encarnando en cuerpos de mujeres, y pronto estaría, entonces, concluido el trabajo del Tercer Milenio!

Pero tales argumentos son ingenuos.

¡Ya está bien de disputas inútiles!

La disputa necesaria que precisa afrontar la mujer es con sus propias tentaciones en el mundo moderno.

Encontramos entre las reflexiones espirituales traídas de la Espiritualidad Superior el análisis lúcido de que “no basta nacer mujer, sino serlo de la mejor manera”.

En otras palabras, hay mujeres que ya se engrandecieron en la experiencia femenina y hay mujeres que aún no han aprovechado la elevación de la tarea que les fue asignada oportunamente por Dios. En otras palabras hay mujeres cuyas experiencias han contribuido a fortalecer su Espíritu en valores, y mujeres sometidas por las circunstancias.

André Luiz, en la obra *Entre la Tierra y el Cielo* enaltece una de las circunstancias que ha ayudado a forjar valores en el Espíritu humano —la maternidad—: *La maternidad es un sagrado servicio espiritual en el que el alma se demora siglos, en la mayoría de las veces perfeccionando cualidades del sentimiento.*

Por su parte, Emmanuel se refiere a la otra circunstancia en la que el Espíritu con instintos malsanos pervierte su progreso cuando encarna como mujer:

“Pero, ese mismo joven distinguido, fue en el pretérito —en existencias que ya se fueron— la víctima de ella misma, cuando, libertina o caprichosa, le desfiguró el carácter, metamorfoseándolo en el hombre vicioso o fingido que le compete tolerar y reeducar”.

No abdicar de la femineidad

Con tales reflexiones no acusamos o rebajamos la grandeza de la mujer. Toda criatura es digna de comprensión y respeto, incluso cuando yerra en las difíciles lecciones de la carne, y con certeza merece de todos nosotros el apoyo y el reconocimiento que los procesos de renovación nos invitan a no juzgar, sino a incentivar la superación de nuestras imperfecciones para retomar el camino del engrandecimiento.

Solo nos mueve la intención de exaltar la grandeza de los grandes Espíritus encarnados en cuerpos de mujeres, que sufrieron largamente en el transcurso de los siglos para adquirir extenso patrimonio en el campo del sentimiento, sin valorar la forma en detrimento de la perfección íntima. La materia debe ser aprovechada por el Espíritu para su mejoramiento y elevación.

No será la vestimenta física la que revelará el tenor de las conquistas del Espíritu, al contrario, es el Espíritu el que utilizará su grandeza para dignificar la vida física.

Como dice André Luiz en la misma obra citada antes, con respecto a la oportunidad que un Espíritu puede encontrar en uno de los aspectos más significativos de la femineidad; la maternidad:

“En verdad, la mayoría de las madres está constituida por un sublime grupo de almas en las más bellas experiencias de amor y sacrificio, cariño y renuncia, dispuestas a sufrir y a morir por el bienestar de retoños que la Providencia Divina confió a sus manos tiernas y dedicadas”.

Y, en ese mismo sentido, Emmanuel apela al buen sentido del Espíritu cuando nace mujer:

“...no comprendemos como legítimo ese movimiento de masculinización espectacular, preconizada por innumerables orientadores del feminismo, los cuales engañan a la mujer en cuanto a sus obligaciones en el seno de la colectividad”.

Y complementa: *La mujer no precisa masculinizarse. Precisa educarse dentro de su femineidad.* Es decir, subvertir el orden que el Espíritu masculinizado machistamente ha impuesto, y contribuir a su sensibilización.

No pervierta el Espíritu el instinto maternal cuando encarna en el cuerpo de una mujer, para que no se le ocurra abandonar a su pobre hijo en un balde entre escombros.

Sea, como mujer, un Espíritu que equilibra el instituto doméstico, incluso trabajando fuera, y no el que, de manera egoísta, desprecia al marido –su hermano espiritual– porque no atiende sus caprichos.

Sea la mujer que esparce el perfume de su femineidad en cualquier lugar y no la que menosprecia ser reconocida como tal.

Sea, como mujer, un ser que no abdica de su sensibilidad, para infligir dolor a sus semejantes.

Sea, como mujer, un Espíritu que se emociona y sensibiliza y no alguien que se burla de la emotividad ajena.

Sea, como mujer, un alma que valora el poder del sentimiento y que no lo considere como flaqueza.

Sea, como mujer, una persona que busca la satisfacción sexual valorando el amor.

Que sea una mujer que, incluso en medio de los compromisos humanos, busca un tiempo para pensar en la posibilidad de ser madre y no consumir su tiempo en la perfección de las formas físicas...

Señor, en estos días en que vemos la manipulación de la belleza femenina como un producto comercial, o como un objeto de placer, y en que tantas se pervierten usando su gracia femenina para dominar, consumir, obtener, envilecer, enriquecerse y nadar en el falso placer, te rogamos, Señor, que inspires a esos Espíritus que mal usan sus vidas como mujeres a dignificarse y a sublimar las obligaciones que caracterizan la luz de la femineidad, sin vanidades y falsos supuestos de haber escalado algún peldaño hacia lo Alto por la simple utilización de la forma femenina.

Ayúdalos Señor, a ver el horizonte claro, si abdicasen de los engaños humanos y asumiesen el papel que Dios les convidó a desempeñar.

En fin, Señor, que aprendan esos Espíritus a ser mujeres de alma y no solamente de cuerpo...

Bendecida sea la verdadera femineidad en el Espíritu

¡Espíritus en cuerpos de mujeres! En este momento delicado que vive la Humanidad, más necesitamos todos de que aprendan a ser grandes mujeres que saben usar de sus nobles conquistas del sentimiento y de su inteligencia, para elevar el patrón de su espiritualidad.

Ocupen todas las posiciones en la sociedad, con el brillo de la experiencia única que les da la femineidad, y no repitiendo engaños que la masculinidad desastrosamente multiplicó a través de los siglos.

El Espíritu que sabe valorar su patrimonio interior y que ya vivió mucho y sufrió en la experiencia laboriosa como mujer a través de los siglos, tiene un papel preponderante en la construcción de la nueva sociedad.

El Espíritu que aún no traiga tan extenso caudal por no haber vivido tal experiencia con tanta libertad como otrora, o que sienta el llamado de la ilusión humana con mucho clamor, le pedimos superar la sombra del materialismo y utilizar la bendita oportunidad de la encarnación femenina para engrandecer y pavimentar el futuro con los luminosos esfuerzos del servicio a los demás.

Exaltemos al Espíritu que ha sabido sublimarse en el cuerpo de una mujer, de la forma tan bien expresada por André Luiz en la obra *En el Mundo Mayor*; al hacer alusión al papel convencional, pero no poco meritorio, que tradicionalmente ha tenido aquella que cumplir, en la sociedad patriarcal:

“La mujer, santificada por el sacrificio y por el sufrimiento, se convierte en portadora del divino amor maternal, que interviene en el mundo para ennoblecer el sentimiento de las criaturas. (...)

La mujer digna y generosa, excelsa y cristiana, olvida el mal y ama siempre”.

¡Espíritu en el cuerpo de una mujer! Usted tiene en las manos el poder de transformar este mundo, porque tiene la oportunidad de desarrollar una capacidad mayor de sentir y comprender, perdonar y amar.

¡No se entregue a luchas inútiles por la materia perecible y transitoria!

Como nos dice la iluminada Aura Celeste, *Es indispensable que la mujer cristianizada se disponga a ejemplificar los mayores sacrificios a fin de que el erguimiento terrestre no se haga esperar.*

¡Espíritu encarnado en Mujer!, ¡Deseamos que seas mujer luz y no mujer tierra y opaca!

Cerramos con el comentario de Augusto Cezar, gracioso y muy lúcido:

“Así son las cosas, querido amigo. Si la mujer –o el Espíritu encarnado en mujer–, nos abandona a nuestra propia suerte, negándose a cumplir con la misión que el Cielo le atribuyó, –de contribuir a la sensibilización del hombre y de la Humanidad–, con certeza, todos nosotros, los hombres vinculados aún a la Tierra, estaremos perdidos...”

Referencias:

CELESTE, A./XAVIER, F.C. *Nuestro libro*. San Pablo: Lake, 2 ed., cap. Apelación de hermana.

CEZAR, A./XAVIER, F.C. *Fotos de la vida*. San Bernardo del Campo: GEEM. 1 ed., 3º cap., 1989.

EMMANUEL/XAVIER, F.C. *Palabras del Infinito*. San Pablo: 1 ed., cap. 36, 1936

EMMANUEL/XAVIER, F.C. *Vida y sexo*. Brasilia: FEB, 11 ed., cap. 9, 1990.

KARDEC, A. *El libro de los Espíritus*. Caracas: IDE-Mensaje Fraternal, 22 ed., 3ª Parte, cap. IX, 2011.

LUIZ, A./XAVIER, F.C. *Entre la Tierra y el Cielo*. Caracas: IDE-Mensaje Fraternal, 4ª ed., cap. XXVIII, 1989.

LUIZ, A./XAVIER, F.C. *En el Mundo Mayor*, Caracas: Mensaje Fraternal, 4ª ed., caps. 5 y 13, 2013.

La mujer y sus sagrados atributos: maternidad, amor, femineidad

Walter Barcelos

“Y será aun a la mujer a quien confiaremos la misión más sublime en la construcción evangélica dentro de los corazones, en el supremo esfuerzo de iluminar al mundo”.

(Buena Nueva, Humberto de Campos / Francisco Cândido Xavier, Lección 22, *La mujer y la resurrección*, IDE-Mensaje Fraternal, páginas 148 149, Araras, Caracas. 1985).

Siendo creado por Dios sencillo e ignorante, el Espíritu se educa en el prodigioso laboratorio del Universo. Ganó la bendición de la Vida, sin poseer ningún recurso neuropsíquico o pequeño impulso del instinto. Todo estaba por conquistar, a través de la divina Ley de Reencarnación. Trae en germen potencias espirituales para realizar, por sí mismo y a través de innumerables existencias corpóreas, su gran destino, su propio progreso espiritual rumbo a la Perfección.

Derechos y funciones

Ante las Leyes de Dios, el hombre y la mujer tienen los mismos derechos, en cuanto son Espíritus inmortales, creados con los mismos atributos de vivir, trabajar, aprender, estudiar, desarrollar, perfeccionarse y progresar tanto en inteligencia como en sentimientos.

En lo que atañe a la vida en la sociedad humana, la mujer ha sufrido graves problemas familiares, conyugales, sociales y afectivos. Ella se ve, en muchos países, excluida de sus derechos naturales, padeciendo torturas indescriptibles en su cuerpo, que afectan su alma, ya de por sí, sensible.

Según la orientación de los Espíritus, el hombre y la mujer no son iguales en sus físicos; poseen diferencias, que les capacitan de forma especial para la ejecución de diversos trabajos en la vida familiar y social. Si el hombre y la mujer fuesen semejantes en todo, no habría diferencias mentales y psicológicas entre ellos.

El Codificador Allan Kardec indagó sobre la igualdad de derechos del hombre y de la mujer y respondieron los Espíritus Sabios:

“–De derechos, sí; de funciones, no. Es preciso que cada uno esté colocado en su lugar”. (El subrayado es nuestro) (*El libro de los Espíritus – Tercera Parte – Capítulo IX – De la Ley de igualdad – Subtema: Igualdad de derechos del hombre y de la mujer. Pregunta 822. IDE- Mensaje Fraternal*).

El hombre y la mujer tienen los mismos derechos ante la vida, la familia y la sociedad, no obstante, sus funciones son diferentes. Las diferencias fueron determinadas por Dios y por la Naturaleza: el cuerpo biofisiológico, la formación muscular, la atracción amorosa, la relación afectiva sexual, la maternidad y los cuidados de los hijos.

Masculinidad y feminidad

En el transcurso de las horas, días y años, el espíritu encarnado expone, de forma gradual y objetiva, detalles psíquicos masculinos y femeninos, provenientes del manantial de experiencias pasadas, cuando encarnaron unas veces como hombres y otras como mujeres.

Cuando los registros mentales, psíquicos y sexuales masculinos sobresalen en mayor cantidad e intensidad que los femeninos, demuestran que ese espíritu tiene la mentalidad de un hombre; y viceversa para el caso de la mujer.

El espíritu, al reencarnar millares de veces en la Tierra, lo hace en un cuerpo de hombre o de mujer. En estas condiciones específicas, el espíritu vive en cada existencia, ejecutando y aprendiendo experiencias como hombre o como mujer. Y esas experiencias particulares y distintivas, las registra y archiva en su organización mental.

El espíritu André Luiz esclarece sobre la forma gradual cómo se adquieren las conquistas psíquicas en el campo de la sexualidad, conforme consta en la obra *En el Mundo Mayor*:

“...sabemos que la feminidad y la masculinidad constituyen caracte-

rísticas de las almas acentuadamente pasivas o francamente activas. Comprendemos, de esta manera, que en la variación de nuestras experiencias, adquirimos, gradualmente, cualidades divinas, como son la voluntad y la ternura, la fortaleza y la humildad, el poder y la delicadeza, la inteligencia y el sentimiento, la iniciativa y la intuición, la sabiduría y el amor, hasta que logremos el supremo equilibrio en Dios”. (*En el Mundo Mayor*, André Luiz, Francisco Cândido Xavier, Capítulo 11: *Sexo*. Página 175. IDE-Mensaje Fraternal, 4ª ed., 2013).

En el escenario de la existencia terrena, el espíritu encarnado devela, a través de la fuente poderosa y compleja de la organización mental sus características psíquicas y sexuales, masculinas o femeninas.

Maternidad

La maternidad es función específica de la mujer.

El Sabio Codificador, Allan Kardec, en *El libro de los Espíritus*, en la pregunta nº 820, hace un comentario bastante interesante sobre el cuerpo de la mujer:

“Dios conformó la organización en cada ser con las funciones que debe cumplir. Si ha dado a la mujer menos fuerza física, la ha dotado al mismo tiempo de mayor sensibilidad, en relación con la delicadeza de las funciones” (...). (*El libro de los Espíritus* – Allan Kardec – Tercera Parte – Capítulo IX – *Ley de igualdad* – Subtema: *Igualdad de derechos del hombre y de la mujer*. Pregunta 820. IDE-Mensaje Fraternal, página 315).

Si algún espíritu, aspira a vivir la experiencia de la maternidad tendrá que reencarnar en cuerpo de mujer y actuar buscando desarrollar ciertas cualidades psíquicas de la feminidad.

La maternidad tiene importancia fundamental para la Humanidad. Su vivencia siempre fue difícil, ardua, embarazosa y desafiante para muchas mujeres; en ciertos casos, a pesar de las dificultades, produjo intraducibles beneficios espirituales, cuando ella se sobrellevó con amor, alegría, implantando grandes motivaciones a los corazones y acentuado progreso moral. El espíritu André Luiz la concibe del siguiente modo:

“...la maternidad es la plenitud del corazón femenino que dirige el progreso. Concepción, gravidez, parto y devoción afectiva representan estaciones difíciles y bellas de un ministerio siempre divino”. (*Madre – Antología mediúmnica* – Diversos Autores – Francisco Cândido Xavier, Lección:

El Autor espiritual muestra la grandeza de la maternidad en sus dos dimensiones: en los sorprendentes fenómenos de la fecundación, gravidez, desarrollo del feto y la mezcla de dolor y alegría del parto que ocurren en el organismo especialísimo de la mujer. Y en lo sublime, lo iluminado y lo sagrado que sucede en el altar de su alma, en la complejidad de las energías de la vida mental, en el santuario de su fértil corazón, cuando se consagra a los impulsos intraducibles del amor delicado, cuidadoso, humilde y abnegado.

Ser madre

La gestación es una función solamente de la mujer; función que le permitió desabrochar, ejercitar, entrenar, desarrollar, perfeccionar y purificar el amor a los pequeños que nacen de su propio vientre.

Muchas almas con una identidad femenina se agigantaron en espíritu al asumir como misión la maternidad, porque buscaron sentir, pensar, amar, sufrir, vivir y repetir, sin desánimo, las experiencias de ser madres en sucesivas encarnaciones.

Es Ley Divina: no hay mérito en aquello que nada costó para el espíritu. Si algún alma con identidad femenina posee cualidades nobles, éstas no fueron depositadas en ella de forma gratuita por Dios. Toda conquista del espíritu exige voluntad, esfuerzo, lucha, perseverancia, sufrimiento, trabajo... Toda virtud exige siempre, para poseerla, esfuerzo continuado, sistemático y repetitivo.

La maternidad exigió, en el transcurso de los siglos, inmensos y continuados sacrificios del alma femenina para poder disfrutarla con libertad y plenitud. Las experiencias repetidas en las encarnaciones sucesivas como mujer, acumularon valiosos recursos mentales, psíquicos y sexuales, que enriquecieron el espíritu de buenos sentimientos, amor filial, amor fraternal, virtudes morales, elevación espiritual, intuición lúcida.

Ningún alma adquirió cualidades superiores, virtudes morales, talentos nobles tan solo por haber encarnado una sola vez en un cuerpo de mujer. Fue necesario gran número de encarnaciones sucesivas, repitiendo las mismas experiencias como mujer.

La maternidad es saber crear con el alma, mente y corazón, determinado número de obligaciones elevadas, deberes y responsabilidades con

grandeza de sentimientos, acentuado amor, humildad testimoniada, renuncia constructiva y misión educadora.

El grado de amor que la mujer ya conquistó no está alojado en el cerebro físico ni en el corazón orgánico: está ubicado en el departamento espiritual de la mente en su compleja organización formada de recursos psíquicos sustentados de buenos sentimientos. El amor de madre es un admirable conjunto de recursos mentales y psíquicos nutridos de virtudes morales.

Hay determinada cantidad de mujeres en los cuadros de la Humanidad terrestre, que aún son infelices, ignorantes, incrédulas; en el decir de los espíritus, por ahora, son mujeres psíquicamente estériles, aunque tengan hijos. Se puede decir que son espíritus que conquistaron, por lo pronto, pocas y frágiles cualidades maternas.

Más amor

Una de las más poderosas manifestaciones del amor, en los cuadros de la esfera humana es la que nace del amor maternal. Madre abnegada y amorosa es un corazón espiritual que posee energías fértiles para los sentimientos más purificados y virtudes morales elevadas.

Los Espíritus Sabios, en la pregunta número 385 de *El libro de los Espíritus* destacan la excelsitud del amor maternal:

“No conocéis los secretos que esconden los niños en su inocencia; no sabéis lo que son, lo que fueron y lo que serán, sin embargo, los amáis, los queréis tanto como si fuesen una parte de vosotros mismos, a tal punto que el amor de una madre por sus hijos está considerado como el mayor que puede un ser sentir por otro ser. ¿De dónde procede ese dulce afecto, esa tierna benevolencia que hasta los mismos extraños experimentan respecto al niño? (El libro de los Espíritus – Allan Kardec – Pregunta número 385. 22ª edición. IDE – Mensaje Fraternal).

Las riquezas internas, intelectuales, morales y espirituales del alma femenina son importantes para la vida de la mujer, a fin de enfrentar las durezas de la vida y el conjunto de los problemas humanos de la actualidad. Todo el conjunto de exterioridades supervaloradas por el mundo de los negocios y por la economía moderna, aunque adornen y embellezcan, no enriquecen espiritualmente a la mujer, ni al hombre.

Correo electrónico del Autor: walter.b@terra.com.br

María de Magdala

Humberto de Campos / Francisco Cândido Xavier

María de Magdala había escuchado las prédicas del Evangelio del Reino, no lejos de la principesca villa donde vivía entregada a los placeres, en compañía de ciertos patricios romanos, llenándose de profunda admiración por el Mesías.

¿Qué nuevo amor era aquel predicado a simples pescadores por labios tan divinos? Hasta entonces, ella había caminado sobre las rosas rojas del deseo, embriagándose con el vino de condenables alegrías. No obstante, su corazón estaba sediento y desalentado. Joven y hermosa, se había emancipado de los estrictos prejuicios de su raza; su belleza esclavizó ante sus caprichos de mujer, a los más ardientes admiradores; pero su espíritu tenía hambre de amor. El profeta nazareno había sembrado en su alma nuevos pensamientos. Después de escuchar su palabra, notaba ahora que las facilidades de la vida traían un tedio mortal a su sensible espíritu. Las músicas voluptuosas no encontraban eco en su interior, los adornos romanos de su habitación se tornaron áridos y tristes. María lloró largamente, aunque no comprendiese aun lo que proponía el desconocido profeta. Sin embargo, su invitación amorosa parecía resonar en sus fibras más sensibles de mujer. Jesús llamaba a los hombres para afrontar una vida nueva.

Después de una noche de grandes meditaciones y antes del famoso banquete de Naim, en el cual ella ungiría públicamente los pies de Jesús con los bálsamos perfumados de su afecto, fue vista una tranquila barca que conducía a la pecadora a Cafarnaum. Después de muchas dudas se había dispuesto a buscar al Mesías. ¿Cómo la recibiría el Señor, en la residencia de Simón? Sus coterráneos nunca le perdonaron el abandono del hogar y la vida de aventuras. Para todos, ella era la mujer perdida que tendría que encontrar la lapidación en la plaza pública. Pero, su conciencia le impulsaba a que fuese. Jesús trataba a la multitud con especial cariño. Jamás se observó ninguna expresión de desprecio hacia las numerosas mujeres de vida equívoca que le rodeaban. Además, se sentía seducida por su generosidad. Si fuera

posible, desearía cooperar en la ejecución de sus ideas puras y redentoras. Se proponía a amar, como Jesús amaba, a sentir con sus sentimientos sublimes. Si fuese necesario, sabría renunciar a todo. ¿De qué le valían las joyas, las flores raras, los banquetes suntuosos, si, aun con todo eso, conservaba su sed de amor!?

Envuelta en esos pensamientos profundos, María de Magdala penetró el umbral de la humilde residencia de Simón Pedro, donde Jesús parecía esperarla, tal era la bondad de la sonrisa con que la recibió. La recién llegada se sentó con una indefinible emoción que estrangulaba su pecho.

Sin embargo, venciendo sus más fuertes impresiones, así dijo, con voz suplicante, después de los primeros saludos:

—¡Señor, escuché vuestra palabra consoladora y vengo a vuestro encuentro!... ¡Tenéis la clarividencia del cielo y podéis adivinar cómo he vivido! Soy una hija del pecado. Todos me condenan. ¡Mientras tanto, Maestro, observad cómo tengo sed de verdadero amor!... Mi existencia, como todos los placeres, ha sido estéril y amarga...

Las primeras lágrimas corrieron de sus ojos, mientras Jesús la contemplaba, con infinita bondad. Pero, ella continuó:

—¡Escuché vuestra amorosa invitación al Evangelio! Desearía ser de vuestras ovejas; pero, ¿será posible que Dios me acepte?

El profeta nazareno la miró, enternecido, examinando las profundidades de su pensamiento, y respondió, bondadoso:

—¡María, levanta los ojos hacia el cielo y regocíjate en el camino, porque escuchaste la Buena Nueva del Reino y Dios bendice tus alegrías! ¿Acaso, podrías pensar que alguien en el mundo estuviese condenado al pecado eterno? ¿Dónde estaría entonces el amor de Nuestro Padre? ¿No has visto nunca a la primavera ofrecernos flores sobre una casa en ruinas? Las ruinas son las criaturas humanas; pero, las flores son las esperanzas en Dios. Sobre todos los errores y desventuras propias del hombre, las bendiciones paternales de Dios bajan y llaman. ¡Hoy sientes ese nuevo sol que ilumina tu destino! Camina ahora bajo su luz, porque el amor cubre la multitud de pecados.

La pecadora de Magdala escuchaba al Maestro, bebiendo sus palabras. Ningún hombre le había hablado así a su incomprendida alma. Los más irreflexivos pervertían sus buenas inclinaciones, los aparentemente virtuosos la despreciaban sin piedad y escuchando las referencias de Jesús al amor, María acentuó, levemente:

—¡No obstante, Señor, he amado y tengo sed de amor!...

—Sí —respondió Jesús— tu sed es real, el mundo vició todas las fuentes de redención y es imprescindible que comprenda que en sus sendas de virtud tiene atravesar una puerta muy estrecha. Generalmente, un hombre desea ser bueno como los otros, u honesto como los demás, olvidando que el camino donde todos pasan es de fácil acceso y de marcha sin edificaciones. La virtud en el mundo fue transformada en la puerta ancha de la conveniencia propia. Hay los que aman lo que les pertenece en el círculo personal, los que son sinceros con sus amigos, los que defienden sus familiares, los que adoran a los dioses de favor. Sin embargo, el que verdaderamente ama, conoce la suprema renuncia a todos los bienes del mundo y vive feliz, en su camino de trabajos para alcanzar la difícil entrada a las luces de la redención. El amor sincero no exige satisfacciones pasajeras que se extinguen en el mundo con la primera ilusión; trabaja siempre, sin amargura y sin ambición con los júbilos del sacrificio. ¡Solo el amor que renuncia sabe caminar hacia la vida suprema!...

María lo escuchaba embelesada. Ansiosa por comprender completamente aquellas nuevas enseñanzas, interrogó con atención:

—¿Solo el amor por el sacrificio podrá saciar la sed del corazón?

Jesús tuvo un gesto afirmativo y continuó:

—Solo el sacrificio contiene el divino misterio de la vida. Vivir bien es saber consagrarse. ¿Acaso crees que el mundo mantiene su propio equilibrio únicamente con los caprichos antagónicos y a veces criminales de los que se elevan a la galería de los triunfadores? Toda luz humana viene del corazón experimentado y manso de los que fueron sacrificados. Un guerrero cubierto de laureles levanta gritos de victoria sobre los cadáveres que yacen en el suelo; pero, solo los que cayeron hacen bastante silencio, para que se escuche en el mundo el mensaje de Dios. El primero hace la experiencia para un día; los segundos construyen el camino definitivo en la eternidad.

En tu condición de mujer, ¿has pensado en lo que sería el mundo sin las madres exterminadas en el silencio y en el sacrificio? ¿¡No son ellas las cultivadoras del jardín de la vida, donde los hombres entran en batalla!?... ¡Muchas veces, el campo florido se cubre de lodo y sangre; entretanto, en su tarea silenciosa, los corazones maternos no se desesperan y reedifican el jardín de la vida, imitando la Providencia Divina, que extiende sobre un cementerio los lirios perfumados de su amor!...

María de Magdala, escuchando aquellas advertencias, comenzó a llo-

rar, a sentir en lo íntimo de su ser el desierto en el que vive la mujer sin hijos. Por fin, exclamó:

—¡Desgraciada de mí Señor, que no podré ser madre!...

Entonces, atrayéndola suavemente hacia sí, el Maestro agregó:

—¿Y cuál de las madres será mayor a los ojos de Dios? ¿La que se dedicó solamente a los hijos de su carne, o la que se consagró, por el espíritu, a los hijos de otras madres?

Aquella pregunta pareció despertarla a reflexiones más profundas. María se sintió amparada por una energía interior diferente, que hasta entonces había desconocido. La palabra de Jesús honraba su espíritu; la invitaba a ser madre de sus hermanos en humanidad, favoreciéndolos con los bienes supremos de las más elevadas virtudes de la vida. Experimentando radiante felicidad en su mundo interior, contempló al Mesías con los ojos llenos de lágrimas y en el éxtasis de su inmensa alegría, murmuró conmovida:

—¡Señor, de aquí en adelante renunciaré a todos los placeres transitorios del mundo, para adquirir el amor celestial que me enseñaste!... Acogeré como hijas a mis hermanas en el sufrimiento, buscaré a los infortunados para aliviar las heridas de sus corazones, estaré con los paralíticos y los leprosos...

En ese instante, Simón Pedro pasó por el aposento, buscando su interior y la observó con cierta extrañeza. La convertida de Magdala sintió su mirada glacial, casi denotando desprecio, y ya recelosa de perder un día la convivencia del Maestro, preguntó con interés:

—Señor, ¿cómo quedaremos cuando partas de este mundo?

Jesús comprendió el motivo y el alcance de su palabra y esclareció:

—Ciertamente que he de partir, pero estaremos reunidos eternamente en espíritu. En cuanto al futuro, con sus infinitas perspectivas, es necesario que cada uno tome su cruz, en busca de la puerta estrecha de la redención, colocando por encima de todo la fidelidad a Dios y, en segundo lugar, la confianza perfecta en sí mismo.

Observando que María, aun oprimida por la extraña mirada de Simón Pedro, se preparaba a regresar, el Maestro le sonrió con bondad y dijo:

—Anda, ¡María!... Sacrificate y ama siempre. Largo es el camino, difícil la jornada, estrecha la puerta; pero, la fe remueve los obstáculos... Nada temas. ¡Solamente es necesario creer!



Más tarde, después de su gloriosa visión de Cristo resucitado, María de Magdala volvió de Jerusalén a Galilea, siguiendo los pasos de los queridos compañeros.

El mensaje de la resurrección había extendido una alegría infinita.

Después de algún tiempo, cuando los apóstoles y seguidores del Mesías buscaban revivir el pasado junto al Tiberíades, los discípulos directos del Señor abandonaron la región, difundiendo la Buena Nueva. Cuando se disponían los dos últimos compañeros a partir definitivamente a Jerusalén, María de Magdala, temiendo la soledad de la añoranza, rogó fervorosamente que le permitiesen acompañarlos a la ciudad de los profetas; no obstante, ambos, se negaron a consentir sus deseos. Temían de su pasado de pecadora, no confiaban en su corazón de mujer. María comprendió, pero recordando al Maestro, se resignó.

Humilde y sola, resistió a todas las propuestas condenables que la solicitaban para una nueva caída en la perversión. Sin recursos para vivir, trabajó para mantenerse, en Magdala y Dalmanuta. Fue fuerte en las horas más ásperas, alegre en los sufrimientos más escabrosos, fiel a Dios en los instantes oscuros y pungentes. De vez en cuando, iba a las sinagogas, deseosa de cultivar la lección de Jesús; pero las aldeas de Galilea estaban nuevamente subyugadas a la intransigencia del judaísmo. Ella comprendió que transitaba ahora el camino estrecho, por donde iba sola, con su confianza en Jesús. A veces, lloraba de nostalgia, cuando paseaba en el silencio de la playa, recordando la presencia del Mesías. Las aves del lago, en el crepúsculo, se posaban, como antes, en las alcaparras más próximas; el horizonte ofrecía, como siempre, su banquete de luz. Ella contemplaba las mansas olas y les confiaba sus meditaciones.

Cierto día, un grupo de leprosos vino a Dalmanuta. Venían de Idumea aquellos infelices, cansados y tristes, en supremo abandono. Preguntaban por Jesús Nazareno, pero todas las puertas se les cerraban. María fue hasta donde estaban ellos y, sintiéndose aislada, con amplio derecho de emplear su libertad, los reunió bajo los árboles de la playa y les transmitió la palabra de Jesús, llenando sus corazones de las claridades del Evangelio. No obstante, las autoridades locales ordenaron la inmediata expulsión de los enfermos. La gran convertida notó una alegría muy grande en el semblante de los infortunados, debida a sus fraternas revelaciones al respecto de las promesas del Señor, que se puso en marcha hacia Jerusalén, en su compañía. Todo el grupo pasó la noche al aire libre, pero sentían que los júbilos del Reino de Dios ahora los

dominaba. Todos se interesaban por las descripciones de María, devorando sus exhortaciones, contagiados por su alegría y de su fe. Llegados a la ciudad, fueron conducidos al valle de los leprosos, que quedaba distante, donde Magdalena penetró con espontaneidad de corazón. Su espíritu recordaba las lecciones del Mesías y un valor indefinible dominaba su alma.

De allí en adelante, todas las tardes, la mensajera del Evangelio reunía al grupo de sus nuevos amigos y les predicaba las enseñanzas de Jesús. Rostros ulcerados se llenaban de alegría, ojos sombríos y tristes eran tocados por una nueva luz. María les explicaba que Jesús había ejemplificado el bien hasta la muerte, enseñando que todos sus discípulos debían tener buen ánimo para vencer al mundo. Los agonizantes se arrastraban junto a ella y besaban su sencilla túnica. La hija de Magdala, recordando el amor del Maestro, los tomaba en sus brazos fraternos y cariñosos.

En poco tiempo, su epidermis presentaba, igualmente, manchas violáceas y tristes. Ella comprendió su nueva situación y recordó la recomendación del Mesías de que solamente sabían vivir los que sabían consagrarse. Y sintió gran goce, por haber llevado a sus compañeros en el dolor una migaja de esperanza. Desde su llegada, en todo el valle se hablaba de aquel Reino de Dios que la criatura debía edificar en su propio corazón. Los moribundos esperaban la muerte con una dichosa sonrisa en los labios, los que la lepra deformaba o abatía guardaban buen ánimo en sus fibras más sensibles.

Sintiéndose en el final de su meritoria tarea, María de Magdala deseó reencontrar antiguos afectos de su círculo personal, que se encontraban en Éfeso. Allí estaban Juan y María de Nazaret, además de otros compañeros de los júbilos cristianos. Adivinaba que sus últimos dolores terrestres estaban ya muy próximos; entonces, deliberó poner en práctica su humilde deseo.

En las despedidas, sus compañeros de infortunio material venían a suplicar sus últimos consejos y recuerdos. Envolviéndolos en su cariño, la emisaria del Evangelio solo les decía:

—¡Jesús desea intensamente que nos amemos unos a los otros y que participemos de sus divinas esperanzas en la más extrema lealtad a Dios!...

Entre aquellos enfermos, los que aún se equilibraban por los caminos le traían el fruto de las escasas limosnas y los niños abandonados venían a besarle las manos.

En la fortaleza de su fe, la ex pecadora abandonó el valle, a través de ásperos caminos, alejándose de cabañas miserables. La peregrinación le fue

difícil y angustiosa. Para satisfacer sus intentos recurrió a la caridad, sufrió penosas humillaciones, se sometió al sacrificio. Observando las pestilentes heridas que sustituían su antigua belleza, se alegraba en reconocer que su espíritu no tenía motivos para lamentaciones. Jesús la esperaba y su alma era fiel.

Realizada su aspiración, entre infinitas dificultades, María, un día, se encontró a las puertas de la ciudad; pero, un invencible abatimiento dominaba sus centros de fuerza física. En el justo momento de sus efusiones afectuosas, cuando el caserío de Éfeso se desdoblaba a la vista, su cuerpo resquebrajado se negó a caminar. Una modesta familia de cristianos del suburbio la recogió en una humilde tienda, caritativamente. Magdalena pudo aún volver a visitar a amistades muy queridas, conforme a sus deseos. Entretanto, por largos días de padecimientos se debatió entre la vida y la muerte.

Una noche, llegó al auge con los profundos dolores que sentía. Su alma estaba iluminada por suaves recuerdos y, a pesar de encontrarse sus ojos cerrados por los párpados entumecidos, veía con los ojos de la imaginación el lago querido, los compañeros de fe, el Maestro bien amado. Su espíritu parecía trasponer las fronteras de la eternidad radiante. De minuto a minuto, se le escuchaba un gemido sordo, mientras sus hermanos de creencia rodeaban su lecho de dolor, con las oraciones sinceras de sus corazones amigos y desvelados.

En cierto instante, se observó que su pecho no se expandía más. A pesar de ello, María experimentaba una consoladora sensación de alivio. Se sentía bajo los árboles de Cafarnaum y esperaba al Mesías. Las aves cantaban en las ramas próximas y las olas susurrantes venían a besarle los pies. Fue entonces cuando vio a Jesús aproximarse, más bello que nunca. Su mirada tenía el reflejo del cielo y en el semblante traía un júbilo indefinible. El maestro le extendió las manos y ella se postró, exclamando, como antiguamente:

—¡Señor!

Jesús la recogió suavemente en los brazos y murmuró:

—¡María, ya pasaste por la puerta estrecha!... ¡Amaste mucho! ¡Ven!
¡Yo te espero aquí!

(Transcripto de *Buena Nueva*, IDE-Mensaje Fraternal, Capítulo 20, pp. 130 – 139, 2007, Araras, SP., Caracas).

Clara de Asís: el coraje de una mujer apasionada

Leonardo Boff

Hace 800 años, en la noche del 19 de marzo de 1221, el día siguiente al Domingo de Ramos, Clara de Asís, toda ataviada, huyó de casa para unirse al grupo de Francisco de Asís en la capillita de la Porciúncula, que todavía hoy existe. Por eso, las clarisas de todo el mundo y toda la familia franciscana celebran esta fecha, que conmemora la fundación de la Orden de Santa Clara, hoy extendida por el mundo.

Clara, junto con Francisco –nunca debemos olvidarlo, pues se habían prometido, en su puro amor, que «nunca más se separarían», según la hermosa leyenda de la época–, representa una de las figuras femeninas más luminosas de la cristiandad. Por ello, es bueno recordarla siempre como ejemplo para muchas mujeres. Por causa de ella, hay millones de Claras y María Claras en el mundo. Ella, descendiente de la familia noble de Asís, los Favarone, y él, Francisco, hijo de un rico e influyente mercader de telas, de los Bernardone, y ambos renuncian a las riquezas propias de su condición...

Con 16 años de edad quiso conocer al ya entonces famoso Francisco, que andaba por los 30 años. Bona, su íntima amiga, cuenta, bajo juramento según las actas de canonización que entre 1210 y 1212 Clara «fue muchas veces a conversar con Francisco, secretamente, para no ser vista por los parientes y para evitar maledicciones». De estos dos años de encuentro nació una gran fascinación del uno por el otro. Como comenta uno de sus mejores investigadores, el suizo Antón Rotzetter en su libro *Clara de Asís: la primera mujer franciscana* (Vozes 1994): «en ellos irrumpió el Eros en su sentido más puro y profundo, pues sin el Eros no existe nada que tenga valor, ni ciencia, ni arte ni religión, Eros es la fascinación que impele a un ser humano hacia otro y lo libera de la prisión de

sí mismo» (p. 63). Ese Eros hizo que ambos se amasen y se cuidasen mutuamente, pero en una transfiguración espiritual que impidió que se cerrasen sobre sí mismos. Francisco afectuosamente la llamaba «mi Plantita».

Esa noche del 19 de marzo, Clara, a escondidas, huyó de su casa y llegó a la Porciúncula. Entre luces temblorosas, Francisco y sus compañeros la recibieron festivamente. Y en señal de su incorporación al grupo, Francisco le cortó sus cabellos rubios. Luego, Clara vistió la ropa de los pobres, sin teñir, parecida más a un saco que a un vestido. Después de la alegría y de las muchas oraciones fue acompañada al convento de las benedictinas a cuatro kilómetros de Asís. Dieciséis días más tarde, su hermana menor, Inés, también huyó y se unió a ella. La familia Favarone intentó, hasta con violencia, llevarse a las hijas; pero Clara se agarró a los manteles del altar, mostrando su cabeza rapada e impidiendo que se la llevarasen. Manifestó el mismo coraje cuando el Papa Inocencio III no quiso aprobar su solicitud de voto de pobreza absoluta. Luchó tanto, que el Papa al fin consintió. Así nació la Orden de las Clarisas.

La escena no tiene nada que envidiar en creatividad, osadía y belleza, a las mejores escenas de amor de las grandes novelas o películas. ¿Cómo podría una joven rica y hermosa huir de casa para unirse a un grupo parecido a los «hippies» de hoy? Pues así debemos representar el movimiento inicial de Francisco. Era un grupo de jóvenes ricos, dados a las fiestas y serenatas, que un día se decidieron por una opción de total desprendimiento y rigurosa pobreza, siguiendo los pasos de Jesús pobre. No querían hacer caridad *para* los pobres, sino vivir *con* ellos y *como* ellos. Y lo hicieron con un espíritu de gran jovialidad, sin criticar siquiera a la Iglesia opulenta de los Papas.

Cultivaron juntos tres pasiones a lo largo de toda su vida: la pasión por Jesús pobre, la pasión por los pobres y la pasión del uno por el otro. En ese orden. Planearon entonces la fuga de Clara para unirse al grupo que quería vivir el Evangelio puro y simple.

Su cuerpo intacto después de 800 años demuestra, una vez más, que el amor es más fuerte que la muerte.

Jesús y la mujer

Fabián Lazzaro

Lfabian2004@hotmail.com

“No hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay hombre ni mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”.

Pablo de Tarso (Gal. 3:28).

Los tiempos modernos muestran como algo natural el rol que tiene la mujer en nuestra sociedad. Sin embargo, no desconocemos que las conquistas sociales, culturales y políticas, femeninas, son propias del siglo XX, por lo cual ha tenido que pasar un período muy largo de años hasta que la humanidad comprendiera lo que dice Pablo de Tarso en este epígrafe: “(...) ***Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús***”, es decir, iguales en derechos, obligaciones, posibilidades de progreso, anhelos, etc. Y este contexto engrandece mucho más la figura de este Faro de Amor, que es Jesús, pues en aquellos días en que la mujer era considerada un *vientre* (es decir, solo capaz de concebir y criar hijos), que no tenía participación en la vida pública o política, que vivía sujeta al control absoluto de sus *pater familias* (hombres jefes de familia) o que era considerada un “*ser inferior*”, el Maestro Nazareno las trató y consideró diferentes. Jesús va a introducir pensamientos que rompen radicalmente con este concepto, sobre todo con los que prevalecían en la tradición judía.

En los días de la Palestina antigua, se prohibía mirar a una mujer casada e incluso saludarla y, más aún, encontrarse con ella, en la calle, a solas. Una mujer que conversara con todo el mundo de la calle, o que se pusiera a coser en la puerta de su casa, podía ser repudiada por el marido. Se prefería, en aquellos días, que la mujer, sobre todo si era joven, no saliese a la calle. Por eso, cuenta **Filón** (1), un autor de aquel tiempo, que la vida pública estaba hecha solo para los hombres, mientras que las mujeres honradas tenían como límite la puerta de su casa. En el caso de las jóvenes, el límite era el de sus aposentos o habitaciones, pues se quería que no salieran a donde estaba la gente. Las mujeres tenían prohibido andar solas por los campos. Resultaba

sencillamente impensable que un hombre se pusiera a hablar a solas con una mujer en esos sitios.

Pero más importante que todo lo anterior era el poder que, de hecho, ejercía el padre, y solo el padre, sobre sus hijas. Si éstas eran menores de doce años, él tenía un poder absoluto sobre ellas, hasta el punto de que podía incluso venderlas como esclavas. Además, el padre tenía el derecho exclusivo de aceptar o rechazar una petición de matrimonio para una hija suya y, hasta la edad de doce años y medio, la joven no podía rechazar un matrimonio concertado por el padre. Cuando una mujer se casaba, pasaba del poder del padre al del marido. Además, estaba permitida la poligamia. Una mujer casada no se podía oponer a que bajo su mismo techo vivieran una o más concubinas de su marido. En cambio, si ella era sorprendida en adulterio, el marido tenía el derecho de matarla. Y por si todo esto fuera poco, cuando la mujer se quedaba viuda y sin haber tenido hijos, todavía después de muerto el marido seguía dependiendo de él, porque la ley mandaba que la viuda sin hijos se casara con un hermano del difunto esposo para poder dejar así un hijo al hombre fallecido (Esto lo podemos encontrar en *Deuteronomio*, 25:5 y en *Marcos* 12, 18:27).

En esta perspectiva histórica, el comportamiento de Jesús hacia las mujeres resalta de una manera maravillosa. Nada frenó a este Ángel Supremo. Para Él, todos tenían el mismo derecho a ser amados, perdonados, orientados hacia el bien. Y es esto, justamente, lo que vuelve a su figura tan distinta de los otros grandes Maestros que hasta allí había conocido la humanidad.

En primer lugar, los evangelios dicen con claridad que en el grupo de discípulos que acompañaban a Jesús había mujeres: ***“Lo acompañaban los Doce y algunas mujeres que él había curado de malos espíritus y enfermedades: María Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, intendente de Herodes; Susana y otras muchas que le ayudaban con su bienes”*** (Lucas, 8:2-3). El apóstol Lucas nos señala que este grupo iba ***“caminando de pueblo en pueblo y de aldea en aldea”***. Si hoy en día nos parecería desatinado y aún sospechoso que un profeta o predicador ambulante llevase consigo a hombres y mujeres por caminos y pueblos, imaginemos lo que habrían pensado los pobladores de la antigüedad. Sin embargo, Jesús no se dejó limitar por los prejuicios y permitió que las mujeres bebieran de la fuente de su amor y sabiduría. Su paso por este mundo no es el de un rabino o maestro de la Ley cualquiera, sino el de aquel que desafiando a mentes prisioneras de sus propias ideas, construirá con más que palabras y acciones un futuro que, como vemos, estaba lejos de aquel presente anclado

en una ceguera espiritual, que mantenía a la mujer en un estado de “coma” mental, social y religioso.

En una oportunidad, dirigiéndose con sus discípulos hacia la ciudad de Sidón, el Maestro escuchó una voz cargada de aflicción: “*Señor, Hijo de David, ten piedad de mí, pues mi hija está miserablemente poseída por un espíritu demoníaco*”. Algunos discípulos ignoraron el pedido de esta madre desconsolada, pero como continuaba clamando por socorro espiritual, sugirieron a Jesús que no hiciera caso a esa solicitud, pues provenía de una mujer extranjera. Fue allí cuando, acercándose a ella, y luego de intercambiar algunas palabras, pudo convencerse de la humildad y de la fe de la *suplicante cananea* y le dijo: – “**¡Oh, mujer! Grande es tu fe. Sea hecho, entonces, conforme a tu deseo**”. Y al llegar a su casa, la feliz madre encontró a su hija amada en pleno goce de su salud (2). La dulzura, la debilidad y el desamparo sensibilizaron al Señor. El Maestro no le preguntó por sus creencias, ni por la raza a la que pertenecía; no le reprobó ni censuró el pedido, simplemente quiso conmover el corazón de sus discípulos, que no se habían mostrado solícitos a la imploración de la señora. Y trató a aquella mujer como a cualquier sufriente que necesita ser auxiliado, sin reparar en ninguno de los aspectos antes mencionados.

En todos sus actos narrados en el Nuevo Testamento, Jesús dignifica a la mujer:

- Jesús escandaliza a los fariseos al valorar a las prostitutas más que a ellos, porque, a pesar de la vida que llevaban, ellas creyeron en el Bautista, mientras que ellos, tan “*justos*”, no cambiaron su vida (**Mateo 21:31-32**).

- Donde todos ven a una pecadora, Él percibe a una mujer que sabe amar; y donde todos ven a un fariseo santo, Él ve dureza de corazón (**Lucas 7:36-50**).

- Jesús, en función de su proyecto liberador, quebranta los tabúes de la época relativos a la mujer. Mantiene una profunda amistad con Marta y María (**Lucas 10:38**). Defiende a la adúltera contra la legislación explícita vigente, discriminatoria para la mujer (**Juan 7:53 – 8:10**). Se deja tocar y ungir los pies por una conocida prostituta (**Lucas 7:36-50**).

- El apóstol **Juan** nos narra (4: 5 -30) que en una ocasión, entrando en Samaria, el Maestro se puso a descansar junto a un pozo de agua. Los apóstoles habían ido hacia el pueblo a comprar comida. Una mujer, con un cántaro al hombro, bajo el calcinante sol, se acercó hasta allí para juntar agua y se encontró con la mirada serena, candorosa, pero también extraña, de Je-

sús. Intranquila, sacó agua del pozo con su vasija y se dispuso a regresar a su hogar, pero una suave voz interrumpió su accionar: – **“¡Dame de beber!”**.

La mujer, sorprendida, giró y regresó hacia Él y, no sin estar dominada por la confusión y por profundos resentimientos, le dijo:

- *“¿Cómo siendo tú judío, pides de beber a una mujer samaritana?”*

Jesús no desconoce las diferencias que separan a los dos pueblos: judíos y samaritanos, sin embargo, enfrentándose a costumbres odiosas y convencionales, busca conciliarse con la samaritana y llevarle consuelo:

“Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le habrías pedido a Él, y Él te daría el agua viva”.

La mujer, aún más confundida y asombrada, le hizo saber que Él no tenía manera de extraer agua y de conservarla. Lo interroga acerca de dónde guardaba el agua viva y lo compara con Jacob, preguntándole si tenía más poder que él. El afable Nazareno la miró iluminando su alma y le dijo:

“Cualquiera que beba de esta agua volverá a tener sed. Pero aquel que beba del agua que yo le dé, nunca más tendrá sed, porque el agua que yo le ofrezco se volverá en él en una fuente de agua que lo llevará a la vida eterna.”

“– Dame de esa agua – dijo presurosa –, para que no tenga más sed y que no sea necesario buscarla aquí”.

¿Había entendido la mujer el sentido de las palabras del Rabí? Jesús comprendió que no. Por eso es que, con una mirada dulce y radiante, le pidió que ella fuera a llamar a su marido y regresara. La mujer quedó perturbada. Era una pecadora y se dio cuenta que Él lo sabía. Respiró fuertemente, no sin poder contener sus lágrimas, y casi sin aliento le respondió:

“– No tengo marido... ” La vergüenza cubría su rostro y el llanto copioso testimoniaba su dolor.

“Dijiste bien: “no tengo marido” – confirmó Jesús –; puesto que cinco maridos tuviste y el que ahora tienes no es tu marido. Has dicho la verdad”.

Sorprendida, la samaritana no pudo ocultar más su alegría, su felicidad. Comprobó que estaba ante un Profeta de Dios y que debía aprovechar cada momento, lograr conquistar la paz que tanto anhelaba, aprovechar sus días... Pero todavía no lograba saber si la adoración a Dios la debía llevar a cabo en Jerusalén o en Samaria. Entonces Jesús la esclarece:

“–Mujer, créeme, se aproxima la hora en que ni en este lugar ni en Jerusalén adoraréis al Padre. (...) La hora está próxima y ése será el momento en que los adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre busca a los que así lo adoren”.

La mujer es conquistada por esa palabra firme, pero tierna, que hace vagar a su alma entre infinitas sinfonías del corazón. Y será esta mujer, junto con otras tantas que se sumarán luego, la que se convertirá en la difusora de sus enseñanzas. Los misterios propios de la letra de los doctores de la ley, son diluidos por este mensaje renovador, por la verdad misma.

- En casi todas las culturas se han considerado a los órganos sexuales y sus secreciones como algo impuro. Así ocurría también en Israel (**Levítico 15:1- 30**).

Una mujer abandonó su ciudad natal, Cesárea de Filipo, marcada por el dolor y la humillación constante de sufrir hemorragias diversas (**Marcos 5: 24-33**). Todos en su pueblo la despreciaban y consideraban impura. Ella, para no continuar viviendo enjuiciada con el desdén de sus coterráneos, y para calmar los terribles dolores físicos a los que se veía sometida, recurrió a todos los métodos curativos de la época. Sin embargo, los buenos resultados nunca llegaron.

Cuando acudió al Maestro Jesús, ya habían pasado doce años que sufría tan terrible enfermedad. Por primera vez abrigaba una esperanza. Conocía su nombre, sus prodigios. Lo sabía por medio de aquéllos que habían recibido sus orientaciones saludables y que habían recobrado la fortaleza orgánica. Allí no se sentía juzgada. Su bondad y comprensión le garantizaban no ser incriminada o rechazada. Eran cientos los que se habían acercado hasta ese lugar. Esta mujer delgada, anémica, que cargaba el peso de la miseria orgánica, por un instante imaginó lo que sería vivir con la salud del cuerpo. No se dejó abatir porque le miraban, extrañados, las manchas en sus prendas. Lo que la embargaba era una idea desconocida por ella: la esperanza, la ilusión... Por eso fue que, cuando el Maestro caminó, junto a sus discípulos, por donde ella estaba, la sufriente y sangrante se abalanzó hacia Él. Y como eran tantos los que clamaban por su atención, ella sólo atinó a tocar, desesperadamente, la parte inferior de su túnica.

–“¿Quién me tocó?” – Preguntó a los discípulos. Ellos respondieron que era la multitud que lo atropellaba. Pero la mujer atormentada, con júbilo, vio detenerse el flujo de sangre que tanto la había hecho padecer. Inundada su alma de ventura, se arrojó a sus pies y gritó:

– “¡Fui yo, Señor, que era desdichada! Sabía que tocando tu vestimenta podría recuperar la salud...”

– “Hija – Le dijo con ternura y bondad –, **tu fe te salvó; vete en paz, que ya estás curada de tu mal.**”

Después de unos días, con el alma henchida de goce espiritual, ella regresó con los suyos, visitó los sitios donde había vivido atormentada, del otro lado del mar. Todos querían verla, escuchar su narración, alimentar en sus almas la idea de vencer a la adversidad. Ella lo había logrado bajo condiciones de gran sufrimiento moral y físico, todos podían intentarlo, entonces. Así, sin proponérselo, se convirtió en difusora del mensaje cristiano. Y, poco después, con la salud ya recuperada, creció en ella un sentimiento incontenible de transformar su vida. Había recobrado la paz de su espíritu. Fue entonces cuando decidió seguirlo. Habló con sus familiares y amigos – que antes la rechazaban – y fue hasta Él. De esta manera, comenzó a seguir sus pasos y se perdía entre la multitud que lo aclamaba, sea a orillas del mar o en las ciudades.

Esta mujer renovada, capaz de dar su vida por el bien de su Pastor, será quien lo asistirá, luego, cuando lacerado por la humillación, el escarnio y la tortura, el Maestro resbala y cae camino a su crucifixión. Sí, es aquella que con un paño de blancura inmaculada limpió el rostro sudado, ensangrentado de Aquel que le enseñó: – **“Y cuando sea elevado por encima de la tierra, atraeré a todos hacia mí”** (3).

Podríamos continuar recordando pasajes en donde el Maestro rescató a la mujer del pozo de consideración inferior en el que vivía (podríamos recordar, por ejemplo, el ya tan conocido episodio narrado por Juan, con la mujer adúltera), pero ello volvería este trabajo mucho más extenso. Solo nos cabe decir, y afirmar, que no existe ningún testimonio, narración o comentario en el Nuevo Testamento en donde Jesús maltrate o margine a la mujer; nunca la vio como un símbolo del pecado, de inferioridad moral. Por eso es que rechazó toda ley o convencionalismo contra ella. También en este punto el mensaje de Jesús es proclamación de la igualdad, la dignidad, la fraternidad y la solidaridad entre toda clase de personas. Su mensaje, también para las mujeres, era una verdadera Buena Noticia o *Buena Nueva*. Por todo esto, no es de extrañar que fuesen mujeres las más fieles seguidoras de Jesús, que habrían de acompañarlo hasta cuando sus discípulos lo abandonaran.

La legislación humana ha progresado con los siglos. La mujer de

nuestros días, ha logrado tener la consideración de “igual” por la sociedad masculina. Es cierto que existen países en donde todavía sigue viviendo la explotación y esclavitud, pero son casos minoritarios, y existen, a su vez, organismos nacionales e internacionales a quienes se puede acudir solicitando ayuda o para defender sus derechos. Y en todo este cambio, en toda esta transformación cultural, social y política, la semilla sembrada por el Gran Sembrador de Esperanzas no puede ser ignorada. Por algo el preclaro Espíritu de Emmanuel nos enseñó: ***“Enviado de Dios, fue Él la representación del Padre ante el rebaño de hijos extraviados de su amor y de su sabiduría, cuya tutela se le confió, de acuerdo con las leyes sagradas de la vida en lo Infinito”*** (4). El Ángel de los Sufrientes, como emisario divino, imprimió un nuevo impulso hacia una nueva consideración de la mujer (5). A partir de aquel momento supremo, el amor, la caridad, la gratitud y la justicia serán enaltecidas por el Buen Pastor, y la mujer estará incluida entre ellas: – ***“Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.”*** (6)

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- 1- **FILÓN**: uno de los filósofos más renombrados del judaísmo helénico, vivió en Alejandría entre los años 15 y 45 antes de Cristo.
- 2- **“Las primicias del Reino”**, Amelia Rodríguez / Divaldo Franco; editorial LEAL, Brasil, 1983.
- 3- **Juan**, 12: 20-33
- 4- **“El Consolador que prometió Jesús”**; Emmanuel / Ch. Xavier; parte III, capítulo III, editora 18 de Abril, Buenos Aires, 1973.
- 5- **“Jesús y la actualidad”**; Juana de Ágelis / D. Franco, LEAL, Brasil, 2013
- 6- **“Las primicias del Reino”**, obra citada, pg.174.

El poema de caridad de Doña Lina

Juan Félix Algarín Carmona

Se acercaba el momento de su muerte. Al final de una larga existencia dedicada al prójimo y a la Doctrina Espiritista, la vida se le escapaba en cada suspiro del cuerpo viejo y fatigado. Doña Lina Cruz del Rosario, la mujer que fue pilar y fortaleza de su familia y del movimiento espírita fundado por su inolvidable esposo, completaba el ciclo natural de la vida orgánica y su espíritu estaba próximo a liberarse de las ataduras de la materia para regresar victorioso al Mundo Espiritual. Su hijo, Don José Falgas Cruz, fundador de la Escuela de Consejo Moral de Puerto Rico, percatándose de lo especial de aquel momento, trajo a la médium Doña Sotera Rosario y la sentó en el borde de la cama donde la anciana agonizaba. Inmediatamente el luminoso espíritu de Don Silvestre Falgas Ayala, su esposo, se incorporó en la médium, le tomó la mano a la moribunda y por vía psicofónica le brindó un mensaje de fortificación y consuelo a la familia cercana.

Doña Lina se casó con Don Silvestre en el año 1870. Cuando contrajo nupcias no solo aceptó los compromisos que le son propios a los esposos. Ella se casó con un espíritu misionero que reencarnó con la tarea de fundar en Puerto Rico un movimiento espiritista, a la luz del Evangelio de Cristo y la codificación de Kardec, en la época pionera de la revelación espírita en el siglo XIX. En esos años la isla era una colonia española y en ella se vivían momentos muy agitados, donde eran perseguidos por la Iglesia y por el Estado todos los disidentes políticos y religiosos. Don Silvestre y Doña Lina no fueron la excepción. Para completar el cuadro de sus adversidades, ambos nacieron afro descendientes en una época en la que todavía existía la esclavitud negra en la Isla del Encanto.

Las reuniones mediúnicas tenían que hacerse en la clandestini-

dad. Existía la complejidad de que los grupos estaban infiltrados y las autoridades llegaban a los lugares de reunión. Para evitarlo, anunciaban que la reunión se realizaría en un pueblo cuando en realidad era en otro. En muchas ocasiones, mientras el Maestro Silvestre desarrollaba su trabajo en los pueblos y campos lejanos a su hogar, la Guardia Civil Española allanaba, en la madrugada, la casa del matrimonio donde Doña Lina permanecía al cuidado de la familia. Ella sola con valor y renuncia afrontaba aquella afrenta en beneficio del ideal.

El Maestro Silvestre era un próspero artesano cuya zapatería ganó fama nacional. A tal punto que en tiempos más tranquilos, cuando aún no era perseguido a consecuencia de su ideal espírita, llegó a firmar un contrato para calzar al Batallón de la Patria, un cuerpo militar de las fuerzas españolas formado por criollos. Su excelente labor como zapatero le hizo gozar de una posición económica mejor que la inmensa mayoría de los puertorriqueños de la época. Su casa ubicada en el barrio Sabana Llana del pueblo de Río Piedras era conocida por todos como la Casa Grande del Maestro. Allí, centenares de personas pasaban semanalmente en busca de ayuda. Doña Lina les recibía y los atendía muchas veces sin la colaboración de su esposo, que se ausentaba del hogar semanas enteras en su labor misionera.

Los enfermos que llegaban eran recibidos con amor. En primer lugar se les brindaba alimentación y descanso. Luego eran atendidos por Doña Lina y su hija Doña Justina, quienes eran médiums curanderas,¹ que además poseían grandes conocimientos de medicina alternativa como la conocemos hoy. En particular nos referimos a la naturopatía o facultad de curar con plantas medicinales, como también a la capacidad de curar dando masajes terapéuticos. En aquellos tiempos, para los que llegaban a la Casa Grande aquella no era una medicina alternativa, era la única opción de medicina que tenían. Luego del descanso, la alimentación, la atención fraterna de Doña Lina y Doña Justina, muchas personas eran atendidas en la reunión mediúmnica dirigida por el Maestro Silvestre.

El salón donde se realizaban las reuniones mediúmnicas era pre-

1 Kardec, Allan. *El libro de los médiums*. Punto 189. *Variedades especiales para los efectos físicos*. “Los que tienen el poder de curar o de aliviar por la imposición de las manos o de la oración.”

sidido por un hermoso cuadro de Jesús. La reunión comenzaba con una bella y sublime oración invocando la presencia de Dios, seguida por la lectura de *El Evangelio según el Espiritismo*. Aquel libro fue la piedra angular sobre la que el Maestro Silvestre y Doña Lina cimentaron su obra. En particular el capítulo XV, que enseña que “Fuera de la Caridad no hay salvación”.² Ese fue el norte de sus vidas. Fueron espíritus abnegados y sacrificados en una época de gran miseria económica y moral en Puerto Rico.

Algunas personas dormían en la Casa Grande, o en la cercanía, imposibilitados de emprender el viaje de regreso al hogar al finalizar la reunión mediúmnica. Un viaje que tendría que realizarse a pie o a caballo por escabrosos y peligrosos caminos. Al día siguiente, después de desayunar y recibir provisiones para el camino, iniciaban el viaje de regreso. Muchos también llevaban algún dinero que Don Silvestre y Doña Lina les daban para mitigar un poco su miseria.

Aún hoy, 76 años después de su desencarnación, el 27 de febrero de 1939, Doña Lina Cruz del Rosario continúa realizando una insigne labor en bien de centenares de personas que aún la buscan implorando su ayuda. Todos los lunes, a través de la vía mediúmnica, dirige desde el plano espiritual la centenaria reunión que acostumbraba presidir su esposo el Maestro Silvestre. Hoy como antaño llegan los enfermos, los del cuerpo y los del alma, y son recibidos con amor maternal. Amor que no le impide hacer un llamado enérgico a la conciencia de la persona cuando es necesario. Llamado que a muchos nos ha devuelto el equilibrio emocional en medio de las pruebas que nos presenta la existencia humana. Llamado que ha arrancado a muchos de los vicios, que ha salvado matrimonios y evitado la destrucción de familias. Son muchos los jóvenes que deben sus carreras universitarias y sus logros profesionales a sus sabios consejos y a su intervención segura y oportuna cuando todo parecía que sería imposible. Son muchos los vientres que han concebido gracias a su intervención una vez que los médicos han dicho que no es posible. Hoy como cuando estuvo encarnada sigue siendo la madrina de los médiums, manifestando un especial carisma en su protección y orientación.

Doña Lina no conoció la tribuna ni la oratoria. No fue líder ni

2 Kardec, Allan. *El Evangelio según el Espiritismo*. Capítulo XV.

presidenta de grupo ni asociación alguna. No fue mujer de letras. Nunca escribió nada. Sin embargo, ella misma fue un poema. Sus manos irradiaron versos de amor sobre cada afligido, sobre cada enfermo. Encarnó junto a su esposo el verdadero carácter del espiritismo tal como nos lo presentó Kardec y fue anunciado por Jesús; el del Consolador Prometido. Su lugar estuvo al lado de los pobres y los desheredados. Al servicio de los enfermos y marginados. Sirviendo de consuelo y protección a mujeres y niños oprimidos y maltratados que aún octogenarios la recordaban con ternura y le llamaban mamá Lina, a hombres desilusionados y engañados, a obreros explotados. Con sus brazos abiertos recibía a los sufrientes y pareciera que repetía con Jesús: “Venid a mí los que estáis agobiados de trabajo y cargados... y hallaréis reposo para vuestras almas.”³

Incorporado en la médium Doña Sotera Rosario, el Maestro Silvestre, mientras sostenía la mano de su abnegada esposa, continuó su mensaje de fortificación y consuelo a la familia cercana que llenos de emoción y con lágrimas, que se deslizaban por las mejillas, escuchaban sus palabras y atestiguaban la despedida de la gran matrona. Al concluir su mensaje se despidió. Al retirarse el Maestro del médium, Doña Lina dio su último suspiro y expiró. Se marchó de la mano de su compañero de luchas, dejando tras de sí una estela de luz y muchas lágrimas como testimonio de gratitud, ternura y amor. ¡Luz y progreso a su espíritu!

3 Mateo 11:28-29

Mensaje mediúmnico de Doña Modesta para las madres

María Modesto Cravo – Wanderley Oliveira



Queridas madres, que Jesús sea con nosotros.

Reconozco el dolor que aflige el corazón de una madre que tuvo que devolver su hijo a Dios y, aproximándose el día en que los homenajes de la Tierra son un loor a la maternidad, vengo a traer una noticia de esperanza y amor a ustedes que fueron llamadas a entregar sus hijos a los brazos de la muerte.

Ninguno de sus hijos, incluso los que llegan aquí por los caminos de la imprudencia y del abuso, deja de ser amparado y socorrido. No existe orfandad en el mundo espiritual. Hasta aquellos que infelizmente sucumbieron a los dominios de la maldad y de la desorientación, encuentran espíritus que les extienden manos y cariño, alivio y amparo. Todos ellos son adoptados por el amor de las familias espirituales que siempre velan por los entes amados que partieron.

Aquí en el mundo espiritual, en los frentes de servicio adyacentes al Hospital Esperanza, en los días que anteceden al de las madres, son realizados homenajes por los hijos de ustedes que permanecen en el mundo físico. Aquellos que aún no pudieron visitar a sus madres escriben cartas de añoranza que son leídas en público, y comentadas por los mensajeros del bien que trabajan para que la alianza entre los corazones que se aman jamás se deshaga y pueda ser alimentada por la gratitud y por la alegría.

Cuando sus hijos, por varias razones, no pueden aún visitarlos, ustedes son traídas hasta ellos, en Espíritu, aquí en el Hospital, desdobladas por el sueño, para que la saudade pueda ser atenuada en encuentros de afecto y ternura. En esa ocasión, ustedes leen juntos las líneas de afectividad y calor humano escritas por sus descendientes.

En las cartas que ellos les escriben son orientados a hablar de amor y de los sentimientos nobles en relación a sus madres. Son páginas repletas de palabras enternecedoras que fortalecen la voluntad de vivir, y les sirven de terapia de consuelo y motivación para la continuidad en la andadura por la vida imperecedera.

Sé que muchas madres adorarían recibir una de esas cartas con noticias de sus hijos y en las cuales pudiesen encontrar el alivio de saber que ellos continúan bien y que están amparados, pero, ¿por qué no hacer lo contrario? Ellos también adorarían leer sus palabras y tener noticias que les pudiesen adicionar aún más valor y voluntad de vivir. Ellos también sienten saudades¹... Ellos no dejaron de amarlas...

Para aquellas madres que se sienten dispuestas a tal iniciativa, voy a orientar cómo deben proceder. Escriban un pequeño texto hablando a sus hijos amados de cómo se sienten y cómo se preocupan por ellos, pero agreguen a su cariño y saudade un obsequio de amor para ellos, diciendo también que aceptan la distancia como una invitación de la vida para que sus destinos se enriquezcan. La carta a sus hijos, a ejemplo de lo que acontece con las misivas que ellos escriben por aquí, tendrá una acción terapéutica.

Pegue su carta en la noche anterior al día de las madres y colóquela abierta al lado de una foto de su hijo. Piense en María, la madre bendita de todos nosotros, y haga una oración agradeciendo la oportunidad de poder creer en la vida más allá de la muerte. Ore y haga mentalmente un gesto mediante el cual usted está entregando la correspondencia a su hijo amado y vaya a reposar. Su carta será entregada y el dolor de la partida será atenuado. Conmemore el día de las madres con este presente, guardando la certeza de que la vida continúa y que la muerte nunca separa a quien ama y no es capaz de retirar la alegría de vivir entre los que se aman eternamente.

Yo, María Modesto Cravo, como madre y amante del bien, voy a oír sus plegarias y a encaminar a sus hijos el tributo de madre en loor de la luz y de la esperanza que deben reinar entre nosotros.

¡Que Jesús os inspire y acoja!...

(Mensaje psicografiado en la madrugada del día 3 de mayo de 2014, en Belo Horizonte, por el médium Wanderley Oliveira).

(1) **Añoranzas, nostalgias.**

El yugo ligero

León Tolstoi

“Venid a mí todos los que estáis cansados bajo el peso de vuestro fardo y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave y mi fardo es ligero”. (Mateo, cap. XI, v. 28 a 30).

“El Cristo dijo: ‘Bienaventurados los afligidos, porque ellos serán consolados’; ¿Pero, cómo alguien habrá de sentirse feliz sufriendo, si no sabe por qué sufre? El Espiritismo le muestra la causa de los sufrimientos en las existencias anteriores y en su encarnación actual en la Tierra, donde el hombre expía su pasado. Le enseña, el objetivo de los sufrimientos explicándolos como crisis saludables que conducen a la cura, constituyendo un medio de depuración que garantiza la felicidad en las existencias futuras”.

“Así, el Espiritismo realiza lo que Jesús dijo acerca del Consolador prometido: el conocimiento de las situaciones, haciendo que el hombre sepa de dónde viene, hacia dónde va y por qué está en la Tierra; una convocatoria para seguir los verdaderos principios de la ley de Dios y el consuelo por la fe y por la esperanza”. (El Evangelio según el Espiritismo, cap. VI).

Grandes son las aflicciones del hombre sobre la Tierra, llevándolo a preguntar el porqué de todo cuanto le ocurre... Transitando el Maestro sobre el planeta, buscó alertar a la criatura sobre el origen de sus males, pero encontró la inmensa barrera de la imperfección espiritual como mayor impedimento para el entendimiento de la perfección de la Ley de Causa y Efecto.

¡Es tan difícil entender que somos los señores de nuestro destino! Obligatoriamente, sembramos y recogemos el fruto de nuestra labranza... ¡Inmaduros, aún creemos que exista “alguien” controlando nuestras acciones y pensamientos más íntimos! Mera ilusión. Las leyes divinas están dentro de nosotros mismos, aunque no tengamos de ellas plena conciencia. Así, al errar, accionamos mecanismos de reequilibrio, impulsados por la culpa, sin que percibamos lo que está ocurriendo, llegando al punto en el que las enfer-

medades constituyen la curación para males mayores, el camino por el cual reflexionamos sobre nuestras “verdades”, que nos impulsan a efectuar cambios imprescindibles para la evolución de nuestro ser.

* * *

En un atardecer del mes de septiembre, las suaves brisas habían sido substituidas por súbitos vientos. En poco tiempo el cielo se obscurecería y las primeras gotas de pesada lluvia comenzarían a caer sobre la ciudad. Lorena miró con gran desagrado las nubes grises, volcándose enojada sobre un lecho de finas sábanas, murmurando:

—¡No puede llover, no puede, Dios mío! ¡Va a estropearlo todo! ¿¡Dónde se vio un primer encuentro en medio de un aguacero!?! ¡Ni pensarlo! ¡Voy a tomar medidas al respecto!

La joven saltó de la cama en dirección a la puerta, abriéndola estruendosamente y gritando a pleno pulmón, diversas veces:

—¡Juana, Juana, Juaaaaaana!

Minutos después, aparecía una moza al comienzo de la escalera, despeinada y nerviosa:

—Lorena, por favor... ¡Usted sabe que estoy allá fuera, en la lavandería!... ¡Su madre no tarda en llegar y las cosas no se hacen solas en esta casa! ¡Usted me llama sin parar, no me da sosiego! Así, acabo volviéndome loca con tanto trabajo y la niña gritándome de esa manera...

Percatándose de la fría reprobación de la mirada de Lorena, la empleada bajó la cabeza, reunió fuerzas y condescendió:

—¡Vamos a ver! ¿Qué sucede ahora?

—¡Nuestra Señora! ¡Qué mala voluntad! ¡Pareciera que la molesto mucho! ¡Seguro que a mamá no le va a gustar cuando sepa que usted no me atiende bien! Y... ¡No adelanta que ponga ahora esa cara de Magdalena arrepentida! Para no perjudicarla, puedo no contarle nada de sus implicaciones... Solo precisa hacerme una cosita... Una solita...

—Vamos allá, señorita chantajista...

—¡Tome un huevo y colóquelo en el sol!

—¿¡Para qué es esa tontería!?

—¡Tonta es usted! ¿No sabe que, colocando un huevo bajo el sol en honor a Santa Clara, para de llover al instante?

—¡Pero no hay sol, Lorena! Allá afuera está lloviendo a cántaros... Comenzó hace poco y dudo que vaya a parar...

—Busque el huevo que usted va a encontrar un poquito de sol... ¡Ande! ¡Ande!

Para no estirar la conversación, Juana fue a la cocina, retirando del refrigerador un huevo, poniéndolo en un paño sobre la mesa, mientras rezongaba:

—Ocurre cada cosa en esta casa... Voy a dejar el tal huevo aquí, esperando que salga el sol de Lorena... ¡No sé para qué tanta confusión!... ¡Mas Lorena está loquita! Es muy capaz de decir que la traté mal... ¡Si Doña Marlene me despidió, estoy perdida! Y esa jovencita es capaz de todo... Sí señor, de todo, solo Dios sabe...

Media hora después, resurgieron algunos rayos de sol. Y la criada trató de colocar el huevo sobre el muro, único lugar donde ellos incidían aún. Acababa de realizar la estratégica operación, cuando aparecía Lorena envuelta en olas de perfume francés y en un llamativo vestido a la moda, exclamando triunfalmente:

—¿Vio? ¿No le dije? ¡Es como un tiro al piso! ¡Santa Clara no falla!

Minutos después, Juana escuchaba cerrarse la puerta de enfrente con estruendo, sin tener tiempo para correr tras la jovencita, que ya iba lejos, en un reluciente automóvil.

—¡Ay, Dios mío!, ¿qué le voy a decir a Doña Marlene? ¡Va a hacerme todas aquellas preguntas sin compasión por mis oídos! Esta gente es irresponsable... No se ocupan ni de sus propios hijos, ¿y qué cuentas tengo que dar yo? ¡Si no necesitase tanto del empleo para cuidar de mi madrecita querida, ya me hubiese largado desde hace mucho! ¡Este es el infierno en la Tierra, Dios mío del cielo!

Mientras terminaba de cenar, Juana reflexionaba sobre su vida. Desde muy joven trabajaba en casas de familia... Primero, a los nueve años de edad, como niñera... Después, en calidad de empleada doméstica, para todos los servicios, hasta cuidar de lo que no le atañía... Con la madre de la impulsiva Lorena, llevaba desde casi los diez años... No disponía de tiempo para sí misma, siempre haciendo oficios, pues pernoctaba en el empleo, en un cuartico en los fondos de la lujosa casa.

Suspirando, pasó los dedos por la cabeza, donde precoces hilos de blanco cabello comenzaban a surgir, pensando en la juventud que poco a poco la iba desperdiciando en aquella rica residencia, como una prisionera... Por la noche, en el silencio del pequeño dormitorio, acostumbraba a sentarse en la cama individual con un espejito en la mano, analizando los sedosos hilos de la abundante cabellera negra, tratando de arrancar cuidadosamente los blancos, mientras murmuraba, burlándose de sí misma:

—Éste es por cuenta de las rabietas de la patrona... Éste tiene la cara de la niña Lorena... ¡Ay, Dios mío! Qué bien que el marido de Doña Marlene se fue de este mundo, dejando a esas dos solitas... Sino, las cosas estarían peores y yo con la cabeza blanca, de tantos nervios... ¡Dios, dame valor! Me gustaría tanto tener mi propia casa, aunque fuese pobre y pequeñita, incluso alquilada... Esposo, hijos... O una mansión, de aquellas con piscina y chófer... ¡Ah! ¡Soñar no cuesta nada! ¡Si es para soñar, es bueno soñar en grande! ¡¿Por qué no?! ¡También soy hija de Dios!

La joven no se había equivocado sobre lo que ocurriría. Escuchó una buena bronca de la patrona, inconforme con la salida de la mimada Lorena. Conociendo su genio, trató de mantener baja la cabeza, guardando silencio. Sentía unas ganas enormes de salir de allí y regresar a su casa en el interior de Minas... ¿Pero quién pagaría las medicinas de la madre enferma? ¡La pensión por la jubilación del padre apenas daba para la comida! Así, procuró no dejar trasparentar su descontento, escuchando la novedad que siguió a la ola de reprimendas con impasible fisonomía:

—¡Ah! ¡Recibiremos una visita, Juana! Mi primo Antenor, una belleza de persona... Arregle el cuarto de huéspedes, elabore algunos postres, haga unas galletas, un pastel... Debe ser suficiente... ¡No, haga un pudín también! Aquél con mermelada de ciruelas negras... ¡Y esmérese, pues el primo Antenor proviene de una familia rica y está acostumbrado a los manjares! No quiero que salga de aquí hablando mal de mi casa...

Distante de Doña Marlene, rezongaba:

—Una belleza de persona... ¡Sé lo que digo! ¡Un caprichoso, usted va a ver! Debe ser algún cincuentón, calvo y oliendo a cigarro... ¡Uno más para aguantar! ¡Ay, Dios mío! ¡Debo haber tirado piedras a la cruz!

El día siguiente pasó rápido en las lides de la cocina, entre ollas y asadores. Alrededor de las cinco de la tarde, Doña Marlene recomendó categóricamente que se arreglase, vistiendo el uniforme de fiesta, de engomado cuello alto de fino encaje blanco y delantal de lazo grande... La joven se observó en

el desgastado espejo del viejo guardarropa, aprobando satisfecha el reflejo de su esbelta figura de veinte y pocos años, morena clara, grandes ojos oscuros, ondulada cabellera negra, blancos y perfectos dientes... Se consideraba bella, pero los hombres parecían ignorarla... ¡Ya pudiera! ¡No salía nunca, pues siempre estaba presa a los trabajos domésticos! Entre sus pocas pertenencias, localizó unos sencillos zarcillos de perlas, obsequio de una antigua patrona, colocándolos en sus delicadas orejas, encantada con el efecto de los mismos en contraste con la ropa negra, combinado con el blanco del cuello alto y del delantal... Después, con inusitada vanidad, pasó sobre los labios un poquito de carmín rosado, realizando el tono rosáceo de la piel sin mancha.

—¡Parezco la empleada de una novela! Esta vez, realmente, me esmeré... ¡Qué desperdicio, Dios mío! ¡¿Quién me va a ver en este mausoleo donde solo vienen mujeres y viejos?! Aquí, todo va mal, muy mal...

Nuevamente en la cocina, percibió la llegada de la visita por las entusiásticas exclamaciones en la sala. Acomodó la gran bandeja de plata forrada con una toallita de lino bordado, poniendo en ella la costosa cafetera de nívea porcelana, orlada con un filete dorado y delicadísimas flores azuladas... Agregó los panecillos, las galletas y los platitos con el pastel... Ordenó todo con cuidado, exclamando en tono sigiloso e irónico para sí misma:

—¡Vamos allá, hija mía! Vamos a servir al viejo...

Penetrando en la sala, se dirigió a la mesita de centro, comenzando a servirle el café a la visita, como había sido orientada antes. Al erguir la mirada, se encontró con un joven de su edad, alto, fuerte, de increíbles ojos grises y de bella figura, mirándolo detenidamente de la cabeza a los pies. Entonces, la delicada cafetera de porcelana osciló sobre los paños, derramando su humeante contenido en la valiosa alfombra persa, entre los reprimidos gritos de Marlene y sus avergonzadas disculpas. El joven, estirando su mano a la jícara en inminente peligro de destrozarse en el brillante piso, educado remediaba:

—Eso suele pasar, mi querida prima... Nada que un paño húmedo no pueda resolver...

Mientras hablaba, sus ojos se posaban sobre Juana, como si le dijese:

—¡Mi linda chica, no se preocupe por eso!...

Los siguientes días se revistieron de especial encanto para Juana. Si fuese más cautelosa, percibiría estar a la vera de una ciega pasión por el bello Antenor, lo que representaba un serio peligro a las convenciones sociales, y a los prejuicios... Por su lado, el joven no perdía la oportunidad de estar

cerca, dirigiéndose a menudo a la cocina para tomar un cafecito, un pedazo de pastel, mantener una charla, principalmente cuando la dueña de la casa estaba ausente, en su trabajo en el centro de la ciudad, cuidando de la sofisticada tienda de confecciones para la familia.

Poco a poco Juana se fue dejando cautivar, rindiéndose a los besos del joven, a las murmuradas palabras de amor, a los elogios y promesas... ¡Carente de afecto y comprensión, inconforme con la dura realidad existencial, optó por creerlo todo, entregándose en cuerpo y alma al seductor!

La visita se prolongaba, para asombro de Marlene y Lorena, que no entendían cuál era la gracia que podría haber en permanecer siempre en casa, leyendo o entregado a los encantos del jardín... Invitado para acompañarlas a eventos sociales, Antenor casi siempre declinaba la invitación, afirmando estar exhausto, aseverando preferir descansar en la placidez del hogar a convivir con otras personas, aunque fuese por unas horas. A pesar de estar intrigadas con tanta necesidad de soledad y descanso, madre e hija acabaron por dejarlo vivir a su gusto, volviendo a tomar la rutina de vivir prácticamente ausentes de la casa, retornando solamente a la hora de las comidas y a la hora de dormir, principalmente después de constatar que el huésped parecía estar muy bien, risueño y con excelente disposición.

Dos meses después, Juana comenzó a sentir náuseas, el simple olor de los alimentos le causaba repugnancia, un sueño inmenso... Tomó gran cantidad de remedios para el hígado, pero los síntomas en vez de atenuarse empeoraban en el transcurso de los días. Una visita al Puesto de Salud reveló todo: ¡Estaba embarazada!

Al conocer la novedad, Antenor concordó de inmediato en asumir sus responsabilidades, para inmenso alivio y alegría de Juana, pidiéndole tan solo un plazo destinado a preparar a la familia, recomendando sigilo, pues pretendía resolverlo todo de manera discreta, sin mayores alardes. Días después, le sugirió a la joven que visitase a su madre en el interior de Minas Gerais, proporcionándole, incluso, dinero para los gastos, agregando:

—¡Pronto todo estará resuelto! Yo haré lo mismo... ¡Eso es! Viajaré a casa para contarles todo a mis padres... Puedes estar tranquila, mi amor. Cuando vuelvas, ya estaré aquí, esperándote... Entonces, nosotros dos daremos la novedad a los demás... Apuesto que mi prima va a querer ser la madrina de nuestra boda... ¡Y Lorena puede ser dama de honor!

Juana viajó para la casa de su madre, con el corazón alegre, iba ansiosa por revelar que estaba esperando un hijo de Antenor, un joven muy

bueno, de inmensas cualidades, que la amaba mucho, independiente de su humilde origen, y la haría inmensamente feliz. En el fondo de su corazón, se sentía vengada, pues la patrona tendría que convivir con el hecho de tenerla por pariente rica, pues su futuro marido sería heredero de una gran fortuna, como la petulante Lorena acostumbraba a reforzar siempre, al ordenar que la “empleadita” hiciese cosas y más cosas en la cocina:

—¡Juana, trato de explicarle que el primo no está acostumbrado a arroz y frijoles, ensalada de lechugas y bistec! ¿Usted no sabe que él, muy pronto, va hacerse millonario? El tío está doblando el Cabo de la Buena Esperanza, ya tuvo un par de infartos... Él es hijo único, y la madre ya falleció el año pasado... ¿Ya pensó? ¡Joven, apuesto y rico! ¡Si no fuese primo hermano de mi mamá, yo misma sería candidata de tan bello partido!

Por el camino, Juana se dejaba ilusionar por sueños de poder, en los que se veía muy bien vestida con joyas en las orejas, en los puños, en los dedos... O con el esplendoroso vestido de baile, con una corona de brillantes en la cabeza...

No obstante, tan pronto como descendió del tren, una sorpresa desagradable la esperaba, en la persona de una de las vecinas: la madre había sufrido un derrame, yaciendo inmóvil sobre el lecho, necesitando de permanente asistencia. La comadre le decía:

—Juana, hija mía, fue de repente... Ella estaba bien, solo se quejaba de mucho dolor de cabeza... Pero usted sabe, hija... Su madre tiene tantos problemas... Nosotras encontramos a la pobrecita esta mañana, caída en la cocina... ¡Desdichada de la comadre! Ella estaba esperándola... ¡Solo hablaba de eso! ¡Creí mejor venir a recibirla en la estación! Vamos, vamos para la casa, hija mía...

Al contemplar a la madre inmóvil sobre la cama, Juana percibió que aquel no era el momento de revelar su embarazo a nadie, pues las personas podrían no entenderla y juzgarla mal... Mirando al padre ya anciano, con ideas desordenadas, la joven comprendió que poco podría esperar de él... Los otros hermanos, todos mayores que ella, vivían lejos, en distantes ciudades, despreocupados del bienestar de sus progenitores, quedando solamente ella, la más joven, la dedicada hija, con la tarea de ampararlos. No se irritó, aceptando el pesado encargo con resignación. Durante toda la semana acomodó las cosas, cuidó de la casa, buscó quien pudiese servir de enfermera, sabiendo que le correspondía volver al empleo, sin lo cual estaría pronto sin dinero. Doña Marlene podía tener mal genio, ser impaciente, pero pagaba con

regularidad y bien... Luego, pensó que Antenor, era rico... y que después del casamiento, de seguro no querría que su esposa continuase trabajando como empleada, y podría ayudar a su familia... Dinero no le faltaba...

Quince días más tarde, al regresar, la joven ya no encontró a Antenor. Había partido inmediatamente después de su viaje y nada indicaba que hubiese mencionado el embarazo a los moradores de la casa... ¡Comprendió que la había abandonado!

Los meses transcurrían con celeridad y Juana afligida observaba que su vientre se distendía, hasta que, desesperada, le contó todo a Doña Marlene. La pobre Juana esperaba su apoyo, pero se vio frente a mucha indignación y a su definitivo despido. A pesar de todo, intentó justificarse, explicar, decir que podría continuar trabajando, que nada le impediría cumplir con sus deberes. La patrona fue inflexible, colocando ella misma las pocas pertenencias de la joven en una maleta, depositándola inmediatamente en la puerta de entrada, con un sobre que contenía el salario del mes. ¡Más nada!

Solitaria, con poco dinero en la bolsa, en vano buscó otro empleo, encontrando solamente negativas ante su estado de avanzada gravidez. En poco tiempo, solo le restó la opción de buscar un albergue donde pudiese pernoctar y recibir un plato de sopa, pues estaba hambrienta, cansada y no le quedaba ni siquiera una moneda.

Hacía frío. Una garúa fina y fría descendía sobre la ciudad cuando Juana entró al antiguo y sencillo caserón, huyendo del viento helado y de la humedad. Acostumbrada al lujo de la casa de la antigua patrona, la joven consideró con desaliento el ambiente humilde, las paredes que hacía mucho tiempo que no veían pintura, descascaradas aquí y allá... Pero todo estaba muy limpio y un olor delicioso venía de los fondos... ¡Le dolía el estómago por el hambre! Una joven de poco más de catorce años anotó su nombre en un enorme libro, preguntando gentilmente de donde venía, probablemente extrañando los modos educados, la belleza de la joven, sus vestidos de calidad, pues los había heredado de Doña Marlene... Difería de los albergados comunes, en su mayoría hombres muy simples, indigentes, o de paso en busca de colocación...

Ante su mirada clara y humana, Juana no contuvo el llanto, despejando la triste y tan común historia en los oídos de la jovencita, que la escuchó humanamente, permitiéndole desahogarse del dolor que llevaba en su alma herida, enlazándola por los hombros y confortándola con breves palabras. Después, la acomodó en una de las sillas, diciendo que volvería enseguida. Al

hacerlo, venía en compañía de una señora de edad, apoyada en un bastón, de mirada serena y bella que la llevó hasta una de las mesitas, donde una terrina de grueso y humeante caldo y abundantes tostadas la esperaban, presentándose como Doña Clorinda.

Juana permaneció en el albergue durante algunos días, al final de los cuales la trasladaron a una Casa de Gestantes, donde podría permanecer. Comprendió que se trataba de una institución religiosa benéfica, donde voluntarias desempeñaban tareas de auxilio a jóvenes que, como ella, no disponían de apoyo durante el indeseado embarazo. Laboriosa, desde que llegó trató de ayudar en los servicios de la casa, asistiendo a las gestantes más problemáticas, cosiendo ropitas de bebé, esforzándose por ser útil.

Semanalmente, se realizaba en la institución aquello que se llamaba el Evangelio en el Hogar, cuando alguien leía un fragmento del Evangelio del Maestro y reflexionaba sobre él. Después, quien lo desease podría hablar algo, aportar algún comentario, pero Juana permanecía callada, pues estaba muy distante de todo aquello. Católica de nacimiento, hacía mucho tiempo que había abandonado sus creencias, principalmente por haber dejado el hogar muy joven, pasando a vivir en lugares donde las prácticas religiosas eran relegadas al último plano. Se había cansado de presenciar a Lorena arreglándose para asistir a la misa del domingo, como si fuese a una fiesta, donde iba a desfilas sus ropas, flirtear... Ella misma, en las raras ocasiones en las que frecuentaba la Iglesia, se había portado de idéntica forma, ansiosa por la hora en la que el sacerdote callara y las jóvenes podían pasear por la plaza, y observar a los jóvenes. Pero ahora, con los sueños de felicidad hechos añicos por la deserción de Antenor, las palabras evangélicas le caían como un consolador bálsamo sobre sus dolores. Además, aquellas personas entendían a Jesús de una manera diferente, como si Él fuese un hermano muy amado, y no alguien distante.

Estaba muy avergonzada con lo que consideraba su “error”, sintiéndose como una tonta, aunque en la Casa no hacían comentarios desagradables ni otro tipo de crítica al respecto. Al comienzo, se asustó al descubrir que la Institución era administrada por espíritas. Para ella, el Espiritismo estaba asociado a la macumba, sacrificio de animales, ingesta de bebidas, velas, etc., no obstante, allí solo se hablaba del Bien y Jesús estaba presente en todo... ¡Así, calló sus recelos, aunque guardase distancia, temerosa de ser engañada por falsas apariencias!

Pensó en volver al interior, a la casa de la madre. Pero, concluyó que

eso solamente le acarrearía mayor sufrimiento a la anciana, la cual ahora estaba consciente aunque aún en cama, y entendería que no tenía empleo y que sería una boca más que alimentar. En la pequeña ciudad, los prejuicios seguían siendo muchos con relación a una madre soltera... Era mejor quedarse allí, encontrar algún empleo, poder mandar dinero a la madre y esperar el nacimiento del niño. Entre las gestantes se hablaba mucho de la adopción... Quién sabe... ¿Tendría suficiente valor para separarse de su hijo? Pasaba sus manos suavemente sobre el vientre, sintiendo como se movía el pequeño, pateándola con fuerza. Conversaba bajito con él, cantándole canciones de cuna de su tierra...

En cierta ocasión, una de las jóvenes le dijo:

—Juana, ¡usted es tan bonita! Parece una joven rica... Tiene estampa de modelo... ¿Por qué no se practicó un aborto? Su enamorado era rico, lo habría pagado enseguida... ¡Seguramente hubiera hecho eso, si usted fuese más experta! Podría salir de eso con un buen dinero, y arreglar su vida...

Y, mirando su voluminoso vientre, prosiguió:

—No fue ése mi caso... El sujeto era pobre, permaneció ilusionándome con promesas de matrimonio, hasta que pasaron los tres meses y la partera ya no quiso practicarlo... Dijo que era peligroso... ¡Él se fue, desapareció hacia los rumbos de Goiás, y aquí estoy yo! ¡El sinvergüenza era casado!

Juana simplemente se quedó callada, preguntándose a sí misma la razón por la cual no había tomado providencias respecto de aquel bebé... No encontró una respuesta racional, pero algo dentro de su corazón alejaba con vehemencia la idea del aborto, era un miedo terrible de morir y de matar...

Al amanecer de un soleado día de primavera, nació su hijo. Era un niño bello, de ojos grisáceos y cabellos negros... Le dio el nombre de Julio César, pues siempre había sido admiradora de películas sobre emperadores romanos... Durante los meses iniciales de amamantamiento, la joven madre comenzó a dudar de darlo en adopción, pues si al principio poco representaba para ella, con el paso de los días descubrió que lo amaba como jamás había amado a alguien en su vida; no obstante, recelaba de no tener condiciones para sustentarlo convenientemente, pues tenía miedo de no poder dar cuenta de la gran responsabilidad asumida, pensaba si no sería mejor dejar que alguien con abundantes recursos cuidase de él... Así, tendría un hogar, no pasaría necesidades y sería feliz...

Como si fuera por encanto, una luz brilló en medio de su aflicción.

Una de las servidasoras de la Casa para Gestantes dejó el trabajo por motivos de una inesperada mudanza, rumbo a otra ciudad, y ella fue invitada para que asumiera su puesto, con derecho a un módico salario, a una pequeña vivienda ubicada en los fondos de la Institución, en calidad de inquilina, y a alimentación en el comedor comunitario. Aparte de todo, le permitían que mantuviese consigo al niño, criándolo allí. ¡Al entrar en la casita de su antecesora, casi no podía creer en la bendición recibida! ¡Con alimentación, morada, agua, luz y algún dinero disponible, podría cuidar de la madre distante y del pequeño!

Todo transcurría rutinariamente en la existencia de Juana. Comprendió que Antenor solo había sido una ilusión juvenil... ¡Bello e inconsecuente, el susodicho ni siquiera pensó en el hijo por nacer! Y mucho menos en ella, que creyó ciegamente en sus falsos juramentos de amor... Aún sentía mucha rabia hacia él, pero tenía conciencia de que nada podría hacer, si bien había días en que todo su cuerpo temblaba de ira y si lo viese delante, probablemente lo ahorcaría... Después, se conformaba, afirmando desear seguir adelante, trabajar mucho, criar al hijo, y darle sus estudios. Tal vez un día él pudiese graduarse como médico, como el Dr. José Carlos, el joven galeno que atendía a las gestantes de la Casa, un voluntario, una santa criatura...

Cierta mañana, Juana se sintió indispueta, el cuerpo le pesaba, la cabeza le dolía mucho. Como de costumbre, realizó las tareas con esmero: limpió la casa, lavó la ropa, que no era poca, hizo el almuerzo, disponiéndolo sobre la gran mesa. Aquel día, el Dr. José Carlos realizaba su visita un poco más tarde, debido a impedimentos en el hospital, y se le invitó para almorzar. De lejos, Juana lo observaba. Era tan guapo... Para decir la verdad, no era solamente guapo, sino alegre, simpático, gentil, sensible, perfumado... ¡Estaba enamorada!

Parece que en su caso, uno de los indicativos del amor consistía en derrumbar cosas... La olla de barro osciló en sus trémulas manos, la concha cayó con estrépito en el piso de ladrillos y, si no fuese por la providencial intervención del médico, el delicioso ensopado se habría perdido... Los ojos de ambos se encontraron y él murmuró:

—No fue nada, Juana. Nada que un paño húmedo no resuelva...

Todo se oscureció y la joven madre sintió que le faltaba el piso. Escuchó algunas voces aprensivas, percibió el calor de un pecho... Después todo se apagó...

Durante tres días ella permaneció entre la vida y la muerte en el hospital, inconsciente...

Muy querida, muchos la visitaban, siempre había alguien a su lado; aunque estaba sumergida en el coma, le leían mensajes, fragmentos del Evangelio...

La presencia del Dr. José Carlos era constante pues finalmente la percibía como alguien muy especial.

Durante muchos meses, había desempeñado sus funciones voluntarias en la Casa de las Gestantes sin notar particularmente a la joven morena y bonita, reservada y gentil... ¡Luego, en aquel día, en el que encontró sus grandes ojos negros, que reconoció su belleza discreta, y la delicadeza de sus gestos, ella se había desmayado! Pobre mujer... Un disturbio de circulación encefálica acostumbra a tener imprevisibles consecuencias... Tal vez tuviese una recaída, pero nadie podría prever en qué condiciones...

El joven doctor acertó en sus temores... Finalmente consciente, parte del cuerpo de Juana se negaba a obedecer al comando de su cerebro. La joven entró en desesperación, pues de ella dependían el hijo y la madre enferma. Aunque recibiese ayuda, ¿quién cuidaría de su niño? Del padre del pequeño, nada sabía ni se interesaba en saber, pues en verdad ¡ya no sentía ningún amor por él! Se sentía lesionada, una parte dentro de ella se había quebrado, sus sueños de independencia lanzados irremediablemente por tierra. Sobre el lecho, dejó de tener esperanza, de luchar, considerándose inútil, incompetente... en vano intentaron animarla...

Saliendo del hospital en una silla de ruedas, volvió a la Casa para Gestantes pareciendo una muerta... La Juana batalladora de antes parecía haber dejado de existir, permaneciendo encerrada en su habitación, ajena a todo, olvidada hasta del hijo, resentida...

La presencia del Dr. José Carlos, en vez de hacerle bien, reforzaba su tristeza y su resentimiento, por sentir que había perdido la oportunidad de ser feliz al lado de un nuevo y verdadero amor... Repetía para sí misma:

—¿Quién va a querer a una minusválida?, ¿quién? ¿Por qué, Dios mío, porqué los otros pueden ser felices y yo no? Las cosas se iban arreglando... De repente, eso, una enfermedad que los médicos no saben decir si mejoro o no... ¡Me están engañando! Nunca más voy a salir de la silla de ruedas...

En los momentos de mayor desesperación, pedía que no le hablasen de Dios y mucho menos de Jesús, afirmando haber sido abandonada a su triste suerte... Poco a poco se fue ensimismando, hasta que solamente le restó el lecho y los cuidados de las personas, pues se negaba a vivir.

En aquella calurosa noche del mes de noviembre, se realizaba el acostumbrado trabajo mediúmnico en la Casa Espírita responsable de la institución benéfica para gestantes, donde Juana se encontraba en triste estado depresivo. A pesar de haber colocado, durante meses, el nombre de la joven madre sobre la mesa, ningún Mentor de la Casa se había manifestado sobre el asunto, y ni siquiera había aparecido alguna entidad relacionada con el problema. Como de costumbre, los médiums aguardaban, respetando el silencio del Mundo Espiritual, confiando que los espíritus responsables por la conducción de las actividades sabían lo que estaban haciendo.

Abierta la sesión, después de algunas comunicaciones, los presentes se sintieron envueltos en una agradabilísima onda de sutiles fluidos y, a través del fenómeno psicofónico, una de las entidades responsables del trabajo les dijo así:

—Mis hermanos, que la paz del Maestro Jesús esté con todos. Estamos aquí para esclarecer algunos aspectos referentes al problema de nuestra hermana Juana. Como sabéis, la enfermedad que la relegó a la silla de ruedas le ocasionó un daño muy grande, no tanto en el envoltorio físico, fácilmente recuperable con sesiones de fisioterapia y buen ánimo, sino, de grande y triste peso en los aspectos emocional y espiritual. ¡Juana se siente víctima de una injusticia! ¡Tiene lastima de sí misma!

Mentalmente, todos los médiums estuvieron de acuerdo con los comentarios iniciales. Pero, ¿qué hacer? ¿Será que los mentores no podrían darle una “ayudita”?

El Espíritu continuaba:

—Nuestra hermana Juana se ha enfrentado a serias pruebas existenciales... Problemas económicos, responsabilidades con la madre enferma, el padre con esclerosis, carencia afectiva, distanciada del hogar desde muy joven, viviendo siempre en los lugares donde ha trabajado... Por último, el abandono del enamorado y una imprevista e indeseada gravidez... Decepciones, frustraciones...

La persona responsable por el diálogo en la mesa mediúmnica, aprovechando un ligero silencio del comunicante, expuso:

—Así es, querido hermano, ¡realmente es así mismo! Ella se preocupa con la situación económica de la familia, por el hijo... Por lo pronto, estamos proveyéndola de todo, pero ella comprende la gravedad de su estado... ¡Y se desespera!

—Nosotros lo sabemos... No obstante, debéis estar de acuerdo en que la encarnación terrestre existe como consecuencia de la necesidad que tiene el espíritu perfectible de vivir experiencias renovadoras en el envoltorio físico, con el imprescindible olvido de vidas anteriores. La Juana de ahora está rescatando situaciones mal resueltas en el pasado... Es imposible posergar tales arreglos, lo que no constituye, de forma alguna, un castigo, como muchos piensan, sino un mecanismo de evolución de los sentimientos, de sanación, si así lo deseáis. Analicemos el asunto dejando de lado los detalles de las acciones cometidas: no fue por casualidad que la joven llegó a una casa espírita, donde recibió apoyo, sin el cual realmente habrían ocurrido cosas más serias. Entonces, tuvo la oportunidad de entrar en contacto con la sublime doctrina del Maestro, a través del Consolador prometido, pero permaneció distante, considerando que solo la resolución de los problemas materiales bastaría. Por lo tanto, continuó en desequilibrio, sobrecargando el cuerpo físico con energías deletéreas, producidas por la rabia, la insatisfacción profunda y el obstinado resentimiento. Muy en el fondo, inconsciente pero no menos importante, encontraremos la culpa proveniente de desaciertos del pretérito, solicitando reparación... ¡Enfermó! La enfermedad constituye un mecanismo de curación, pues promueve el reequilibrio, aunque sea a nivel de simple expurgación de energías inadecuadas. Sin embargo, cuando la criatura reflexiona, abandona la rebeldía y acepta el amparo de la Espiritualidad, dejándose dominar por el dulce yugo de Jesús, el sufrimiento va abandonándola y, en gran número de casos, la enfermedad deja de tener razón de existir y cesa.

Actualmente, Juana continúa dándole prioridad solo a su salud física, olvidando al espíritu inmortal, entregándose a lamentaciones infructíferas. Los médicos de la Tierra hicieron todo lo que estaba a su alcance, quedándole a ella el deber de modificar su actitud, aceptar el yugo ligero y amoroso del Maestro, que la consolará, llevándola a resignarse ante las momentáneas circunstancias de dificultad física, lo cual abrirá sus ojos a nuevas perspectivas, y le permitirá el sustento, que es su inmediata y mayor preocupación.

—Pero ella se niega incluso a escuchar una lectura del Evangelio... Dice que Jesús la abandonó...

El Espíritu rió, comentando:

—Eso es lo que ella piensa... La mayoría de las personas piensa así cuando les sucede algo que clasifican como “malo”. Incluso entre los espíritas, la palabra “rescate” acostumbra a ser mal interpretada y confundida con sufrimiento. Ahora bien, rescatar significa “volver a tomar”, esto es, traer hasta nosotros experiencias mal conducidas en el pretérito, repitiéndolas para

afrontarlas de un modo diferente y positivo. La carga de sufrimiento será siempre inversamente proporcional a nuestra evolución, al perfeccionamiento de nuestros sentimientos... Como niños que repiten el año escolar mal aprovechado, también vamos repitiendo, encarnación tras encarnación, las lecciones mal aprendidas. Nuestro orgullo constituye la mayor razón de los padecimientos, pues recalcitamos, somos rebeldes, luchamos contra la perfecta y sabia corriente de la vida. Perdemos tiempo reclamando y sintiendo auto compasión...

Después de una ligera interrupción, concluyó:

—Desde el punto de vista de la Espiritualidad Mayor, nuestra hermana se está negando tercamente a aceptar aquello que su corazón ya le indicó como el camino, la verdad y la vida... Pero, una vez más está huyendo del Maestro... ¡Y una vez más el Maestro la está llamando! Así, hoy, después de la sesión, ella será traída a nuestra colonia espiritual y sometida a una regresión... Esperemos que, al despertar, las cosas cambien. Pedimos a los hermanos componentes de la mesa la ayuda con oraciones y vibraciones de mucha esperanza. ¡Confiemos en Jesús!

Juana observó el reloj de cabecera. ¡Eran las once de la noche! A su lado, en la cuna, el hijo dormía tranquilamente. ¡Tenía tanto miedo de perderlo! Conociendo su situación, ¡Antenor podría quitárselo! ¿Y si se muriese?

Las lágrimas descendían de sus ojos, los sollozos la sofocaban... ¡¿Qué había hecho para sufrir tanto?! No creía en aquella historia de reencarnación... Si fuese así, ella se acordaría... Jamás había hecho mal a nadie, pues sentía rechazo hasta para matar cucarachas...

Poco a poco se fue calmando, un sueño inmenso la envolvió...

Aquel lugar era muy bonito... Casas blancas, jardines, lagos, flores... Tres personas venían a su encuentro: un hombre de unos cuarenta años, elegante y simpático, desconocido; una joven delicada, envuelta en una túnica azul; por último, una señora, en la cual reconoció a la anciana que la había recibido en el albergue...

—¡Juana, sea bienvenida!

La mujer observó sus piernas sin movimiento, constatando que se hallaba sentada en una singular silla de ruedas, muy ligera y brillante, de material enteramente diferente del que constituía la suya, que era pesada y fea. Pensó que desearía juntarse a ellos e, inmediatamente, el vehículo que parecía transportarla obedeció a su comando mental... Intrigada, buscó los

botones... ¡Nada! ¿Cómo se detendría aquello? Tan pronto como lo pensó, la silla de ruedas se detuvo suavemente... ¡Increíble!

La condujeron a un edificio de líneas muy bellas, con columnas de níveo mármol en la entrada y enormes vasos de flores en tonos lilas y azul, de perfume muy delicado. A pesar de que era de noche, a juzgar por las rutilantes estrellas y la plateada luna, todo era muy nítido, como si estuviese sumergido en un océano de suave luz... En el interior, se encantó con los ambientes claros, constituidos por amplias ventanas de vidrio, constatando que se orientaban hacia un patio central lleno de inenarrable belleza, con exóticas plantas y cristalinas aguas.

Siguiendo a sus anfitriones, se vio en una de las salas, donde una blanca pantalla recubría toda la extensión de una de las paredes. ¿Sería un cine? Adoraba las películas, pero, muy pocas veces se podía dar tal lujo. Doña Clarinda, la señora voluntaria en el Albergue Nocturno, se apostó detrás de su silla, poniéndole las manos sobre la cabeza, y Juana instintivamente cerró los ojos, sumergiéndose en la oración formulada por ella, vencida por el dulce magnetismo de su voz:

—Juana, hija mía, relájese... Usted se encuentra entre amigos, que la amamos y deseamos su bienestar... Deje que su cuerpo se aligere, así, muy leve... Sus brazos y hombros están relajados... Su cabeza fluctúa, fluctúa, libre de cualquier pensamiento... Ahora, usted está regresando, sumergiéndose en el pasado... Él aparece ante sus ojos... Preste atención a la pantalla, preste atención, hija, mía...

* * *

Las personas pasaban, dirigiéndose todas hacia algún punto de la ciudad. Flavia las miró con desagrado, pues eran pobres y miseros. Allí, un minusválido se arrastraba sobre muletas; más allá, un ciego se dejaba conducir por una mujer muy delgada, pálida... Niños, por bandadas... Con un gesto de enfado, abandonó el balcón, entrando al lujoso recinto, tomando en sus delicadas y niveas manos un timbre de oro. Al primer toque metálico, una sierva de gran belleza acudió, aprensivamente murmurando:

—Señora...

—¡Nunca vi personas más feas! Dime: ¿sabes hacia dónde va toda esa gente?

—Dicen que se dirigen a la playa, para encontrarse con el Rabí...

—¿Rabí? ¡¿Qué Rabí?! ¿Tú lo conoces?

—¡Quién soy yo, señora! Ya oí los comentarios por otros siervos, por los esclavos... Dicen que es el prometido por las Escrituras de ese pueblo de la Tierra... ¡Que hace milagros!

—Con certeza, cosas de personas ignorantes... ¡Ve, trata de cerrar bien la puerta del patio, o pronto tendremos algún indigente pedigüeño aquí dentro! ¡Corre, inútil, apresúrate!

Olvidando a la esclava, volvió su atención hacia la mesa repleta de delicados manjares, dispuestos en finísimos platos, cubiertos con blancos paños bordados. Mordió uno de los dulces, suspirando satisfecha: miel y nueces... Se sirvió del vino, apreciando la belleza del ánfora de oro puro y piedras preciosas, probablemente producto de uno de los saqueos de los oficiales del ejército romano, en distantes tierras, pues por allí no se veían obras tan magníficas como aquella.

Flavia contempló la tarde que lentamente se disipaba en el calor de la soleada vía. Precisaba cuidarse, pues las horas transcurrían con celeridad... ¡La fiesta de aquella noche prometía!

La sierva retornaba. Con un incisivo gesto, Flavia señaló en dirección a la sala de baños. En pocos minutos, todo estaba preparado: el agua tibia, los pétalos de flores, las sales aromáticas, los perfumes... Después, el maquillaje, los cabellos, el vestido de seda bermeja, los adornos dorados... Mirándose en una superficie cubierta de espejos, sonrió satisfecha, enamorada de su imagen seductora y linda, prestando atención a su piel muy clara y sedosa, los verdes y grandes ojos, orlados de cumplidos cilios oscuros, la boca de labios llenos y bien delineados, los cabellos cobrizos, muy lisos y brillantes, ornados de piedras transparentes engastadas en hilos de oro y delicados arreglos de flores...

¡La vida era tan buena! ¡Magnífica! Con aborrecido meneo, intentó ahuyentar los recuerdos de los días de dificultad, de pobreza. Hasta hambre había pasado... Parecían distantes, aquellos tiempos, perdidos en la desolada y triste infancia.

Había nacido en uno de los tugurios de Roma, hija de una madre prostituta y un padre ignorado. Desde muy joven conoció las amarguras de la vida ingresando en idéntica carrera a los once años de edad, permaneciendo en el prostíbulo hasta los quince, cuando su suerte la llevó por un rumbo diferente, en la persona de un viejo senador. Cerrando los ojos, recordaba perfectamente los detalles de aquel día...

Después, temprano, a pesar de haber trabajado gran parte de la noche, despertaban las mujeres, tañidas por los berridos de la propietaria, irascible y fea criatura, que no admitía mucho descanso, poniéndolas a limpiar los pisos, y a lavar las ropas de las habitaciones. Medio dormida aún, exhausta, una mocita canturreaba bajito, barriendo furiosamente el frente de la casa, echando agua sobre las piedras irregulares que revestían el suelo, descargando su rabia en la rústica escoba. Tan iracunda estaba que no prestó atención al hecho de que los sucios respingos alcanzaron a una lujosa litera conducida por robustos esclavos, cosa poco común por aquellos miserables lugares, donde solamente acostumbraban a pasar carruajes y pedestres nada elegantes.

Los gritos indignados de los conductores la irritaron aún más:

—Vagabunda, ¿no miras donde botas esa agua tuya tan inmunda? ¡Mereces unas bofetadas!

—¿Y quién me las va a dar? ¿Vosotros, unos míseros esclavos, en peores condiciones que yo, que por lo menos soy libre?

Ante la aguzada respuesta, los hombres protestaron y ella, comprendiendo que no se atreverían a soltar la litera, pasó a instigarlos, burlándose de ellos, hasta que una cabeza de grisáceos cabellos surgió de dentro de las cortinas, mirándola con divertido asombro, claramente encantado ante la joven y su delicada figura, de largos cabellos embermejados deslizándose por la espalda, tocando la cintura, pies delicados de danzarina, y mejillas rosadas...

Aquel fue el inicio de una relación que perduraría hasta los días actuales. Pompilius Caio integraba el Senado romano desde hacía mucho tiempo y provenía de una noble y rica familia. Conocido por su vida disoluta, en un primer momento llevó a Flavia a su lujosa mansión creyendo que todo no pasaría de una nueva y pasajera aventura. Sin embargo, se enamoró perdidamente de la encantadora joven. Así, poco a poco, fue abandonando sus promiscuos hábitos, tornándola en su única compañera. Viudo desde hacía años, sin hijos, pues todos habían muerto en diversas batallas, no encontró obstáculos y la casa compartida por ambos en Roma acostumbraba a recibir influyentes amigos del viejo senador y de otras personas destacadas. Por su lado, Flavia temía perderlo, principalmente por las comodidades disfrutadas, lo cual no impedía que su corazón se inclinase hacia hombres más jóvenes, si bien, hasta entonces, no se atrevió a sobrepasar los límites impuestos por el celoso compañero.

Hacía seis meses que el Imperio había designado a Pompilius para ocupar un importante cargo en tierras conquistadas a Palestina, hacia donde

él la llevó, venciendo su insatisfacción con promesas de que disfrutaría de todas las comodidades y regalías, hasta mayores que las de Roma, pues allí podría brillar sin confrontar a las prejuiciosas patricias romanas.

Aquella noche, bajo los cielos de Jerusalén, el corazón de la bella Flavia latía más fuerte... ¡Alguien muy especial había despertado en ella una intensa e insólita atracción! El joven sobrino del senador, Domicius, regresaba triunfante de batallas en lejanas tierras, siendo nombrado para ocupar nuevos cargos en aquellos parajes, donde pretendía instalarse temporalmente, hasta su definitivo traslado a Roma, probablemente siguiendo los pasos del tío en el Senado. Habiéndolo recibido con efusivas manifestaciones de aprecio, Pompilius le cedió lugar en la amplia y confortable casa, sin que le pasase por la cabeza, en ningún momento, que los dos jóvenes pudiesen sentirse mutuamente atraídos.

Durante la cena, los ojos de Flavia seguían los movimientos del atlético romano, observando los detalles de su elegante figura realzada por el uniforme, los cabellos claros, los ojos de profundo azul ceniciento... ¡En comparación con su longevo compañero, parecía un dios griego! Desvió la mirada en dirección al compañero, contemplando con desaliento las arrugas, el cuerpo que los años habían tornado flácido... Sabía que la amaba, lo respetaba por conveniencia, ¡pero él no podría esperar de ella eterna fidelidad!

Los días transcurrían y Flavia se dejaba envolver cada vez más por el encanto que le producía la figura de aquel hombre. Percibiendo el claro interés de la concubina de su tío, el romano huía de sus insinuaciones, pues no le convenía, en absoluto, enfrentarse a Pompilius, a quien mucho respetaba y admiraba por sus dotes de estadista, y de quién pretendía además, valerse de su prestigio para ascender políticamente.

A la astuta Flavia no le pasaron desapercibidas las intenciones del joven. Después de mucho reflexionar, se propuso ayudarlo, siempre que él no la evitase más. Para su inmensa vergüenza el oficial la desengañó con irónicas palabras, amenazándola con revelar al tío el comportamiento de ella.

Después de una noche de insomnio e ira, la jovencita, entre lágrimas y fingiendo desesperación, relataba al amante el supuesto asedio de su amado sobrino Domicius, suscitando de este modo una violenta respuesta del viejo senador, con la expulsión del joven oficial de su casa y su traslado hacia los ejércitos en lucha en inhóspitas tierras, donde llegó a perecer, meses después, víctima de una cruel molestia, que no pudo aliviar pues no contaba, allí, con el adecuado auxilio médico, ni con el afecto y apoyo de su distante familia.

Las consecuencias funestas de la mentira en nada afectaron a Flavia, aunque, de manera egoísta, lamentase la muerte inútil de un joven tan bello y promisor... ¡Qué tonto! Bien podía haber accedido a sus deseos de mujer...

Poco tiempo después, Pompilius sufría una inesperada caída política, común en aquellos tiempos en que la trayectoria de la persona dependía de decisiones arbitrarias de los poderosos lo cual incindía muy fácil en su carrera política, cayendo en total desagrado. Cansado, apesadumbrado por la muerte del sobrino, descontento con el comportamiento de la amante en los últimos tiempos, sospechando que ella le había mentido en su alegato contra el joven, acabó por despedirla de manera rápida, dejándole en sus manos algún dinero, luego de lo cual silenció los oídos a sus súplicas y llantos, aunque reconociese amarla mucho.

En Jerusalén, la humillante convivencia con personas que la encararían con desprecio sería insoportable para la orgullosa joven... En virtud de ello, decidió trasladarse a una de las ciudades próximas, temerosa del futuro, pues jamás había guardado ni un centavo, poseyendo, eso sí, muchas ropas lujosas y joyas. Con la venta de los adornos de oro y piedras preciosas, consiguió adquirir una confortable casa y, por algún tiempo, sobrevivió sin mayores dificultades, manteniendo las apariencias, pero pronto, llegó a gastarlo todo, enfrentándose a serias dificultades.

En ese ínterin, Pompilius regresó a Roma y había fallecido, víctima de una insidiosa fiebre, echando por tierra las esperanzas de la bella Flavia, pues la joven aún contaba con reconquistarlo.

Comprendiendo que difícilmente otro rico pretendiente aparecería en su vida, Flavia abrió las puertas de su casa a visitantes masculinos.

Transcurrió un año...

Aquel día, el silencio del amanecer fue quebrado por voces... Flavia se irritó, pues se había acostado poco antes... Abrió la ventana, imprecando:

—¿Estas son horas para despertar a alguien? ¿¡Ustedes no tienen otra cosa que hacer!? ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!

—¡Calma, bella señora, calma! Estamos yendo al encuentro del Maestro, del Rabí... Deberías ir también...

Flavia retornó al lecho, murmurando bajito:

—¡Rabí! No voy a perder mi tiempo con eso... Ningún Rabí va a traer comida a mi mesa... No me lo explico... ¡Van a ver que ese Rabí, no tiene por

sí mismo, ni siquiera un centavo! No necesito de nada a no ser de un nuevo protector muy, pero muy rico, que me dé de todo y que cuide de mí... ¡Qué estupidez cometí! Por un bello cuerpo... ¡Maldito Domicius! Tuvo lo que mereció por atreverse a rechazarme...

Casi adormeciéndose nuevamente, pensó en las cuentas a pagar, en la falta de dinero, en el futuro distante, cuando ya no sería tan bella, en la soledad... ¡De repente, el sueño la abandonó y la cama parecía de espinos!

* * *

Juana despertó. Los primeros rayos de sol invadían el cuarto, incidiendo sobre la cunita del hijo... Intentó recordar el increíble sueño que había tenido...

—¡Dios mío, qué vestidos más lindos los que portaba la joven del sueño! ¡Eran de seda, pura seda! ¡Jamás tuve un vestido de seda, pero, bien sé reconocer uno cuando lo veo! No consigo acordarme de los detalles del sueño... Mas el “perro” de Antenor estaba en él... Con ropas diferentes, pero, era él mismo... El mismo cuerpo fuerte y musculoso, los mismos ojos cenicientos... Bonito como él solo... ¡Qué cosa! Cuánto más rezo, más espíritus se me aparecen...

Aquella mañana, Juana no reclamó nada. Aceptó el café con leche, olvidando decir que habían colocado azúcar de más o café de menos... Se sentía extraña.... Tenía la sensación de que “algo” había sucedido. ¡Todos estaban anonadados, ante aquel cambio repentino, pues la joven madre, en los últimos tiempos, había estado insufrible! Alrededor de las dieciocho horas, ella llamó a una de las voluntarias de la Casa, indagando:

—Lucía, hoy es miércoles, ¿no es verdad?

—Sí, hoy es miércoles...

—Día de charla en el Centro, ¿no es verdad?

—¡Sí!

—¡Yo quiero ir!

¡Nadie lo podía creer! Con el hijo en su regazo, como hacía mucho tiempo que no lo hacía, Juana entró al centro Espírita en su silla de ruedas, conducida por Lucía. Los médiums se miraron entre sí y uno de ellos susurró al Dr. José Carlos:

—¡Milagro!

—¡No, mi amigo, el Mundo Espiritual!

Durante la reunión, la joven se sintió extraña, porque deseaba estar allí, pero algo muy fuerte que no comprendía la imantaba desde lejos, como queriendo apartarla. Después del pase, quiso regresar inmediatamente a la casa, insistiendo en irse, con la excusa de tener muchos dolores. En el lecho, se tomó el vaso de leche tibia con azúcar que Lucía le trajo junto con el analgésico, del cual no podía prescindir, pues había inventado tales dolores... Cerró los ojos como si estuviese durmiendo, loca por verse libre de la presencia solícita de la voluntaria... Quería permanecer sola, pensar en la vida, en lo que haría de allí en adelante, pues no podría permanecer para siempre en aquel lugar... A fin de cuentas, ¿hasta cuándo aquellas personas permitirían que permaneciese allí, sin trabajar, incomodando?! Lloró mucho, bajito, pues no deseaba ser oída, acabando por adormecerse con el rostro mojado de lágrimas. Aquella misma noche, Juana retomó el extraño sueño...

* * *

Después de una madrugada de insomnio, Flavia intentaba disfrazar el mal humor. Observando la clientela de reducidos recursos, suspiraba... ¡Saldría muy pronto de allí! Una de las compañeras de oficio se aproximó, diciéndole:

—¿Oíste las novedades? ¡Un nuevo destacamento pasará por aquí y pernoctará durante algunos días! ¡Soldados de Roma, con el sueldo en los bolsillos y ansiosos por cariños!

—¡Vaya, vaya! ¡Al fin una buena noticia! Los soldados tienen superiores... ¡Quién sabe si acierto con alguno!

—¡Flavia, Flavia! ¡Para de soñar, pues ellos vienen y van y nosotros continuamos aquí! Trata de ganar algunas buenas monedas, de preferencia de oro, o alguna joya... ¿Quién nos querría para algo más serio?! Además, ya no eres la flor hermosa de antaño... Las arrugas van surgiendo, los cabellos blancos...

—¡Cállate la boca, desgraciada!

En el fondo, sabía que la otra tenía razón, pues arrancaba constantemente algunos cabellos que insistían en salir blancos... La piel perdía la

lozanía de la juventud, aunque no tenía mucho más de treinta años, resultado de la vida desordenada, de las preocupaciones, del sufrimiento, de las enfermedades mal cuidadas, de los sucesivos abortos provocados por fuertes infusiones...

En la sala, hablaban del tal Rabí... ¡De nuevo! Decían que hacía sorprendentes sanaciones... ¿Tendría Él tanto poder como para sanar aquel dolor insistente que sentía en el bajo vientre desde el último aborto? Tal vez debería ir a encontrarse con Él... Suspiró bajito, sintiendo que estaba muy, pero muy cansada de todo y de todos...

Habían dicho que Jesús estaría desde bien temprano en la playa... Durante el resto de la noche, después de la salida del último cliente, la joven dudaba si debería buscar al Maestro, pues no había fe en su corazón, solo un miedo muy grande de morir y, sobre todo, un miedo mayor de envejecer sola y desprotegida... No obstante, resolvió intentarlo... A fin de cuentas, ¿qué perdería?

Esperaba encontrar a un anciano de blancas barbas y voz baja, suave, que hiciese gestos mágicos y recomendase exóticos baños e inciensos... Probablemente cobraría por sus servicios, pues Él también tenía que vivir, que pagar cuentas... Seguramente la miraría con aquellos ojos llenos de censura, como recriminándola por su profesión... O con los ojos de deseo, pues aún era muy bella... Con rabia de sí misma, murmuró para sí:

—¿Qué vine a hacer aquí?! Toda esta gente... es más mísera que yo, que por lo menos tengo algunas monedas para pagar y piernas para andar... ¡Cuántos niños! ¡Mejor lo hago yo que saco de mi vientre antes de nacer, pues no quiero que sufran en este mundo! ¡Regreso a casa!

Pero, entonces, surgió una gran agitación y después un silencio enorme... Los barcos se acercaban a la playa, deslizándose sobre aguas de blanca espuma... Pescadores... ¿Dónde estaría el sabio? Los ojos verdes de Flavia divisaron una noble figura, envuelta en albas vestiduras... ¡Qué Hombre más bello! Las brisas agitaban sus cabellos de color de miel... ¿De qué color serían sus ojos?

A su lado, una mujer lloraba. Flavia la miró con indiferencia, pero le preguntó:

—¿Dónde está el tal Rabí?

La mujer señaló en dirección del barco mayor, justamente aquel en el que estaba el Hombre bello...

—Allí está el Maestro... ¡Es aquel que trae el manto agitado por el viento!

Jesús habló mediante parábolas y Flavia muy poco percibió de las verdades de aquellas historias, aparentemente tan sencillas y comunes, ingenuas incluso... Detestaba escuchar durante mucho tiempo... No tenía paciencia... Después, Él calló, iniciando su caminata entre la multitud, atendiendo a unos y otros. Atrevida, la joven empujó, discutió y se abrió camino a la fuerza... Y llegó...

Durante unos segundos, Flavia se detuvo, pensando en todo lo que deseaba, y no era poco, pero colocó su mano en el vientre, sintiendo que la voz se le moría en la garganta. Él sonrió y le puso por un fugitivo instante la diestra a algunos centímetros de la región enferma, diciendo:

—Ve, y no vuelvas a pecar.

Regresó al hogar sintiéndose frustrada. ¡A fin de cuentas, Él no había hecho nada, ni le recomendó nada! ¡Qué pérdida de tiempo! ¡Por lo menos no había exigido ningún pago, ahorrando sus ricas monedas, tan duramente ganadas! Rezongaba:

—¿Dónde se vio a un sabio que vaya por ahí con personas de baja ralea, encima de un barco?! Soy una tonta por creer en las cosas que dice ese pueblo... ¡Estoy muerta de cansancio!

Decidió reposar un poco en la habitación envuelta en penumbras, huyendo de las curiosas preguntas de las compañeras. Un profundo sueño la dejó inconsciente sobre el lecho, como si estuviese desmayada, al punto de que por la noche no consiguieron despertarla para el trabajo. Solo en la tarde del día siguiente, Flavia despertó, hambrienta y libre de los insoportables dolores. ¡Estaba curada!

En los primeros días, se sentía con una singular ligereza, como si un enorme peso hubiese salido de su cuerpo... Quería hacer de su vida algo mejor, abandonar el humillante comercio del cuerpo... Deseaba conocer la doctrina de aquel Hombre... Después, a medida que el tiempo pasaba, se acomodó, pasando a aventar la hipótesis de que había mejorado por simple casualidad... Podría haber sido solo cansancio...

Cinco años después, Flavia desencarnaba, víctima de otro de sus abortos... ¿Y Jesús? ¡Se había olvidado completamente de Él! En sus delirios, entre la vida y la muerte, clamaba por Venus, la diosa del amor...

* * *

Las imágenes se diluyeron en la pantalla y Juana quedó en suspenso, intentando entender lo que había visto. ¡No obstante, sabía que la joven bonita de la “película”, aunque de diferente aspecto, era ella! Y el bello sobrino de Pompilius era el “perro” de Antenor... ¿Qué significaba todo aquello? Volviéndose hacia Doña Clarinda, preguntó:

—Doña Clarinda, ¿Qué es lo que está pasando aquí? ¿Qué lugar es este?

—Juana, hijita mía, usted está en Nueva Alborada, una colonia espiritual de auxilio y estudios...

—¿Nueva Alborada? ¿Colonia espiritual? Pero usted no está muerta ni yo tampoco... ¡Ay, Dios mío!... ¿Será que estoy muerta y no lo sé?

Riéndose, la anciana se apresuró en atajar la desesperación de Juana:

—Nada de eso, hija mía. Estamos completamente vivas en la Tierra... Durmiendo en nuestras camas... El cuerpo físico, por lo menos... Pero nuestros espíritus están aquí... Todas las veces que adormecemos, nuestra alma se libera parcialmente del cuerpo físico... Personalmente, al acostarme para dormir, siempre solicito en mis oraciones que me den la oportunidad de venir para acá, donde los hermanos espirituales permiten que aprenda y desempeñe trabajos de auxilio a los encarnados en la superficie terrestre.

—Ah...

—Esta que vio es su historia, en una encarnación hace más de dos mil años... No se asombre, hija mía, pues muchos de nosotros estamos desde aquel tiempo, y mucho antes, transitando sobre la Tierra, en sucesivas encarnaciones, hasta que aprendamos a amar un poco mejor... ¿Sabe por qué? ¡Por qué hemos sido tercios y rebeldes incluso ante las leyes divinas!

—Ah, usted está diciendo eso por mi causa, ¿no es así? Cree que me he vuelto rebelde, y que he hecho cosas que no debía, tales como ponerme necia, gritar a los demás, reclamar... ¡¿Pero, quién va a querer una silla de ruedas?! ¡Solo un loco!

—No se trata de querer, sino de aceptar las lecciones e intentar hacer algo bueno a través de ellas... En su caso, por ejemplo, está siendo necesaria una enfermedad más seria para forzar un cambio...

—Entonces, ¿Dios me está castigando? Si es así, ¡tengo el placer de decirle que lo está consiguiendo!

Clarinda se rió ante la contundente sinceridad de la joven madre, diciendo:

—Usted misma se está castigando, en la medida en que menosprecia los avisos de su corazón, de su conciencia, desarmonizando así sus energías...

—Las leyes divinas están esculpidas en nuestra conciencia, mi querida hermana. Cuando las ignoramos, nosotros mismos desencadenamos procesos de reajuste... ¡Sembramos y recogemos!

—¡Ay, Dios mío, qué confusión!

—Confusión porque usted se niega a estudiar, hija mía, debe dejar de lado las cosas puramente materiales y valorar un poco más las del espíritu.

Juana balanceó su cabeza, desalentada, previendo dificultades y dijo:

—¿Para qué me trajeron aquí?

Clarinda contempló con amorosos ojos su atormentada figura, comprendiéndola muy bien, pues ya había pasado por algo semejante cuando era joven, poniéndose a “dar cabezazos en la punta de un cuchillo” hasta el momento en que comprendió ser algo más que un cuerpo, pasando a preocuparse por su lado espiritual.

—Juana, a usted la trajeron aquí para intentar abrir sus ojos. Ya le llegó la hora de dejar de reclamar y de ir a la lucha. ¡La vida no se detuvo porque usted no puede andar! ¿Y los brazos, las manos, la cabeza? ¡¿Para qué sirven, hijita mía?! ¡¿Acaso la vida de una criatura de Dios se resume a las piernas?!

Juana quedó pensativa, como si sus ideas estuviesen en otro lugar:

—Entonces, Doña Clarinda, ¿yo conocí a Jesús?

—Bueno... ¡Es mejor decir que Jesús la conoció a usted! Usted pasó por Él, fue bendecida con su amoroso y sanador toque, pero aún no disponía de suficiente evolución para comprenderlo y aceptarlo. Pero Jesús continúa identificándola a usted en medio de todas sus ovejas... Y amparándola... ¡Pero no va a cargar con su cruz! ¡Ni a evolucionar por usted! Sin embargo permite, en su misericordia, que nos auxiliemos en la caminata, así como el Cireneo lo auxilió al cargar el madero camino hacia el Gólgota. ¡Qué lección más linda! Él, el hijo de Dios, aceptó la ayuda de un desconocido, dejándonos la inolvidable enseñanza de que todos nos necesitamos, unos a otros, en nuestra jornada. Pobre de aquel que cree que puede hacerlo todo solo... O dejar a otro para atrás... Aunque alcance las alturas celestes, su corazón lo

hará retornar y tomar por las manos a los más débiles, auxiliándolos en su caminata, pues así es el Amor...

—La señora vio, Doña Clarinda, al “perro” de...

—Hija mía, ya llegó la hora de que usted asuma sus propios errores... Usted le tiró la primera piedra... Por orgullo y vanidad, mintió, levantó un falso testimonio contra el pobre Domicius, enviándolo a una muerte segura...

—Así es...

—¡Entonces! Si las cosas continuasen así, el ciclo pernicioso perdurará durante algunos siglos más... Alguien tiene que perdonar para que las cosas se enderecen... ¿Qué tal si es usted?

Riéndose de la expresión nada satisfecha de la vengativa Juana, la anciana complementó:

—Cuando despierte, no se acordará de casi nada, pues el cuerpo físico funciona como un escafandro... Pero, permanecerán ciertas impresiones... El resto va a depender solamente de usted, pues no podemos obligar a nadie a cambiar.

Juana despertó asustada, con la sensación de estar sumergiéndose en la nada, cayendo, cayendo... El recuerdo vino inmediatamente: en la víspera, había estado en el Centro Espírita... El Dr. José Carlos habló sobre el yugo ligero y el Consolador prometido... ¡Como era hermoso el médico! Y hablaba bien, muy bien... ¿Habría sido una impresión suya, o los ojos del joven galeno la buscaron en medio de la asistencia? Trató de tirar muy lejos las esperanzas de su corazón, considerando su estado de invalidez, su poca preparación... Ciertamente, pensó él desearía una joven culta, formada, saludable...

El reloj sobre la mesita de noche marcaba las cinco horas de la mañana. Mejor dormir un poco... Aunque intentase sacar aquellos pensamientos de su cabeza, ellos insistían:

—El Dr. José Carlos dijo que Jesús no prometió sacar todos nuestros sufrimientos sino auxiliarnos a soportarlos, haciendo de ellos lecciones de vida... ¡Esa historia de la reencarnación surgió de nuevo! ¿Acaso hice muchas cosas erradas y por eso mi vida actual es un desastre? ¡Ay Dios mío, estoy reclamando, y él dice que eso no es bueno!... Pero, ¿cómo alguien que está en una silla de ruedas no va a reclamar? ¡No consigo entender! ¡Ni siquiera entiendo bien a Jesús! Solo sé una cosa: ¡Quiero andar de nuevo! ¡Si el Espiritismo va a hacer eso por mí, entonces, yo voy al Centro todos los días, aunque me vaya arrastrando!

Juana se tornó en asidua asistente del Centro espírita. ¡No faltaba nunca! Ni cuando llovía, ni cuando hacía un frío terrible... Y no dejaba de preguntar siempre:

—¿Cuándo volveré a andar? ¿Falta mucho? Coloquen mi nombre en la mesa... ¡Van a ver que tengo algún obsesor conmigo, que me quiere mantener en esta silla de ruedas!

Poco a poco, los iluminadores mensajes del Maestro iban encontrado guarida en su ansioso y materialista corazón y la fe se fue consolidando. Entonces, los cambios comenzaron a ser percibidos por todos, tímidos al principio, después más profundos. Un gran paso fue señalado cuando la joven madre substituyó la habitual pregunta sobre el plazo de su recuperación por otra:

—Hermanos, ¿puedo ayudar en algo aquí en el Centro?

¡Servir! ¡La mayor lección propuesta por el Maestro! Cuando la criatura se dispone a eso, significa que salió de su pequeño mundo egocéntrico, integrándose a una realidad mayor, en la que cada uno representa un importante eslabón en el equilibrio del cosmos. ¡Sí, podía auxiliar, y mucho!

Observando sus dificultades con la pesada silla de ruedas, necesitando de la ayuda de otros para movilizarse, uno de los asistentes le consiguió una más moderna, con comandos fácilmente accionables por ella misma. Feliz, Juana preguntó:

—Amigos, ¿creen que puedo dar pases? ¡Tengo unos deseos tan grandes que ustedes ni imaginan! Ahora, con esta belleza de silla, todo es más sencillo... Voy a contarles una cosa: últimamente, cuando pienso en eso, mis manos hormiguan, y siento como si una corriente de energía pasase por ellas...

Dar pases, educar la mediumnidad, trabajar en la mesa mediúmnica... ¡Amar! **¡Pues el Amor como sentimiento mayor de las almas, solo se conquista en la Tierra al contacto con los dolores de nuestros hermanos!** ¡Pues, mientras estemos considerando solo nuestros problemas, nos mantendremos estancados evolutivamente! Pero la sabiduría divina permite que los dolores consistan en agujones que nos impulsen a tomar el camino de las necesarias transformaciones. Si nuestra existencia transcurriese sobre un mar de rosas, con certeza nos estacionaríamos en nuestros propósitos evolutivos permaneciendo acomodados... Las personas sobre el orbe terrestre, planeta-escuela para espíritus encarnados de reducida evolución, aún precisan del estímulo del dolor, lo que no ocurre en otros mundos más evolucionados,

donde cada uno puede ejercer sus elecciones de forma más sabia, consciente de sus posibilidades y metas.

En la Tierra, muchos creen que, después del deceso del cuerpo físico, irán para un cielo de eternas venturas, donde planearán con blancas alas entre las nubes, sin nada que hacer, en eterno descanso... ¡Cuánta ilusión! En el Más Allá, los espíritus trabajan, y mucho, en beneficio de sí mismos y de los demás...

Juana se liberó de la pena que sentía hacia sí misma, aceptándose con las limitaciones adecuadas a sus necesidades evolutivas. Sin que lo percibiese, hacía casi de todo, incluso volviendo a tomar gran parte de sus actividades profesionales en la Casa para Gestantes. A fin de cuentas, ¿para qué sirve la lavadora, la aspiradora y otros artefactos que ayudan en los trabajos del Hogar? Sin hablar de las tareas que podrían ser redistribuidas... Nueve meses después, la temida silla de ruedas se integró en su rutina, al punto de ella asustarse con la pregunta del Dr. José Carlos, en cierta asoleada tarde:

—Juana, ¿vamos a hacer algunos exámenes médicos? Ya pedí cita para mañana bien temprano...

La joven lo miró con apasionados ojos. ¡Aquella constituía la parte mal resuelta! Aunque el doctor buscase aproximarse a ella, huía siempre, considerándose no apta para cualquier relación afectiva, temiendo ser rechazada en algún momento, sustituida por una mujer más joven y físicamente perfecta. En cuanto a tales exámenes, ya se había conformado con la invalidez de sus piernas...

—Juana, escúcheme. Esa historia de resignación solo se justifica cuando agotamos todas las posibilidades, lo que no se aplica en su caso. Cuando salió, usted no escuchaba a nadie, entró en depresión, no pudimos hacer nada para revertir las secuelas de la enfermedad... Pero ahora, ¡ahora las cosas son diferentes! Usted ya no se ve como una pobrecita, con un injusto destino...

Juana mantenía los ojos bajos, controlando las lágrimas, sin valor para decir que se estaba muriendo de miedo de alimentar infundadas esperanzas.

Tomando aliento, José Carlos completó:

—Tengo otro asunto que he estado aplazando... No sé si es el momento adecuado, pero, así mismo se lo voy a decir: ¡yo la amo! Sé que está pasando por difíciles momentos, pero quiero que lo sepa: los resultados de los exámenes no van a cambiar mis sentimientos... ¡Piense en eso! Podemos casarnos,

tener hijos o, si usted lo quiere, quedarnos solo con Julio, para mí estará bien así... ¡Lo importante es que estemos juntos, querida mía!

Hay historias de amor que acostumbran a tener finales felices, donde los dos permanecen unidos para siempre, libres de problemas... Eso solo pasa en los cuentos de hadas, pues, en la realidad terrenal, el amor entre un hombre y una mujer constituye una bendita oportunidad de crecimiento, con todas las dificultades comunes, pero con conquistas y alegrías, con el consuelo y el amparo mutuos. Así, nuestra Juana enfrentó un prolongado y doloroso período de tratamiento fisioterapéutico, siempre con el esposo a su lado.

Pasaron dos años antes de que pudiese entrar en la Casa Espírita por sus propias piernas, en una noche fría de invierno, conducida por el brazo de José Carlos. Llegando al frente, llevando *El Evangelio según el Espiritismo* entre sus manos, el joven galeno preguntó:

—¿Quién quiere abrirlo al azar?

La mano de Juana se levantó incontinentemente. Ella acarició el libro que presentaba evidentes señales de uso, y cerrando los ojos, lo abrió: El yugo ligero...

Con los ojos llenos de lágrimas, se lo extendió al marido...

El yugo ligero... Tanto había demorado para aceptar al Maestro en su vida... En los últimos tiempos, aconteció algo muy especial... Recordaba nítidamente aquel momento en el que el Maestro impuso sobre ella sus manos, en la distante Palestina... ¡Fue hace tantos siglos, Dios mío! Había trillado por tantos caminos equivocados, rechazando, huyendo... ¡No obstante, la presencia amorosa de Jesús continuaba como un llamado inolvidable! Y allí estaba, oyendo a José Carlos, discurriendo sobre el yugo ligero del Rabí de Galilea... Como por encanto, se sintió muy lejos... El mar lanzaba sus mansas olas sobre las arenas... Los barcos venían llegando... El Hombre de cabellos color miel y ojos muy claros, reflejando el color de los cielos, sumergía sus pies descalzos en las blancas espumas, caminando hacia la multitud... Sus manos se extendían, tocando ligeramente sus cabellos:

—¿Qué quieres, mujer?

¡Ciertamente, ahora solo aspiraba a sentir su dulce toque de Amor! Había aprendido que los dolores del mundo podrían ser superados, resultando todo ello en crecimiento personal, y en evolución. Ya no temía al sufrimiento, aceptándolo con la misma naturalidad con que acogía las alegrías, sabiendo que saldría de él más fuerte. ¡Ahora confiaba en Dios, padre amoroso que siempre facultaba lo mejor para sus hijos!

Regresando al hogar, la joven madre acarició su voluminoso vientre con cariño, pues esperaba el primer hijo con José Carlos, diciendo al esposo:

—¿Qué tal un tecito con galletas, mi amor? ¿Y una cama calentita? Comenzó a llover de nuevo... Espero que no te llamen para alguna emergencia...

Poco tiempo después, estaban entre amigos espirituales, en cuanto sus cuerpos yacían adormecidos entre los cobertores, extasiados por el tamborileo cadencioso de las gotas de lluvia. Riendo, Juana exclamó:

—¿Vieron? ¡Finalmente estoy libre de la silla de ruedas! ¡Ni puedo creerlo!

—Es una gran alegría. ¡Una conquista!

—Y pensar en las veces que imploré por mi sanación... Debo haber dejado cansados a los espíritus de tanto insistir... Después, poco a poco, me fui calmando y las cosas tomaron el rumbo adecuado...

—Juana, en las Casas Espíritas recibes a numerosas personas en busca de auxilio, ansiosas por la sanación de sus cuerpos físicos. Escuchan las charlas, inician los tratamientos fluidoterápicos, son aconsejadas a seguir sus tratamientos médicos de la Tierra con disciplina, pero pocas de ellas persisten en el camino, prefiriendo continuar dominadas por las ilusiones. Quieren curaciones milagrosas... Pero enseguida desisten de sus propósitos de transformación moral... Sin hablar del “coloque mi nombre en la cestita de la mesa”, “ore por mí pues lo necesito mucho”. Ah, me olvidé de los “papa-pases...” Si pueden, toman pases todos los días de la semana, ingieren agua fluidificada por montones, pero huyen de los estudios... “¡Estudio en casa”, dicen! Compran los libros de la Codificación, pero ellos permanecen de adorno en los estantes... Como nadie aprende por ósmosis, continúan ignorantes de la realidad espiritual, dando un trabajo inmenso a sus ángeles de la guarda y a los benefactores espirituales, que no consiguen tener acceso a ellos, por estar siempre sintonizados en bajas frecuencias vibratorias.

—Podría ser así conmigo...

—¡Verdaderamente! Gracias a que al final aceptaste a Cristo. Ve bien: aceptar no quiere decir creer ciegamente, o esperar que Él te librerá de los problemas y dificultades... Significa tomar sobre sus hombros su yugo ligero, estudiar su doctrina de Amor, conocerse y estar abierto a la necesidad de efectuar los cambios imprescindibles, de manera persistente y continua...

—¿Y si hubiese fallado una vez más?

—Comenzarías todo de nuevo...

—Sin José Carlos, creo que no lo hubiese conseguido...

—Sí lo habrías logrado, siempre que lo quisieses realmente. Con su amparo, sin duda, fue más fácil...

—¿Él es alguien de mi pasado?

Ante la risa general, ella insistió, ignorando el comentario juguetón de que las mujeres siempre creen estar encontrándose con un gran amor del pasado.

—¿Por qué están riéndose? Tiene lógica... ¡Ah! Quería tanto saberlo...

Testimonio

La mayor parte de los sufrimientos humanos se minimizaría mucho si las personas aceptasen el yugo ligero del Maestro, pues sus enseñanzas representan la garantía de estar a salvo de la inseguridad que aflige al hombre moderno, precipitándolo en procesos de insustentable miedo, en ansiedades y conflictos causantes de lamentables fugas de la realidad.

Extremadamente aficionada al materialismo, desconociendo las realidades espirituales, la criatura humana, al verse impotente con su ciencia y racionalidad para controlarlo todo, inconforme con su incompetencia en administrar su destino y el de otros al sabor de sus deseos, resbala por el abismo de las enfermedades psicosomáticas, de difícil curación cuando están distanciadas del concepto del ser humano como un ser integral.

Con Juana ocurrió algo semejante. En la encarnación en la que el Maestro la sanó de sus males físicos, entonces en la personalidad de Flavia, en un primer instante, en contacto con las vibraciones purísimas del Rabí de Galilea, su conciencia fue despertada para las incipientes luces de la realidad espiritual del ser; deseando una existencia diferente de aquella que enfrentaba. No obstante, la voluntad fue insuficiente y los sublimes propósitos se diluyeron en la acomodación deletérea de los días y noches distanciados de ennobecedores proyectos. Se sucedieron varias reencarnaciones y ella fue poco a poco evolucionando, aunque fuese lenta y forzosamente.

En los tiempos actuales, renaciendo como Juana, presenta relevantes indicativos de cualidades, de las cuales podemos relacionar la responsabilidad económica en mantener a su madre enferma y al hijo recién nacido, el respeto a la vida, que le impidió optar por el aborto, la perseverancia en ganar honestamente la subsistencia, aunque era muy bella y deseable, como antaño Flavia lo había sido.

No obstante, una pregunta debe estar incomodando a muchos: ¿cómo

habiendo sido tocada y bendecida por el propio Maestro, pudo, durante más de dos mil años, no conocerlo, viviendo alejada de su doctrina y hasta de cualquier otra religión?

Tal indagación nos conduce a otra: ¿cuántos de nosotros estuvimos entre los que buscaron al Maestro cuando Él estuvo físicamente en la Tierra? ¡Muchos realmente! Sin embargo, hasta hoy, todos enfrentamos inmensas dificultades en emprender cambios en nuestros sentimientos, señalando la necesidad de sucesivas reencarnaciones, siglos y siglos de idas y venidas en el envoltorio carnal.

¡Jesús conocía la realidad del ser! Tanto que, por saber de nuestras imperfecciones y de las distorsiones que imprimiríamos a su doctrina de luz, nos prometió el advenimiento del Consolador, que llegaría en el momento preciso en que las criaturas humanas estuviesen preparadas para recibirlo, restaurando importantes aspectos del Cristianismo y haciendo revelaciones imprescindibles para el crecimiento de la Humanidad, convirtiéndose en un bendito instrumento destinado a incentivar nuestra evolución. Pero jamás prometió milagros... ¡El hombre y la mujer continúan señores de su destino, sembrando y recogiendo!

En lo tocante a las enfermedades, consideradas por nosotros como males, en realidad constituyen el camino de la verdadera sanación, la del espíritu. ¡Remedio amargo, sin duda, pero necesario! Si Juana hubiese sido más maleable, menos rebelde, habría abreviado sus males físicos con algunos medicamentos modernos y sesiones de fisioterapia... Pero, si ella hubiera mejorado con rapidez, huiría una vez más de sus responsabilidades como espíritu inmortal. Ni pisaría el Centro Espírita... ¡Todo tiene su hora precisa!

Solo una información más: José Carlos era Pompilius... En la Roma antigua, Flavia representaba la subordinación del amor a lo puramente instintivo, pero Pompilius, ahora como José Carlos, vino a darle a conocer los principios del verdadero amor... El senador romano de entonces conseguía ahora suplantar en ella, con mayor facilidad que antes, algunas de sus imperfecciones espirituales, estableciendo a su lado un hogar donde Jesús estuviese presente, amparándola en la insegura escalada, para trazar con ella nuevos rumbos evolutivos.

Clarinda

Transcripto de Retratos de Nazaret, Editora Buena Nueva, 2008, psicografiado por Cirinéia Iolanda Maffei, páginas 75 a la 114, Catanduva, SP, Brasil.

Evolución

Charles

—“La doctrina de la reencarnación, que admite muchas existencias sucesivas para el espíritu, es la única que responde a la idea que nos formamos de la justicia de Dios con relación a los hombres, colocados en una condición moral inferior, la única que nos explica el futuro y sustenta nuestras esperanzas, pues nos ofrece medios de rescatar nuestros errores por nuevas pruebas. La razón nos la indica y así lo enseñan los espíritus”.

(*El libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, Segunda Parte, cap. IV, *Justicia de la reencarnación*, número 171, p. 110, 22ª edición, 1ª reimpresión, mayo 2011, IDE-Mensaje Fraternal).

I

Por el año 40 de la era cristiana, en un lugar de Asia, absorbido desde hacía mucho tiempo por Persia, existía un pequeño país gobernado por un soberano déspota, orgulloso y neurasténico, cuya única preocupación era el dominio sobre sus súbditos esclavizados y sus vecinos con menos poder. Se llamaba Sakaran, pero era conocido como *El temible*, porque sus férreas leyes no exceptuaban a nadie. Culpables e inocentes indefensos eran arbitrariamente vejados, sin posibilidades de escapar, pues el soberano castigaba a la primera impresión, conforme a su estado de ánimo, en el día en que era recibida la queja del delito.

Era un soberano rico y atractivo, pero taciturno y rudo. Un sátrapa celoso de su poder y autoridad. Jamás sonreía, y estaba siempre preocupado y meditabundo, inquieto y, a veces, deprimido bajo la amargura indefinible de una extraña angustia, incomprensible hasta para sí mismo. Era, por encima de todo, un hombre infeliz, enigmático y contrario a cualquier intimidad social que intentase o tuviese el sano propósito de aliviarlo del peso moral que producía su comportamiento hacia los demás. Diríase que su corazón había sido labrado en bronce, pues era incapaz de un gesto ameno; que una secreta enfermedad lo mortificaba y que, para olvidarse de sus propias insatisfac-

ciones, se hundía en crímenes en contra de sus súbditos, creando para ellos leyes arbitrarias, o promoviendo guerrillas por la región, y hasta ordenando saqueos y matanzas.

Sakaran era un hombre culto, pues se había instruido con grandes maestros persas y egipcios, con los cuales llegó a aprender preciosos principios de los que mucho se valdría, posteriormente, su espíritu predestinado a un largo y penoso giro de migraciones terrenas.

Ese hombre nunca había amado.

Era sobrio ante los apetitos carnales, lo que causaba la admiración de sus súbditos. Sus inclinaciones mayores eran hacia las ciencias en general, y la política externa. Pero, corrompido en sus ideales, muy influenciado por la férrea época en que vivía, se dejaba llevar por el despotismo, juzgándose con el derecho de establecerlo como ley.

Corrían los primeros años posteriores a la presencia del Misionero Divino en la Tierra. Pero, a la región del magnate persa aún no habían llegado las sublimes noticias de Belén, avisando que el reino del Cielo se había extendido sobre la Tierra en la persona del Cristo de Dios, que acababa de visitarla.

Reinaba una tensa calma en el país de Sakaran, donde riquísimos rebaños de ganados y abundantes campos de cereales ayudaban a abarrotar de oro las arcas, cada vez mayores, del temible soberano.

Aunque contaba entonces cuarenta y cinco años de edad, su apariencia garbosa, su elegancia de príncipe, su atractivo rostro, y su cabello carente de canas, le hacían conservar la lozanía juvenil.

Quince esposas, escogidas por sus emisarios entre las jóvenes de mayor belleza del país y de los reinos vecinos, paseaban ociosamente en los jardines de su palacio de mármol, como flores de perfumes excitantes, dispuestas a darle los máximos placeres. Pero, Sakaran no las amaba, no era hombre de preferencias y, muchas veces, al visitarlas en su reclusión florida, —esto es, en los parques deliciosos donde las bellas prisioneras vivían cual hadas amorosas a la espera de un gesto, de una mirada, de una sonrisa del bello señor que nunca las acariciaba—, apenas se daba el trabajo de contemplarlas con indiferencia o preguntarles si los siervos eran atentos con ellas. Pero, al contrario de muchos soberanos de la época, él no las castigaba por alguna falta menor cometida por ellas, y jamás las repudiaba, excepto por motivo de robo o adulterio, cosas que raramente acontecían. Les concedía la libertad, si las veía amargadas. Incluso, promovía suntuosos festines para

que las pobres cautivas se entretuvieran con diversiones y alegrías propias de su condición. Hasta les permitía bailar en público, exhibir sus deslumbrantes formas ante los ávidos ojos de los invitados. Sin embargo, Sakaran, muchas veces, orgulloso de estos hermosos objetos de su harén, se permitía la libertad de obsequiar a los soberanos convidados una o más esclavas de su colección, recibiendo a cambio otras tantas, o partidas de ganado, de maíz, algodón, lino, vino u objetos de arte. El esplendor de esas fiestas de intercambio, y el singular decoro que ese extraño soberano les imprimía, lo hacían destacar como un auténtico esteta. Las mismas se volvieron famosas y conocidas en otras regiones, atrayendo la curiosidad de los ambiciosos.

No obstante, el desánimo de ese príncipe insensible y rudo se acentuaba, haciendo que se afirmase su despotismo y, como consecuencia, emitía leyes cada vez más tiránicas que continuaban martirizando a su infeliz pueblo.

II

Llegó la fecha del aniversario de nacimiento de Sakaran.

Por esta ocasión, era tradicional que el príncipe recibiese los homenajes de su pueblo. Él mismo distribuía vino, carnes, trigo, aceite, y recibía regalos, en suntuosas fiestas que ofrecía a su corte.

Así, pues, aquel día lo había pasado recibiendo regalos de sus súbditos. Se trataba de presentes que podían ser desde simples flores o frutos, hasta partidas de trigo, rebaños o joyas preciosas...

Entre sus servidores se destacaba uno por la lealtad verdaderamente incondicional que consagraba al soberano y cuyas funciones eran más o menos idénticas a las que hoy se atribuyen a un procurador general y maestro de ceremonias al mismo tiempo. Ese hombre era persa de nacimiento, como su príncipe. Pero, había vivido durante algún tiempo en Galilea y Judea, y allí se sintió atraído por el Cristianismo desde que oyó el discurso de Jesús de Nazaret, proferido en la colina, discurso al que llamaban el Sermón de la Montaña, terminándose de convertir cuando vio al buen Maestro, tan comprensivo y consolador, colgando de una cruz, entre malhechores. Ese hombre se llamaba Osmán, estaba ya entrado en años y tenía un propósito para él sacrosanto: llenar el corazón de su soberano las dulces doctrinas del Nazareno, a fin de que abrazándolas, Sakaran regenerase sus propios sentimientos, suavizando así los rigores en el tratamiento a su pueblo.

Osmán mostraba siempre una actitud sencilla, de hombre inspirado por el Bien. Era compasivo y sobrio, modesto en el vestir y en el modo de vi-

vir, y la barba blanca que se alargaba hasta la cintura, le daba el aspecto de un apóstol. Era ese hombre, fuerte en su sencillez, el resguardo que intercedía entre el soberano y aquel infeliz pueblo, suavizando cuanto le era posible, la crueldad de las leyes de Sakaran. Por su parte, el príncipe lo respetaba, reconociendo su superioridad moral entre el común de los hombres, y suavizado por el ascendiente de su servidor no se extendía en excesos mayores.

Haciendo uso de la psicología y bajo la inspiración divina, Osmán, como todo cristiano convencido, comprendió que a Sakaran le faltaba un precioso e irresistible atenuante, capaz de ayudarlo a pacificarse a sí mismo, modificando su temperamento: el amor real, sentimiento extraído de un corazón sublimado, imposible de alcanzar por los sentidos. Sakaran no amaba ni siquiera a una mujer. Y a pesar de poseer quince esposas, lo cual era una diminuta cifra para un soberano como él, olvidaba sus nombres, no siempre las reconocía en el salón de sus fiestas y con frecuencia prefería la convivencia de sus perros a los besos de las lindas damas que encantaban a los demás hombres. Sakaran prefería estudiar las ciencias del antiguo Egipto y de los viejos sabios persas a las intimidades de las alcobas de seda perfumada a rosas y benjuí. Y por eso pasaba numerosas horas del día y de la noche de bruces sobre viejos papiros y pergaminos que, a peso de oro, mandaba a sus emisarios a comprar en los antiguos templos de Egipto y de Arabia.

III

Aquel mismo día, en que su soberano completaba los cuarenta y cinco años de edad, en medio de la suntuosidad del festín nocturno, que excedía a todas las expectativas de los invitados, la figura respetable de Osmán se presentó ante el trono del soberano, que se hallaba rodeado por las quince hermosas elegidas, se arrodilló con el respeto que le era debido y, rogando venia para hablar, exclamó dulcemente:

—Señor, el último de vuestros siervos desea presentaros también una dádiva de aniversario. Es una joya griega, mi señor, de la más perfecta hechura, y bien sabéis que ese país, Grecia, posee el inimitable don de crear bellezas...

El trono, armado ahora con mucho esmero en el salón de baile, estaba al medio de una mesa que contenía delicados manjares, por si el príncipe desease saborear algo mientras se divertía con las representaciones en su honor. A su lado estaban varios cojines y divanes, donde se desperezaban las odaliscas, esto es, las quince esposas, mezcladas con los canes del monarca. No obstante, a la derecha del soberano se levantaba un diván más suntuoso que los

demás, con espaldar acolchado y brazos igualmente acolchados de fino felpudo de satén y franjas doradas. Era el lugar destinado a una posible favorita. Pero, ninguna de sus esposas se había atrevido a sentarse allí y el bello sillón continuaba a la espera de una bien amada, que no aparecía, o de un heredero.

Frente a ese admirable conjunto se extendía la amplia mesa, muy apropiada para quien comiese perezosamente reclinado en divanes. Era bajita, y sobre ella copas, platos y jarrones de oro incrustados de perlas y otras gemas preciosas resplandecían los manjares ricos, las frutas, los dulces, con los que, de cuando en vez, el soberano se deleitaba y ofrecía a los canes, ignorando las tiernas miradas de las esposas, que no eran atendidas.

Ya los bailarines habían agotado sus recursos artísticos, esforzándose por merecer los aplausos de su señor. Y los músicos habían sacado de las flautas, arpas, oboes y laúdes los sonidos más melódicos de la inspiración de la época. Incluso, los súbditos habían colocado riquezas a los pies del soberano durante todo el día, en homenajes serviles. Pero, el eterno taciturno no manifestaba, ante tantas manifestaciones de aprecio, una sola mirada de satisfacción, ni una sonrisa de agradecimiento. Indiferente y casi rudo, oyó la felicitación de Osmán y esperó el estuche contenedor de la joya tallada por artistas griegos, sintiendo curiosidad porque el siervo no la hubiese presentado de inmediato.

Sin embargo, Osmán se apartó sin presentar ningún estuche, por más pequeño que fuese. Pero, caminando algunos pasos, hizo una señal, y la orquesta de flautas y laúdes resonó dulcemente tocando las notas de un baile sagrado de los templos griegos. Una lluvia de pétalos de rosas cayó sobre Sakaran, perfumando el recinto. Las vaporosas cortinas del fondo se abrieron, lentamente, y una bailarina semidesnuda, que vestía tan solo fluctuantes velos, rubia y hermosa como un sol que despuntase en el salón, apareció en la inmensa pista, danzando graciosos ritmos, desconocidos por los persas.

La bailarina se demoró haciendo un giro por el salón. No tuvo prisa en ir a situarse a los pies del soberano, para felicitarlo por su aniversario, como sería su deber. Entró bailando y continuaba haciéndolo. Sus delicadas formas, blancas y puras como una camelia, se diseñaban bajo las ondulaciones de los transparentes velos y eran contempladas con admiración por los presentes, que veían en ella la mujer ideal en un modelo humano. Resplandecía. Era como si una estrella viniese a brillar en honor al soberano, suplantando el esplendor que el festín había ofrecido, hasta entonces, a Sakaran.

Sin embargo, la diosa humana parecía no preocuparse por el poderoso

cumpleaño. Solo danzaba... y seguía danzando... Sakaran sintió su indiferencia. Frunció el ceño, mostrando sus facciones más duras. Una palpitación de pavor corrió por el dorso de los convidados. ¿Quién se atrevía a entrar en la sala del festín sin antes postrarse de rodillas delante del príncipe para felicitarlo humildemente? De repente, la bailarina, en sus ritmos caprichosos y requebros ardientes, ligera, llena de vivacidad, cual felina seductora e irresistible, se aproximó a la mesa del festín. Allí, del otro lado del amplio mueble, Sakaran, admirado, pero con el ceño cargado, la miraba con curiosidad. Ella le dio la espalda. En un requebro bizarro, curva el dorso sobre la mesa, le muestra el rostro lindo y blanco, y así, semicaída de espaldas, retira de una frutera una cereza, la sujeta con los dientes y exclama risueña:

—¡Salve! ¡Mi príncipe amado!

Pero, súbitamente, de manera atrevida, se viró y atravesándose sobre la mesa, con rapidez, introdujo la cereza en la boca del soberano y huyó de nuevo al centro del salón... Entonces... continuó bailando tranquila al son de los laúdes y de las flautas.

En un primer momento, Sakaran tuvo un gesto brutal. Se levantó impetuoso dando un puñetazo en la mesa, haciendo estremecer las copas. Se levantaron las damas del harén, serias, resentidas, por el ceño del soberano. Los guardias de palacio esperaban, angustiados, la orden de aprehender a la felina rubia y entregársela al verdugo, para ser castigada allí mismo, ante el soberano y sus comensales. Pero, la diosa de los templos griegos, ciertamente jugando con la suerte y, seguramente, también, señora de lo que hacía, volvió junto a la mesa y, siempre bailando, miró de frente al monarca. Lo observó largamente, de manera serena y dulce, con una sonrisa en los labios, la seducción en los grandes ojos color del zafiro, el dominio en las actitudes valerosas, y tan poderosa en su fragilidad y gracia, como rudo parecía mostrarse soberano.

La orden de aprehenderla y castigarla nunca fue dada. Sakaran se sentó nuevamente. También lo hicieron las damas cuyos rostros angustiados se serenaron. Los guardias de palacio respiraron. Osmán sonrió. La diosa griega inició su retirada mientras apartaba con sus pies tazas y fruteras, sin dejar sus movimientos sinuosos, despejando el centro de la mesa, detrás de la cual se mantenía Sakaran, refugiándose en un extremo del salón. Sakaran, entonces, comió el resto de la cereza retenida entre los dientes. Pero, inesperadamente, la provocadora diosa de la Hélade corrió del extremo del salón a la mesa de Sakaran y, sin el mínimo respeto por el Príncipe, subió a la mesa de un salto, derrumbando copas y fruteros, y, poniéndose de pie ante él, le extendió audazmente los brazos para que la bajase de la mesa.

Sorprendido, el monarca se levantó. La tomó en brazos, y la bajó de la mesa. La midió de arriba abajo, con los ojos negros y brillantes, observándola con una curiosidad insólita para ella. Ella se dejó admirar, sonriente. Y no bajó los ojos, ni se inclinó para besarle las manos, y sin el menor escrúpulo, se sentó a su lado, en el sillón vacío a la espera de una favorita.

Sakaran sonríe y sus ojos brillan. Ella suelta su risa, con elegancia. Un criado le sirve una copa de licor, que ella sorbe con los ojos extasiados en el príncipe. Éste se inclina hacia ella y le dice, sonreído y enfadado:

—Bello obsequio de Osmán... Eres, en efecto, una joya de gran hermosura... Pero eres también una niña atrevida. No respetas a un soberano...

Y ella responde, con dulzura:

—No, mi príncipe, soy una virgen que te ama...

—¿De dónde sacaste valor para actuar así?

—Era la única manera de que me prestaras atención.

Él sonrió nuevamente, hizo una pausa y continuó:

—Eres una niña. ¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años...

—¡Niña! ¡He de mandar a castigarte!

—No harás eso. Soy griega de nacimiento, pero también romana por derechos adquiridos. Un griego es siempre libre, incluso en la esclavitud. Un romano no puede ser esclavo. Soy dos veces libre en tu reino.

—¿Y por eso me insultas?

—No te insulté, mi príncipe. Te amo y solo quise destacarme ante ti.

—¿Dónde naciste?

—En Delfos, fui consagrada al templo...

—¿Quién te trajo?

—Vine con mi padre de paseo. Osmán se convirtió en nuestro amigo. Hace un año que vivo en tu reino.

—¿Por qué dices que me amas?

—Te vi en el parque, hace seis meses, cuando hacías saltar tus canes en un arco... Enseguida te amé y le pedí a Osmán que me trajese ante ti, como prenda de aniversario.

—¿Qué esperas de mí?

—Nada. Solo tu corazón.

—¿Y si yo no te lo diese?

—Tanto peor para ti. Desconocerás la ventura de ser amado con fervor, mientras que yo, joven, tendré tantos soberanos a mis pies como quiera.

—¿Por qué me preferiste a los griegos y a los romanos?

—Osmán afirma que mi amor por ti es un misterio traído en mi alma con el nacimiento...

—Osmán se volvió cristiano y enloqueció... Cree en leyendas...

—Sí, él es cristiano. Cree en la resurrección de las almas para la vida inmortal.

—Esa creencia es bella y consoladora. Osmán me habla de ella con frecuencia. Si yo también pudiese creer... Y tú, ¿crees en eso? A las mujeres les gustan las fantasías y leyendas...

—Por ahora, no quiero creer. Es un compromiso muy grave con el Dios de los cristianos. Él, es poderoso. Dicen que, por amor a los hombres, sacrificó a su propio hijo, haciéndolo venir a la Tierra para enseñar una doctrina celestial, y el hijo obedeció, dejándose supliciar en una cruz para ejemplificar el Amor y el Perdón. Todo eso es muy seductor, pero me da miedo...

—Sí, a mí también me da miedo. Osmán afirma que ese Dios resurgió de la tumba tres días después de la muerte. Oí hablar muchas cosas sobre ese hijo del Cielo que se inmoló por amor a la Humanidad. ¿Cómo te llamas?

—Soy Lygia.

La orquesta de flautas y laúdes continuaba tocando suaves melodías, pero, ellos no las oían. Se sentían bien conversando, en compañía uno del otro. Ella retiró unas uvas y las comió. De repente, toma el resto del pequeño racimo y le brinda en la boca al soberano. De nuevo, él se enoja y carga el semblante. Pero ella, suelta una risa infantil y le dice:

—¡Mi príncipe! ¡Tú eres el hombre más bello que conozco y el único digno de ser amado por mi corazón!

*

Desde esa noche en adelante se inició una singular transformación en el carácter de Sakaran. Una semana después desposó a la bailarina e hizo de

ella su favorita. Se volvió entonces, el esclavo más humilde de su reino, pues era esclavo de su amor. Ningún otro lo sobrepujó en humildad, atenciones y fervor por el objeto de su culto. Lygia, la joven griega, se convirtió en la soberana que dominó, por encima de todo, el corazón y la voluntad del monarca. Gracias al amor de Lygia, Osmán atenuó el rigor de muchas leyes y la represión del pueblo fue suavizada. La pasión del soberano por la linda extranjera se volvió popular. Los cantores del país la celebraban en dulces baladas, los comentaristas inventaban leyendas a propósito y todos admiraban el poder de aquella niña traviesa sobre el corazón de un hombre de cuarenta y cinco años de edad que antes tanta indiferencia había mostrado por el amor. Las quince esposas del harén fueron liberadas y mandadas a sus respectivas patrias u hogares. Los canes ya no eran los preferidos. Lygia impuso su voluntad y su esclavo, el primer Príncipe del reino, cedió a sus deseos. Se amaron profundamente, y siendo sinceros unos al otro, conocieron la felicidad.

¿Qué misterios sublimes habían permitido el encuentro de esas dos extrañas almas, para que se diesen así, repentinamente, una a la otra, aquel declinando hacia el invierno de la vida, ésta despuntando en un amanecer pujante, vibrante de vida y esperanza?

¡Solo Dios lo sabe!

Pero, Lygia, muere súbitamente, durante un festín brillante, en el que la envenenaron con una copa de vino, por cuestiones políticas, según unos; mientras otros, aseguraban había sido por venganza de las antiguas esposas repudiadas.

Sakaran, entonces, enloqueció de dolor. Pero, antes de enloquecer y suicidarse, sin poder soportar la desgracia que había caído sobre él, ordena castigos excesivos a los sospechosos del crimen, exige que se descubran a los criminales, ahorca y tortura, a izquierda y a derecha, desorientado e inconsolable en su amargura suprema.

Y el tiempo pasó...

V

Después de algunos años como Espíritu errante y atribulado, durante los cuales sufrió los terribles efectos de su acto de suicidio; luego de padecer el infierno en el que se convirtió su conciencia, en la que sorprendentes visiones se acumulaban, mostrando los crímenes practicados contra el pueblo que había gobernado, crímenes rematados con una nueva y grave transgresión: el suicidio; después de buscar, como loco, alucinado, desesperado, a su amada

Lygia por todos los rincones de aquella gran ciudad que había sido suya, donde se vio festejado y respetado, un día Sakaran se vio aprisionado por entidades desconocidas para él, las cuales le murmuraban, intuitivamente, a su mente abatida y llena de pavor:

—Basta de desatinos. ¡La Ley de Dios ordena que seas socorrido, a fin de que puedas progresar y vencer!

Sakaran reencarnó, entonces, en el reino que había sido suyo, en la ciudad donde resplandeciera como un sol, y su voluntad era ley. Pero, volvió no ya para reinar sobre el esplendor de un trono, rodeado de glorias y adulaciones, sino para sufrir el rigor de sus propias leyes, las que había creado para reprimir a sus antiguos súbditos.

Ahora, él es un mísero esclavo, hijo de esclavos de señores tiranos, que exigen de ellos trabajos rudos, violentos, de sol a sol. Es el infeliz que recibió, como remate de los sacrificios soportados, el sudario degradante de la lepra que lo corroe, haciéndole sufrir la dolorosa consecuencia de los desvíos cometidos como soberano. Él acaba viviendo solitario, hambriento, en la calle, sin hogar, sin familia, arrastrado por las cloacas de la encantadora metrópoli en la que reinó. Es el hombre a quien todos repelen, a quien los niños lanzan piedras y acosan los perros, a quien las autoridades imponen que se vaya para el campo, que se refugie en alguna caverna, a fin de no contaminar los aires de la ciudad donde viven las personas sanas. Y humillado, se aleja fuera de la ciudad, recogiendo por las esquinas pedazos de pan que las almas buenas le tiran desde las puertas o las terrazas. Sale... Regresa... Vuelve a salir y retorna, en un vaivén dramático, en busca de alimento...

Además, sufre por el dolor inconsolable de un amor perdido, que su conciencia registra en lo más íntimo de su alma, haciéndolo sentir añoranzas indefinibles que le torturan el alma, susurrándole en secreto que alguna vez había vivido feliz en aquellos palacios de mármol y bellos jardines, que se encontraban allí y que tanto le atraían, los cuales contemplaba ahora tristemente, envidioso de los magnates que subían y descendían, todos los días, por sus pulidas escalinatas. No obstante, sufría, por encima de todo, el deseo no satisfecho de amar y ser amado; ansias de ternura que laceraban en su corazón. Y, al no encontrar amor en su vida y se consoló con soñar, retenido en su caverna o tirado sobre la calzada de aquellos palacios, ahora cerrados para él. Es que su Lygia no lo acompañaba en esa existencia punitiva. La había perdido de vista, como Espíritu, ignorando que también ella evolucionaba, como él, en otros parajes de la Tierra, a fin de mejorar su carácter en la estela del perfeccionamiento moral-espiritual.

No obstante, surgió una nueva aurora en la desolada alma de ese mendigo que había sido rey.

Un día, apareció en aquella ciudad, un hombre santo, sencillo y pobre, que sabía hablar a los desgraciados y consolarlos. Lo oyó de lejos, apartado de la multitud, como convenía a un leproso. Pero, lo oyó. Su voz llegó hasta él, viva y fresca. El hombre afirmaba ser un discípulo del Cristo de Dios que había descendido a la Tierra en misión redentora, y traía un mensaje de amor y esperanza para los desgraciados. Entonces, las dulces voces del Cristianismo consolaron su alma y le abrieron un camino nuevo hacia el porvenir. Se hizo cristiano, fue oído y socorrido por el buen hombre, y se consoló. La figura excelsa del Hijo de Dios, expirando en una cruz por amor a los hombres, tomó posesión de su alma para siempre, para nunca más dejarla. Se detuvieron sus lágrimas. La esperanza iluminó su corazón y su vida. Las voces del Cristo de Dios poblaron su soledad... y él murió confiado, en la sombra de su caverna.

Y el tiempo pasó...

VI

De nuevo en el Más Allá, reconoció que la vida mísera de mendigo había sido saludable para su Espíritu. Trajo méritos que serían aprovechados en la vida espiritual y nuevas fuerzas lo animaban a proseguir en la jornada de las reparaciones. Logró ser resignado y jamás volvió a murmurar contra la penuria de su situación, pues ahora procuraba los caminos que conducen a Dios. Comprendió que la vida de privaciones es beneficiosa para aquel que la vive. Solo que el sufrimiento no había sido suficiente. Serían necesarias también reparaciones, realizaciones edificantes para el bien de la colectividad. Como ahora sabía orar, pidió y obtuvo del Cielo nuevas oportunidades para mejorarse, progresando moralmente.

...Y renació en Roma, la Roma de los Césares, el gran centro de la civilización mundial.

Logró ocupar altos puestos públicos. Se hace culto, poeta, orador, fino político, escritor. Hace todo cuanto puede por servir bien al pueblo, del cual ahora se compadece. Sufre al ver las injusticias que practican contra el mismo. Haciéndose cristiano, es amado por los cristianos. Su ternura por los dulces mensajes del Cristianismo lo consuela y reanima para continuar trillando por los senderos del Bien. Frecuenta las catacumbas, donde ora, ocultamente, con sus hermanos de ideal y los protege cuanto puede, desde el elevado puesto que ocupa. Y consigue salvar a muchos de ellos de la prisión o de las arenas

del circo. Lygia lo sigue ahora, es su esposa y él es su esclavo afectivo de siempre. Mas, la hermosa griega de otrora se dejó invadir por pasiones mundanas y ya no es la jovencísima bailarina traviesa y sencilla de otro tiempo. Es una mujer ambiciosa que desea acercarse al trono, que quiere alcanzar el poder, escalando puestos, y enfrentando a aquellos que se lo impidan. Lygia sigue siendo bella, vivaz, fascinante como siempre. Pero traiciona al esposo, que es modesto y sin ambiciones, deshonorando el matrimonio en los brazos de un amante. A pesar de todo, ella lo ama. Tan solo se dejó arrebatar por los prejuicios del ambiente en el que vive. Pero, él se convierte en sospechoso por la complicidad con los cristianos y es asesinado por una esclava al servicio del partido político al que pertenece, la cual lo apuñala en una emboscada en su propia residencia, ocultándose detrás de una cortina.

En cuanto a Lygia, desposa al amante, se adapta a la vida de Roma, repudia a los cristianos y se divierte en el circo viéndolos morir, perdiéndose en la noche de los pecados.

Y el tiempo pasó...

VII

Un soplo de tragedias persigue, a continuación, a esos dos Espíritus en los escenarios de Roma. Ellos se aman y a pesar de sus errores, nunca se abandonan. Se reúnen hoy y se separan mañana, en el curso de las encarnaciones, para sentirse desgraciados con la ausencia del otro. Vuelven a unirse para idolatrarse aún más, en un impulso siempre creciente de amor que tiende a sublimarse en la espiral de la evolución.

Pero, entonces descende sobre el mundo el sombrío fanatismo de la Edad Media, con sus dignatarios religiosos y sus hogueras. Vivieron entonces, algunas etapas dichasas, en diferentes fases de esos diez siglos de sombras. Él fue, en distintas encarnaciones, príncipe, sacerdote, médico, profesor, músico, poeta, artista, renovador de ideas, operario, amigo de los humildes, protector de los infelices. Conoció nuevamente tronos y gobernó. Conoció prisiones, condenaciones, injusticias, decapitación, riqueza, pobreza, amor. Pero, se mantuvo fiel a su fe cristiana.

Algunas veces, lo sigue su Lygia en la reencarnación y ella se perturba en los trabajos de su evolución... Se refugia, frecuentemente, en claustros, sean o no religiosos, para el estudio, la meditación, el trabajo intelectual, el reconforto espiritual, el consuelo ante la barbarie que pulula por el mundo. Pero, de allá, también, frecuentemente, ella lo arranca para compartir con él, a veces, tronos, otras veces, tálamos conyugales...

Lo vemos después, en India, la vieja patria de la Filosofía y del culto al Espíritu. Su alma está cansada de las pasiones terrenas y aspira a la placidez y a la pureza del amor divino...

Abandona el principado que era suyo... y ahora es el solitario pensador que se alejó del mundo para alcanzar la conquista de la espiritualidad. Se inicia en los augustos meandros de las ciencias secretas. Se familiariza con el Más Allá, penetra en misterios espirituales y asciende a elevados puestos a los que puede aspirar el adepto de la Luz en los templos sagrados de India.

Pero, en su vida de sabio, de maestro espiritualista, existía una sombra de añoranza que la ciencia no podía llenar. Hacía mucho tiempo que Lygia estaba ausente de él. Ella perturbaba su progreso. La Justicia de lo Alto la alejó para que él obtuviese libertad y tranquilidad para trabajar, realizar, evolucionar y espiritualizarse.

A partir del curso reencarnatorio en India, el amor humano perdió sentido para él y pasó a amar a Lygia y al prójimo con amor espiritual. Ya nada más había en él que recordase a Sakaran. Diecinueve siglos de sufrimientos, de trabajo y realizaciones lo transformaron. Él expió, sufrió, luchó, trabajó, amó con apego mundano, sirvió, se venció a sí mismo y se renovó para Dios. Progresó. Conoció la lucha derivada del perfeccionamiento a través de su paso por todas las clases sociales. Se educó y se complementó. Merecía, pues, un premio y lo obtuvo: en el siglo XVI, dio la vida por el Evangelio del Cristo de Dios, en los trágicos días de San Bartolomé, cuando ocurrió la masacre de los protestantes, en la Francia de Catalina de Médicis y Carlos IX.

¡Morir por el Cristo! ¡Era la gloria suprema para aquel que resucitó del pecado al llamado irresistible del Sermón de la Montaña!

En los días presentes, el antiguo soberano persa es feliz: sirve al Cristo de Dios, su Maestro, en la persona de su prójimo, encarnado o desencarnado, lo cual le merece el amor de los demás. Disfruta de la confianza de lo Alto. Sirve al Arte, a la Filosofía, a la Ciencia, al Amor Fraternal, a la Caridad, prosiguiendo siempre en la ascensión hacia la Luz. Y Lygia lo sigue, siendo espiritualmente amada, aprendiendo con él a amar y servir a Dios.

VIII

...Yo fui Sakaran...

(Mensaje recibido por la médium Yvonne de Amaral Pereira. Transcripto de *Sublimación*, FEB, pp.125 – 140, Brasilia, Brasil, 1986).

La foto

Mariana Frungilo

—¡No es posible! ¡Otra vez aquí! ¡¿Ese mendigo no va a salir nunca del frente de nuestra casa?! —reclamó Arturo, al mismo tiempo que cerraba el vidrio del carro, sacándolo del garaje.

—¡Ah, querido! No hables así... es un señor de edad y...

—¡No importa! ¡¿Él resolvió morar al frente de nuestra casa ahora?! Dentro de poco, comenzará a traer otros mendigos, y esto aquí va a parecer un refugio hediondo. Por lo menos esta vez, no se levantó para intentar pedir algo.

—Lógico que no. Cerraste el vidrio del carro tan pronto como salimos. Cuando regresemos, voy a pedirle a María que traiga un plato de comida para él...

—¡Ni lo pienses! ¿Estás enferma, Victoria? Así, nunca más se iría...

Victoria no respondió, pero decidió actuar de acuerdo con sus sentimientos, tan pronto como regresase a casa.

En los días siguientes se repitió la misma historia. El anciano se levantaba rápidamente al verlo, para intentar hablar con él, pero la tentativa era inútil, pues Arturo siempre cerraba el vidrio del carro y seguía rumbo a su trabajo.

La última vez, el anciano estaba con una fotografía en la mano, y Arturo, desesperado, le gritó:

—¡Váyase del frente de mi casa, pedazo de viejo! ¡No tengo nada para darle!

En ese momento, María, la empleada, que lo había presenciado todo, se emocionó y más tarde, cuando fue a llevarle la nutritiva comida diaria, por orden de Doña Victoria, vio y oyó la historia de aquella foto.

—Esta foto fue lo único que me quedó de mi pasado —dijo el pobre mendigo, bastante emocionado, besando la fotografía, con la mirada distante, dando la impresión de estar retornando al día en que fue tomada:

—¡Buenas noches, querido! ¡¿Ya llegaste?!

—Sí, querida. Hoy, me dejaron salir más temprano del trabajo, a fin de cuentas, como sabes...

—¡Es tu cumpleaños! Y mira lo que nuestro querido hijo y yo te hicimos —dijo Arlete, señalando un lindo pastel decorado con gracia, en el centro de la mesa.

—Soy un hombre feliz... ¡Qué familia tan linda tengo!... —agradeció Rafael.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Qué bueno que ya llegó! ¿Ya vio el pastel que mamá y yo le hicimos? Fue hecho con todo el amor del mundo...

—¡Venga acá, hijo mío! ¡Deme un abrazo! El pastel les quedó muy lindo, y no existe un regalo mayor que tenerlos a ustedes como familia...

—Entonces, vamos a tomar una foto para registrar este momento tan especial —exclamó Arlete, emocionada.

—Y después vamos a cantar el “cumpleaños feliz”, ¿no es así, mamá?

—¡Así es, amor mío!

¡CLICK!

—Señor, ¿se está sintiendo mal?

—¡Ah! No... No, María. Discúlpeme, creo que “viajé” un poco en los recuerdos. ¡Cuánta nostalgia!

—Debió ser algo muy importante para usted...

—Ni imagina...

—Bueno, tengo que entrar, pero mañana estaré aquí de nuevo. Doña Victoria es una mujer muy buena y me autorizó a traerle, todos los días, su alimentación. ¡Ah! Ella también dijo que le avisara que cuando usted

sienta frío o esté lloviendo, puede entrar en la terraza de la casa, pues el señor Arturo no acostumbra salir durante la noche, pero, por la mañana, usted debe levantarse un poco más temprano. Cuando esté oscureciendo, le traeré un cobertor y una almohada y los colocaré detrás de la maceta grande.

—No sé cómo agradecer tanta bondad. Ella ni me conoce, pero, me ha ayudado mucho.

—Doña Victoria siempre ayuda a las personas necesitadas que surgen en su camino y también aquellas que no aparecen... —dijo María, sonriéndose.

—¿Cómo es eso?

—Discúlpeme, reí porque sabía que no entendería. Ella es médium y hace un trabajo muy bonito en un Centro Espírita. Ella ayuda a los desencarnados también, respondió, en voz baja, como si le contase un secreto.

—¿Sí?! ¿Y cómo hace eso?

—Ella y otros médiums conversan con los Espíritus que ya desencarnaron y que se encuentran “perdidos” en el odio, en el rencor u otros que ni se dan cuenta de que ya pertenecen al Plano Espiritual, por el hecho de sentirse “presos” a las cosas materiales y a las personas. En esas reuniones, ellos, los médiums, logran que esos Espíritus perciban lo que pasa y, entonces, son esclarecidos por los Espíritus benefactores que participan de la reunión con el objetivo de auxiliarlos, con mucho amor y cariño. A fin de cuentas, todos somos hermanos e hijos de Dios, ¿no es así, don Rafael?

—Sí. También creo en eso. Pero hay que ver lo bonito que usted habla, María. ¿Dónde aprendió todas esas cosas?

—Fue con Doña Victoria. Todos los lunes, ella me llama para que comentemos la lectura de *El Evangelio en el Hogar*. Nosotras leemos una página de *El Evangelio según el Espiritismo*, ella me explica la enseñanza y hacemos una oración.

—¿Y participa el señor Arturo?

—Nunca. Yo hasta le comenté a Doña Victoria si él no estaría resistente a participar por causa mía y...

—Pero, ¿por qué no participaría él, estando usted? Por lo que veo, usted cuida con mucho cariño de la familia.

—Sí, la cuido y creo que el señor Arturo tiene una buena impresión de mi persona. Él siempre me trató muy bien, pero aún guarda la pequeña semilla del orgullo y no se sentaría en la misma mesa con un empleado. Doña Victoria lamenta mucho esto y la he oído conversando con él sobre la humildad y hablando sobre el Centro y la religión, pero, por ahora, él no reacciona aún. Oramos para que un día, acontezca algo, y él se dé cuenta de cuántos errores comete en algunas situaciones y que, entonces, pueda aprovechar más las oportunidades que Dios le ofrece en esta existencia... ¡Dios mío! Estoy escuchando el ruido de su carro. Necesito entrar. Ahora cuando oscurezca le coloco el cobertor y la almohada. Buenas noches, señor Rafael.

—Buenas noches, María, y gracias. Usted no se imagina cómo me hacía falta una buena conversación.

El Señor Rafael observó a Arturo cerrando el vidrio del carro al percibir su presencia al entrar en el garaje, sin mirarlo siquiera.

El anciano se sentó un poco más distante de la casa mientras aguardaba la llegada de la noche. Entonces, cerró los ojos, ya cansados, y comenzó a orar, como lo hacía todos los días, pidiendo por las personas de la fotografía y por todos los que se encontrasen en dificultades. Agradeció también por la ayuda amiga de Doña Victoria y por la nueva amistad que acababa de hacer con María.

Al día siguiente, se levantó, rápidamente, antes de la salida de Arturo para el trabajo y comenzó a atravesar la calle, cargando su bolsa bastante vieja, en la que llevaba algunas ropas y una pequeña vasija, además de la foto, su bien más preciado.

Fue, entonces, cuando escuchó a alguien gritar y, al mirar hacia atrás, percibió que el hijo más joven de Arturo corría en dirección a la calle, y que el padre descendía del carro, gritando desesperadamente, pidiéndole al niño que se detuviese.

—¡Hijo mío, deténgase! ¡Vea el carro que viene!

El señor Rafael, entonces, sin pestañear y percibiendo la tragedia

que estaba por acontecer, se tiró frente al vehículo y a pesar del fuerte impacto que su cuerpo sufrió, consiguió rodar con el niño hacia la acera.

Arturo vino corriendo al encuentro de los dos.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Usted está golpeado? —dijo cuándo abrazaba al niño, apretándolo para ver si estaba realmente bien.

—¿Y usted? ¿Está golpeado? —preguntó, mirando, por primera vez a los ojos de aquel pobre señor que acababa de salvar la vida del niño.

Cuando las miradas se encontraron, Arturo sintió una fortísima emoción que le recorría por todo el cuerpo. Se quedó parado, por algunos segundos, mirando a aquel señor que poseía una mirada tan familiar. El contacto con aquellos ojos, ahora tan envejecidos, pero que aún no habían perdido el brillo, hizo que Arturo volviese su pensamiento a la infancia y recordase el último día que había visto a su padre. Arturo se acordó, entonces, del momento en el que escuchó a su madre pidiéndole que saliese enseguida del baño, pues su padre ya estaba por llegar del trabajo, y del momento alegre en que corría hacia sus brazos diciendo: “—¡Papá! ¡Papá! ¿Ya vio el pastel que mamá y yo le hicimos?”

En ese momento, Arturo regresó a la realidad con los gritos de María y Victoria, que salían de la casa, atraídas por el ruido del frenazo del carro, pues, aun haciendo un gran esfuerzo, el conductor no consiguió impedir el choque con el cuerpo del anciano.

—¡Hijo mío! ¿Usted está bien? —grito Victoria, abrazando al pequeño niño, que corría en su dirección, exclamando:

—El nene está bien. El abuelo salvó al nene...

—¡Dios mío! Cuide de él, María —pidió Victoria, entregando el hijo a la empleada.

—Y usted, ¿está bien?! ¡Venga, Arturo! Vamos a colocarlo en la acera —exclamó la esposa, ya con las manos en el hombro del señor Rafael para intentar cargarlo.

—No, querida. No podemos moverlo hasta que lleguen los rescatis-tas. Él bien pudo haberse fracturado algunos huesos y... Espere... ¿El señor no tiene el pulgar de la mano derecha? —preguntó Arturo impresionado.

—¿Papá? ¡Dios mío!

—¿Qué estás diciendo, Arturo? —preguntó Victoria, ya levantándose pues los rescatistas acababan de llegar.

La necesaria atención comenzó a ser prestada por los paramédicos, que habían sido llamados inmediatamente por el propio conductor que, sin intención, había atropellado al anciano. Arturo se levantó, dando espacio para ellos y, aun completamente atontado, comenzó a recordar todos los momentos en los que su padre había intentado revelarles quien era él, llegando un día a empañar el vidrio del carro, mientras decía: “—¡Espera, hijo mío!” Y del día en que intentó mostrarle la foto.

Y, volviendo en sí, observó que colocaban al padre en la ambulancia.

—¡Arturo, mi querido Arturo! ¿Estás bien? Cálmese, que lo peor ya pasó... —le dijo la esposa.

—Es mi padre...

—¡¿Qué?! Arturo, usted me está preocupando. No debe estar bien. Espere voy a llamar a un enfermero.

—¡No, Victoria! ¡Es mi padre! ¡Él es mi padre!

—¿Quién es tu padre, querido? Tu padre desapareció. ¿Recuerdas? Tú aun eras un niño...

Victoria paró de hablar, miró hacia la ambulancia y recordó el día en que María su empleada, hablando sobre aquel pobre mendigo, le dijo que su nombre era Rafael.

—¡Dios mío! ¡¿Tu padre?! ¿Adónde vas, Arturo? —preguntó, oyendo al marido responder, al mismo tiempo que entraba en la ambulancia:

—¡Voy a aprovechar la oportunidad que Dios me dio, en esta misma existencia! —dijo, refiriéndose a las constantes enseñanzas de la esposa, y extremadamente emocionado completó: —¡Espero que Él me perdone! Y mi padre también...

Los enfermeros, entonces, cerraron la puerta del vehículo.

Victoria abrazó a María y a su hijo.

—Estoy segura de eso. ¿Y usted, María?

—Dios nos muestra el camino. Solo necesitamos tener ojos para ver. Nada sucede por casualidad...

El ejemplo es el más poderoso agente de propagación

Allan Kardec

(Sociedad de París, sesión del 30 de abril de 1869)

Vengo esta noche, mis amigos, a hablaros por algunos minutos. En la última sesión no respondí; estaba ocupado en otra parte. Nuestros trabajos como Espíritus son mucho más extensos de lo que podéis suponer y los instrumentos para transmitir nuestros pensamientos no siempre están disponibles. Aún tengo algunos consejos para daros sobre la marcha que debéis seguir ante el público, con la intención de hacer progresar la obra a la que consagré mi vida corporal, y cuyo perfeccionamiento acompaño desde la erraticidad.

Lo que os aconsejo antes de más nada y sobre todo, es la tolerancia, el afecto, la simpatía de unos para con los otros y también para con los incrédulos.

Cuando veis a un ciego en la calle, vuestro primer sentimiento es la compasión. Que sea así también para con vuestros hermanos cuyos ojos están cerrados y velados por las tinieblas de la ignorancia o de la incredulidad. Commiseraos, en vez de censurarlos. Por vuestra dulzura, mostrad vuestra resignación para soportar los males de esta vida, vuestra humildad en medio de las satisfacciones, ventajas y alegrías que Dios os envía; mostrad que hay en vosotros un principio superior, un alma obediente a la Ley, una verdad también superior: el Espiritismo.

Los periódicos, los libros y las publicaciones de toda especie, son medios poderosos para introducir la luz por todas partes, pero lo más

seguro, lo más íntimo y lo más accesible a todos **es el ejemplo de la caridad, la dulzura y el amor.**

Espíritas, sois todos hermanos en la más santa acepción del término. Pidiendo que os améis unos a los otros, me limito a recordar la divina palabra de aquel que, hace mil ochocientos años, por primera vez trajo a la Tierra el germen de la igualdad. Seguid su ley, pues ella es la vuestra. Solo hice tornar más palpables algunas de sus enseñanzas. Oscuro operario de aquel maestro, de aquel Espíritu Superior emanado de la fuente de luz, reflejé esa luz como el gusano resplandeciente refleja la claridad de una estrella. Pero, la estrella brilla en los cielos y el gusano resplandeciente brilla en la tierra, en las tinieblas. Tal es la diferencia.

Continuad las tradiciones que os dejé al partir.

Que el más perfecto acuerdo, la mayor simpatía, la más sincera abnegación reinen en el seno de la Comisión. Espero que ella sepa cumplir con honor, fidelidad y conciencia el mandato que le he confiado.

¡Ah! ¡Cuando todos los hombres comprendan todo el contenido de las palabras amor y caridad, en la Tierra no habrá más soldados ni enemigos; solo habrá hermanos; no habrá más miradas turbias e irritadas; pues solo habrá frentes inclinadas hacia Dios!

Hasta luego, queridos amigos, y muchas gracias, en nombre de aquél que no olvida el vaso de agua y el óbolo de la viuda.

(Mensaje recibido en la Sociedad Espírita de París el 30 de abril de 1869. Publicado originalmente en la *Revista Espírita – Periódico de estudios psicológicos*, de junio de 1869, traducido del francés al portugués por Julio Abreu Filho, fue editado en portugués, por EDICEL, páginas 179 y 180).

Otro gran mensaje del Maestro Allan Kardec

“Hermanos congregados: habéis llegado al segundo período de vuestras incursiones en el campo de la verdad religiosa, del Cristianismo en su primitiva y celestial pureza. En el primero habéis estudiado; habéis observado; habéis podido nutrir vuestro entendimiento y vuestro corazón con las verdades que, como luminosos destellos del sol de las inteligencias, han despejado las nubes amontonadas en el cielo de vuestras convicciones, y con los sentimientos que nacen y se desarrollan en el purísimo calor de los dones y gracias del Altísimo. ¡Dichosos, vosotros, si sabéis aprovechar las riquezas sembradas a vuestro paso en el primer período de vuestros ensayos y estudios religiosos!

Mas, habéis entrado en el segundo período, hermanos congregados, y vengo a haceros algunas indicaciones, que espero y os ruego no olvidéis. Habéis estudiado y observado, y ha llegado ya el momento de practicar lo aprendido en esos estudios. Os miran desde los mundos de luz los buenos espíritus, que han sido para vosotros emisarios de la misericordia del Eterno, y esperan anhelantes veros transitar seguros por los caminos que seguís, pues sois fruto de sus desvelos. ¿Les obligaríais acaso a arrepentirse de la confianza que os depositaron y a volveros la espalda temporalmente? Y no solamente ellos, sino también los compañeros de la Tierra, os siguen con sus miradas, preparados para juzgar en vuestras obras la bondad de las doctrinas que difundís con la palabra.

¿Sois cristianos o no? Responded; si consideraréis que lo sois no me respondáis con la palabra, sino con vuestros sentimientos y conducta. En vano diréis que lo sois, si vuestras obras desmienten lo que afirma vuestra lengua; porque solo vive como verdadero cristiano aquel que tiene a Cristo en el corazón y anda en los caminos de la caridad, que son los que

Cristo abrió a la humanidad entera. En vano os entusiasmaís con la lectura de las revelaciones obtenidas, si no traducís vuestro entusiasmo en hechos que armonicen con la bondad de las instrucciones reveladas. ¿Ignoráis, por ventura, que los errores tuvieron su causa en el falso cristianismo practicado por sus doctores? Así, si vuestro corazón no tendiese a la caridad y a la humildad, separándoos del genio del verdadero cristianismo, que os ha cubierto con sus alas, divagaréis de nuevo por las soledades del espíritu, que son el castigo de las almas frívolas e infecundas para el bien.

Conviene sobremanera, hermanos congregados, no olvidar, antes debéis tenerlo constantemente presente, que el Espiritismo es el mismo Cristianismo, y que todo lo que es ajeno y contrario a las doctrinas evangélicas, a la palabra y espíritu del Cristo, ajeno debe ser y contrario a vuestra palabra y al pensamiento que ha de guiaros y ser la estrella de los caminos que habréis de recorrer en la segunda jornada de los estudios religiosos que tanto os atañen. Ajeno y contrario es a la palabra y al espíritu de Jesús, el orgullo; ajena y contraria a la hipocresía; ajeno y contrario el apego a los placeres y bienes temporales; ajeno y contrario al egoísmo, la ociosidad, los envidiosos celos, la murmuración, el odio y la lisonja; en una palabra, a todo aquello que es ajeno y contrario a los consejos y preceptos de una conciencia sincera e ilustrada, contrario es y ajeno a la savia del Cristianismo, convirtiéndose para vosotros en árbol de prueba y fruto prohibido. La escena bíblica del paraíso se repite todos los días: el árbol de la ciencia no ha muerto. Crece y extiende sus ramas sobre la tierra, y la serpiente, enroscada, no en el tronco del árbol ni en sus gajos, sino en el corazón de cada uno de los hombres, los convida con sus falsos halagos al quebrantamiento del precepto.

Leo en vuestro pensamiento, y discurriendo sobre el mayor o menor valor que daís a mis palabras, os decís: amor, caridad, sencillez, adoración, pureza, todo esto está muy bien; pero ya lo sabíamos. ¿Por qué no hablarnos de otros puntos por nosotros ignorados, como los que se refieren al mundo de los espíritus y su admirable economía? ¿Por qué repetirnos hoy, mañana, y siempre, los mismos consejos y preceptos?

¡Oh, hermanos congregados! ¿Creéis que la misión de los espíritus es satisfacer la vana curiosidad, el orgullo, el amor propio y los caprichos de los hombres? No seáis injustos, os lo ruego, en beneficio de vosotros mismos; y a fin de que juzguéis con más acierto y rectitud, me propongo

hablaros, entre otras cosas, del hermoso, del celestial ministerio de los espíritus de luz.

Pero antes, he de hablaros de otros asuntos que os tocan más de cerca, porque se refieren a vosotros: primero, que no os elevéis sobre las nubes, pues, es necesario que conozcáis la tierra que pisan vuestros pies, y los lazos que a ella os retienen y encadenan. Yo no cumpliría la misión que me trae a vuestro lado, si, ofreciendo a vuestra consideración el bellissimo cuadro de las armonías celestes, dejase de mostraros el camino por donde podéis, en menos tiempo, participar de aquellas venturosas armonías.

Sin el consolador auxilio de la Providencia, que nunca deja a las criaturas abandonadas a sus exclusivas fuerzas, en vano intentaréis elevaros sobre las miserias de la tierra y el barro de las debilidades humanas. Vuestras inexpertas alas se derretirían al soplo corrompido y abrasador de las pasiones que engendran el egoísmo y el orgullo.

Una sola palabra explica y sintetiza toda la moral, toda la ley y toda la revelación desde el principio hasta hoy, y es la fórmula universal del progreso, de la virtud y de la felicidad; es el mismo Verbo divino revelado y la luz que irradia sobre los hijos de los hombres desde las alturas del pensamiento infinito. ¿Será necesario que os nombre esa palabra? Juzgo que no, porque todos la recordaréis sin esfuerzo. Mas, sería mejor, mucho mejor, que, en vez de llevarla escrita en vuestra mente, la sintieseis llenando vuestro corazón, conmoviendo incesantemente sus fibras.

Pues bien, esa palabra, CARIDAD, que todos habéis evocado espontáneamente, sin necesidad de repetíroslo, es la fórmula que estáis llamados a resolver en el segundo período de vuestros estudios religiosos; la caridad, practicadla, así como en el primer período habéis discurrido sobre sus bellezas y excelencias en el terreno filosófico. Ya os he manifestado que Espiritismo y Cristianismo son una misma cosa; y ahora os añadiré que ambas palabras significan caridad, y que, tal como lo enseñó y practicó Jesús, sin caridad no hay espíritu verdaderamente cristiano.

¡Caridad! ¡Amorosa palabra, manjar divino de las almas puras, de los espíritus de Dios! Al pronunciarla los ángeles, una suave armonía llena los cielos y se establece una dichosa corriente de inefables dulzuras desde el trono del Altísimo hasta la morada de los hombres. Es la escalera

de Jacob: por ella descenden los consuelos, las esperanzas y los primeros destellos de felicidad inmortal en el corazón del hombre.

Mas, ¡ay!, ¡cuán poco eco halla en la tierra la palabra caridad en el corazón de los mortales! Infinitos labios la pronuncian, pero sin salir de las entrañas: escrita en la mente, se pronuncia con frialdad, cuando debiera salir envuelta en torbellinos de llamas; porque la caridad es fuego purificador, que consume todas las impurezas e imperfecciones de las criaturas que formó la voluntad soberana.

Tenéis abierto a vuestro corazón el mundo de las miserias humanas, vastísimo campo en que podéis y debéis ejercitar y desarrollar los gérmenes del amor con el que Dios enriqueció vuestras almas. Así como habéis ejercitado y cultivado el entendimiento en el campo de las especulaciones filosóficas, habéis pensado y meditado en materia de religión, y ha llegado ya el momento de sentir amor y dar caridad, si no queréis haceros responsables por el fracaso de los ideales recogidos en la primera jornada de vuestro viaje al mundo de la verdad.

La religión es sentimiento más que conocimiento: así vemos a muchos ignorantes que creen en Dios y le aman sin conocerle, y muchos sabios que le conocen hasta donde alcanza la sabiduría de los hombres, y sin embargo no le aman, ni respetan los decretos de su absoluta voluntad. Por eso, el juicio de los primeros será de vida, porque cumplieron la ley por bondad de corazón, y el de los segundos, de castigo, porque conocieron la ley del bien y la despreciaron por frialdad y orgullo del espíritu.

A ningún hombre se le condena por lo que no sabe, sino por lo que ha dejado de sentir, en razón de que el libro de la sabiduría es un libro generalmente cerrado y el del sentimiento un libro universalmente abierto. No a todos es dado poseer en una existencia los secretos de la ciencia, mas, sí, las dulzuras del sentimiento, cuyos tesoros están a la vista de todas las criaturas sin excepción, derramados en el universo por la mano de la misericordiosa Providencia. Desde el rey de los astros, radiante y esplendoroso, hasta la pobre luciérnaga; desde el majestuoso cedro, que eleva su copa dispuesto a sobrepasar las nubes, hasta el humilde tallo de hierba que se arrastra por los suelos; desde el águila hasta el insecto; desde el león hasta el reptil y el gusano; desde el monarca hasta el último de los siervos, y desde el palacio de la abundancia y del placer hasta la choza

de la miseria y del dolor, son otras tantas páginas del libro del sentimiento constantemente abierto a la consideración de los mortales.

Jesús os impele a sentir. Y no os admiréis de que llame enérgicamente vuestra atención acerca del sentimiento y de su necesidad; porque sin él, vanos habrían sido todos los esfuerzos que habéis empleado para pertenecer al número de los verdaderamente cristianos, de los discípulos imitadores de Jesús, que era todo sentimiento, porque era toda caridad. Seríais cristianos especulativos, y nada más; árboles sin fruto, que el Padre de familia mandaría arrancar para ser arrojados a las llamas.

El amor y la caridad lo es todo, y por lo mismo requieren estar al alcance de todos. Es más que la ciencia, porque la ciencia la hallaréis en los caminos de los impíos como en los senderos de los justos; y es más que el bien obrar, porque también los malos hacen a veces obras buenas. El que realmente ama y es caritativo, hace posible las obras del sentimiento; y aun cuando por no serle posible, no las haga, ante la ley le son reputadas como hechas e imputadas a justicia.

Os conmino, pues, a amar en la segunda jornada de vuestros estudios religiosos, que es la jornada decisiva de vuestro porvenir; amad y sed caritativos sin desviaros. ¡Oh, hermanos míos! Tiemblo al pensar que puede alguno de vosotros ser llamado a venir a juicio con el hielo en el corazón, después de las luces que sobre vuestras cabezas ha derramado profusamente la omnipotente mano del Excelso.

El sentimiento del amor es la ley: ved, por tanto, que para el cumplimiento de la ley es necesario, indispensable, que améis. El amor cubre a la muchedumbre de los errores; porque es luz que purifica y bálsamo que repara. El que ama, obra exclusivamente el bien, que es la reparación del mal, y la felicidad será el fruto de sus amorosas obras. Amad, hermanos congregados; amad, hijos míos; y en el ministerio del amor hallaréis el ministerio de los espíritus perfectos.

Estos son, por el amor y para el amor, los mensajeros, y cumplidores, y guardianes de la voluntad excelsa, de esa voluntad eternamente activa que es la ley de la creación; de esa voluntad que enciende los celestes luminares y la inteligencia del hombre; de esa voluntad que, penetrando todos los seres y el espacio, infunde por doquier la fuerza y multiplica la vida. La misión de los seres de luz, así como la de los espíritus puros, es

reflejar sobre los demás la luz que reciben del inextinguible foco de la sabiduría de Dios; seres dichosos por el amor, su felicidad es la caridad, cuya virtud les ayudó a desprenderse de sus impurezas e imperfecciones y elevarse a las felices moradas, donde no se conocen ni las miserias de la Tierra, ni las tormentas del corazón, ni las inconsecuencias del espíritu; moradas de felicidad siempre naciente, porque es la felicidad del amor, y el amor se halla eternamente y desde el principio en la obra del Creador. Si el amor se agotase, allí y en el mismo momento acabaría la ley del progreso que conduce a la felicidad.

¡Oh! ¡Hermosísima misión la de los mensajeros del amor, de los espíritus de luz! Por la luz y por el amor han sido bendecidos, y por amor aspiran constantemente al progreso y la elevación de los demás por el amor y por la luz. Con la velocidad del pensamiento circulan sin cesar y sin cansancio en derredor de los infinitos orbes que se mueven en los inmensos senos del espacio, orbes que vienen a ser como las celdillas de la colmena universal, en cada una de las cuales van los espíritus bondadosos a depositar la miel de su caridad.

El ministerio que desde su elevación ejercen los espíritus de luz, podéis, bien que en menor escala, ejercerlo igualmente vosotros en la Tierra. Ellos ven ante sí infinidad de mundos que necesitan de su amor, y vosotros estáis rodeados de infinidad de seres para los cuales el rocío de vuestra caridad les conducirá al progreso, la regeneración, la vida y la felicidad en el porvenir. ¡Cuántas veces el hombre amoroso de sus hermanos hace la caridad, sin sospechar que sus obras en la Tierra constituyen el preludio de su misión espiritual en las regiones celestiales! La caridad, hermanos congregados, es un árbol cuya raíz está en el misterioso y fecundo seno del Creador, y cuyas ramas, cargadas de frutos y perfumes, se extienden en todas direcciones, haciendo plácida sombra sobre las moradas sembradas en el universo, que es la casa del Señor.

Decís que sois espiritistas, hermanos míos; enhorabuena, yo os aplaudo. ¿Sois hoy mejores que ayer? ¿Seréis mañana mejores que hoy y mejores cada día? ¿Os conmueve el espectáculo de la naturaleza y la contemplación del cielo? ¿Derramáis lágrimas del corazón a la vista de las desdichas ajenas? ¿Amáis, hermanos míos?, ¿amáis?

Porque el Espiritismo, que es el Cristianismo, que es la Caridad,

permitidme que lo repita, no se reduce a discurrir y a propagar, sino que exhorta, ante todo y sobre todo, a despertar el sentimiento de amor y la caridad, que es el principio y la fuente de las obras que nos aproximan a la perfección y a Dios. El que se ciñe al conocimiento y predicación de las verdades cristianas, pero sin sentir las ni aplicarlas, se parece a uno que ha descubierto un abismo y que, no obstante, se precipita en él mientras advierte del peligro a los demás.

Que mis palabras no sean en vosotros semilla de desaliento: harto conozco las debilidades de la humana naturaleza, para impresionarme de las vuestras y poderos aconsejar que tratéis de desprenderos en un momento de todas vuestras imperfecciones. ¡Cómo he de exigirlos lo que fue y es aún imposible para mí! Yo no hago otra cosa que llamar a vuestra voluntad y sentimientos al bien; mostraros la vía que juntos hemos de recorrer para acercarnos a la finalidad ideal siempre progresiva de la perfección espiritual. Los ángeles del Señor, esos dichosos seres que beben el amor en su divino manantial, y de los cuales, como de otras tantas fuentes, manan arroyos de caridad que riegan y fecundan las pobres plantas humanas esparcidas por el Universo; los ángeles del Señor han descornado a los ojos de mi alma uno de los velos caídos ante la luz de la verdad, a fin de que pudiese yo hacer e hiciese lo mismo con vosotros. Y como he visto que la verdad está en la virtud, y no más que en la virtud, tal es el motivo porque os he convocado a la práctica del amor, compendio y suma de todas las virtudes irradiadas del divino centro y foco.

Voy a terminar, hermanos congregados. Seamos todos, cada día, mejores en Jesús: su llamado comprometedor es, sin embargo asumible y pueden seguirlo aun los más débiles e imperfectos. Sigamos cada uno su ejemplo con resignación y amor, y subiendo así el calvario de la expiación, de la reparación y de la prueba, imitemos a Jesús en los merecimientos primero, para ser después bendecidos por la virtud de dar cumplimiento a su doctrina.

Mensaje del Maestro Allan Kardec, dirigido a los miembros del *Círculo Cristiano Espiritista* de Lérida, España, a través de un médium anónimo, publicado en la obra *Roma y el Evangelio* de José Amigo y Pellicer, en 1874, transcripción de la edición de 1946, de la Editorial Víctor Hugo, pp. 174 – 181, Buenos Aires, Argentina.

El sermón de la montaña

*Jesús de Nazaret,
San Mateo*

CAPÍTULO 6

1 Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis la recompensa del Padre que está en los cielos.

2 Así, pues, cuando des limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

3 Más bien, cuando des limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha,

4 para que tu limosna sea en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

5 Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

6 Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora al Padre que está en secreto; y el Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

7 Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos.

8 No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis.

9 Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

10 Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en el cielo, como en la Tierra.

11 El pan de cada día dánoslo hoy.

12 Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

13 Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén.

14 Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también el Padre celestial os perdonará a vosotros;

15 pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco nuestro Padre os perdonará las vuestras.

16 Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos transfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa.

17 Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro,

18 para no mostrar a los hombres que ayunas, sino al Padre que está en secreto; y el Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

19 No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde los ladrones minan y hurtan;

20 sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni orín corrompen, y donde los ladrones no minan ni hurtan.

21 Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

22 La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz;

23 pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que hay en ti es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?

24 Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá a uno y amará al otro, o estimará a uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

25 Por tanto os digo: no os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?

26 Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?

27 ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?

28 Y por vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, como crecen: no trabajan ni hilan;

29 pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos.

30 Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?

31 No os afanéis, pues, diciendo: ¿qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?

32 Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero el Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

33 Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

34 Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.

✱

La Biblia, El Nuevo Testamento de nuestro Señor Jesucristo, Antigua versión de Casiodoro de Reina, (1569) revisada por Cipriano Valera (1602). Otras revisiones 1862, 1909 y 1960, distribuida gratuitamente por los Gedeones Internacionales, Edición de 1977, Sociedades Bíblicas de América Latina.

Pablo y Esteban

Emmanuel

Amigo lector:

*Cumpliendo con nuestro compromiso establecido con anterioridad, referente a la difusión por todos los medios posibles de la extraordinaria obra **Pablo y Esteban**, de Emmanuel, recibida por el médium Francisco Cândido Xavier (1910 - 2002), les presentamos en el **Anuario Espírita 2015**, el Capítulo 4, de la Primera Parte: En los caminos de Jope.*

Agradecemos, la valiosa y desinteresada colaboración de la Federación Espírita Brasileña, poseedora de los derechos de Autor, que viene prestando a Mensaje Fraternal en la Campaña de Distribución, de ésta y otras, de las mejores obras recibidas por Francisco Cândido Xavier e Yvonne de Amaral Pereira.

Los Editores.

En los caminos de Jope

Estamos en la vieja Jerusalén, en una clara mañana del año 35.

En el interior de un sólido edificio, donde todo transpira el confort y el lujo de la época, un hombre aún joven parece impaciente, a la espera de alguien que se demora. Al menor rumor de la vía pública, corre a la ventana, apresurado, volviendo a sentarse y a examinar los papiros y pergaminos, como quien se distrae matando el tiempo.

Llegado a la ciudad, después de una semana de viaje exhaustivo, Sadoe aguardaba al amigo Saulo para darle el abrazo afectuoso de su amistad de muchos años.

Dentro de poco, un carro minúsculo, semejante a los carruajes romanos, paraba en la puerta, tirado por dos soberbios caballos blancos. En un mi-

nuto, nuestros personajes se abrazaban efusivamente, transbordando alegría y juventud.

El joven Saulo presentaba toda la vivacidad de un hombre soltero, bordeando sus treinta años. En su fisonomía llena de virilidad y masculina belleza, se denotaban particularmente los rasgos israelitas en los ojos profundos e incisivos, propios de los temperamentos apasionados e indomables, ricos en agudeza y resolución. Vestía la túnica de los patricios y hablaba con preferencia el griego, al que se aficionó en su ciudad natal, en su convivencia con los maestros muy amados, formados en las escuelas de Atenas y Alejandría.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Saulo, al visitante.

—Estoy en Jerusalén desde ayer por la mañana. Además, estuve con tu hermana y tu cuñado, que me dieron noticias sobre ti al partir para Lida.

—Y, ¿cómo es tu vida allá por Damasco?

—Siempre buena.

Antes de que se hiciese alguna pausa, el otro observó:

—Pero, ¡qué cambiado estás!... Un carro a la romana, la conversación en griego y...

Pero, Saulo, no lo dejó proseguir y remató:

—Y en el corazón, la Ley, siempre deseoso de someter a Roma y a Atenas a nuestros principios.

—¡Siempre el mismo hombre!, —exclamó el amigo con una sonrisa franca—. Además, puedo presentar un complemento a tus propias explicaciones. El carruaje es indispensable para las visitas a una casita florida, en el camino de Jope; y la conversación en griego es necesaria para los coloquios con una legítima descendiente de Isachar, nacida entre las flores y los mármoles de Corinto.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Saulo admirado.

—¿Pues no te dije que estuve ayer en la tarde con tu hermana?

Y los dos, acomodados en confortables poltronas de la época, intercambiando la conversación con algunos pequeños vasos del embriagador vino *Chipre*, analizaban ampliamente los problemas de la vida personal, relacionando los pequeños sucesos de cada día.

Con mucha jovialidad, Saulo contó al amigo que, de hecho, se había enamorado de una joven de su raza, que aliaba las dotes de peregrina belleza a los más elevados tesoros del corazón. El culto al hogar constituía uno de sus más santificados atributos femeninos. Narró el primer encuentro que tuvieron. Había asistido, en compañía de Alejandro y Gamaliel, hacía unos tres meses, a una festividad íntima que Zacarías ben Hanan, progresista labriego asentado en el camino de Jope, ofreció a algunos amigos bien establecidos, en homenaje a la circuncisión de los hijitos de sus servidores. Añadió que el anfitrión era un antiguo comerciante israelita que había emigrado de Corinto, después de largos años de trabajo en Acaya, disgustado con las persecuciones de las que había sido víctima. Después de las grandes pruebas en el viaje de Cenebra a Cesárea, Zacarías llegó a aquel puerto en pésimas condiciones financieras, pero fue ayudado por un patricio romano, que le cedió recursos para arrendar una gran propiedad en el camino principal a Jope, a regular distancia de Jerusalén. Saulo, acogido generosamente en su casa, ahora bien provista y feliz, había conocido allí en la joven Abigail, un tierno corazón de niña, dueña de los más bellos fundamentos morales que pudiesen engalanar a una hija de su raza. Era, de hecho, su ideal de mujer: inteligente, versada en la Ley y, sobre todo, dócil y cariñosa. Adoptada por los esposos como hija muy querida, había sufrido amargamente en Corinto, dejando allí al padre muerto y al hermano esclavizado para siempre. Hacía tres meses que se conocían, intercambiando entre ambos las más risueñas esperanzas y, ¿quién sabe?, tal vez el Eterno les reservase la unión conyugal, como coronación de sus sagrados sueños de juventud.

Saulo hablaba con el entusiasmo propio de su temperamento apasionado y vibrante. En su mirada profunda, se le notaba la llama viva de los sentimientos determinados con respecto al afecto que dominaba su capacidad emotiva.

—¿Y ya comunicaste a tus padres esos proyectos? —preguntó Sadoc.

—Mi hermana pretende ir a Tarso en unos dos meses y será la intérprete de mis votos, concernientes a la organización de mi futuro. Además, sabes que eso no puede ni debe ser un problema de soluciones precipitadas. Pienso que al hombre no le conviene entregarse así, sin más ni menos, a una cuestión decisiva de su destino. Obedeciendo a nuestro viejo instinto de prudencia, estoy analizando cuidadosamente mis propios ideales y aún no llevé a Abigail a nuestra casa a convivir algunos días con Dalila; pretendo hacerlo tan solo antes de la visita de mi hermana al hogar paterno.

—Ya que alientas tantos proyectos para el futuro —añadió el amigo con bondadoso interés—, ¿en qué situación se encuentran tus pretensiones para el cargo en el Sanedrín?

—No puedo quejarme, pues el Tribunal me confiere, actualmente, especialísimas atribuciones. Sabes que Gamaliel hace mucho que viene instando a mi padre para que me traslade a Jerusalén, donde me prometió un lugar de importancia en la administración de nuestro pueblo. Como sabemos, el antiguo maestro tiene mucha edad y desea retirarse de la vida pública. No tardaré en sustituirlo en el voto de las más elevadas deliberaciones, aparte de obtener actualmente una óptima remuneración, independiente de la contribución que me viene de Tarso periódicamente. Por encima de todo, tengo el ideal político de aumentar mi prestigio junto a los rabinos. Es preciso no olvidar que Roma es poderosa y que Atenas es sabia, haciéndose indispensable despertar la eterna hegemonía de Jerusalén como tabernáculo del Dios único. Así, pues, necesitamos doblar las rodillas de griegos y romanos ante la Ley de Moisés.

No obstante, Sadoc, dejando percibir que no prestaba mucha atención a su idealismo nacionalista, retenía el pensamiento en la situación particular, advirtiéndome delicadamente:

—Por lo que me dices, me alegra saber que tu padre va mejorando, progresivamente, sus condiciones financieras. Quién diría que fue un humilde tejedor...

—Tal vez, por eso mismo —acotó Saulo—, me enseñó la profesión cuando niño, para que nunca me olvidase de que **el progreso de un hombre depende de su propio esfuerzo**. Pero, hoy, después de tantas fatigas en el telar, él descansa, con justicia, en una vejez honrada y sin preocupaciones junto a mi madre. Sus caravanas y camellos recorren toda la Cilicia y los transportes le garantizan un movimiento de renta cada vez mayor.

La conversación continuó animada y, en un momento dado, el joven de Tarso inquirió al amigo sobre los motivos que lo traían a Jerusalén.

—Vine a asegurarme de la curación de mi tío Filodemos, que fue sanado de su vieja ceguera, mediante procesos misteriosos.

Y como si trajese el cerebro sobrecargado de interrogaciones de toda suerte, para las cuales no encontraba respuesta en sus propios conocimientos, afirmó:

—¿Ya oíste hablar de los hombres del “Camino”?

—¡Ah! Andrónico me habló sobre ellos, hace mucho tiempo. ¿No se trata de unos pobres galileos andrajosos e ignorantes que se refugian en los barrios despreciables?

—Justamente eso.

Y contó que un hombre llamado Esteban, portador de virtudes sobrenaturales, en el decir del pueblo, había devuelto la vista al tío, con asombro general de mucha gente.

—¿Cómo es eso? —dijo Saulo admirado. ¿Cómo pudo Filodemos someterse a experiencias tan sórdidas? ¿Acaso no habrá comprendido que este hecho puede calificarse como una de las artimañas urdidas por los enemigos de Dios? Varias veces, desde que Andrónico me refirió el asunto por primera vez, he oído comentarios al respecto de esos hombres e incluso llegué a intercambiar ideas con Gamaliel, con la intención de reprimir esas actividades perniciosas; sin embargo, el maestro, con la tolerancia que lo caracteriza, me hizo ver que esa gente viene auxiliando a numerosas personas sin recursos.

—Sí —atajó el otro—, pero oigo decir que las prédicas de Esteban están arrebatando a muchos estudiosos a nuevos principios que, de algún modo, desmerecen la Ley de Moisés.

—Pero, ¿no fue un carpintero galileo, oscuro, sin cultura, quien originó tal movimiento? ¿Acaso habrá producido otra cosa, además de legumbres y peces?

—Sin embargo, el carpintero martirizado se volvió un ídolo para sus secuaces. Tratando de deshacer las impresiones de mi tío, llamándolo a la razón con la energía necesaria, fui llevado a visitar, ayer, las obras de caridad dirigidas por un tal Simón Pedro. Es una institución extraña y que no deja de ser extraordinaria. Niños desamparados que encuentran cariño, leprosos que recobran la salud, viejos enfermos y desprotegidos de la suerte que se regocijan por el consuelo.

—¿Pero los enfermos? ¿Dónde permanecen esos enfermos?

—Todos se acogen junto a esos hombres incomprensibles.

—¡Todos están locos! —dijo el joven de Tarso con la franqueza espontánea que marcaba sus actitudes.

Ambos intercambiaron impresiones íntimas, sobre la nueva doctrina, puntuando de ironía el comentario de muchos actos piadosos que llamaban la atención del pueblo sencillo de Jerusalén.

Al finalizar la conversación, Sadoc añadió:

—No me conformo con ver nuestros principios envilecidos y me propongo cooperar contigo, aunque esté en Damasco, para que restablezcamos la imprescindible represión a tales actividades. Con tus prerrogativas de futuro rabino, en situación destacada en el Templo, podrás encabezar una acción decisiva contra esos mistificadores y falsos apóstoles.

—Sin duda —respondió—. Y me propongo ejecutar todas las medidas que el caso requiera. Hasta ahora, la actitud del Sanedrín ha sido de máxima tolerancia, pero haré que todos los compañeros cambien de opinión y procedan como les compete, en vista de esas embestidas que están desafiando un severo castigo.

Y, casi solemne, concluía:

—¿Cuáles son los días de predicación de ese tal Esteban?

—Los sábados.

—Pues bien; pasado mañana iremos juntos a examinar a los mentecatos. En caso que se verifique el carácter inofensivo de sus enseñanzas, habrá que dejarlos en paz con su charlatanería, al lado de las enfermedades del prójimo; pero, en caso contrario, pagarán muy caro la audacia de ofender nuestros códigos religiosos en la propia metrópoli del judaísmo.

Por largo tiempo aun comentaron los asuntos sociales, las intrigas del fariseísmo al que pertenecían, los sucesos del presente y las esperanzas del porvenir.

Al caer la tarde de ese mismo día, el elegante carruaje de Saulo de Tarso atravesaba las puertas de Jerusalén, tomando la dirección del puerto de Jope.

El ardiente sol, todavía alto en el horizonte, henchía el camino con su luz muy viva. El semblante del joven doctor de la Ley irradiaba una alegría loca, al trote largo de los animales, que, de cuando en cuando, pasaban a galopar. Recordaba, satisfecho, el deporte al que se aficionó en la ciudad natal, tan al gusto griego en el que había sido educado, gracias a la solicitud paterna. Con los ojos fijos en los caballos fogosos y veloces, le venían a la mente las victorias alcanzadas, entre los compañeros de juegos en su despreocupada adolescencia.

A pocas millas de distancia, se erguía una casa confortable, entre grandes palmeras y durazneros en flor. Alrededor, grandes plantaciones de le-

gumbres, al lado de un tenue hilo de agua inteligentemente aprovechado en el extenso huerto. La propiedad formaba parte integrante de una de las muchas aldeas pequeñas que rodeaban la Ciudad Santa, erigidas donde quiera que hubiese condiciones favorables para plantaciones, de elevado interés en los mercados de Jerusalén, ciudad ubicada en medio de una singular sequedad. Era ahí donde Zacarías se había instalado con la familia, para recomenzar la vida honesta. Ruth y Abigail, trataban de ayudarlo en su noble esfuerzo de hombre activo y trabajador, cultivando frutos y flores, aprovechando con eso toda la tierra disponible.

Dejando Corinto, el generoso israelita encontró grandes dificultades, hasta que desembarcó en Cesárea, donde se le agotaron los últimos recursos. Pero algunos coterráneos lo presentaron a un conocido patricio romano, gran propietario en Samaria, quien le prestó una abultada suma, recomendándole aquella zona de Jope donde podría arrendarle la propiedad de un amigo. Zacarías aceptó el auxilio y todo iba a las mil maravillas. La venta de legumbres y frutas, así como la cría de aves y animales pesados, compensaban sus fatigas. Aunque se encontraba distante de Jerusalén, tuvo la ocasión de visitar la ciudad, más de tres veces, siendo que, bajo el amparo de Alejandro, pariente próximo de Anás, consiguió que lo incluyeran entre los negociantes privilegiados, que podían vender animales para los sacrificios del Templo. Ayudado por influyentes amigos, de la categoría de Gamaliel y de Saulo de Tarso, que se había emancipado de la condición de discípulo para graduarse como autoridad competente en el más alto tribunal de la raza, pudo rescatar gran parte de sus deudas, caminando vertiginosamente hacia una posición de independencia económica en el país natal. Ruth se regocijaba con la victoria del marido, secundada por Abigail, en quien había encontrado el dedicado afecto de una verdadera hija.

La hermana de Zeziel parecía haber refundido la delicadeza de sus rasgos femeninos, en la forja de los sufrimientos experimentados. La gracia del semblante y el negror de los ojos se habían hermanado a un velo de hermosa tristeza, que la envolvió totalmente, a partir de aquellos trágicos y lúgubres días, pasados en Corinto. ¡Cuánto deseaba una noticia, aunque fuese ligera y banal, del hermano que el destino había convertido en esclavo de verdugos crueles!... Para eso, desde los primeros tiempos, Zacarías no ahorra en búsquedas ni esfuerzos. Encomendando a un fiel amigo de la Acaya de promover diligencias en tal sentido, apenas fue informado que Zeziel había sido llevado, prácticamente encadenado, a bordo de un navío mercante que se destinaba a Nicópolis. Nada más. Abigail insistía de nuevo. Y de Corinto

venían nuevas promesas de los amigos, que proseguían investigando en los círculos de amigos de Licinio Minucio, de modo que descubriesen el paradero del joven cautivo.

En ese día, la joven recordaba profundamente la figura del querido hermano, sus advertencias y consejos, tan llenos de cariño siempre.

Desde que trabó relaciones con el joven de Tarso y entrevió la posibilidad de una unión conyugal, suplicaba con ansiedad a Dios la consoladora certeza de la existencia del hermano, fuese donde fuese. A su entender, a Jeziel le gustaría conocer al elegido de su corazón, cuyos pensamientos eran igualmente iluminados por el celo sincero de servir bien a Dios. Le contaría que el amor de su alma estaba también entretejido de comentarios religiosos y filosóficos, y no tenían cuenta de las veces que ambos se sumergían en la contemplación de la Naturaleza, comparando sus lecciones vivas con los símbolos divinos de los Escritos Sagrados. Saulo le ayudó mucho en el cultivo de las flores de la fe, que Jeziel había sembrado en su alma sencilla. No era él un hombre excesivamente sentimental, dado a las efusiones del cariño que pasa sin mayor significado, pero, comprendió su espíritu noble y leal, el cual mostraba un profundo sentimiento de autodominio. Abigail estaba segura de entender sus aspiraciones más íntimas, en los sueños grandiosos que dominaban su espíritu en la juventud. ¡Sublime atracción esa que la impelía hacia el hombre sabio, voluntarioso y sincero! A veces, le parecía áspero y enérgico en demasía. Sus concepciones de la Ley no admitían medios términos. Sabía ordenar y le desagradaba cualquier expresión de desobediencia a sus propósitos. Aquellos meses de convivencia, casi diaria, le daban a conocer su temperamento indómito e inquieto, a la par de un corazón eminentemente generoso, en el que una fuente de ignorada ternura se retraía en abismales profundidades.

Sumergida en reflexiones en un pequeño banco de piedra junto a los durazneros, en fiesta primaveral, vio que el carro de Saulo se aproximaba al trote largo de los animales.

Zacarías lo recibió en la distancia y juntos, en conversación animada, pasaron al interior de la casa, hacia donde se dirigió la joven.

La conversación se estableció en un tono de cordialidad, que se repetía varias veces por semana, y, como de costumbre, los dos jóvenes, en el deslumbramiento del paisaje crepuscular, tomados, a veces, de las manos, como dos comprometidos, descendieron a la huerta cuyo terreno se constituía de espaciosos canteros de flores orientales. El mar se extendía a una distancia de

muchas millas, pero el aire fresco de la tarde daba la impresión de los vientos suaves que soplan en el litoral. Saulo y Abigail hablaron, al principio, de las banalidades de cada día; pero, en un momento dado, reconociendo el velo de tristeza que se estampaba en el rostro de la compañera, el hombre la interrogó con ternura:

—¿Por qué estás tan triste hoy?

—No lo sé —respondió ella con los ojos humedecidos de lágrimas—, pero, he pensado mucho en mi hermano. Espero, ansiosa, noticias de él, pues guardo la esperanza de que te pueda conocer, más tarde o más temprano. Jeziel acogería tu palabra con entusiasmo y complacencia. Un amigo de Zacarías prometió informar al respecto y estamos esperando noticias de Corinto.

Después de una pequeña pausa, irguió sus grandes ojos y prosiguió:

—Oye, Saulo: si Jeziel aún estuviese preso, ¿me prometes tu ayuda a su favor? ¡Tus prestigiosos amigos de Jerusalén podrán intervenir ante el Procónsul de Acaya, para liberarlo! ¿Quién sabe? Mis esperanzas, ahora, se resumen exclusivamente en ti.

Él le tomó la mano y replicó enternecido:

—Haré todo por él.

Y, fijando en ella los ojos dominadores y apasionados, afirmó:

—Abigail, ¿amarías a tu hermano más que a mí?

—¿Qué dices?, —exclamó, comprendiendo la delicadeza de la pregunta—. Entiendes mis sentimientos fraternales y eso me exime de más amplias explicaciones. Como sabes, querido, Jeziel fue mi amparo en los días de orfandad materna. Compañero de infancia y amigo de la juventud sin sueños, fue siempre el hermano cariñoso que me enseñó a deletrear los mandamientos, a cantar los Salmos con las manos unidas, librándome de las veredas del mal e inclinándome al bien y a la virtud. Todo lo que encontraste en mí, constituye una dádiva de su generosa asistencia de hermano dedicado.

Saulo observó sus ojos húmedos de llanto y consideró con bondad:

—No llores. Comprendo tus sagradas razones afectivas. Si fuese necesario iré hasta el fin del mundo para descubrir el paradero de Jeziel, en caso de que aún esté vivo. Llevaré cartas de Jerusalén a la Corte Provincial de Corinto. Haré de todo. Tranquilízate, pues. Por tus palabras, presumo que sea un santo. Pero hablemos de otras cosas. Hay problemas inmediatos que resolver. ¿Y nuestros proyectos, Abigail?

—Dios ha de bendecirnos, —susurró la joven conmovida.

—Ayer, Dalila y su esposo fueron a Lida, a visitar algunos parientes nuestros. Mientras tanto, quedó todo planeado para que estés con nosotros en Jerusalén, de aquí a dos meses. Antes de que mi hermana emprenda su próximo viaje a Tarso, quiero que ella te conozca más íntimamente, a fin de que exponga, con franqueza, a mis padres, nuestro proyecto de boda.

—Tu invitación me sensibiliza sobremanera, pero...

—Nada de restricciones ni timidez. Vendremos a buscarte. Tomaré las medidas indispensables, con Ruth y Zacarías, y, en cuanto a lo necesario para que te presentes en una gran ciudad, no permitiré que hagan aquí ningún gasto. Ya estoy preparándolo todo para que recibas, en pocos días, varias túnicas de modelo griego.

Y remataba la observación con una bella sonrisa:

—Quiero que aparezcas en Jerusalén como exponente perfecta de nuestra raza, desarrollada entre las antiguas bellezas de Corinto.

La joven hizo un gesto tímido, demostrando íntima alegría.

Anduvieron algunos pasos más y se sentaron bajo los viejos y floridos durazneros, respirando profundamente las suaves fragancias que perfumaban el ambiente. La tierra cultivada y colorida de rosas de todos los matices, exhalaba un delicioso aroma. El fin del crepúsculo está siempre lleno de sonidos que pasan apresurados, como si el alma de las cosas estuviese igualmente ansiosa por el silencio, amigo del gran reposo... Eran árboles frondosos en los que se velaban, en las sombras, los últimos pajaritos errantes que volaban con celeridad y las brisas acariciadoras que llegaban de lejos, agitando los grandes ramajes y acentuando los dulces murmullos del viento.

Saulo, embriagado por una indefinible alegría, contempló las primeras estrellas que sonreían en el cielo recamado de luz. La Naturaleza es siempre el espejo fiel de las emociones más íntimas, y aquellas olas de perfume, que la brisa del mar traía de lejos, encontraban eco de misterioso júbilo en su corazón.

—¡Abigail!, —dijo reteniendo su pequeña mano entre las suyas—, la Naturaleza canta siempre con las almas esperanzadas y creyentes. ¡Con qué ansiedad te esperé en el camino de la vida!... Mi padre me habló del hogar y de sus dulzuras y yo aguardaba por la mujer que me comprendiese enteramente.

—Dios es bueno —contestó ella encantada— y solo ahora reconozco que

después de tantos sufrimientos, en su misericordia infinita, Él me reservaba el tesoro mayor de mi vida, tu amor, en la tierra de mis padres. Tu afecto, Saulo, concentra todos mis ideales. El Cielo nos hará felices. Todas las mañanas, cuando estemos casados, pediré, en fervorosas oraciones, a los ángeles de Dios que me enseñen a tejer la red de tus alegrías; por la noche, cuando la bendición del reposo envuelva el mundo, te daré el cariño siempre nuevo, de mi afecto. Tomaré tu cabeza atormentada por los problemas de la vida y ungiré tu frente con las caricias de mis manos. Viviré con Dios y contigo, solamente. Te seré fiel por toda la vida y amaré hasta los sufrimientos que las vicisitudes del mundo me puedan acarrear, por amor a tu vida y a tu nombre.

Saulo le apretó las manos con más arrobamiento, arguyendo, deslumbrado:

—Por mi parte, te daré mi corazón dedicado y sincero. Abigail, mi espíritu estaba poseído solamente por el amor a la Ley y a mis padres. Mi juventud ha sido muy inquieta, pero pura. No te ofreceré una flor sin perfume. Desde los primeros días de la juventud, conocí a compañeros que me incitaban a seguir sus pasos inciertos en la embriaguez de los sentidos, precursora de la muerte de nuestras preocupaciones más nobles en este mundo, pero nunca traicioné el ideal divino que vibra en mi alma sincera. Después de los estudios iniciales de mi carrera, encontré mujeres que se me insinuaban, llevadas por una concepción errónea y peligrosa del amor. En Tarso, en los días suntuosos de los juegos juveniles, después de haber conquistado los mejores laureles, recibía, de jóvenes inquietas, declaraciones de amor y propuestas de nupcias, pero, la verdad es que permanecía insensible, esperándote como heroína ignota de mi sueño, en las asambleas ostentosas de púrpura y flores. Cuando Dios me condujo aquí y te encontré, tus ojos me hablaron, en un destello de sublimes revelaciones. Eres el corazón de mi cerebro, la esencia de mi raciocinio y serás la mano que me guiará en mis edificaciones, en toda la vida.

Mientras la señorita, sensibilizada y venturosa, tenía los ojos nublados de llanto, el fogoso mancebo continuaba:

—Viviremos uno para el otro y tendremos hijos fieles a Dios. Seré el que ordene en nuestras vidas y serás la obediencia en nuestra paz. Nuestra casa será un templo. El amor a Dios será su mayor columna y, cuando el trabajo exija mi ausencia del altar hogareño, quedarás velando en el tabernáculo de nuestra ventura.

—Sí, querido. ¿Qué no haría por ti? Mandarás y obedeceré. Serás el

orden en mi vida y yo rogaré al Señor que me auxilie a ser tu bálsamo de ternura. ¡Cuando estés fatigado, me acordaré de mi madre y adormeceré tu alma generosa con las más hermosas oraciones de David!... Interpretarás para mí la palabra de Dios. Serás la ley, seré tu sierva.

Saulo se enternecía, oyendo aquellas expresiones cariñosas. Eran las más bellas que había recibido de un corazón femenino. Ninguna mujer, que no fuese Abigail, jamás le había hablado así a su impetuoso espíritu. Habitado a los extensos y difíciles raciocinios, escaldando el cerebro en los silogismos de los doctores, en busca de un futuro brillante, sentía el alma reseca, sedienta de verdadero idealismo. Desde niño, con una sana educación doméstica, guardaba puros los primeros impulsos del corazón, sin haberlos contaminado jamás en la estera de los placeres fáciles o del fuego de las pasiones violentas, que suelen dejar en el alma el carbón de los dolores sin esperanzas. Acostumbrado al deporte, a los juegos de la época, seguido siempre de muchos compañeros en desvarío, había tenido el sagrado heroísmo de sobreponer las disposiciones de la Ley a sus propias tendencias naturales. Su concepción de servicio a Dios no admitía concesiones a sí mismo. En su modo de ver, todo hombre debía conservarse indemne de contactos inferiores con el mundo, hasta que alcanzase el lecho nupcial. El hogar constituido habría de ser un tabernáculo de las bendiciones eternas; los hijos, las primicias del altar del Mayor Amor, consagrados al Señor Supremo. No es que su juventud estuviese exenta de deseos. Saulo de Tarso experimentaba todos los anhelos de la impetuosa juventud de su tiempo. Imaginaba ambientes donde sus aspiraciones quedaban satisfechas, y, no obstante, sujeto a los cariños maternos, se prometiera a sí mismo jamás desvirtuarse. La vida del hogar es la vida de Dios. Y Saulo se guardaba para emociones más sublimadas. De esperanza en esperanza, veía pasar los años, esperando que la inspiración divina determinase la ruta de sus ideales. Esperaba y confiaba. Sus padres presumían encontrar, allí o acullá, aquella a quién él debiese elegir; mientras tanto, Saulo, enérgico y resuelto, removía la intervención de los parientes queridos, en lo concerniente a la elección que afectaba la decisión de su destino. Abigail le hinchó el corazón. Era la flor mística de su ideal, el alma que entendería sus aspiraciones en perfecta sintonía de pensamientos. Con los ojos fijos en sus facciones delicadas, que la luz pálida de la luna iluminaba, tuvo ansias de guardarla para siempre en sus fuertes brazos. Al mismo tiempo, suave enternecimiento vibraba en su alma. Deseaba atraerla a sí, como si lo hiciese con un dulce niño, y acariciarle los cabellos sedosos con todo el caudal de su cariño.

Arrobados de gozo espiritual, hablaron largo tiempo del amor que los identificaba en la misma aspiración de ventura. Todos los comentarios más íntimos hacían de Dios el sagrado partícipe de sus auspiciosas esperanzas en el futuro, santificadas en júbilos infinitos.

Tomados de las manos se extasiaron con el maravilloso plenilunio. Las adelfas parecían sonreírles. Las rosas orientales, aureoladas por los rayos de la luna, eran para ellos un mensaje de belleza y perfume.

Al despedirse, Saulo añadió, venturoso:

—Dentro de dos días volveré a verte. Quedamos de acuerdo. Cuando Dalila parta, llevará noticias nuestras a mis padres y, precisamente, dentro de seis meses, quiero tenerte conmigo para siempre.

—¿Seis meses? —contestó ella un tanto ruborizada y sorprendida.

—Pienso, que no habrá nada que pueda embargar esta resolución, puesto que ya tenemos lo indispensable.

—¿Y si hasta allá, nouviésemos aún, noticias de Jeziel? Por mi parte, desearía casarme convencida de su complacencia y aprobación.

Saulo esbozando una leve sonrisa, en la que había mucho de contrariedad mal disimulada, esclareció:

—En cuanto a eso, puedes estar tranquila. Cuidaremos primero de la actitud de los míos, que se encuentran en un plano más inmediato; y tan pronto resolvamos el problema, si fuese preciso, iré personalmente a Acaya. Es imposible que Zacarías no reciba nuevas noticias de Corinto, en las próximas semanas. Entonces, decidiremos con mayor seguridad.

Abigail tuvo un gesto de satisfacción y reconocimiento.

Hermanados, ahora, en la misma vibración de júbilo, antes de que entrasen en casa, donde los dueños los aguardaban entretenidos con la lectura de las Profecías, Saulo llevó la mano de la joven a los labios y musitó la despedida habitual:

—¡Fiel para siempre!...

En pocos minutos, después de una ligera charla con los amigos, se oía el trote de los animales por el camino de regreso a Jerusalén. El minúsculo carro rodaba con celeridad, bajo la luz de la luna, envuelto en una nube de polvo.

Pedagogía Espírita

Walter Oliveira Alves

Ante la inmensa responsabilidad que nos corresponde como educadores, algunos aspectos de la Pedagogía Espírita deben ser bien aclarados, para evitar las confusiones que aún ocurren.

No se trata simplemente de una pedagogía¹ espiritualista, pues el propio Kardec creó los términos espírita y espiritismo, para diferenciarlos de espiritualismo, pues son muchas las corrientes espiritualistas existentes.

“Para las cosas nuevas necesitamos de nuevas palabras”. Allan Kardec deja eso muy claro, en la Introducción de *El libro de los Espíritus*.

La Pedagogía Espírita se basa esencialmente en la Doctrina Espírita, en su triple aspecto: filosófico, científico y moral o religioso. Los tres aspectos están intrínsecamente unidos y cualquier tentativa de separarlos causaría mutilación en el cuerpo doctrinario.

Tampoco resta ninguna duda de que el aspecto moral o religioso está íntimamente vinculado al Evangelio de Jesús.

No obstante, como bien afirmó Kardec: *“Muchos puntos del Evangelio, de La Biblia y de los autores sagrados en general, son inteligibles, muchos, incluso, no parecen racionales por la falta de una llave para comprender su verdadero sentido; esta llave está enteramente en el Espiritismo, como ya se convencieron aquellos que lo estudiaron con seriedad (...)”*.

La Doctrina Espírita, en su triple aspecto, ofrece, pues, la llave

(1) Pedagogía es la “ciencia que se ocupa de la educación y la enseñanza” y “en general, lo que enseña y educa por doctrina o ejemplos”. (*Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima segunda edición, Real Academia Española, 2001, p. 1160).

que faltaba, y va más allá, ofreciendo también un derrotero fantástico que abarca la razón, el sentimiento y la voluntad.

Con el lema: **fuera de la caridad no hay salvación** y con las recomendaciones de los Espíritus superiores “amaos e instruíos”, el Espiritismo revela el camino del progreso individual y social.

La caridad, como ejercicio del amor universal, aliada a los conocimientos de la inmortalidad del alma, de la naturaleza de los Espíritus, de la comunicación de los Espíritus, de la reencarnación, de la Ley de Causa y Efecto, de las Leyes Morales y del futuro de la Humanidad en constante proceso evolutivo, representa la Verdad Universal, necesaria al **conocimiento de sí mismo** y al progreso individual y colectivo del planeta. Por el amor, se combate el egoísmo y el orgullo y, por la sabiduría, se combate la ignorancia y el fanatismo.

No obstante, aún se levantan voces presentando propuestas dudosas y lanzando recelos injustificables en cuanto a la enseñanza de esa verdad Universal, presente en la Doctrina Espírita.

Enseñar una verdad Universal no es imponer una religión, ni un dogma, no es hacer “proselitismo” ni “catequesis”. Es presentar al mundo la realidad de la vida espiritual que los Espíritus Superiores, trabajadores de Jesús, luchan, desde hace siglos, por implantar en el corazón del hombre.

Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres (Juan, 8: 32). La frase de Jesús resuena aún y su eco atraviesa siglos de luchas en defensa de esa misma verdad. Solo existe libertad en el conocimiento de la verdad. Sin ese conocimiento, lo que resta es la ignorancia que aprisiona y se sujeta a dogmas, prejuicios y fanatismo.

La autonomía intelectual y moral pregonada por tantos pensadores modernos solamente se consigue con la práctica del amor y el conocimiento de la verdad. La ignorancia de sí mismo genera dependencia y esclavitud intelecto-moral.

De esta forma, todo el contenido de la Doctrina Espírita debe formar parte de la Pedagogía Espírita, tanto en su cuerpo teórico como en todo lo que es aplicado y practicado en las instituciones que se denominan Espíritas.

De ninguna manera se trata de hacer proselitismo, como aún insisten en afirmar algunos, sino de presentar una verdad de carácter universal, conocimiento indispensable para conducir el Espíritu inmortal que somos todos nosotros, al **conocimiento de sí mismo** y de las Leyes Divinas que rigen los mundos y los seres.

De la misma forma, la Doctrina Espírita no vino solo para los espíritas, es un patrimonio de la Humanidad. Como verdad de carácter universal que debe ser enseñada a todos cuantos se puedan interesar por ella. Sin ninguna imposición, la Doctrina Espírita “habla” a la razón y al buen sentido, respondiendo de forma clara a las preguntas que tanto han atormentado a los estudiosos en general; ¿quién soy yo, de dónde vengo, hacia dónde voy, y qué hago aquí?

El conocimiento que la Doctrina Espírita nos ofrece, causará alteraciones profundas en todas las ramas del conocimiento humano: en la Pedagogía, en la Psicología, en el Derecho y la Justicia, en la Medicina y, en especial, en el corazón del hombre.

Si alguna duda pueda restar aún, basta verificar el precioso ejemplo de Eurípedes Barsanulfo, uno de los baluartes de la Pedagogía Espírita, en nuestro planeta.

Eurípedes Barsanulfo, valientemente, incluyó el estudio de la Doctrina Espírita, en el programa del Liceo Sacramentano, en la ciudad de Sacramento, en Minas Gerais, Brasil. Y ante la amenaza de los padres de retirar a los hijos del Liceo, Eurípedes afirmó:

“Que retiren a sus hijos, pero la finalidad salvadora del aprendizaje espírita será mantenida”.

Ante la tristeza de Eurípedes que se hallaba casi abandonado, María, la madre de Jesús, le envió un mensaje sugiriéndole cambiar el nombre de la escuela y ponerle Colegio Allan Kardec, lo que lo caracterizaba como una escuela espírita.

“No cierre las puertas de la escuela. Borre la denominación Liceo Sacramentano, que es un resquicio del orgullo humano. En substitución, coloque el nombre: Colegio Allan Kardec. Enseñe el Evangelio de mi Hijo los miércoles e instituya un curso de Astronomía. Cubriré al Colegio Allan Kardec con el manto de mi Amor. María, Sierva del Señor”.

Eurípides siguió al pie de la letra las Instrucciones espirituales de María (*Eurípides – el hombre y la misión* – Corina Novelino, Edición IDE).

Así nació el Colegio Allan Kardec, bajo la égida de María, la primera escuela Espírita, con un carácter de estudios eminentemente espírita. Sin prejuicios, Eurípides enseñaba el Espiritismo, como verdad esclarecedora que ilumina la razón y eleva el corazón. Comprendió que la Doctrina Espírita es obra de Jesús, parte integrante de su Evangelio, currículo de una nueva etapa evolutiva de todo el planeta Tierra.

Los antiguos alumnos del Liceo Sacramentano retornaron, y otros doscientos alumnos más fueron recibidos en el Colegio Allan Kardec, surgiendo también nuevos profesores, como colaboradores de Eurípides.

Los miércoles estaban enteramente consagrados al estudio de *El Evangelio según el Espiritismo* y *El libro de los Espíritus*, de Allan Kardec. Asistían a las clases los alumnos del Colegio y numerosos visitantes.

Al final de la clase, en el instante de la oración de cierre, a veces, la voz de Eurípides cambiaba de tono. Celina venía a traer unas palabras de estímulo de la propia madre de Jesús. Otras veces, comparecían Juana de Arco, Pablo de Tarso, Pedro, Felipe y otros discípulos del Cristo.

El aspecto espiritual de la vida estaba siempre presente en la vivencia diaria de la escuela y en las clases específicas. Además de incluir la enseñanza de la Doctrina Espírita en el programa de estudios de la escuela, percibimos que no se trataba apenas de una enseñanza teórica, sino de una vivencia constante.

Los alumnos, además de estudiar *El Evangelio según el Espiritismo* y *El libro de los Espíritus*, de Allan Kardec, iniciaban las clases de los miércoles con una oración, finalizándolas con la plegaria final y con la recepción de mensajes de Espíritus Superiores, todo eso estaba abierto a todos cuantos quisiesen participar de esas reuniones.

Según Corina, “esas clases despertaban tanto interés, que los alumnos del curso superior no se perdían las sesiones mediúnicas, buscando enriquecer sus investigaciones con los conceptos emitidos por los Espíritus Benefactores”.

Ocurrían fenómenos mediúmnicos dentro del mismo salón de clases, cuando el profesor “se desprendía del cuerpo físico, transportándose en Espíritu hacia otros locales, muchas veces distantes”.

Corina también nos cuenta que Eurípides desarrolló un amplio estudio sobre la evolución de la idea religiosa, a través de las civilizaciones... “desde el horizonte tribal con su mediumnismo primitivo hasta el horizonte espiritual con la mediumnidad positiva, abarcando el escenario del siglo XVI”. En estas clases, los alumnos “ansiaban por llegar a la época del Espiritismo”, a lo que Eurípides respondía: “-Ya llegaremos, pero necesitaremos de un espacio de tiempo muy extenso para dedicarlo a los estudios de los principios fundamentales del Espiritismo”.

Ese estudio, muy a propósito, demostraba la evolución del pensamiento religioso del hombre, culminando con el Espiritismo que representa el retorno del Evangelio de Jesús al escenario pedagógico del Planeta, así como el currículo de una nueva etapa evolutiva de los seres humanos reencarnados aquí.

Entonces, ¿qué es Pedagogía Espírita?

–Es la ciencia y el arte de la educación, el proceso a través del cual se desarrolla el “germen” de la perfección, en lo íntimo de cada uno, como Espíritus inmortales que somos, hijos y herederos de Dios. Es el desenvolvimiento gradual y progresivo de las potencias del alma, a través del ejercicio del amor y del “conocimiento de sí mismo”, que hace germinar esa esencia Divina y dar los frutos del amor y de la sabiduría.

–Es el retorno del **amor** y de la **verdad universal** al escenario pedagógico de la humanidad a través del valor de expresar esa verdad sin prejuicios, sin medias verdades, como lo hizo Eurípides Barsanulfo.

El conocimiento de la **verdad universal** es indispensable para el conocimiento de sí mismo y, por tanto, para el desarrollo de las cualidades interiores del alma, de las potencialidades del Espíritu.

En verdad, no existen dos pedagogías. Lo que llamamos Pedagogía Espírita, representa pues, la Pedagogía por excelencia, iluminada por los conocimientos que la Doctrina Espírita nos ofrece hoy. Sus raíces se remontan a los principios de la Humanidad y posee, en su retaguardia, mi-

llares de Espíritus, trabajadores del Cristo, en la iluminación intelectual y moral del Planeta.

La **Pedagogía Espírita** está presente hoy en la mente y en el corazón de los educadores que enfrentan todos los prejuicios por amor a la verdad, independiente del título de profesor, maestro o doctor, que son resquicios de la vanidad humana. Está presente en los jóvenes y adultos que laboran en la evangelización infantil y juvenil, que dan charlas en las casa Espíritas, que participan en los grupos de estudios, en las actividades asistenciales, ejercitando y ejemplificando el amor al prójimo.

Está presente en el joven que actúa en el teatro, que canta y baila, haciendo del sublime arte, la escalera para su elevación como Espíritu.

La Casa Espírita representa hoy la Escuela Espírita en toda su sencillez, belleza y dinamismo espiritual, viviendo el amor, iluminando el corazón y la mente de los niños, de los jóvenes, de los adultos e incluso del Espíritu desencarnado, pues somos todos en esencia, Espíritus en evolución.

No existe educación en su significado profundo, sin el ejercicio del amor y sin el conocimiento de sí mismo, o sea, sin que el educando se reconozca como un Espíritu inmortal, hijo de Dios, dotado del germen de la perfección, sujeto a las leyes de causa y efecto y, por tanto, responsable por sus pensamientos y actos, a nacer y renacer en un perfeccionamiento gradual, pero continuo, rumbo a la perfección.

No existe educación espírita, si no se incluye en su currículo ese conocimiento libertador de la verdad espiritual de nuestras vidas, de esa **verdad universal** contenida en la Doctrina Espírita, como lo hizo Eurípedes Barsanulfo.

Auxiliar al Espíritu con la **verdad absoluta** de nuestra existencia espiritual es nuestra tarea prioritaria.

Es nuestro compromiso con Jesús, con Kardec, con Eurípedes y con nuestra propia conciencia.

Reminiscencias

Medeiros y Albuquerque

El Brasil republicano gemía entre los pañales de la cuna, cuando conocí a Manuel Ramos, nombre por el cual designaré a un amigo oscuro, que abracé por primera vez en el curso de una breve contienda con portugueses ilustres, refiriéndose a Floriano. (1)

Comentábamos desfavorablemente las actitudes cordiales del embajador Carmelo Lampreia, que primaba por su buen sentido, en la conciliación de los elementos exaltados, ante los actos del Consolidador, cuando un amigo brasileño, justamente indignado, se preparaba para una revancha de enormes proporciones, con los puños cerrados y la expresión sombría. Asustado, procuraba yo apartar a los contendientes, cuando surge Manuel, con la carcasa de un toro y con el alma de un ángel, evitando el combate.

Contuvo a los antagonistas, como si fuera un gladiador romano, habituado al manejo de fieras, y yo, lleno de simpatía, le ofrecí la mano, en señal de reconocimiento, cuando los ánimos irritados dieron paso a la conversación pacífica.

Pero, en el abrazo amistoso, observé que Manuel no era un servidor común, que se contentase con la propina o con el elogio fácil.

Me sorprendió con su mirada indagadora que me observaba insistentemente.

Y cuando preparé, intencionadamente, las frases de la despedida, el musculoso interventor de la inesperada riña me habló, sin preámbulos:

-Doctor Medeiros, ¿podrá concederme unas palabritas?

¿Quién no consentiría en ocasión como aquella?

No obstante, el joven fue breve, relató su vida con sencillez, a través de informes cortos y francos.

(1) Mariscal Floriano Peixoto, Presidente de la República de Brasil del 23-11-1891 al 15-11-1894. Personaje controvertido y héroe militar.

Era empleado en la cocina de portugueses hospitalarios, que le habían encargado la preparación del bacalao para la numerosa clientela, regularmente en el puerto. Fluminense de origen, buscó Río de Janeiro con el sueño maravilloso de todos los jóvenes pobres del Interior, que imaginan encontrar en la metrópoli, El Dorado con sus espejismos... Pero, no había conseguido sino aquella colocación humilde, en el restaurante, aunque estaba siempre con un libro en las manos.

Estudiaba, estudiaba, pero... —destacaba, desalentado— la suerte le había sido increíblemente adversa.

Cargado de compromisos, en la órbita de la familia, había visto morir a su padre, casi sin recursos, minado por la peste blanca, y presenciado la enfermedad mental de su madre, desvariada por el dolor sobre el cadáver del compañero y más tarde internada, como indigente, en un hospicio de la Capital.

Le quedaban, aún, cuatro hermanas que cuidar.

Ganaba poco y apenas conseguía atender las necesidades familiares. Agrupó en rápidas y respetuosas palabras diversas cuestiones pequeñas que afligían su mente, pero, deteniéndose, en el caso materno, con curiosos detalles que revelaban la grandeza de su sentimiento afectivo; y, por fin, imprimiendo significativa reverencia al timbre de voz, me pidió consejo, aseverando estar informado en cuanto a mis estudios de magnetismo.

¿Acaso, no podría prestarle alguna ayuda?

Observando, tal vez, el reflejo de sarcasmo que asomó por mi sonrisa de bromista impenitente, concertó el asunto, afirmando que, si no podía visitar el domicilio de la progenitora enferma, esperaba que yo le diese, por lo menos, algunas nociones alusivas al tema.

Ante la sinceridad cristalina y la belleza de la devoción filial que él demostraba, casi le pido disculpas por la ironía silenciosa de momentos antes, y asentí.

Realmente, expliqué, no estaba acostumbrado a resolver problemas relacionados con experiencias del tenor de aquella que me solicitaba, pero disponía de valiosa y aprovechable literatura.

Le cedería con placer el material que necesitara.

Combinamos el encuentro para el día siguiente.

Apareció Manuel, puntualmente, a la entrevista, oyéndome, con atención, como si él estuviese escuchando informaciones relativas a tesoros ocultos.

Creyendo hablar mucho más conmigo mismo, recordé, para comenzar, la figura de Mesmer.

Sin embargo, Manuel no se mostró desconocedor del asunto. Federico Mesmer era para él un viejo conocido. Recordaba, de modo sencillo, las lecturas en francés a las que se consagraba cada noche, en compañía de un anónimo políglota del suburbio, y se refirió a la clínica del gran magnetizador en la *Place Vendôme*, como si hubiera vivido en París al tiempo de Luis XVI. Sabía cuántos reveses había sufrido el valeroso profesor para probar las novedades científicas de las que se sentía portador. Aquel joven llegaba a conocer el texto del voto vencido, con el cual De Jussieu (1), el fundador de la botánica moderna, se revelaba el único amigo de verdad, en la comisión indicada por la Sociedad Real de Medicina, a fin de apurar la realidad de los fenómenos magnéticos.

Agradablemente sorprendido, me sentí a gusto en el comentario abierto.

Recordé a De Puysegur, anotando sus experimentos preciosos, cuando, lleno de curiosidad, paseaba en el salón gritando, inquieto, en los oídos de sus pacientes: - “¡Duerme! ¡Duerme!”

Y, en un desfile de impresiones del brasileño que vive de frente para Europa, le hablé de Braid, de Liébeault, Bernheim y Charcot, especificando las características de las escuelas de Nancy y de París.

Esbocé mis propias observaciones, y Manuel, entonces silencioso, absorbía mis palabras como si fuera un deslumbrado y dichoso devoto frente a un semidiós.

Recogió, contento, la copiosa literatura en portugués y francés que puse en sus ávidas manos y partió.

De cuando en cuando me buscaba, gentil, en visitas apresuradas, a las que, por mi parte, no prestaba mayor atención.

La vida me abrió camino por otros rumbos, en el seno del matorral humano, y, a la manera del guijarro que rueda hacia el mar, impulsado por los detritos que descienden de la sierra, a golpes irresistibles de un fuerte chaparrón, en vez de seguir el curso de aguas pacíficas, avancé en el tiempo, a través de mil peripecias, en la política y en la prensa, incapaz de erguirme a la esfera trascendente de los pensamientos religiosos.

Cuando, en 1916, regresé de Europa con un amplio programa de tra-

(1) Antoine Laurent de Jussieu (1748-1836). **Nota de la Editora.**

bajo a favor de la adhesión de Brasil a los Aliados, en la culminación de la batalla periodística, he aquí que me aparece Manuel, en pleno gabinete, con singulares y abundantes muestras de alegría.

Había forzado puertas y enfrentado a auxiliares neurasténicos para verme y apretarme en los brazos.

-¡Doctor Medeiros! ¡Doctor Medeiros! ¡Finalmente lo encuentro! -clamaba, casi sin aliento-, ¡hace cuánto tiempo, Dios mío! ¡Hace cuánto tiempo!...

Respondí al abrazo, con una sonrisa forzada, porque en ese mismo instante debería encontrarme con Lauro Müller, para tratar sobre solemnes decisiones en la campaña popular desencadenada.

Deseé provocar la retirada del inoportuno, que dejaba transparentar en las mejillas de cuarentón maduro aquella misma alegría robusta del tiempo de Floriano.

La conversación de él era completamente inapropiada, a mi ver, en semejante ocasión; pero, Manuel no me ofreció ninguna oportunidad de censura cordial a su procedimiento.

Eufórico, locuaz, soltó la lengua y narró éxitos sobre éxitos.

El magnetismo había entrado en nuevas vías. Había conseguido milagros. Mantenía correspondencia activa con estudiosos ilustres de Francia. Presentaba, garboso, conclusiones propias acerca del desdoblamiento de la personalidad. Definía señalamientos especiales sobre el sistema nervioso. Se engalanaba con decenas de casos rarísimos de sanación, inclusive el de su propia progenitora que se había reequilibrado y vivía aún.

Y añadía informes, referentes al jardín doméstico, sin ofrecerme un minuto para cualquier consideración.

Se había casado. Tenía tres hijos que pretendía presentarme. La esposa y él acompañaban, cariñosamente, mis páginas en *La Noche*. Me invitaba a visitar a su familia, cuando llega al recinto el ex ministro, mirándome con asombro, como si me hubiese sorprendido en compañía de un loco.

El antiguo cocinero del restaurante portugués no se dio por vencido oyendo mencionar el nombre del respetable político. Se le iluminaron los ojos, cobró nuevo ánimo y, sin más ni menos, nos recomendó la asidua frecuencia a las sesiones espíritas a las que se dedicaba los martes y viernes por la noche junto a amigos y estudiantes del Evangelio, destacando la necesidad

de hombres espiritualizados en la administración del País. Mencionó a Bitencourt Sampaio con frases cálidas de aplauso. Sacó del bolso, que estaba sucio, un seboso mazo de papeles y leyó, en voz estentórea, el primer mensaje de Bezerra de Menezes en el *Grupo Ismael*, a través del médium Frederico Júnior, y lejos de parar, abrió delante de nosotros un maltratado volumen del *Nuevo Testamento*, combinando la lectura de algunos textos con las páginas de Allan Kardec, al mismo tiempo que indagaba sobre mis impresiones acerca de la Casa de los Espíritas, en París.

Reflexioné cualquier respuesta, y Manuel, absolutamente incapaz de entender mi inadaptación a las verdades de las que se había hecho pregonero, continuó exaltando los imperativos de renuncia y de sacrificio para nosotros dos, como si fuera un adoctrinador atronando en una plaza pública.

Y cuando se inclinaba al comentario de reencarnaciones pasadas, afirmando haber vivido en el tiempo de Gengis Khan, sin soportar la vergüenza que aquella intimidad me provocaba, le mandé a callar en tono autoritario y descortés.

El pobre amigo empalideció y, mientras el ex ministro Wenceslao Bras erguía hacia mí una mirada escrutadora, informé implacable, indicando a Manuel asombrado:

-Lauro, tengo aquí a un ex empleado requiriendo de nuestra ayuda. No es mala persona, pero enloqueció de repente. Guarda la manía del Espiritismo y yo deseaba sus buenos oficios para que el infeliz obtuviese tratamiento accesible en la Playa Bermeja. Creo que no precisará de la internación en regla, pero no puede prescindir de algún contacto con el hospicio.

El gran político tomó el caso en serio y respondió sin dudar:

-Quédese tranquilo. Haré por él cuanto pueda.

Nunca me olvidaré de la mirada humilde que Manuel me dirigió sin la menor reacción, con dos gruesas lágrimas, al despedirse cabizbajo, sin decir ni siquiera una palabra.

Después la vida continuó rodando, arrastrándome en su torbellino trepidante, mas, mi antiguo aprendiz de magnetismo no volvió a aparecer en mi camino.

Política, periodismo, aventuras...

Pero, he aquí que llegó el momento en que mis ojos se turbaron, como si fueran vaciados por un espeso velo.

¿Era el sueño, era la muerte? ¿Qué sabía yo?

Solo comprendía que ya no me era posible jugar con la inteligencia.

Un indefinible pavor a lo desconocido asaltaba mi corazón, ahogado en lágrimas que yo no conseguía derramar.

Una densa noche me envolvió de súbito, y yo grité con todas las fuerzas de mis cansados pulmones, llamando a enfermeros y pidiendo socorro, aunque todo ello se me figuraba distante para siempre.

¿En qué tenebroso lugar vibraría mi voz ahora sin eco? ¿Qué oídos captarían mis lamentaciones? ¿Por cuánto tiempo supliqué apoyo en aquella posición de inseguridad?

Es inútil formular indagaciones a las que no podemos responder.

No obstante, surgió un momento en que percibí junto a mí una luz plateada.

Alguien se aproximaba, dándome la idea de ser un piadoso visitador, remanente tal vez de San Bernardo, el salvador de viajeros perdidos en las tinieblas.

Ante mi deslumbramiento, la claridad creció, y creció, y una voz, que jamás olvidé, me saludó alegremente:

-¡Doctor Medeiros! ¡Doctor Medeiros!...

Y Manuel surgió fulgurante con inusitada belleza, ante mis ojos asombrados, extendiéndome los brazos fraternos.

Se me paralizó la mente, apagándose por un momento mi inteligencia.

Manuel, aureolado de sublimada luz, era para mí ahora un verdadero redentor. Me confié a su cariño como si fuera un niño asustado, que se refugia en el seno materno, y una vida nueva comenzó para mí, solamente imaginable por aquellos que saben pasar por encima del torbellino de mentiras humanas, para escuchar, de alguna manera, el mensaje renovador de los compañeros que atravesaron la grisácea y helada frontera de la tumba.

Mensaje recibido psicofónicamente por el médium Francisco Cândido Xavier.

Cuando Él llegó

Amelia Rodrigues

Aquellos eran días tormentosos, semejantes a éstos.

El monstruo de la guerra devoraba las naciones, que se transformaban en amontonamientos de cadáveres y pasto de devastación, mientras la locura del poder esclavizaba las vidas en las fuertes redes de su cruel dominación.

El ser humano valía menos que una alimaña, como ocurre hoy cuando lo denominan como *excluido*, cayendo en la extenuación de la miseria.

Los vencedores alucinados se regocijaban en sus cárceles internas que los enloquecían cuando paseaban su pestilencia en los carros de triunfo coronados de hojas de mirto o de laurel.

El miedo aturdí a los ya infelices arrojados al desierto de los sentimientos indiferentes de aquellos que los devoraban como buitres.

La esperanza vivía asfixiada en el desprecio, sin oportunidad de expandirse en los países sometidos.

A pesar de todo, reinaba un hilo de expectativa en la noche de dolores inenarrables.

Agonías extremas se abatieron sobre Israel durante largos siglos de horror y desesperación.

Pero aquel hilo de esperanza era la expectativa de la llegada del Mesías, vengador y poderoso, como los verdugos de entonces, anunciado por los profetas antiguos y descripto por Isaías, hacía casi setecientos años...

Él sería poderoso y arrancaría el yugo oprobioso que caía sobre su pueblo, concediéndole dádivas y glorias.

Mientras tanto, predominaba la opresión de los que caían vencidos bajo las legiones voluptuosas del Imperio Romano desde la victoria de Pompeo y todos los males que de ella ocurrieron...

Un extranjero execrado, más cruel aún que el romano, dominaba el país ultrajado y abatido por la vergüenza del asnoneo demente, que besaba las manos de César, las adornaba de oro y púrpura arrancados del sudor y de la sangre del pueblo que sometía.

Los impuestos robaban el aliento y el parco pan de los desvalidos, mientras el desaliento cantaba en todas partes la letanía de la miseria y de la servidumbre.

Aumentaba la multitud de los desventurados que abarrotaban las ciudades mientras los campos permanecían abandonados.

Todo era escaso, especialmente el amor que había huido avergonzado de los corazones, mientras la compasión y la misericordia se ocultaron de los espoleados e indigentes.

La ingenua alegría de las masas había desaparecido de sus corazones que pasaron a albergar el resentimiento y el crimen, la degradación y las pasiones viles, al servicio de las interminables intrigas y de las vergonzosas luchas.

Los potentados, especialmente los fariseos, los saduceos y los cobradores de impuestos, todos odiados también, se detestaban unos a otros, mientras eran, por su parte, despreciados...

La vil política de Jerusalén se había extendido por todo el territorio israelí y nadie escapaba a su pertinaz persecución.

La propia Naturaleza, en aquellos días, sufría la inclemencia de los días calurosos y las noches tibias, sin la suave brisa cantante que cargaba el perfume de las rosas y de las flores silvestres.

La fría Judea era amada en razón de su fabuloso Templo, ornado de oro y de gemas preciosas, mas también odiada por el insensible gobierno que aumentó su poder.

Los chacales que la administraban espoleaban la ignorancia y las supersticiones del humillado pueblo que buscaba allí consolación.



Él había crecido en el desierto y robusteció su carácter en la aridez y sequedad de la región sin vida y sin belleza.

Sumergió el pensamiento en el abismo de las reflexiones, durante años, buscando entender el objetivo primordial de la existencia, sobre Dios, su justicia, diferente de todo aquello que había oído de los sacerdotes indignos.

Las noches estrelladas y frías refrescaron su alma, que ardía en fiebre de expectativas por la llegada del Rey libertador de conciencias y de sentimientos.

Él sabía, sin saber cómo, que había sido designado, incluso antes de nacer, de anunciar el Mesías y, por esa razón, en el momento propicio se trasladó para el vado de la *Casa del Paso*, en el río Jordán, a fin de anunciarlo.

La suya era una voz tronadora y el suyo un aspecto chocante, incluso para los patrones de aquellos días especiales. Sus ojos brillaban como linternas encendidas cuando él hablaba sobre el *Ungido de Dios*.

Afirmaba que Él ya se encontraba entre todos y seguía desconocido. También aseveraba que Él venía a hacer justicia, punir a los réprobos morales, someter a los insumisos, vengarse del abandono al que había sido relegado por largo tiempo.

Las multitudes que se reunían en la playa fresca del río se fascinaban por temor, por necesidad de un Salvador.

Esclarecía que Él, el triunfador a quien servía, era tan grande, que *no era digno ni siquiera de amarrar los cordeles de sus sandalias*.

Y bautizaba, lavando simbólicamente las miserias del hombre comprometido, para que resurgiese el nuevo ser aureolado de bendiciones.

No conocía aún al Mesías, pero lo adivinaba.

Inesperadamente, en una hermosa mañana, Él surgió en medio de la multitud, se aproximó, y sus ojos se detuvieron unos en los otros. Entonces él exclamó, tomado de lágrimas y sonrisas: —¡Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

¡Cómo era Él, tan bello y manso, suave y dulce, discreto y amoroso!

Aquel Hombre sol se inclinó ante él y le dijo: *—Cumple con las profecías...*

Un extraño temblor llenó todo el cuerpo austero y pensó cómo sería posible al siervo permanecer erecto mientras el Rey se doblaba con sublime humildad.

Era su primo y no lo conocía, era su Mentor y él lo serviría...

A partir de aquel momento inolvidable, su verbo se suavizó, su voz cantó, su vida se modificó.

Antes de morir, inquieto y expectante, envió a dos discípulos, para tener la confirmación de que Él era el Mesías.

Deseaba retornar a la patria en paz y seguridad.

En la terrible noche de la fortaleza de Macareos o Maqueronte, en Persia, después de un largo cautiverio de meses, su voz fue silenciada por la espada del sicario Herodes Antipas, por solicitud de Salomé, hija de su ambiciosa y atormentada mujer...

*

En la madrugada espiritual que vistió de luz a Israel, el canto de amor comenzó a resonar desde las playas del mar de Galilea hasta la tórrida Judea, desde los contrafuertes de los montes Galaad, de la cadena de Golán hasta la lejana región de Aravá, el valle que se extiende más allá del Mar Muerto, por todas partes.

Las multitudes que acudían a verlo, para oírlo, eran más o menos iguales a las de hoy, ansiosas y sufriendoras, extasiándose con la melodía rica de belleza, de suavidad, de esperanza.

Las ráfagas ahora blandas de la alegría penetraban en las casuchas y los burdeles, las sinagogas y las calles, disminuyendo la aspereza del sufrimiento.

Los cuerpos en descomposición se rehacían al delicado toque de

sus manos, mientras los ojos apagados recuperaban la clara luz de la visión, los oídos sordos se abrían a los sonidos y la Naturaleza estallaba en fiesta de perfume y de sensibilidad.

Por donde pasaba Jesús nada permanecía como antes.

El Mesías del amor llegó sin ejércitos, sin clarines anunciadores, sin fuerzas de impiedad y, por eso, no fue bien recibido por la impía Judea, por los privilegiados del falso poder temporal.

Su incomparable canto, aún prosigue, desde hace dos mil años incesantes, convidando con singular ternura: *-Venid a mí y yo os consolaré...*

Incomprendido aún hoy, sometido a las perversas pasiones de los siglos, impuesto a hierro y a fuego en el pasado, dejado al abandono, jamás se apagó de la memoria de la Humanidad que siempre lo ha necesitado.

Y hoy, como en aquellos días de turbulencias y de incomprensiones, de poder mentiroso y arrogancia enfermiza, su música prosigue y es oída solamente por aquellos que silencian el tormento, deleitándose con su invitación y declaraciones graves: *-Es leve mi fardo y suave mi yugo. ¡Venid a mí!*

¡Él vino para siempre como una primavera de bendiciones y aguarda!

(Mensaje psicografiado por el médium Divaldo Pereira Franco, en la reunión mediúmnica de la noche del 31 de julio de 2013, en el Centro Espírita Camino de Redención, en Salvador, Bahía, Brasil).

Caridad

Fabiano de Cristo

Sin caridad, todo, en la Tierra que poblamos, sería como el caos del principio.

La ciencia atizará siempre la llama de la palabra en los labios humanos, irguiendo pedestales a la inteligencia; pero, sin la caridad de Jesús, que alimenta el cuerpo y sustenta la vida, en balde se levantarán púlpitos y monumentos.

Todos los patrimonios que enriquecen al hombre fueron acumulados por la gracia del Señor, considerando el progreso en sus fundamentos profundos.

La caridad divina es tangible en todas partes.

La caridad es el aire que respiramos, la luz que nos aclara los caminos, el grano que suple nuestras fuerzas, el paño que nos envuelve, el afecto que nos da calidez, el trabajo que nos perfecciona y la experiencia que nos primorea.

El mundo entero es una institución de amor divino, a la que nos acogemos para economizar la riqueza del futuro. La caridad es la columna central que la mantiene. Sin ella, que expresa paciencia y humildad, trabajo y elevación, la máquina de la vida paralizaría todas sus piezas. Sin ella, los santos se mofarían en el Paraíso y los pecadores clamarían desesperados, en el Infierno de sus propias conciencias; los fuertes no se inclinarían hacia los débiles, ni los débiles se lozanearían al contacto de los fuertes, los sabios se pudrirían en el estancamiento, por ausencia de ejercicio, y los ignorantes gemirían, condenados indefinidamente a sus propias sombras.

Mas el bendito centinela de Dios es el Ángel Guardián del Universo, y nunca relega a las criaturas al desamparo, enseñando que la victoria del bien, con ascensión hacia la luz, es siempre obra de cooperación, interdependencia y fraternidad.

La estatua no disfrutaría el loor de la plaza pública sin la caridad del material inferior que asegura su equilibrio en la base; la luz no nos libraría de las sombras si la candela encendida en el velador no dirigiese sus rayos hacia el piso.

El suelo acepta las exigencias del río que lo desgasta, incesantemente, y, con esto, la escuela terrestre permanece viva y fértil; la semilla se conforma con la negrura y la soledad del surco y, así, la mesa tiene pan.

Sin obediencia a las normas de la caridad, que exalta el sacrificio de cada uno para la bienaventuranza de todos, cualquier ensayo de felicidad es impracticable.

Somos todos hijos de la Gracia Divina y herederos de ella, y, para que santifiquemos la vanguardia del progreso, es imprescindible dar de nosotros mismos, en oferta permanente al bien universal.

Todo egoísmo está condenado desde el inicio.

El agua, sin provecho, se pudre.

El arado inactivo es carcomido por la herrumbre.

La flor estéril se convierte en abono.

El espíritu permanentemente circunscripto al estrecho círculo de sí mismo es castigado con la desilusión.

Recibiendo la bendición del Cielo, a través de mil vías, a cada instante de la experiencia en el cuerpo, el hombre que no aprendió a dar, en auxilio espontáneo a los semejantes, es loco e infeliz.

Multiplíquense palacios para la administración y para la cultura del cerebro; pero, mientras la puerta del corazón no se abra al toque del amor fraterno, la guerra será el volcán espiritual del mundo, devorando la Paz y la Vida. Descúbranse preciosos secretos de la materia y entónense cánticos de triunfo en el seno de las naciones gloriosas de la Tierra; pero, mientras el hombre no oiga el llamado suave de la caridad, para hacerse un verdadero hermano del prójimo, el suelo del Planeta permanecerá infectado de vermes y encharcado con la sangre de los mártires, que continuarán sacrificándose al servicio de la divina virtud en interminable caudal.

Mensaje psicofónico recibido por el médium Francisco Cândido Xavier

Una visita de Cruz y Souza

Ramiro Gama

El amigo Izaltino Silveira Filho, digno compañero nuestro en Juiz de Fora, se encontraba en oración con Chico, en Pedro Leopoldo, en la noche del 11 de septiembre de 1948, cuando él y el médium notaron la presencia de algunos amigos espirituales. Se concentraron y, de entre los mensajes recibidos, vino el siguiente soneto de Cruz y Souza por las manos del médium, dedicado al hermano antes referido:

Sigue

Sigue gimiendo en el camino estrecho,
de pie sangrando en llagas dolorosas,
sustentando alegrías que no gozas,
a la renuncia rindiendo excelso pacto.

En la cruz pesada que te oprime el pecho,
encontrarás estrellas milagrosas,
bajo lluvias de bendiciones y de rosas,
que dimanen del amor santo y perfecto.

Si el temporal de lágrimas te encharca,
sea la esperanza la luminosa marca
¡que te señale las suplicas sinceras!

Solamente el dolor en la tierra extraña y oscura
apaga en la corriente de la amargura,
los errores que traemos de otras eras...

Cruz y Souza

Señalamos aquí este soneto, no solo por su belleza, sino también por la exactitud del estilo que caracteriza al gran e inolvidable poeta.

Lindos casos de Chico Xavier.
Traducción Jacob.

Doloroso engaño

R. S.

Palabras del organizador Arnaldo Rocha, del Grupo Meimei, en Minas Gerais, Brasil:

Cerrábamos nuestra reunión de la noche del día 1 de marzo de 1956, cuando nuestros Instructores trajeron a las facultades psicofónicas del médium Francisco Cândido Xavier al Espíritu R. S., desdichada hermana desencarnada que, en conmovedores sollozos, nos ofrecía su historia de médium desviada en su misión, historia que pasamos a la consideración de nuestros lectores, como doloroso ejemplo a ser estudiado y meditado.

¡Dios de bondad y de amor, dadme fuerzas para que mi voz no tiemble en esta confesión-enseñanza, a la que me siento obligada!...

¡Fortaleced mi corazón para que mi palabra no vacile!...

¡Benefactores Espirituales que me asistís, sustentadme a fin de que la vergüenza no favorezca cualquier mentira en mi boca!...

Mis hermanos, os habla una mujer desencarnada que, hasta ahora, ha vagado en un charco de llanto y de sangre...

Una pobre criatura, que por escarnio a su propia responsabilidad, se lanzó al lago de la amargura y del remordimiento, en el que se ahoga sin consumirse...

¡Fui médium, conocí la gracia de la revelación espírita, compartí los banquetes de la oración y me deslumbré ante las lecciones de luz que mi corazón recibía del Cielo!...

Viuda a los treinta años, con una hija para conducir y orientar en la existencia, traía mi espíritu como un barco sin timón.

Me faltaba un ideal religioso para reconducir mi carácter.

La pobreza, las pruebas y los obstáculos me amedrentaban...

Por eso mismo, los síntomas de la mediumnidad perturbada, que se

hicieron cada vez más graves, acentuaron los problemas y los sinsabores en nuestra casa.

Aconsejada por amigos queridos, busqué un santuario espírita, siendo recibida con el amor que caracteriza a estas casas de fe renovadora, que, en este momento, no puedo decir que sean nuestras, porque me alejé de ellas deliberadamente.

El primer contacto con la sencilla filosofía del Espiritismo, fue para mi corazón como un baño de luz.

Me vivifiqué, recuperando mi salud.

Mis ojos adquirieron el extraño poder de ver más allá de la carne y pude, muchas veces, en llanto de emotividad, recibir la palabra directa del inolvidable benefactor Dr. Bezerra de Menezes, que acostumbraba a decirme en tono compasivo:

-¡Hija, ha llegado para su alma una hora diferente, pues tiene en sus manos la sublime fuerza de la sanación! Usted podrá aliviar el sufrimiento de los semejantes y sobre todo, ofrecer cariño providencial a nuestras hermanas que se sienten laceradas por los agujeros de la maternidad dolorosa. ¡Siga por el camino trazado, ofreciendo a Jesús el corazón limpio y la conciencia recta, porque la asistencia del Cielo no le faltará en su servicio, ni se hará sorda a sus llamados!

Desde entonces, mis amigos, mis manos comenzaron a ejercer como instrumentos para la sanación mediúmnica.

Sin mayor estudio para la sustentación de mis responsabilidades en los compromisos graves que estaba abrazando, me consagré a la lectura de los tratados de magnetismo.

Al principio, eran la confianza en nuestros Benefactores Espirituales y el poder de la oración las fuerzas en que me inspiraba para trabajar, siendo admirablemente asistida en las tareas a las que me consagraba, llena de confianza.

Muchas de nuestras hermanas, en el momento exacto de la emisión de fuerzas, recibían por mis brazos esa bendita energía que desciende de lo Alto para todos cuantos se hacen canales del bien.

Sin embargo, en la vida privada, yo era una simple lavandera...

La pobreza nos marcaba el día y la noche, el lecho y el alimento.

Callos dolorosos se multiplicaban en mis manos, desde muy temprano, habituadas a duros menesteres en el servicio casero.

Y mi hija Edméia crecía, solicitando asistencia, pidiendo instrucción, reclamando amparo...

No obstante, mi corazón de mujer no sabía integrar en su vida los ejemplos y las lecciones del Cristo, y, en razón de eso, con mucha facilidad pasé de la claridad a la sombra.

Sentía hambre del dinero fácil y poco a poco la seducción de la prosperidad material modificó mi pensamiento.

En el templo espírita, las prédicas me exhortaban a la sencillez, al sacrificio, a la renuncia, a la fidelidad y al deber correctamente cumplido.

Por las enseñanzas adoptadas ahí, yo debía continuar siendo la mujer resignada y humilde, al frente de las tempestades de la vida, rindiendo culto a mi fe, sin exigir retribución de nadie.

Y por eso mismo, las lecciones que me eran administradas se volvieron insípidas a mi modo de ser.

Con el pretexto de un trabajo inaplazable, huí del contacto con aquellos compañeros que amaban la sencillez como camino de la renovación.

Y comencé a aceptar las solicitudes que me eran dirigidas.

Muchas señoras reclamaban mi colaboración y muchas otras fueron llegando, que pedían mi asistencia para la delincuencia disfrazada de salvación social.

Mozas de diversas procedencias, damas jóvenes acostumbradas a la pereza y a la irresponsabilidad, aparecían en mi puerta, pagando un elevado precio por mis servicios.

El dinero era tentador y las sumas eran grandes.

La actividad era fácil.

El pase magnético con la administración de algunas drogas, aparentemente simples, daban resultados perfectos.

Y sin oír las sugerencias de nuestro amigo el Doctor Bezerra, que procuró apartarme de las sombras, mientras estaba a tiempo, me consagré en cuerpo y alma a las tinieblas crecientes que se aglomeraban ante mi puerta.

Mi Edméia era entonces niña y joven.

Exigía sombreros y vestidos, joyas y adornos, al igual que una casa más digna de su belleza física.

Engañada por terribles ilusiones, aparté a mi hija del trabajo correcto.

La interné en un colegio elegante, donde Edméa aprendió palabras y hábitos que yo misma desconocía...

Mi hija era bella y debía tener un destino diferente del de su madre —pensaba yo.

Debía brillar en el campo social, obligándome así a reunir una fortuna fácil que nos garantizase la vida en un palacete, con amplias rentas y abundante confort.

Pasaba el tiempo y el dinero abundaba en mis manos.

Una libreta de banco me aseguraba expresivos depósitos.

Pasaron diez años, con intensas actividades.

No satisfecha con mi propio trabajo, contraté el servicio de dos compañeras que me representaban en otros barrios, trayéndome los casos difíciles e incentivando la clientela.

Esas dos compañeras colaboraban con seguridad y eficiencia.

Nunca más tuve en cuenta las lecciones de los libros espíritas.

Para mi corazón engañado, los santuarios de la Consoladora Doctrina eran simplemente lugares en los que se reunían personas de inteligencia poco desarrollada, porque una fuerza enorme apoyaba mis brazos y hacía que todos los partos, bajo mi responsabilidad, se efectuasen con éxito, exonerándome de cualquier deber para con las oraciones.

Quería dinero, dinero fácil, y respondiendo a mis deseos el dinero aparecía.

El palacete destinado a nuestra residencia estaba siendo construido en líneas casi majestuosas.

Edméa, graduada en una universidad, poseía ahora su propio carro.

Asistía a fiestas y reuniones mundanas, impresionando siempre por su belleza bien adornada, belleza que yo incentivaba apasionadamente, ciega en mis falsos principios.

Diez años, repito, pasaron apresurados en mi afán de retener el dinero nacido en la empresa del crimen.

Nuestra casa, engalanada, se preparaba para recibirnos.

Había adquirido tapicerías y terciopelos costosos, al gusto de mi hija.

Todo obedecía a los planes trazados por ella.

Finalmente me sentía ajustada al poder del oro, disfrutando de una madurez tranquila, remunerada por la fortuna terrestre.

Pero. He ahí que, cierta noche, una de mis asociadas toca a la puerta de mi consultorio particular, pidiendo ayuda.

Una joven había sido mal atendida por ella.

Rogaba mi urgente inspección.

Llegué a la puerta y pregunté:

-¿Es una buena cliente que puede pagar con la necesaria dignidad?

La compañera respondió que sí.

Se trataba de una joven muy rica.

De entrada le había dado un importante abono a cuenta.

La mandé a entrar.

La joven desmayada fue llevada a la mesa de operaciones.

Sin embargo, aterrorizada, en aquel bello cuerpo que se desangraba peligrosamente, reconozco a Edméa...

Mi hija era también una cliente de la industria del aborto.

Horrorizada, estaba cosechando el fruto de mi irresponsabilidad.

Temblaron mis manos.

Se me aturdió la cabeza.

¡Era la primera vez que yo era consciente del tormento de las madres, humilladas por la delincuencia de los hijos!

En vano intenté el socorro tardío.

Todo estaba finalizando.

Atormentada por el sufrimiento, recordé las antiguas lecciones de la casa de fe que yo visitaba, en mis primeras dificultades...

Edméa murió en mis brazos.

También en mi corazón yo solo poseía el ataúd de mi propio sueño muerto.

Caí, desalentada.

Retirada a mi lecho, un médico fue llamado.

En balde busqué pronunciar algunas explicaciones.

Mi boca estaba rígida, mis miembros ateridos no respondían a ninguna orden del cerebro.

El dolor me había roto un importante vaso sanguíneo y durante dos meses agonicé, hasta que la muerte me envió a una siniestra región en la que me veo rodeada por largas nubes de lodo y de sangre, escuchando los conmovedores vahidos de bebés asesinados...

¡He vertido lágrimas muy amargas!...

Nunca pude pisar el palacete que mi hija y yo mandamos a construir...

Nunca más acaricié al ángel de mis esperanzas maternas.

Nunca más mis ojos descansaron en aquellos ojos que yo deseaba felices...

He vivido en un lago de sangre, de tinieblas, de dolor, de angustia, de maldición...

Solamente ahora, después de mucho orar y padecer, oí nuevamente la voz del Dr. Bezerra, nuestro amado benefactor...

Un nuevo trabajo me será confiado.

Debo, durante diez años, trabajar en prostíbulos y en consultorios en los que el aborto se transformó en un criminal negocio, con el fin de amparar a las jóvenes extraviadas y a mujeres desorientadas.

Debo evitar que el infanticidio se produzca, ofreciendo mis fuerzas para que alguna criaturita pueda escapar a la guadaña sanguinolenta manejada por la mujer olvidada de su propia alma.

¡Debo servir durante diez años en ese laborioso camino cuyas miserias conozco, para experimentar, por mi parte, el dolor de tantos niños que sofocaron mis manos!...

¡Ruego oraciones, para mi alma sufridora!...

¡Amparad a la hermana que cayó!...

Mi palabra no tiene otro objetivo sino este: implorar la limosna de la oración en mi beneficio y despertar a las mujeres, nuestras hermanas, para que no se aparten de la Bendición de Dios.

(Mensaje publicado originalmente en *Vozes do Grande Além*, FEB, 1957, Río de Janeiro, Brasil)

Servir más...

*Espíritu Hermano X (Humberto de Campos) /
Francisco Cândido Xavier*

Efraín ben Assef, caudillo de Israel contra el poderío romano, había venido a Jerusalén para levantar las fuerzas de la resistencia, e informado de que Jesús, el profeta, había sido recibido festivamente en la ciudad, decidió buscarlo, en la casa de Obede, el cuidador de cabras, a fin de escucharle.

—Maestro —dijo el guerrero—, no te busco como quien desconoce la justicia de Dios, que corrige los errores del mundo, todos los días... Tengo necesidad de instrucción para mi conducta personal en el auxilio del pueblo. ¿Cómo actuar, cuándo el orgullo de otros se agiganta y obstruye nuestro camino?... ¿Cuándo la vanidad ostenta el poder y multiplica las lágrimas de quien llora?

—Es preciso ser más humilde y servir más —respondió el Señor, fijando en él su mirada transparente.

—Pero... ¿Y cuando la maldad se yergue, acechando nuestra puerta? ¿Qué hacer cuando los impíos nos calumnian a manera de verdugos?

Y Jesús:

—Es preciso dar más amor y servir más.

—Señor, ¿y la palabra hiriente? ¿Qué medidas debemos tomar para refrenarla? ¿Cómo proceder cuando la boca del ofensor escape fuego de violencia, cual nube de tempestad, arrojando rayos de muerte?

—Es preciso más dulzura y servir más.

—¿Y ante los golpes? Pues hay personas que se esmeran en la crueldad, hiriéndonos hasta hacernos sangrar... ¿De qué modo conducir nuestros pasos, frente a los que nos persiguen sin motivo y nos odian sin razón?

–Es preciso más paciencia y servir más.

–¿Y el pillaje, Señor? ¿Qué directrices buscar, ante aquéllos que hurtan, despiadados y poderosos, asegurando su propia impunidad a costa del oro que juntan sobre el llanto de los semejantes?

–Es preciso más renuncia y servir más.

–¿Y los asesinos? ¿Qué comportamiento adoptar, junto a aquellos que incendian los campos y los hogares, exterminando mujeres y niños?

–Es preciso más perdón y servir más.

Desesperado, por no encontrar fundamentos para la represalia política que aspiraba a emprender en más amplia escala, indagó Efraín:

–Maestro, qué pretendes decir con “servir más”.

Jesús acarició a uno de los niños que lo procuraban y respondió, sin afectación:

–Convencidos de que la justicia de Dios está rigiendo la vida, nuestra obligación, en el mundo íntimo, es vivir rectamente en la práctica del bien, con la certeza de que la Ley cuidará de todos. De ese modo, no tenemos otro camino más elevado sino servir al bien de los semejantes, siempre más...

El jefe israelita, manifestando un inmenso desprecio, abandonó la pequeña sala, sin despedirse.

Transcurridos dos días, cuando los esbirros del Sanedrín llegaron, en compañía de Judas, para detener al Mesías, Efraín ben Assef estaba al frente. Y, sonriendo, al esposar sus manos, como si estuviese aprehendiendo a un temible salteador, preguntó, sarcástico:

–¿No reaccionas, galileo?

Pero Cristo posó en él, de nuevo, su mirada tranquila y solo le dijo:

–Es preciso comprender y servir más.

(Comunicación publicada originalmente en *Cuentos de esta y de la otra vida*, FEB, pp. 35 – 37, Río de Janeiro, Brasil).

Los primeros minutos de un muerto

Hermano G. – Francisco Cândido Xavier

Observaciones del Organizador Arnaldo Rocha, del Grupo “Meimei”.

En el horario reservado a la Instrucción, en la noche de 14 de junio de 1955, nuestro grupo recogió un expresivo mensaje del Hermano G, en el que nos informa sobre sus primeros minutos en la Vida Espiritual.

Nos corresponde esclarecer que el comunicante, político y administrador de méritos indiscutibles, recientemente desencarnado, estuvo antes en nuestra Casa de Oraciones, bajo la custodia de amigos espirituales que amparaban su necesaria y justa recuperación.

Entonces, se mostraba enfermizo e indispuerto, pero en poco tiempo -reanimado y fortalecido-, retornó a nuestro templo, donde nos suministró las valiosas impresiones que pasamos a transcribir.

Mis amigos:

Recordando aquel rico de la parábola evangélica que no obtuvo permiso para regresar al círculo doméstico después de la muerte, comprendo hoy perfectamente la equidad de la prohibición que frustró su propósito, porque, sin sombra de duda, nadie en el mundo daría crédito a su palabra.

La experiencia social de la Tierra vive tan distraída en juegos de disfraz y falsedad, que la visita de la verdad sin paños calientes, a cualquier agrupación humana, por mucho tiempo aún, será francamente inoportuna.

Así, hablando a vuestro mundo afectivo, no nutro el menor interés en desenmascarar la cadena de engaños en la que se aprisionan mis antiguos lazos del corazón.

Profundamente transformado, después de la gran travesía, en que la tumba es el marco de nuestro retorno a la realidad, me dirijo particularmente a vosotros, navegantes de la fe en el océano de la vida, para destacar la

necesidad de valorar adecuadamente el tiempo en los cortos días de nuestra permanencia en el cuerpo.

Como ejemplo, recorro a mi caso, pues por el auxilio fraterno, os vinculasteis a mi renovación.

Como sabéis, tal y como ocurre con el árbol enfermo, que cae a los primeros hachazos del leñador, caí también, de improviso, al primer golpe de la Muerte.

Industrial, administrador y hombre público, en intensa e incesante actividad, no admitía que el sepulcro me requiriese, conduciéndome tan apresuradamente a la meditación.

Sin embargo, la angina me acechaba vigilante y me fulminó sin que yo pudiese luchar.

Recuerdo haber sido arrojado a una especie de sueño que no hacía perder mi conciencia y lucidez, si bien aniquilaba mis movimientos.

Incapaz de hablar, oí los gritos de los míos y sentí que manos amigas me hacían un masaje cardíaco, intentando en balde reanimarme.

No puedo precisar cuántos minutos gasté en el vértigo que me asaltó, hasta que, en mi aflicción por despertar, noté que la forma inerte me tomaba de nuevo, que mi alma atontada regresaba al cuerpo pesado; no obstante, una espesa cortina de sombras parecía interponerse ahora entre mis seres queridos y mi resonante palabra, que nadie atendía...

Inexplicablemente asombrado, en vano pedía socorro, pero acabé por resignarme a la idea de que estaba siendo víctima de una extraña pesadilla, que pronto terminaría.

Aun así, me amedrentaba la ausencia de vitalidad y calor a la que me veía sentenciado.

Después de algunos minutos de pavoroso conflicto, que la palabra terrestre no consigue determinar, tuve la impresión de que me aplicaban sacos de hielo en los pies.

Por más que reprobase ásperamente semejante medicación, el frío me alcanzaba todo el cuerpo, hasta que no pude más...

Aquello equivalía a una expulsión en toda regla.

Procuré liberarme y me vi fuera del lecho, ligero y ágil, pensando, oyendo y viendo...

Empero, buscando apartarme, observé que un hilo de tenue niebla blancuzca ligaba mi cabeza móvil a mi cabeza inerte.

Indiscutiblemente deliraba -eso me decía a mí mismo-, no obstante aquel sueño me dividía en dos personalidades distintas, a pesar de guardar la noción perfecta de mi identidad.

Lleno de pavor, no conseguía alejarme más allá de la cámara íntima, reconociendo, inquieto, que vestían caprichosamente mi rígida estatua de carne.

Me dominaba un espantoso temor.

Sensaciones de terror neutralizaban mi raciocinio.

Pero, aun así, concentré mis fuerzas en la resistencia.

Volvería a tomar mi cuerpo.

Lucharía para verme de nuevo en perfecto equilibrio.

El inesperado delirio tendría un final.

Sin embrago, transcurrían las horas, y a pesar de mi contrariedad, me vi expuesto a las visitas públicas.

¡Qué horror! ¡Mi nuevo camino era una irrisión!

Yo, que me sentía singularmente repartido, observé que todas las personas con acceso al recinto, ante mí, se revelaban divididas en identidad de circunstancias, porque, sin poder explicar el fenómeno, escuchaba las palabras que hablaban y las que realmente pensaban...

Muchas decían a mis familiares en llanto:

-¡Mis pésames! Perdimos a un gran amigo...

Y el pensamiento que les brotaba de la cabeza, alcanzándome como inexpresable chorro de fuerza eléctrica, afirmando: -“no tengo ningún pesar, realmente este hombre debía morir...”

Otras se enlazaban a los amigos y decían con la boca:

-¡Mis sentimientos! El Doctor G. murió joven, muy joven.

Y agregaban, reflexionando: -murió tarde... menos mal que murió...

¡Bellaco! Dejó una considerable fortuna... Debió robar a manos llenas...

Otras, comentaban junto a mi cadáver:

-¡Hombre probó, hombre justo!...

Y hablaban consigo mismo: -“¡Político ladrón y sin palabra! ¡Que la tierra no le pese y que el Infierno lo proteja!...”

Me veía clavado por una interminable proyección de agujas punzantes invisibles lacerando mi corazón.

Torturado por la vergüenza, no sabía dónde esconderme.

Aun así, quería protestar en cuanto a los reproches que me parecían improcedentes.

Realmente no había sido el hombre que debería, no obstante, hasta allí, había vivido como un trabajador interesado en cumplir y honrar sus compromisos.

¿No sería una falta de caridad atacarme así, cuando estaba plenamente inhabilitado para cualquier defensa?

Por mucho tiempo, continuó la perturbación, hasta que encontré algún alivio...

Muchos niños de las escuelas, que yo tanto había deseado ayudar, oraban ahora junto a mí.

Antiguos empleados de las empresas en las que yo había transitado, y de cuya existencia no tenía pensamientos de mayor interés, venían a traerme respetuosamente, con lágrimas en los ojos, la oración y el cariño cargado de sincera emoción.

Viejos funcionarios, fatigados y humildes, a los cuales había estimado de lejos, me ofrecían pensamientos de amor.

Me tranquilicé, resignado.

Dulce bálsamo de reconocimiento calmó mi aflicción y finalmente pude llorar...

Con llanto, conseguí encomendarme a la Bondad Infinita de Dios, respirando consuelo y apaciguamiento.

Humillado, aguardé paciente las sorpresas de la nueva situación.

Innegablemente, estaba **muerto y vivo**.

El ataúd no ofrecía duda alguna.

Curtía dolorosas indagaciones, cuando en un momento dado, me arrebataron el cuerpo.

Me hallaba libre para pensar, pero preso a los restos rígidos por el extraño cordón que yo no podía comprender y, debido a ello, acompañé el cortejo triste, cauteloso y contrariado.

Ahora no valían las demostraciones de cariño sincero y la devoción afectiva con la que muchos brazos amigos conducían el ataúd...

La cercanía del cementerio echaba por tierra la escasa confianza que acababa de recuperar en mí mismo.

El amplio portón abierto, la contemplación de las tumbas a la entrada y la multitud que me seguía, compacta, me hacían temblar.

Intenté apoyarme en viejos compañeros de ideal y de lucha, pero el ambiente repleto de palabras vacías y oraciones pagadas acentuaba mi aflicción y hacia crecer mi desesperación.

Clamé en balde pidiendo socorro, hasta que, con los primeros puñados de tierra lanzados sobre el ataúd, caí en la acogedora sepultura, sin ninguna noción de mí mismo.

Se apagó el conflicto.

Ahora todo era letargo, abatimiento, extenuación...

Durante varios días reposé, hasta que ante el resplandor de la verdad, reconocí que las tareas del industrial y político habían llegado a su término.

Pero, a pesar de eso, la certeza de la vida que no muere levantó mi esperanza.

Surgieron antiguos afectos, amparando mis nuevas luchas y, de ese modo, volvió a la condición del servidor anónimo el hombre que tal vez indebidamente se elevara en el mundo a los puestos de dirección.

Es así que, visitándoos, debo estimularos al culto de los valores claros y ciertos.

Instalar la felicidad en nuestro propio espíritu, a través de la felicidad que podamos edificar para otros, es la única forma de que nosotros encontremos la verdadera felicidad.

Hoy tengo la convicción de que los patrimonios financieros apenas agravan las responsabilidades del alma encarnada, y la política, en el presente, para mí, se asemeja a una tina de agua que agitamos desarrollando un esfuerzo constante para verla siempre igual, a cambio tan solo del cansancio que nos impone.

Toda la suntuosidad de la experiencia humana está llena de sombras que se mueven en las pantallas pasajeras de la vida.

Solo el bien permanece.

Solo el bien que idealizamos y plasmamos es la luz que permanece.

Así pues, buscando el bien, roguemos a Dios que nos esclarezca y nos bendiga.

(Mensaje psicofónico recibido en el Grupo Meimei y publicado originalmente en *Vozes do Grande Além*, FEB, Río de Janeiro, Brasil, pp. 29 – 34, 1974).

Un muerto ilustre describe el propio entierro

La noche del 17 de junio de 1945, Chico Xavier, empleado público, se encontraba trabajando en la ciudad de Leopoldina, en Minas Gerais, en una exposición agropecuaria. Al acabar su jornada, fue a visitar el *Centro Espirita Amor al Próximo*, de aquella ciudad.

Como se sabe, en esa urbe minera, desencarnó el poeta Augusto Dos Anjos, cuyos restos, hasta hoy, aún se encuentran allí. Alguien en la reunión, que se componía de más de cien personas, comentó:

-¡Oigan! Si los Espíritus se comunican con nosotros, sería interesante que Augusto Dos Anjos, nos viniese a contar, en versos, como fue su entierro.

¡Y el poeta vino!...

En concentración junto a la mesa que dirigía los trabajos de la noche, Chico psicografió el interesante mensaje que transcribimos:

Recuerdos en Leopoldina

*En la sombra amiga de estos montes calmos,
mi pobre corazón de anacoreta,
amortajado en fina ropa negra
descendió a la obscuridad de los siete palmos.*

*Vino el fin de los sueños intranquilos
entre grandes y extrañas pesadillas,
satisfaciendo a los trágicos reclamos
de la guerra inexorable de los bacilos.*

*La muerte terminó en horrendo cerco,
sofocando las moléculas madrastras...
Eran millones de células nefastas,
volviendo a la paz del túmulo de estiércol.*

*Indiferente a los últimos peligros,
mi cuerpo recibió el último beso
y comencé el lúgubre cortejo,
sustentado en los brazos de los amigos.*

*En triste soliloquio en el trayecto,
espantado, mirando las manos de cera,
rememoraba el tiempo que perdiera,
desde las primeras convulsiones del feto.*

*¿Por qué morir amando y haber descreído
del Eterno Sol, del cual vivía en fuga?
¡Como es sombrío el llanto que se enjuga
por el infinito horror de haber nacido!...*

*Después, mimbre en el campo donde el dolor medra,
al contacto del suelo frío y profundo,
llegara para mí el fin del mundo,
entre las cruces y los dísticos de piedra.*

*Terrible conmoción me pintó la cara,
en la escabrosa ciudad de los pies juntos,
tornase difunta, entre los difuntos,
toda la ciencia que me vanagloriara.*

*Trémulo y solo, en el lecho subterráneo,
sentía, frente a la lógica de los hechos,
el pavor de los murciélagos y de las ratas,
dominar los abismos de mi cráneo.*

*Mis ideas más puras, mis lamentos,
y mi vocación para la desgracia
se reducían a una mísera carcasa
para la carnicería de los gusanos hambrientos.*

*En seguida el abandono, en fin, del plasma,
los microbios gritando independencia...
y tomé nueva forma de existencia
bajo la fisiología del fantasma.*

*Huyendo entonces al hielo, a la sombra y a la ruina
del caos siniestro en que vive sumergido
se me reveló la gloria del universo,
santificado por la Luz Divina.*

*¡Oh! Que nadie perturbe mis destrozos,
ni arranque mi cuerpo a la última caverna,
es Leopoldina, la generosa urna,
que, acogedora, resguarda mis huesos.*

*Besó mi alma, alegre, el polvo de la calle,
de este cuadro bucólico y risueño,
donde aprendí, en el último sueño,
que el misterio de la vida continúa...*

*Bendita sea la Tierra, augusta y fuerte,
donde, a través de las convulsiones de la agonía,
me encontré a mí mismo, en un nuevo día,
por las revelaciones de la luz de la muerte.*

Augusto Dos Anjos.

El experimentador, que dudaba de la comunicación de los Espíritus, al escuchar el mensaje frunció el ceño y, con toda la asamblea, quedó meditando...

Gloria de un día

Vianna de Carvalho

El Emperador Justiniano (Tauresium, 11 de mayo de 483 – Constantinopla, 13 de noviembre de 565), se hizo célebre en la Historia de la Humanidad por sus notables hechos, sea en la condición de militar honrado, sea en la de administrador sabio.

Desde niño estaba destinado a obtener grandes logros, pues su progenitora era hermana de Justino, que sería más tarde Emperador de Occidente y lo nombraría inicialmente como Cónsul y, más tarde, como General de los Ejércitos, permitiendo que fuera un cooperador en las complejas actividades gubernamentales, en razón de su inteligencia y de su formación educativa, especialmente en las áreas de jurisprudencia y filosofía...

Antes de él, los emperadores de Oriente intentaron inútilmente dominar Occidente sin lograr ningún éxito.

Pertinaz en sus objetivos bélicos y confiando en la fatalidad de su destino, no cesó de luchar para alcanzar la culminación de sus ambiciones.

Con su amor al Imperio Romano logró su unificación durante un largo período, volviendo, prácticamente, a unirlo, después de su división en el año 384 debido a la decadencia de Teodosio I, que proporcionó dos capitales, una para Occidente, Roma, y otra para Oriente, Constantinopla.

Después de la desencarnación de Justino, se convirtió en el único gobernante, y transformó Constantinopla en la capital del Imperio, donde se instaló el poder temporal, permaneciendo el espiritual en Roma, en la persona del Papa.

Después de las victorias de Belisario que recuperó, en interminables luchas, la grandeza de Roma, entonces decadente, su poder fue reconocido en todas partes.

Contrajo matrimonio con Teodora, quien era, según algunos, una actriz que concedía muchos favores a un elevado costo. Mujer caprichosa y de gran inteligencia, embelleció la ciudad, tornándola digna de ser la más bella de su época, atrayendo artistas y constructores geniales, que la transformaron en una verdadera joya, ampliando el poder de la Iglesia Romana, así como el de la Ortodoxa, inclinándose por la segunda que él deseaba que se convirtiese en la única, soberana y dominadora...

No obstante, las divergencias nacidas de las pasiones humanas entre las dos iglesias, la de Roma y la Oriental, culminó en una multimilenaria separación, que las convirtió en enemigas irreconciliables con las infelices consecuencias de situaciones de esa naturaleza.

Considerado como una personalidad brillante, por las gestas de grandeza y de protección del Estado, su trayectoria señaló ese período como el de mayor prosperidad del Imperio en el siglo VI...

El fastigio que dominaba entonces el mundo oriental, fue utilizado para mantener la pompa en el grandioso palacio donde eran decididas las cuestiones del mundo bajo su gobierno, en una época de arbitrariedades del poder temporal, en el que la vida humana era de insignificante valía.

Se puede afirmar que fue un gran legislador, por entender que la preservación del Estado depende grandemente de las leyes en las que se estructura, consiguiendo armonizar las antiguas del código romano con el Cristianismo, haciéndolas armónicas, ambicionando, sin duda, lograr una posición en la que el Emperador era, de alguna manera, el representante de Dios en el mundo, conforme a lo que el papado conseguiría más tarde, para mayor degradación del pensamiento de Jesús, adulterado por la organización político-religiosa en la que se transformó el Cristianismo a partir del Edicto de Milán de 13 de junio de 313, de infelices consecuencias doctrinarias y espirituales...

Desgraciadamente, en el auge de su poder –enamorado de una mujer exigente y astuta que también gobernaba con él, pretendiendo muchas veces interferir en los dictámenes religiosos–, luego de un terrible incidente –conforme a lo narrado por cronistas de la época, señalando que, enojada por el orgullo que demostraban las antiguas compañeras de irregularidades morales, que la señalaban como triunfadora, a pesar de su injurioso pasado, habría mandado a matarlas, para silenciarlas– provocó en todas partes amargura y resentimiento...

En razón de ser la reencarnación parte del Cristianismo, se comentaba ampliamente que ella tendría que volver a la Tierra sufriendo una situación calamitosa, para rescatar el brutal crimen contra sus hermanas de burdel, lo cual le afligía.

Desencarnando alrededor de 548, habría solicitado al esposo angustiado que, en la primera oportunidad, tomase las medidas necesarias para retirar de la religión, de acuerdo a lo escrito por Orígenes, en su *Doctrina de los principios*, la noble tesis de los renacimientos corporales.

Atribulado por una profunda depresión, Justiniano convocó el II Concilio de Constantinopla en 552, contra el cual se opuso el Papa, siendo *persuadidos* por las fuerzas militares del Emperador, y dolorosamente, en un ardid bien elaborado, una comisión del mismo Cónclave, condenó las Doctrinas de Orígenes como heréticas, siendo una de ellas la reencarnación.

El atrevimiento humano no tiene límites, por cuanto el hombre se vuelve tan maleable, que pasa de estar sometido a Dios y a sus Leyes, a someterse a sus pasiones, gobernando la Tierra en dirección al mundo espiritual...

Irrisión humana, hija espuria de su ignorancia y de su prepotencia.

No obstante, antes de la muerte de Teodora, alrededor del año 548, toda la gloria del Imperio de Justiniano entró en decadencia, debido a la epidemia de peste que imperó, diezmando a centenares de millares de vidas, mientras tanto, amargado, sin apoyo de la compañera seductora, permaneció aún en el cuerpo por casi una veintena de años.

Indudablemente, sus hazañas fueron recordadas con grandiosidad ante los ojos de los hombres y dieron a la antigua Bizancio el prestigio que mantendría a través de los siglos, incluso cuando los Otomanos la tomaron, mucho más tarde, e hicieron con ella una verdadera perla en el Estrecho de Bósforo, desdoblándose en los dos continentes, el Europeo y el Asiático.

Casi quince siglos después, Estambul exulta, atrayendo al mundo civilizado para que conozca su historia, a través de los monumentos islámicos y los antiguos del cristianismo, como la Iglesia Santa Sofía (*Haga Sofía*: Divina Sabiduría), que él mandó a construir y que ha resistido al

paso del tiempo y a los terremotos que, periódicamente, asolan al país, mientras su gloria de un día, quedó muy distante, y se esfuma con lentitud...

No obstante, su decisión equivocada de retirar la reencarnación de la cultura terrestre, resultó una inutilidad, porque la mayoría de las doctrinas orientales fundamenta sus conceptos de justicia de Dios, de amor y de evolución, en las existencias sucesivas, que Allan Kardec, el egregio codificador del Espiritismo, transformó en uno de los nobles paradigmas de la doctrina que ofreció al mundo y hoy es adoptada por centenares de millones de personas.

De la misma forma, el poder temporal que desapareció en las brumas del tiempo, viene destruyendo el campo espiritual perteneciente a las religiones que él vitalizó, y no pudieron resistir a la fuerza del progreso, que es ley de la Naturaleza, aunque la Iglesia Ortodoxa lo haya elegido como santo en su hagiógrafo.

Nadie, ni fuerza humana alguna, podrá detener el progreso, y todo se transforma con el tiempo, siendo permanente solo aquello que procede del Padre Celestial.

Es por ésa, así como por otras razones, que el Espiritismo *marcha al lado de la Ciencia, pero no se detiene donde ella para, siguiendo siempre más allá...* conforme declaró Allan Kardec con elevada sabiduría.

En la actualidad, apenas restan del esplendor del palacio de Justiniano algunos metros cuadrados de ricos paneles en deslumbrantes mosaicos, porque lo demás, el tiempo, en su destructiva vorágine, todo lo consumió.

En un contraste fuera de lo común, el Mártir de la Cruz, cuanto más tiempo pasa, mejor penetra en lo más íntimo de los seres humanos y su voz dulce y fuerte continúa cantando las incomparables canciones de la inmortalidad y del amor, arrebatando vidas para su Reino...

(Mensaje psicografiado por Divaldo Pereira Franco, el 2 de junio de 2010, en Estambul, Turquía).

Vampirismo espiritual

Leandro Martins

Cansancio, baja inmunidad a las enfermedades, falta de equilibrio y concentración, así como exceso de irritabilidad pueden ser indicios de una pérdida energética provocada por el vampirismo.

Cuando la Doctrina Espírita se refiere a los vampiros, no habla de seres mitológicos con dientes agudos, adaptados para chupar la sangre de personas saludables; habla sí, de encarnados y desencarnados que, no respetando las leyes de Dios se llenan de sentimientos de venganza contra los enemigos del pasado, o incluso de sentimientos oportunistas y pasan a vivir a costa de la energía vital de otros.

Hay también aquellos seres que aunque hayan dejado el cuerpo físico, continúan aun viviendo los placeres oscuros de la carne y de vicios como el tabaco y las drogas, así como los desórdenes de la bebida y del sexo, entre otros y que, por encontrarse imposibilitados de satisfacer sus placeres, inducen a otras personas a hacerlo, y entonces, captan los fluidos de ellas, sintiendo así los mismos placeres producidos por el acto.

2. – Espíritus vampirizadores

El término vampiro es usado análogamente para definir el acto del espíritu que chupa intencionalmente las energías de otro, en alusión a la figura mítica de Drácula que hipnotizaba a sus víctimas y les chupaba la sangre hasta la muerte. En el mundo espiritual se encuentran figuras distintas de este ser, pero que actúan de forma muy parecida con las artimañas del conocido ser de las tinieblas del folclore.

Hay espíritus que chupan las energías sutiles de los seres de los que son huéspedes al punto de causarles serios daños a la salud física y psicológica, pues, además de debilitar las fuerzas, les envuelven en formas mentales groseras, que los martirizan mentalmente, llevándolos, a veces, a casos de locura. André Luiz llamó a este proceso infección fluidica, al ser tan grave el daño causado a la víctima.

3. – Seres alienados

Al desencarnar, el hombre lleva consigo todos sus vicios y necesidades. Dependiendo de su nueva situación en el mundo de los espíritus y, principalmente de la región que habita, es muy común que sienta las mismas necesidades que tenía cuando encarnado. Como no tiene medios para disfrutar de los placeres de la vida corpórea, y sin condiciones de suprimir esta necesidad en su nueva condición en la erraticidad, él busca apoyo en aquellos encarnados que pueden ofrecerle formas para la satisfacción de estas voluntades.

Tenemos ahí al ser que absorbe las fuerzas vitales, que se aproxima a un encarnado que tiene las mismas necesidades que las suyas, induciéndolo a la práctica excesiva de los vicios que tienen en común. Podemos citar a los viciados en el campo sexual, en las drogas, en el juego y hasta en las prácticas más comunes del día a día, pero que en exceso, ofrecen serios perjuicios, como el caso de la alimentación, como muestran las enseñanzas del espíritu André Luiz en los libros de la Colección *La Vida en el Mundo Espiritual* (Feb-Mensaje Fraternal).

Los encarnados que se alimentan y beben en exceso, lo hacen por sí y por otros espíritus, y cuando practican comportamientos sexuales viciosos, exponen su vida íntima y privada a una serie de experiencias en el campo sexual.

4. – Los monstruos

Narra la literatura espírita que, en el plano espiritual, hay entidades que por su ignorancia y atraso moral, además de subyugar a sus víctimas encarnadas e incluso desencarnadas, mantienen, por la llamada ideoplastia, su periespíritu en formas monstruosas. Se sienten bien siendo temidos y reconocidos por la manera como se presentan y normalmente actúan en bandos, buscando intimidar a otros espíritus que encuentran a su paso.

Ambientes terrenales donde impera el vicio y la inmoralidad son derroteros preferidos de estos espíritus, pues encuentran allá por afinidad a sus presas con mayor facilidad. Según el Espíritu Miramez por la psicografía de João Nunes Maia, en la serie de libros que trata de la Vida espiritual (Editora Fuente Viva), así como por los libros de André Luiz, los mataderos de animales están repletos de estas entidades que chupan la energía del animal abatido, saciando sus feroces instintos con los fluidos de la presa.

Velatorios y cementerios cuyos entierros no cuentan con la protección fluídica de la oración y la presencia de espíritus nobles, pueden también ser vulnerables a la presencia de estas entidades, que se aprovechan para recoger los resquicios de fluidos vitales de los recién desencarnados.

5. – Víctimas del odio

Espíritus que mantuvieron desavenencias mientras estuvieron encarnados, también en el plano espiritual, continúan nutriendo el mismo odio por sus enemigos. Sintiéndose con ventaja, traban una fuerte persecución a sus desafectos, aproximándose a ellos y, muchas veces, induciéndolos a tomar actitudes que los perjudiquen como la práctica de vicios, o exceso físico, aparte de la esclavitud psíquica. Los Centros Espíritas tienen por función ser abrigos al viajero que toca la puerta en busca del auxilio para los males del cuerpo físico o del alma.

Entre los males del alma, es en la Casa Espírita que aquel que, sintiendo la presión del cobro de una entidad espiritual vengativa, encuentra la protección y el entendimiento necesario para el rescate de esa deuda kármica. En reunión mediúmnica privada, a este espíritu se le recordarán las palabras del Nazareno que enseñó a perdonar el mal que nos hacen, y que esta deuda kármica será cancelada con la moneda de la acción caritativa a favor de alguien y sin espera de recompensas que no sea otra sino la de la alegría en la práctica del bien.

Cubierto por una psico-esfera de amor y oración, este cobrador del más allá se sentirá envuelto por sentimientos de paz y bondad que lo estimularán a desistir del intento de venganza y a comprender que el perdón libera a quien perdona y no a quien es perdonado.

6.- Vampiros encarnados

No podemos dejar de hablar de la obsesión de los encarnados por los desencarnados. Es lo que acontece debido al apego a los seres queridos. Al desencarnar, el hombre pasa a habitar un mundo desconocido del plano físico, pero hay lazos afectivos que no se rompen. El pensamiento de aquel que se queda aquí atraviesa las barreras físicas, llegando al alma de aquel que está al otro lado de la existencia.

Si el pensamiento del encarnado fuese de inconformidad y de desesperación, esto podrá causar desequilibrios al desencarnado que podrá sentir

la necesidad de volver a vivir junto a sus seres queridos; e infelizmente es esta la actitud que muchos toman al oír los incesantes llamados de sus seres queridos encarnados.

Mas la presencia del espíritu normalmente se torna un problema, pues él pasa a dividir el espacio con los encarnados y a retirar de ellos, incluso involuntariamente, sus fluidos vitales, y, por la vinculación psíquica, pueden pasar su inseguridad emocional. Así ambos, encarnados y desencarnados, son perjudicados.

Existe también un ejercicio irresponsable de la mediumnidad, cuando determinados espíritus que son prácticamente esclavizados por médiums que los usan para la satisfacción de su vanidad medianímica, como enseña André Luiz en el libro *En los dominios de la mediumnidad*:

“Algunos desencarnados son más vampirizados que vampirizadores. Fascinados por las solicitudes de los médiums que prestigian su obra infeliz, siguen sus pasos, como aprendices en busca de mentores a los cuales se consagran”.

Habla también del futuro de estos hermanos envueltos en un proceso de simbiosis mental: “En la hipótesis de que no se reajusten en el bien, tan pronto desencarnen el dirigente de este grupo y los instrumentos medianímicos que copian sus actitudes, serán sorprendidos por las entidades que esclavizaron, reclamándoles orientación y socorro”.

7. – Protección

La forma de huir de esta influencia es seguir las orientaciones de la Espiritualidad que recomienda la vigilancia y el cambio de hábitos. Nadie puede forzarnos a hacer aquello que no deseamos siempre que tengamos fuerzas para resistir, conforme enseña el añorado escritor Herculano Pires:

“Viviendo en el plano extra físico, los vampiros actúan sobre nosotros por inducción mental y afectiva. Nos inducen a hacer lo que desean y que no pueden hacer por sí mismos. Cuanto más los obedezcamos, más sumisos nos tornamos”.

Es preciso tener fuerza para ignorar y resistir a las malas orientaciones, perdonar a sus enemigos. Además de mejorar su condición espiritual, usted aun invita a sus obsesores a seguir sus pasos en dirección al bien.

El grito

Espíritu Hilario Silva – médium Waldo Vieira

—Una buena palabra auxilia siempre. A veces, suponemos estar solos y proferimos inconveniencias. Complicamos las cosas cuando podríamos ayudar. Es necesario aprovechar las oportunidades. Hablar es un don de Dios. Si abrimos la boca para decir algo, sepamos decir lo mejor.

La pequeña asamblea oía atenta la palabra de Salus, el instructor espiritual que hablaba por el médium.

—No es conveniente repetir frases inútiles. Y es siempre una grave falta conferir espacio al mal. Comentemos el bien. Destaquemos el bien.

Entre todos los presentes, Belarmino Arruda escuchaba en silencio.

※

Transcurridos algunos días, Arruda, en las funciones de maestro de obras, orientaba el término de la construcción de un gran recinto. El enorme salón parecía completo. Todo estaba terminado. Esmerado trabajo. Pintura primorosa.

—Probemos la acústica —dijo el ingeniero superior.

Y volviéndose hacia Belarmino:

—Grite algo.

Arruda, recordando la lección, gritó:

—¡Confía en Jesús!... ¡Confía en Jesús!...

El sonido estaba admirablemente distribuido.

Los operarios continuaban con su faena, cuando un triste hombre penetra en el recinto. Cabellos revueltos. Semblante trastornado.

—¿Quién mandó a confiar en Jesús? —preguntó.

Alguien señala a Belarmino, y se dirige hacia él, abriendo los brazos.

—¡Gracias mi amigo! —exclamó.

Y mostrando un revólver:

—Iba a ponerme el cañón en el oído, sin embargo escuché su llamado y detuve el disparo... Quería morir en el terreno baldío de la construcción, pero su voz me despertó a otra realidad... Estoy desempleado, hace mucho tiempo, y soy padre de ocho hijos... ¡Jesús, sí! ¡Confiaré en Jesús!

Arruda lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas. El caso fue llevado a conocimiento del director general. Y éste, visiblemente emocionado, extendió la mano al desconocido y habló:

—¡Venga mañana! Puede venir a trabajar mañana...

Comunicación publicada originalmente en *La vida escribe*, FEB, pp. 21 – 22, Río de Janeiro, Brasil.

Sentimiento

Espíritu Aulus¹ – médium Francisco Cândido Xavier

Amigos:

En nuestras relaciones con el Señor, con los semejantes, con la Vida y con la Naturaleza, es importante recordar que nuestra alma produce los modelos sutiles que orientan las actividades de cada día.

Así como la seguridad de un edificio corresponde al proyecto al que se subordina, el éxito o el fracaso en nuestros menores procedimientos corresponden a nuestra actitud espiritual.

Sabemos que en el campo de la fotografía el cliché es la imagen negativa obtenida en la cámara oscura, de la cual podemos extraer innumerables pruebas positivas. Así también, el pensamiento es la matriz que componemos en la intimidad del ser, con la cual es posible crear infinitas manifestaciones de nuestra individualidad.

Pero la formación del cliché depende de la película sensible que, en nuestro caso, es el sentimiento que antecede a toda elaboración de orden mental.

De esa forma, es imprescindible mejorar siempre y cada vez más nuestras adquisiciones de fraternidad, entendimiento y simpatía.

Se conoce a la estrella por la luz que desprende de sí misma.

Se detecta la presencia de la flor por su característico perfume.

Se identifica a la persona por las irradiaciones que proyecta.

Sorbemos ideas, asimilamos ideas y exteriorizamos ideas todos los días.

Así, en el intercambio de unos con otros, es imperioso observar

(1) Se trata del Benefactor Espiritual al que se refiere André Luiz en su libro *En los dominios de la mediumnidad*. Nota del Organizador Arnaldo Rocha.

nuestros estados sentimentales en las bases de nuestras reflexiones y razonamientos, como orígenes de nuestra victoria o derrota en el campo de la lucha vulgar.

Ilustrando estos sencillos conceptos, evoquemos a la Naturaleza para simbolizar algunos de nuestros sentimientos y aclarar, tanto como nos sea posible, la lección que nos ofrece la experiencia.

El odio es comparable a la hiena, esparciendo terror y muerte.

La envidia es semejante a la serpiente que se arrastra, emitiendo rayos de venenoso magnetismo.

Los celos se parecen a un lobo hambriento, extendiendo aflicción y desconfianza.

La agresividad se asemeja al erizo, arremetiendo sus espinos en dirección a aquellos que respiran su presencia.

El amor es comparable al sol que nos brinda calor y luz.

La comprensión copia a la fuente amiga.

La tolerancia fraterna es como un árbol que sirve y ayuda siempre.

La gentileza es hermana de la música constructiva, desdoblado consolaciones y mitigando el infortunio.

El sentimiento elevado genera el pensamiento elevado y el pensamiento elevado garantiza la elevación de la existencia.

Sintamos bien, para reflejar el bien, asegurando el bien en la senda que fuimos invitados a recorrer.

En verdad, el pensamiento es la causa de la acción, pero el sentimiento es el molde vibrátil en que se forman el pensamiento y la causa.

Sintiendo, modelamos la idea.

Pensando, creamos el destino.

Atendamos a la higiene mental, entretanto no nos olvidemos de que la casa, por más brillante y por más limpia, no vivirá feliz sin alimento. Y la bondad es el pan de las almas.

En razón de eso, nos recomendó el Divino Maestro, en su imperecedera lección: -“Amaos unos a los otros como yo os he amado”.

(Comunicación publicada originalmente en *Instrucciones psicofónicas*, FEB, pp. 191 – 193, Río de Janeiro, Brasil).

Canción de la inmortalidad

Juana de Ángelis

La vida física es un proceso evolutivo para el Espíritu, que se viste de materia, para vivir las experiencias necesarias con las que alcanza su iluminación.

De esa forma, cada existencia carnal constituye una bendita ocasión para el desenvolvimiento de los divinos tesoros que duermen, en germen, en el ser.

Paso a paso despierta la esencia divina de la que todos estamos constituidos, en razón de su génesis que es el amor de Nuestro Padre Celestial.

Mediante los pensamientos, palabras y actos practicados se edifican las futuras jornadas, siempre cargando las consecuencias de las anteriores, tal como acontece en una clase de estudios, cuya promoción a un nivel superior depende del aprendizaje adquirido.

Cuando ocurren descuidos y deslices morales, comportamientos insalubres y agresivos que perturban la marcha del conocimiento, se establece la necesidad de la repetición del currículo, a fin de que venga a constituir la base para sentar los cimientos de nuevas informaciones.

De igual manera ocurre en la adquisición de los inestimables recursos intelectuales y morales, que faculta al Espíritu a ser el autor de la felicidad o de la desdicha que señala su marcha hacia la perfección.

No existen excepciones en los Códigos Soberanos de la Justicia Divina, donde todos experimentamos los mismos desafíos, gracias a los cuales se presentan portadores de diferentes niveles de conciencia y de desenvolvimiento ético-moral.

Por tanto, la inmortalidad es la meta a alcanzar a través de las sucesivas reencarnaciones, que son diferentes peldaños a conquistar, en la

simbología de la bíblica *escalera de Jacob* (*Génesis*, 28:11 al 19), que conduce al Infinito.

Por ello, en razón del impositivo de crecimiento hacia Dios, corresponde a cada ser el esfuerzo para desembarazarse de las pasiones primitivas que lo mantienen en la ignorancia y en la sensualidad por donde transitó, adquiriendo otros valores de naturaleza ennoblecida, que le facultarán la armonía interior, la salud y el valor para la lucha incesante.

En consecuencia, la muerte física es un fenómeno biológico natural que apenas alcanza a la forma, el cuerpo material que es dejado después de su uso, prosiguiendo la vida en otra dimensión y vibración de energía, en la condición de *principio inteligente*, que es el Espíritu inmortal.

Es necesario que se considere la inevitabilidad de la desencarnación, pensando diariamente en que habrá de ocurrir, para que no se sea sorprendido por ella cuando suceda.

Distraído por las sensaciones del cuerpo, el Espíritu se apega a la materia y a sus concepciones, permitiéndose una fijación perturbadora, de la que tendrá que liberarse generalmente a través de la contribución del sufrimiento, mediante la perturbación que lo asalta más allá de las fronteras carnales.

*

Estás destinado a la plenitud o reino de los Cielos, conforme a la promesa de Jesús.

No seas recalcitrante ante el impositivo de las Leyes, que no siempre responden como te gustaría a los llamados afflictivos durante la transición carnal.

Sumerge el pensamiento y la emoción en las páginas libertadoras del Evangelio de Jesús, a fin de que puedas esculpir las en la conducta diaria, valiéndote de las mismas como metodología iluminativa ante las circunstancias oscuras del período existencial.

Nada ocurre por casualidad, por capricho del destino.

El tuyo es el destino reservado a los triunfadores, que solamente depende de cómo te comportes y desees.

Cuando comprendas la Ley de amor a la que Jesús se refirió y vivió, más fácilmente enfrentarás los problemas que surgirán ante ti y los transformarás en lecciones de sabiduría.

Mientras los insensatos se desesperan ante los sucesos más desagradables, se entregan al resentimiento y a la blasfemia, como si fuesen elegidos e incorruptibles que no mereciesen pasar por las mismas tribulaciones a las que todos estamos sujetos, permanece fiel al deber, con paciencia y valor, para que enfrente todas las vicisitudes con la alegría de alguien que se libera de las deudas adquiridas anteriormente.

Jamás consideres que el sufrimiento es infelicidad o desgracia, pues sabes que solo eres llamado a rescatar compromisos que no fueron cumplidos y actitudes que fueron practicadas agrediendo los códigos del Bien.

En la transitoriedad terrena, todos los dolores pasarán enseguida y dejarán sus benditas o aflictivas marcas, consecuentes con la forma como los hayas resuelto.

Desgracia real es el mal que puedas hacer, son las actitudes de soberbia y resentimiento que cultives, las agresiones y rebeldías que ya no deben formar parte de tu existencia.

De la misma forma como te preparas para cualquier realización futura, organízate también para la muerte, para que cuando llegue, te encuentre rico en valores y paz, sin que te cause, por ello, ningún tipo de aflicción o de choque.

Más allá de la tumba continuarás conforme a cómo te encuentras, siguiendo con los compromisos abrazados que no serán interrumpidos, porque la vida se extiende más allá de las vibraciones del organismo físico.

Podrás continuar amando a aquellos que aún permanecen en la retaguardia y ayudándolos en su crecimiento personal, de modo que el amor continuará sirviendo de bálsamo contra la saudade¹ que, de alguna forma, es una expresión de la ternura que el afecto coloca en el ser.

*

(1) Añoranza, nostalgia, melancolía.

No te desesperes ante la pérdida de los seres amados que la muerte arrebató momentáneamente de tu lado.

Ellos prosiguen viviendo y cantan el himno de la inmortalidad.

Medita para oír sus voces, sentir sus emociones, orar con ellos y crecer también rumbo a la espiritualidad.

Ellos te esperan con inmensa alegría, pues saben cuán rápido pasa el período orgánico en la Tierra.

Ora por ellos con gratitud por todo cuanto significaron para ti y envuélvelos en cariño, pues el Amor es la presencia de Dios en todo el Universo.

(Mensaje psicografiado por el médium Divaldo Pereira Franco, en la tarde del 30 de agosto de 2013, en la Mansión del Camino, en Salvador, Bahía, Brasil).

Vacuna contra la muerte provocada

André Luiz de Andrade Ruiz

El temido virus del ébola, que viene asolando la población de África a lo largo de 2 años, aproximadamente, ya ha producido la muerte de ocho mil doscientas treinta y cuatro personas¹, (al 8 de enero de 2015), correspondiendo a una tasa de mortalidad de cuatro mil ciento diecisiete personas por año.

Si el virus del ébola es motivo de preocupación para las autoridades sanitarias de todo el mundo, ¿qué pensaría usted de una epidemia que matase, en todos los países de la Tierra, un total aproximado de ochocientas cuatro mil personas por año², en todos los niveles de la población, especialmente entre los jóvenes y adultos jóvenes, capaces y aparentemente sanos?

Y lo peor es que se presenta como una epidemia silenciosa y destructora porque no puede ser detectada de forma fácil, pues no presenta una sintomatología como fiebre, vómito, diarrea, debilidad, palidez o algún otro síntoma parecido que permita un diagnóstico externo.

Sí, los departamentos científicos de los países desarrollados se lanzaron a realizar una investigación para la producción de una vacuna que pueda ser usada en el efectivo combate del ébola, que mata a cuatro mil ciento diecisiete personas por año. Pero, hasta ahora no se ha oído hablar de una investigación, remedio o vacuna que pueda ser usada o esté siendo desarrollada para atacar a este verdadero flagelo que mata a ochocientas cuatro mil personas por año.

Vea la noticia publicada por la prensa en todo el mundo:

“Cada cuarenta segundos, comete suicidio una persona en el mundo, según un informe inédito de Organización Mundial de la Salud, (OMS). (Véase http://www.who.int/mental_health/suicide_prevention/exe_summary_spanish.pdf)

(1) Noticia tomada de la prensa internacional en la Web en la fecha señalada.

(2) *Previniendo Suicidios – un imperativo global*, tomado de Internet.

Alrededor de ochocientos cuatro mil personas se suicidaron en 2012. Se trata de una proporción de 11,4 muertes por cada cien mil habitantes, y se da más entre hombres que entre mujeres. El problema es mucho más grave en los países pobres y representa la segunda mayor causa de muerte entre las personas de 15 a 29 años. Estas noticias constan en un informe inédito sobre el suicidio divulgado el 2 de enero de 2015, por la Organización Mundial de la Salud (OMS).

El informe *Previniendo suicidios – un imperativo global*, al que nos hemos referido arriba, forma parte de una campaña mundial de la OMS para frenar el problema. La entidad pretende reducir las tasas de suicidio en un 10% hasta 2020. En los países ricos, se quitan la vida tres veces más hombres que mujeres. En los más pobres, disminuye considerablemente. Muere una mujer por cada 1,5 hombres. Los suicidios son el 50% de las muertes violentas de hombres y 71% entre las mujeres.

El país con más muertes al año es India (258.000), seguido de China (120.700), Estados Unidos (43.000), Rusia (31.000), Japón (29.000), Corea del Sur (17.000) y Paquistán (13.000).

La agencia de salud de la ONU afirma que el 75% de los suicidios acontecen en los países más pobres o de renta media, y pide que sean tomadas providencias para reducir el acceso a los medios más comunes. Envenenamiento con pesticidas, ahorcamientos, armas de fuego, las cuales están entre las principales formas de suicidio. Las evidencias en Australia, Canadá, Japón, Nueva Zelanda, Estados Unidos y Europa muestran que restringir el acceso a estos medios puede ayudar a disminuir los suicidios.

El documento constata que los suicidios ocurren en el mundo entero y en todas las edades. Globalmente, los índices de suicidios son mayores entre personas de más de 70 años, pero en algunos países, este índice se incrementa entre los más jóvenes. En el grupo de 15 a 29 años, el suicidio es la segunda causa de muerte en el mundo”.

Es alarmante, ¿no le parece?

El **suicidio** corresponde a una patología que viene devastando a más de un millón de personas por año, si se considera las dificultades de Naciones Unidas para registrar las verdaderas cifras, sobre todo, porque en la mayoría de los países, no se elabora una estadística segura sobre el número de los que se suicidan o, si se hace, la mantienen oculta al conocimiento del público.

Entonces, los números oficiales presentados por la ONU, como siempre sucede en ese tipo de estudios, están subestimados si se considera la realidad objetiva no investigada o declarada en la mayoría de los países del mundo.

En algunos de estos países se adoptan procedimientos preventivos por medio de programas gubernamentales que intentan atacar las posibles causas primarias que lleven a las personas de los grupos más afectados a desear huir de la vida, como si eso fuese viable. No obstante, a pesar de tales iniciativas, el número de los que atentan contra su vida anualmente en el mundo supera en mucho la franja de un millón de personas.

Sin embargo, no todo está perdido.

Proveniente de Francia, la buena noticia se divulga por la Tierra, anunciando que ya existe una vacuna contra tan temible amenaza.

No es producto de los estudios de sus famosos laboratorios o institutos como el *Pasteur* o el *Pierre et Marie Curie*, que han prestado valiosísimos servicios a la Humanidad, no.

Tampoco es el fruto del esfuerzo reciente y desesperado de científicos dedicados a la investigación tratando de librar al mundo de tal inclinación autodestructiva.

Esa vacuna ya existe desde hace más de 158 años, resultado del trabajo de un solo hombre, Allan Kardec, verdadero científico del alma, que, secundado por una pléyade de Espíritus Superiores fue el enviado celeste para dar cumplimiento a la superlativa misión de ser el vehículo del Consolador Prometido por Cristo, de acuerdo a lo que declara la referida obra, en su *Prolegómenos*.

Sí, el 18 de abril de 1857, en la forma de un bendito libro que iluminaría las conciencias de las personas, se materializó en el mundo aquello que, desde entonces, es la única y eficaz vacuna contra el suicidio que se conoce en la Humanidad: **el Espiritismo**.

Lanzado en la referida fecha, con los resultados de largas investigaciones y reflexiones, además de las conclusiones científicas basadas en el Control Universal de la Enseñanza de los Espíritus, aquel que se ha dado a conocer por el título de *El libro de los Espíritus* reunió el código lógico que explicaría, desde entonces, las preciosas reglas del Buen Vivir, para la garantía de la evolución espiritual en la Tierra, la preparación para el Buen Morir,

por el entendimiento del fenómeno natural de la desencarnación y, finalmente, la reafirmación de la indestructibilidad del Alma después de la tumba, y las condiciones favorables o desfavorables como consecuencia de sus acciones en el mundo físico durante su existencia del cuerpo.

Reveladora del código moral para el Espíritu, la nueva doctrina no se resumía a un cuerpo de preceptos dogmáticos a los cuales se debería someter ciegamente, so pena de verse llevado a los calabozos infernales. Era la palabra consejera de un Padre Generoso que explica a sus hijos cuáles son las rutas seguras y cuáles son los peligros del mundo, a fin de saber cómo actuar en las horas difíciles en pos del aprendizaje superior del Alma. Realzando en cada hijo la libertad de acción, orientada sobre los efectos de sus actos desde el punto de vista de las consecuencias correspondientes para la individualidad espiritual, dejando claro que tales principios eran y son aplicables a todas las criaturas, independientemente de sus creencias, culturas y costumbres diferentes. Como leyes de la física, de la cosmología, de la química, las **leyes del espíritu** abarcan a todos aquellos que sean Espíritus, funcionando con mayor exactitud que la conocida ley de gravedad.

No hay como inhibirnos de ellas, pues su incidencia no depende de la aceptación del individuo.

Resulta de ello que es una doctrina Justa e igualitaria, tanto para responsabilizar plenamente a los que ya están capacitados, así como para atenuar los efectos de los actos practicados por aquellos que las ignoran.

Pero si la ignorancia puede surgir como atenuante, no será nunca motivo para la absolución total porque las **Leyes del Espíritu**, conocidas también como **Leyes de Dios** son del conocimiento de cualquier criatura.

Respondiendo a las preguntas presentadas por Allan Kardec, los Espíritus Superiores informan que no hay nadie en la Humanidad que pueda alegar ignorancia absoluta sobre los valores y ordenamientos divinos porque **la Ley de Dios está escrita en la conciencia de cada hijo** (pregunta 621).

Cargando cada uno el sentido de la Ley Divina en sí mismo, no es difícil percibir que los Valores Superiores pulsan en todas las personas, llevándolas a saber, interiormente, que se están conduciendo de manera inadecuada, independientemente de cualquier advertencia exterior.

Cuanto más se esclarece la conciencia, despertando de la larga hipnosis de la ignorancia o del primitivismo, más se entrega al Dios interno, el

Padre que enseñó los caminos por medio de sabios consejos explicándole: **Usted es libre para hacer todo lo que quiera, pero será responsable de cada cosa que haga.**

Así acontece con la joven que practica el **aborto** que, por más que le parezcan justificables los motivos que la llevaron al asesinato de su propio hijo, siente **en lo íntimo de su ser** que está actuando de manera contraria a la Ley del Universo. Tal situación es tan real que en ciertos ambientes destinados a tales prácticas y que se auto denominan *clínicas*, poseen servicios psicológicos post procedimiento abortivo, para amparar la conciencia culpable de la mujer arrepentida. Ella sabe lo que hizo y, después de concretado el acto, después que ya no puede volverse atrás, queda a merced del peso de su conciencia, por el arrepentimiento de culpa que la acompañará hasta el fin de sus días en la Tierra, lo que llevó a Emmanuel, el guía del médium Francisco Cándido Xavier a enseñarlo, de acuerdo a lo que él mismo nos relata.

“-He aprendido con los Benefactores Espirituales que un cuerpo... una familia, un plan reencarnatorio dan mucho trabajo y lleva mucho tiempo. No podemos ir desentendiéndonos de nuestros compromisos por cualquier motivo. El complejo de culpa será muy grande”. El espíritu Emmanuel dice que **“algunos gramos de remordimiento pesan mucho más en el corazón que una tonelada de sacrificios”** (*Momentos con Chico Xavier*, capítulo *Familia y reencarnación*, de Adelino Silveira).

El corrupto sabe que comete un crimen. El calumniador sabe lo que está haciendo, el ladrón tiene conciencia de sus actos indignos, y así sucede con todos los delitos. Esa culpa inherente al acto es el fruto, el efecto de la Ley Divina escrita en lo íntimo de la conciencia de cada persona.

No obstante, vivimos en una sociedad que procura burlar los Valores Divinos, ofreciendo a las personas compensaciones en forma de placeres, ventajas o justificaciones colectivas.

Con eso, se presentan ciertos escapismos sociales para eludir la conciencia y considerar aceptables comportamientos que en sana ley, sabemos que no deberíamos adoptar.

Hemos sido bombardeados por conceptos como: aprovechar ventajas, no enfrentar problemas, huir de los obstáculos y crear falsas expectativas. Vivimos en una época en la que parecen lógicas y aceptables ciertas propagandas que nos dicen:

Aprenda durmiendo... y venden variados cursos que prometen enseñarnos durante el sueño.

Adelgace comiendo... y nos venden dulces, golosinas y todo tipo de alimentos con falsas propiedades adelgazantes.

Enriquezcase gastando... y hacen promociones con productos con descuentos para que las personas compren aquello que no necesitan.

Envejezca pareciendo joven... e inventan todo tipo de cirugías plásticas para garantizar la apariencia juvenil o crean ropas y accesorios para satisfacer las fantasías mentales de los que no quieren asumir su propio envejecimiento.

Entre ellos, el más falso de todos:

Sea feliz, suicidándose... y estimulan los procesos de eutanasia, de suicidio consentido, asistido o estimulado con la falsa promesa de que es mejor parar de sufrir ahora, si no hay otro recurso que alivie el dolor.

Es la manera utilizada por el *marketing* de los placeres: anestesiarse la conciencia de los deberes.

Seducidos por la búsqueda de lo que es más placentero, de lo que es más fácil, de lo que da menos trabajo y estimula nuestras debilidades de carácter, seguimos tales promesas engañosas, como quien quiere creer, realmente, en las promesas allí enunciadas.

Y cuando nos frustramos con el fracaso, cuando no aprendemos durmiendo, no adelgazamos comiendo, no nos enriquecemos gastando y no logramos la ansiada juventud a pesar de las cirugías estéticas, descubrimos la soledad y la vergüenza de haber hecho de tontos con nuestro consentimiento explícito.

Esa decepción es típica de los hijos pródigos, tal como relata la parábola evangélica.

Después de haber sido educados por el Padre amoroso, preferimos las alegrías del mundo y la compañía de las amistades engañosas y falsas que solo querían aprovecharse de nuestra ingenuidad.

Arruinados por todos, nos vemos entregados a la miseria moral, a los precipicios de la desesperación y, como muchos, inclinados a la fuga de nosotros mismos por los caminos de la autodestrucción.

Es entonces cuando resurge la mano extendida del Padre, conocedor de nuestras fragilidades, para reconducirnos con seguridad a los caminos luminosos, recordándonos sus planes para nosotros mismos.

No es difícil combatir el **“adelgace comiendo, aprenda durmiendo, enriquezcase gastando, envejezca rejuveneciéndose”**. Un poco de reflexión, buen sentido o de sufrimiento son suficientes para quitar la hipnosis alienante del alma y traerla a la lógica de los hechos.

No obstante, falta combatir el **“sea feliz suicidándose”**.

Esa es una de las misiones del Espiritismo.

La Doctrina Espírita surge entonces como aliento para los desesperados, no porque vaya a resolver sus problemas sino porque les da entendimiento y fuerzas para comprender que hay caminos para la superación de las angustias morales, de las pérdidas materiales, de los desafíos de la salud física, desde que cada uno sepa y quiera aprender con el resultado de sus propias decisiones.

Y para aquel que piensa que la **muerte** es la única solución, ofrece la **vacuna del conocimiento** para que, antes de que cometamos el acto que pueda tener las apariencias del tan procurado **alivio** para sus dolores, sepamos lo que nos espera en el **después**.

Por la aplicación de los conceptos espíritas, aprendemos que de lo que plantamos, recogeremos inexorablemente. Así, si una persona desencarna por causas naturales, sin haber contribuido por su parte en el acontecimiento de su muerte, regresa al mundo espiritual para la evaluación del aprendizaje y, en el debido tiempo, puede ser candidato a recibir un nuevo cuerpo saludable para la continuidad de las lecciones en el mundo de las formas densas.

Pero, si la muerte acontece con la participación activa, consentida o indirecta del individuo, su irresponsabilidad lo conducirá a una evaluación negativa de sus decisiones, una larga y dolorosa expiación en regiones inferiores, un compromiso por la mala utilización del cuerpo saludable en la última existencia y, en consecuencia, la necesidad de expurgar el acto de autoagresión en experiencias reencarnatorias futuras, en cuerpos que traigan las marcas físicas, en forma de debilidades, flaquezas, malformaciones o limitaciones, por medio de las cuales el suicida recibe, inexorablemente, aquello que sembró.

Si un desencarnado estándar puede, normalmente, conseguir un retor-

no físico después de algún tiempo de preparación en el mundo invisible, el tiempo necesario para que el suicida pueda regresar a un cuerpo perfecto y libre de problemas se cuenta por siglos.

Hasta allá, pasará por reencarnaciones expiatorias con la función de expurgar los reflejos del acto suicida cometido contra la organización biológica.

Todo eso es consecuencia de las leyes que la Doctrina Espírita revela a nuestro razonamiento.

Todas las religiones en el mundo son caminos por medio de los cuales el Padre enseña y aconseja a sus hijos y, por eso, son dignas y nobles. Sin embargo, ninguna de ellas es **vacuna** eficaz contra el suicidio porque no explican cuál es el destino del alma para aquel que atenta contra su vida terrenal. Cuando lo hacen, se sirven de las viejas fórmulas ilógicas del infierno.

La única que lo utiliza por los convincentes caminos de la razón es la Doctrina Espírita.

Y lo hace no solo con argumentos filosóficos para el raciocinio atento, sino, más allá de eso, con el testimonio de aquellos que pasaron por esa situación y regresan de la muerte para contar lo que les sucedió después del suicidio.

El libro de los Espíritus presenta a nuestra inteligencia los conceptos filosóficos en forma de respuestas de los Espíritus Superiores sobre el tema del suicidio, en las preguntas 943 a la 957.

Sin embargo, es en otro libro de Allan Kardec, conocido como *El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina*, en su Segunda Parte, que encontramos el testimonio vivo, a través de nueve relatos de Espíritus que fueron suicidas en la Tierra, revelando lo que les ocurrió de trágico en el otro lado de la vida, después de la infausta actitud.

Esos conceptos y relatos ya serían suficientes para aclarar la mente curiosa o en crisis sobre la **total y absoluta** inviabilidad de la autodestrucción, incluso hasta para la finalidad de producir alivio a los dolores o pérdidas por hacernos entender que:

¡Usted no será feliz **suicidándose!**...

Pero, a pesar de ellos, valiéndose de la ventana de la mediumnidad con

su oportunidad de contacto y diálogo entre las dos dimensiones de la vida, presentamos a usted, querido lector, el texto incluido en la obra **Estante de la Vida**, del Espíritu Hermano X (Humberto de Campos), a través del médium Chico Xavier.

Se trata del capítulo 02 – *Testimonio*, que vamos a presentarle a continuación, con algunos comentarios de nuestra autoría, destacados en el texto.

“Testimonio

Aquí va, mi amigo, la entrevista rápida que usted solicitó al viejo periodista desencarnado con una suicida común. Sabe usted, tanto como yo, que no existen casos absolutamente iguales. Cada uno de nosotros es un mundo en sí mismo. Pero, para nuestro esclarecimiento, debo decirle que se trata de una joven señora que, hace precisamente catorce años, se suicidó envenenándose.

Algunas declaraciones, ya que no podemos transformar el doloroso asunto en novela de gran porte: ella se envenenó en Río de Janeiro a los treinta y dos años de edad, dejando el esposo y un hijito en casa; no era una persona de cultura excepcional, desde el punto de vista del cerebro, pero se caracterizaba en la Tierra por nobles cualidades morales, joven tímida, honesta, laboriosa, de regular instrucción y extremadamente dedicada a los deberes de esposa y madre.

Pasemos ahora a verificar sus once preguntas y a ver las respuestas que ella nos dio, que transcribo integralmente:

¿Poseía usted alguna fe religiosa, que le diese **una fuerte convicción en la vida después de la muerte?**

Seguía la fe religiosa, como ocurre con mucha gente que acompaña a los demás en el acto de creer, en la misma situación con la que se atiende a los caprichos de la moda. Para ser sincera, no admitía que fuese a encontrar vida aquí, como la veo, tan llena de problemas o, tal vez, más llena de problemas que mi existencia en el mundo.

Comentario: La suicida poseía algún tipo de vinculación con Dios, una religión formal, pero reconoce que era apenas una unión superficial, sin profundidad y autenticidad, como es bastante común entre la mayoría de personas del mundo.

Cuando sobrevino la muerte del cuerpo, ¿quedó inconsciente o consciente?

No conseguía mover ni siquiera un dedo, pero, por motivos que aún no se explican, permanecí completamente lúcida y por mucho tiempo.

Comentario: La muerte, en el caso de suicidio, no es necesariamente seguida por la inconsciencia o por el entorpecimiento del espíritu. Por la concentración del fluido vital, el Alma se mantiene consciente, en la mayoría de las veces, a pesar de no conseguir accionar los mecanismos de movilidad física por la definitiva ruptura de los conductos eléctricos que conectan la mente al cerebro físico.

¿Cuáles fueron sus primeras impresiones al verificar que había desencarnado?

Al lado de terribles sufrimientos, un remordimiento indefinible se apoderó de mí. Oía los lamentos de mi marido y de mi pequeño hijo, en balde gritando también, pidiendo socorro. Cuando el carro fúnebre arrebató mi cuerpo inmóvil, intenté permanecer en casa pero no pude. Tenía la impresión de que yo yacía amarrada a mi propio cadáver por los nudos de una cuerda gruesa. Sentía dentro de mí, en un fenómeno de repercusión que no sé definir, todos los golpes que daba el cuerpo dentro del vehículo en movimiento; tirada con el despojos en un compartimiento del cementerio, lloraba enloquecida. Después de pocas horas, noté que alguien me cargaba para la mesa de examen. De repente me vi desnuda y temblé de vergüenza. Pero la vergüenza se transformó en un gran terror que pasé a experimentar al ver que dos hombres jóvenes me abrían el vientre sin ningún recato, no obstante el respetuoso silencio con el que realizaban la pavorosa tarea. No sé lo que me dolía más, si el dolor indescriptible que me recorría la forma, en mi nuevo estado de ser, cuando los golpes del instrumento cortante me rasgaban la carne. Pero, el martirio no se quedó en ese punto, porque yo, que horas antes me hallaba en el confort de mi lecho doméstico, tuve que aguantar duchas de agua fría en las vísceras expuestas, como si yo fuese un animal de los que yo había visto morir, cuando niña, donde vivía mi padre... Entonces, clamé con más fuerza por socorro, pero nadie me escuchaba ni veía.

Comentario: Referencia a la conexión entre el periespíritu y el cuerpo físico por medio del lazo magnético que retiene el alma junto a la materia. Sufría por las sacudidas del carro funerario como si estuviese en

el cuerpo que era transportado. Por la concentración del fluido vital, el periespíritu continúa sintiendo la impresión de que el cuerpo está vivo y repercuten en él todos los procedimientos que son realizados en los restos, como la autopsia, procedimiento que, por obvios motivos, es hecho sin recurrir a la anestesia de los tejidos orgánicos. Eso repercute en el alma como si ella estuviese siendo intervenida quirúrgicamente a sangre fría.

¿Recurrió a la oración para atenuar el sufrimiento?

Sí, pero oraba, a la manera de los locos desesperados, sin ninguna noción de Dios. Me hallaba en franco delirio de angustia, atormentada por dolores físicos y mentales. Además, para salvar el cuerpo que yo misma había destruido, la oración era un recurso del que echaba mano, muy tarde.

¿Encontró amigos o parientes desencarnados, en sus primeras horas en el plano espiritual?

Hoy sé que muchos de ellos intentaron auxiliarme, pero fue inútil, porque en mi condición de suicida me sentía en plenitud de las fuerzas físicas. Parecía que las energías del cuerpo abandonado me eran devueltas por él y me hallaba tan materializada en mi forma espiritual como en la forma terrestre. Me sentía completamente sola y desamparada.

Comentarios: A pesar de que hay Espíritus amigos, el desequilibrio de la mente no permitía al suicida percibir su presencia ni oír sus palabras pues la concentración del fluido vital en su forma periespiritual hacía que ella se sintiese en espíritu, como si estuviese densificada en el cuerpo de carne, lo cual le impedía ver y oír en otras frecuencias vibratorias.

¿Asistió a su propio entierro?

Con el terror que mi amigo es capaz de imaginar.

Comentario: Más que asistir, presa al cuerpo muerto como se hallaba, debe haber presenciado el funeral desde dentro del ataúd.

¿No había Espíritus benefactores en el cementerio?

Sí, pero no podía verlos. Estaba mentalmente ciega de dolor. Me sentí bajo la tierra, siempre unida al cuerpo, como alguien que se debate en un cuarto sofocante, lodoso y oscuro.

¿Qué ocurrió enseguida?

Hasta ahora, no consigo saber cuánto tiempo estuve en la celda del sepulcro, siguiendo, hora a hora, la descomposición de mis restos... Pero, llegó un momento en el que la cuerda magnética cedió y me vi liberada. Me puse de pie sobre la tumba. Me reconocía débil, hambrienta, con sed y dilacerada... No había tomado posesión de mis propios razonamientos, cuando me vi rodeada por un grupo de hombres que, más tarde, supe que eran obsesores crueles. Me dieron la voz de prisión. Uno de ellos me notificó que el suicidio era una falta muy grave, que yo sería juzgada en una corte de justicia y que no me restaba otra salida, sino acompañarlos al Tribunal. Obedecí y, enseguida fui encarcelada por ellos en una tenebrosa furnia, donde pude oír el llanto de muchas otras víctimas. Esos malhechores me guardaban en un cautiverio y abusaban de mi condición de mujer, sin ninguna noción de respeto o misericordia... Solo después de mucho tiempo, me retiraron de la cárcel, después de enormes dificultades, a fin de internarme en un campo de tratamiento.

Comentario: Valiéndose de la fragilidad de la mente culpada, entidades astutas aprisionan a la suicida, que acepta ese destino por saber, en su conciencia, que ha cometido una grave infracción contra la Ley del Universo. Por eso, se deja arrastrar a la cárcel, donde es estuprada por espíritus muy inferiores, dominados aún por bajos instintos. Para superar tal condición recurre a la oración bañada por el remordimiento verdadero, y consigue sintonizarse con la ayuda espiritual que la rescata y ampara en una región adecuada a sus necesidades.

¿Por qué razón decidió suicidarse?

Sentía celos de mi esposo, que simpatizaba con otra mujer.

¿Juzga que su actitud le trajo algún beneficio?

Solo complicaciones. Después de seis años de ausencia, herida por tremendas saudades (añoranzas) obtuve permiso para visitar la residencia que yo juzgaba que continuaría siendo mi casa en Río de Janeiro. ¡Tremenda sorpresa!... De nada valió el suplicio. Mi esposo, joven aún, necesitaba de compañía y escogió para su segunda esposa a la rival que yo abominaba... Él y mi hijo estaban bajo los cuidados de la mujer que suscitaba mi odio y resentimiento... Sufrí mucho con mi orgullo abatido. Me desesperé. Pero, auxiliada pacientemente, por instructores caritativos, adquirí nuevos principios de comprensión y conducta... Estoy aprendiendo ahora a convertir mi

aversión en amor. Comencé procediendo así por devoción a mi hijo, a quien ansiaba extenderle las manos, y solo poseía, en el hogar, las manos de ella, habilitadas a prestarme semejante favor... Poco a poco, noté sus cualidades de carácter y corazón y hoy la amo, de veras como hermana de mi alma... Como puede observar, el suicidio me intensificó la lucha íntima y me impuso, de inmediato, duras obligaciones.

Comentario: Sin comentarios.

¿Qué espera para el futuro?

Tengo hambre de olvido y de paz. Trabajo de buena voluntad en mi propio perfeccionamiento y cualquiera que sea la prueba que me espera, en la correcciones que merezco, ruego a la Compasión Divina que me permita volver a nacer en la Tierra, otra vez, cuando pretendo retornar al punto de evolución en el que me estacioné, para concertar las terribles consecuencias del error que cometí.

* * *

Aquí, querido hermano, termina el curioso testimonio en el que figuré en la posición de su secretario.

Sinceramente, no sé por qué desea semejante entrevista con tanto empeño. Si es para curar una enfermedad en una persona querida, inclinada al suicidio, es posible que usted alcance el objetivo buscado. ¿Quién sabe? El amor tiene fuerza para convertir e instruir. Pero si usted supone que este mensaje puede servirle como herramienta para alguna transformación en la sociedad terrenal, sobre la base de la verdad espiritual, no estoy muy seguro en cuanto al éxito del intento. Digo eso, porque, si estuviese ahí, en mi cuerpo de carne, entre el pollo asado y el café caliente y si alguien me trajese a leer la presente documentación, sin duda que yo juzgaría tratarse de una historieta de cuentos para niños”.

A pesar de parecer una historia inventada al lector escéptico o más vinculado a las cosas del mundo que a las cosas del Espíritu, ciertamente que aquellos que piensan en quitarse la vida, aunque no sean espíritas, conociendo los relatos de otros que ya cometieron el infausto hecho y que nos cuentan cómo se sintieron del otro lado, habrán de pensarlo un poco más antes de concretar el acto sin regreso del suicidio.

La realidad del relato, en armonía con todos los otros casos de suicidas publicados en diversas fuentes, además de la mencionada en el libro *El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina*, sirve de base para la meditación más profunda de aquel que, por una cuestión pequeña o grande, piense en librarse de la contrariedad buscando la paz o el sosiego en el otro mundo.

Cuando descubra que va a sentir añoranzas de los problemas que tenía en la Tierra, seguramente lo pensará dos veces antes de actuar en el camino de la autodestrucción.

Si creemos que el dolor acaba en la tumba, llegamos a pensar que la muerte nos puede librar del sufrimiento.

Pero si somos informados por los mismos espíritus de los supuestos “muertos” que la muerte no existe y que el alma va a sufrir mucho más si asesina su cuerpo que no le pertenece, ciertamente nacerá la benéfica duda que detenga la mano suicida, haciendo que la mente busque otra solución menos drástica y grave para el desafío que la aflige.

El Espiritismo vacuna la mente contra el miedo de vivir y de morir, contra el odio, contra el materialismo, porque nos presenta las leyes del Universo y le recuerda al Alma que ella posee fuerzas para cumplir su misión en la vida física por el tiempo que la naturaleza le señale para su duración.

Así, por revelar y posibilitar el intercambio mediúmnic con los que ya desaparecieron, que se manifiestan contando su situación del otro lado de la vida, el Espiritismo se transforma en la **verdadera vacuna contra el suicidio**, necesitando ser difundido al mayor número de personas para que, informadas y vacunadas, aprendan a resolver sus complicaciones sin crear problemas mayores y peores para sí mismas.

Y si usted ha soportado el dolor de perder a un ser querido que se ha suicidado, no olvide que él ya posee suficientes dificultades por la manera que escogió para salir de la vida. No las empeore con el sentimiento de lástima, de resentimiento o angustia dirigido a ese ser querido. Sepa que sus oraciones son el único bálsamo que podrá aliviar su alma en las horas de los grandes desafíos que tiene por delante. Sus buenos recuerdos, sus buenas vibraciones serán el pan de la esperanza en el hambre de soledad por la cual el Espíritu del suicida precisa pasar para que nunca más se le ocurra la idea de practicar el acto de rebeldía, cobardía o ingenuidad que cometió contra su propia felicidad.

Como un educador que sabe que el hijo necesita enfrentar el resultado de sus decisiones, auxílielo con su cariño por medio de oraciones generosas y compasivas porque ellas serán la fuente amorosa que los aliviará en el desierto del corazón y de la conciencia, desierto este que ellos precisarán enfrentar como una forma de maduración de su alma y de crecimiento evolutivo para nuevas etapas futuras, cuando un nuevo cuerpo los esperará para la reparación de los actos practicados.

Él no está en el Infierno, no está imposibilitado de corregir sus actos, no fue condenado al sufrimiento eterno. Él es un hijo de Dios que precisa recuperarse para la continuación de su propio crecimiento.

Si fue mal alumno, jamás será expulsado o excluido de la escuela.

Debe repetir el año para volver a aprender las lecciones y corregir sus equivocaciones.

Sepamos, entonces, extender la mano firme y segura para que, en las oraciones de los que los aman realmente, se abastezcan para buscar el reinicio de las lecciones, en el tiempo adecuado.

Que Jesús nos ilumine y nos ayude a sembrar en los corazones afligidos la noción espírita con nuestros ejemplos diarios para que seamos capaces de evitar que más y más personas sean atrapadas en los tentáculos nefastos del suicidio.

Que las palabras del mentor Emmanuel nos inspiren en la conquista de la resistencia necesaria contra las corrientes inferiores que nos llevan a la autodestrucción:

Suicidio

En el suicidio intencional, sin las atenuantes de las molestias o de la ignorancia, hay que considerar no solo el problema de la infracción ante las Leyes Divinas, sino, también, el acto de violencia que la criatura comete contra sí misma, a través de la premeditación más profunda, con remordimiento más amplio.

Atormentada de dolor, la conciencia despierta en el nivel de sombras al que se precipitó, soportando de manera compulsiva las compañías que eligió para sí misma, por el tiempo indispensable para la justa renovación.

Sin embargo, los resultados no se circunscriben a los fenómenos de sufrimiento íntimo, porque surgen los consecuentes desequilibrios en la sinergia del cuerpo espiritual, con impositivos de reajuste en próximas existencias.

Así, después de pasar un determinado tiempo de reeducación, en círculos de trabajo fronterizos a la Tierra, los suicidas habitualmente son internados de nuevo en el plano carnal, en régimen de hospitalización en la celda física, que refleja sus penas y angustias en forma de enfermedades e inhibiciones.

De ese modo, nos será fácil identificarlos, en la cuna en que repuntan, mostrando la expiación a la que se acogen.

Los que se envenenaron, conforme a los tóxicos de que se valieron, renacen trayendo las afecciones cardiovasculares, los achaques del aparato digestivo, las enfermedades de la sangre y las disfunciones endocrinas, así como otros males de diagnóstico obscuro; los que incendiaron su propia carne sufren las amarguras de la ictiosis o del pénfigo; los que se asfixiaron, bien sea en el lecho de las aguas o en las corrientes de gas, exhiben los procesos mórbidos de las vías respiratorias, como en el caso del enfisema o de los tumores pulmonares; los que se ahorcaron cargan consigo los dolorosos disturbios del sistema nervioso, como las diversas neoplasias y la parálisis cerebral infantil; los que se despedazaron el cráneo o echaron su cabeza bajo las ruedas destructoras, experimentan desarmonías de la misma especie, especialmente las que se relacionan con el cretinismo, y los que se lanzaron desde gran altura reaparecen portando los padecimientos de la distrofia muscular progresiva o de la osteítis difusa.

Según el tipo de suicidio, directo o indirecto, surgen las disfunciones orgánicas derivadas, que corresponden a diversas calamidades congénitas, inclusive la mutilación y el cáncer, la sordera y la mudez, la ceguera y la locura, representando la terapia providencial en la curación del alma.

Junto a semejantes cuadros de pruebas regeneradoras, funciona la ciencia médica como misionera de la redención, consiguiendo ayudar y mejorar a los enfermos de conformidad con los créditos morales que alcanzaron o según el merecimiento disponible.

Guarda, pues, la existencia como don inefable, porque tu cuerpo es siempre instrumento divino, para que en él aprendas a crecer para la luz y a vivir para el amor, ante la gloria de Dios.

El trabajo voluntario puede proporcionar vida más larga y feliz

(mdemulher.abril.com.br)

Los beneficios del trabajo voluntario

¿Qué tal vivir más y con más salud? La ciencia lo comprueba: quien desarrolla un trabajo voluntario gana mucho en bienestar y felicidad.

Lo que usted hace bien puede hacer bien a alguien. Ese es el espíritu del trabajo voluntario, que significa poner a disposición de la sociedad un talento nuestro. Pero esa historia, que ya sería bonita si terminase ahí, va más allá: las personas que actúan como voluntarias movidas por el amor (y no para ganar puntos en su currículo, por ejemplo) viven en promedio cuatro años más, según un estudio de la Universidad de Michigan en Estados Unidos, y con mejor calidad de vida, afirma el investigador estadounidense Allan Luks, en el libro *The Healing Power of Doing Good* (*El poder curativo de hacer el bien*).

“Quien realiza por lo menos cuatro horas de trabajo voluntario por mes tiene diez veces más oportunidades de tener una buena salud que quien no hace ninguna labor voluntaria”, dice Luks.

¿La explicación? El voluntario vive un poderoso sentimiento de satisfacción, resultado de la disminución del estrés y de la liberación de endorfinas, neurotransmisores que provocan sensación de felicidad.



Todo el mundo puede ser voluntario, bastan disposición, buena voluntad y compromiso. (Foto: Getty imágenes).

“La persona se siente valorada, útil, con buena autoestima. Todo eso por saber que tiene algo para contribuir”, explica la psicóloga Cleonice de Andrade. (...)

SER VOLUNTARIO ES BUENO PARA LA SALUD

También una investigación realizada durante 10 años por profesores de la Universidad de Harvard, en Estados Unidos, con dos mil setecientas personas, concluyó que el trabajo voluntario es un óptimo remedio. En el estudio se dedujo que ser voluntario es bueno para el corazón y el sistema inmunológico, además de aumentar la expectativa de vida y la vitalidad.

Los investigadores notaron que las personas que tienen esos gestos de altruismo, al percibir la felicidad y gratitud de otros, liberan en el cerebro la endorfina, responsable por la sensación de placer. Ella disminuye la sensación de dolor y las oportunidades de enfermar. Otro punto importante del estudio fue la mejoría en el funcionamiento inmunológico de quien ayuda.

Hacer el bien proporciona una satisfacción, por el simple hecho de saber que donó a otro algo positivo, trayendo una agradable sensación de bienestar.

¿Qué ocurre en el cerebro de quien ayuda al prójimo?

Neurólogos brasileños desarrollaron una investigación con el objetivo de descubrir lo que ocurre en el cerebro de quien se dispone a ayudar al prójimo.

Sometieron a diecinueve voluntarios, estudiantes universitarios, a exámenes de resonancia magnética funcional mientras realizaban una tarea determinada por los científicos.

Antes del examen, los voluntarios recibieron ciento veintiocho dólares y la explicación de que esa cantidad podría ser donada a determinadas instituciones benéficas apoyadas por el Fondo de Naciones Unidas,

y que el saldo (o todo el dinero, si quisiesen), podría embolsárselo el participante.

Enseguida, recibieron explicaciones sobre las acciones desarrolladas por las referidas instituciones. Los resultados mostraron una intensa activación del sistema de recompensa del cerebro siempre que el voluntario decidía retener el dinero para sí. O sea, ganar dinero genera placer. No obstante, surgió un dato inesperado cuando se observaron los exámenes de los que resolvieron hacer donaciones a las referidas instituciones.

Además del sistema de recompensa, otra área del cerebro también fue activada, el córtex pre frontal, en el cual se sitúan los sentimientos de empatía y que entra en acción cuando nos vinculamos afectivamente a alguien o cuando practicamos un servicio voluntario.

O sea, el acto de donar generó placer y vino acompañado de un sentimiento de solidaridad hacia aquellas personas atendidas por las instituciones benéficas.

Ese estudio detectó que hacer el bien produce sensaciones placenteras en aquel que lo realiza, sensación acrecentada de un sentimiento positivo: la empatía hacia el beneficiado. O sea, hay una recompensa al practicar el bien. El cuerpo confiere, a través de mecanismos internos automáticos, un premio a aquel que lo efectuó. Así, gana quien recibe y gana quien practica el bien.

Por tanto, ayudar al prójimo está en nuestra propia naturaleza, forma parte del ser humano.

Regresa al Plano Espiritual *Néstor João Masotti*

Antonio César Perri de Carvalho

Fue el décimo quinto presidente de la Federación Espírita Brasileña. Nació en Pindorama, SP, Brasil, el 21 de junio de 1937, hijo de Damiano Henrique Venancio Masotti y Eloyda G. Masotti, ambos espíritas (...).

Siempre fue muy activo en el movimiento espírita, integrándose en la Juventud Espírita y en la dirección de un Centro Espírita. Actuó en eventos regionales, interestatales y nacionales de las juventudes espíritas. Fue presidente (1974-1982) y vicepresidente (1982-1986) de la Unión de las Sociedades Espíritas del Estado de San Pablo (USE-SP), integrando el Consejo Federativo Nacional (CFN) de la Federación Espírita Brasileña (FEB). Por invitación del presidente Francisco Thiesen, en la Sede de la FEB en Brasilia, ejerció cargos de director (1986-1990) y secretario general del CFN, asumiendo después la vicepresidencia (1990-2001) y la presidencia de la FEB. Participó activamente en la implantación de las Comisiones Regionales del CFN.



Ejerció el vigésimo primer mandato de presidente de la FEB (2001-2013). En el inicio de su gestión como presidente, procedió a la reforma y actualización de la gráfica de la FEB, a la modernización de las portadas y formato de los libros. Durante su mandato fueron realizados dos Congresos Espíritas Brasileños (2007 y 2010); conmemoraciones del Bicentenario de Nacimiento del Allan Kardec, con emisión de un sello conmemorativo por los Correos; “Proyecto Centenario de Chico Xavier”

(2010); fueron acuñadas varias medallas por la Casa de la Moneda en homenaje a Chico Xavier (2010); Sesquicentenario de *El libro de los médiums* (2011); y Centenario de la Sede Histórica de Río (2011). Durante su gestión, el CFN aprobó: Actividad de Preparación de Trabajadores Espíritas (2002), que generó el curso de “Capacitación Administrativa de la Casa Espírita”; Campaña ¡Construyamos la Paz promoviendo el Bien! (2002); Plan de trabajo para el Movimiento Espírita Brasileño (2007-2012); Campaña “El Evangelio en el Hogar y en el Corazón” (2008); “Orientación a los Órganos de Unificación” (2009); y Reglamento Interno del Consejo Federativo Nacional de la FEB (2011). La FEB apoyó: la creación del Movimiento Nacional en Defensa de la Vida (Brasil sin aborto); la reforma de las instalaciones de la Hacienda Modelo y la construcción del Memorial del Centro Espírita Luiz Gonzaga, de Pedro Leopoldo (MG); apoyó las películas *Chico Xavier*, *Nuestro Hogar* e *Y la vida continúa...* Simultáneamente con sus responsabilidades al lado de la FEB, junto con los ex presidentes Francisco Thiesen y Juvanir Borges de Souza, trabajó intensamente por la fundación del Consejo Espírita Internacional (CEI). Ejerció también el cargo de primer secretario y secretario general del Consejo Espírita Internacional. En este último cargo, creó la TVCEI; la Edicei, con libros traducidos a varios idiomas; el Centro Administrativo del CEI, en Brasilia, y promovió Congresos Mundiales trienales: ciudad de Guatemala (2001), París (2004), Cartagena de Indias (2007) y Valencia (2010). Participó en dos eventos en la ONU, en Nueva York: el “Millennium World Peace Summit” (2000) y del homenaje por el Centenario de Chico Xavier (2010); actuó en charlas, seminarios y varios eventos en diversos países de las tres Américas, Europa y África.

Se apartó de la presidencia para realizar tratamientos de salud, en junio de 2012, y definitivamente en marzo de 2013.

Al retornar a Brasilia, en agosto de 2013, después de más de un año en tratamiento en San Pablo, asistió a algunas reuniones mediúnicas e hizo algunas charlas en la FEB. Néstor fue homenajeado en varios momentos por el actual presidente: en su ausencia, en el CFN de 2012, con la consecución de firmas en un libro y una placa de plata; en su primera aparición pública después del inicio del tratamiento de salud a su paso por el Museo Espírita de San Pablo para la FEB (abril de 2013), inauguración de su fotografía en la Galería de los Ex Presidentes en el Espacio Cultural

de la FEB (noviembre de 2013) y en la apertura de la Reunión Extraordinaria del CFN de la FEB –día 23 de agosto de 2014-, oportunidad en la que profirió la oración de apertura. Esta fue su última aparición pública y en la FEB.

Casado con María Euni, tuvieron como hijos a Miriam, Mario y Mariane, yerno Rubens y nuera Sibeli, y nietas, todos vinculados a actividades de la FEB.

Conocimos a Néstor cuando estaba soltero, a comienzos de la década de los 70. Desde entonces, acompañamos su trayectoria, principalmente durante su gestión en la USE-SP y durante sus cargos en la FEB y en el CEI. Siempre apreciamos sus propuestas doctrinarias, de unificación y de difusión. Coincidentemente, nos mudamos para Brasilia, por razones profesionales, dos meses antes de que él asumiese la presidencia de la FEB, y actuamos con él en acciones en la FEB y en el CEI, aprendiendo a valorar y respetar sus esfuerzos y luchas emprendidas por la Causa. Nuestro amigo abrió muchos caminos y contribuyó enormemente en la difusión del mensaje espírita.

Nota de la Redacción: sus exequias tuvieron lugar el mismo día de la desencarnación, el 3 de septiembre de 2014, a las 16:30 h, en el Cementerio Campo de la Esperanza, en Brasilia.

(Boletín del SEI, RJ, Brasil, septiembre de 2014)



Néstor João Masotti, apoyó siempre el trabajo de difusión del libro espírita en español, cediendo derechos de Autor y favoreciendo la cooperación entre la FEB el CEI, el IDE y Mensaje Fraternal.

Durante su gestión, Don Néstor visitó muchos países del ámbito hispánico llevando, con su ejemplo de hombre bueno, el discurso y la buena voluntad de un valioso hermano y amigo de todos... *Nota de la Redacción del Anuario Espírita.*

Espiritismo en marcha

Breves noticias de Argentina

Encuentro nacional de jóvenes espíritas

El día sábado 10 de mayo de 2014, la *Confederación Espiritista Argentina* (CEA) fue sede del *Encuentro nacional de jóvenes espíritas* organizado por la *Federación espírita juvenil argentina* y el Área de educación espírita de la niñez, la adolescencia y la familia de la CEA.

El *Salón Urania* se iluminó con la presencia de 50 jóvenes, niños y niñas procedentes de casi todas las casas espíritas que cuentan con agrupaciones juveniles y escuelas infantiles en la Argentina.

XL Feria internacional del libro de Buenos Aires

Entre los días 24 de abril y 12 de mayo de 2014, la CEA participó como ponente en la XL edición de la Feria internacional del libro de Buenos Aires, que este año recibió un millón doscientos mil visitantes. En el stand n° 2119, ubicado en el Pabellón Amarillo de *La rural*, se puso a disposición del público más de doscientos títulos de autores espíritas, y fue presentada la nueva edición de *El Evangelio según el espiritismo*, del maestro Allan Kardec, que brilló en una ubicación de honor en el mes de su 150° aniversario. Al igual que en los eventos de los años anteriores, esta oportunidad de contacto directo con los lectores fue aprovechada para distribuir gratuitamente el folleto *Conozca el Espiritismo*, así como la revista *La Idea* y volantes con mensajes y actividades elaborados por distintas instituciones espíritas. Visitaron el stand hermanos procedentes del interior del país y de Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay. No sin un gran esfuerzo económico por parte de esta Confederación, el Espiritismo pudo ser comunicado en el evento cultural más importante de Argentina.

CEA - Programa de apoyo a las instituciones espíritas para la realización de sus actividades básicas:

1) Área de estudio de la Doctrina Espírita:

En lo que respecta al estudio del Espiritismo, el **Instituto de enseñanza espírita** desarrolló normalmente su **Programa de actividades 2014** con un incremento considerable de la matrícula. Fueron impartidos los siguientes cursos anuales, con entrada libre y gratuita:

- *Estudio sistematizado de la Doctrina Espírita* - (3 niveles).
- *Estudio y educación de la mediumidad* (2 niveles).
- *Estudio avanzado de la Doctrina Espírita* - (2 niveles).
- *Curso de oratoria y expresión espírita.*
- *Estudio de **El Evangelio según el Espiritismo**.*
- *Curso de esperanto*
- *Curso de pases.*

El día 2 de diciembre se realizó el acto de fin de curso del Ciclo lectivo 2014, con entrega de certificados a unos sesenta estudiantes que aprovecharon bien los cursos ofrecidos.

Gustavo N. Martínez - Presidente de la CEA

Confederación Espiritista Argentina
Sánchez de Bustamante 463

(C1173ABG) Ciudad de Buenos Aires

Tel - fax: +54 11 4862-6314 / ceaespiritista@gmail.com

Centro Educativo Integral *Casita del Camino Sur*

Desde el Sur un paso más...

Hoy tenemos el inmenso placer de contarles que hace tres sábados abrimos nuestras puertas y corazones a la tarea de asistencia a los más chiquitos en el Barrio Bella Vista de la Ciudad de Zapala, Provincia del Neuquén, Patagonia, Argentina.

El sábado 22/11/2014 el C.E.I. *Casita del Camino Sur* abrió sus puertas para nunca más cerrarlas. El almuerzo, coronado por veinte asistentes, entre niños y mayores, fue algo que conmovió nuestras fibras más profundas.

Esta hermosa actualidad es el fruto de reuniones y esfuerzos que desde

principios del año 2007 comenzaron a gestarse en Zapala, en el *Grupo Espírita Piedra y Camino*.

Ese grupo, sostenido firmemente en sus bases por los postulados kardecianos y por ende cristianos, se dispuso comenzar a construir, en un barrio lleno de carencias, la sede de la asociación espiritista y el centro de los trabajos asistenciales, como eje fundamental de la divulgación del mensaje de Jesús.

En pos de ello, se creó la Asociación civil *Centro Educativo Integral Casita del Camino Sur*” (Personería Jurídica N° 1705/13), como una organización sin fines de lucro y con sustento espiritista, que observando las carencias de nuestra sociedad, propone y lleva adelante acciones para poder suplir dichas necesidades, junto a otras que surgirán a medida que la actividad se vaya desarrollando.

Trabajamos no solo con los niños sino también con sus problemáticas familiares, las que serán abordadas en el futuro.

La experiencia de nuestro grupo espiritista se fue gestando mediante el estudio doctrinario y el trabajo solidario realizados en la Ciudad de La Plata, Provincia de Buenos Aires, en la Sociedad Espiritista *Te Perdono* en la calle 10, N°1423 y en la ONG *Camino a la Casita* de esa bella ciudad.

Es por ello que, agradeciendo a Dios por la orientación de nuestros amigos platenses, a los guías de *Te Perdono* y a nuestros propios asistentes espirituales, nos regocijamos en compartir con la gran familia espiritista esta maravillosa experiencia, sabedores de que habiendo regresado al Sur nos trajimos en el Alma esa semilla de trabajo, amor y caridad.

Un abrazo fraterno a todos y cada uno de Ustedes.

Horacio A. Lucesoli - Presidente.
ZAPALA, 9 de diciembre de 2014.-

Asociación Civil Centro Educativo Integral *Casita del Camino Sur*
Ortega y Picardi – Celular: 02942 – 15478953
<https://www.facebook.com/casitadelcamino.zapala>
horaciolucesoli@yahoo.com.ar
Zapala – Neuquén, Argentina

Colombia

Noticias de Colombia sucedidas en el año 2014

Germán Téllez Espinosa

En la reunión del Consejo Confederativo Nacional de “Confecol”, rea-

lizado en Cartagena de Indias, el día 21 de marzo, antes de la inauguración del XV Congreso espírita colombiano, el médium Divaldo Pereira Franco recibió el siguiente mensaje psicofónico:

“La unificación es fundamental para el movimiento espírita

La construcción del centro espírita resulta el más humilde grano de arena, sin embargo, el acero y el cemento que le ofrecen seguridad también necesita de los adornos que responden por la comodidad de la habitación.

Allan Kardec puso los pilares de la ciencia, de la filosofía, de lo ético – moral de consecuencias religiosas, sin embargo las paredes, los pisos y el techo, pertenecen a los espíritas sinceros que se fascinaron con el mensaje libertador del Evangelio, en su más íntima expresión, siendo responsables por su adulteración a lo largo de los siglos, reencarnándose algunos espiritistas con el deber de recuperar la pureza doctrinaria para la felicidad de la humanidad.

Vosotros estáis comprometidos con esta edificación. Mantened el compromiso de amor y de fidelidad a la causa espírita, respondiendo con dignidad a todas las propuestas que se imponen en este momento crucial de la sociedad terrestre.

Asumisteis el deber de insistir hasta el fin, vinculados a Jesús que prosigue en los últimos 2000 años esperando por nuestra afectividad.

Bendigamos, todos, la oportunidad bendita de servir y no nos cansemos de cumplir con el ideal, trabajando continuamente en beneficio de la nueva era.

Espíritus vinculados a Colombia nos hacen mensajeros, de su palabra de Amor y de dedicación a la causa, en el momento en que se inaugura el XV Congreso Nacional para la iluminación de conciencias y la continuidad de la programación superior.

Mantened el entusiasmo insistiendo en la fe restaurada que enfrenta todos los conocimientos en perfecta consonancia con la verdad.

Mucha paz hijas e hijos del corazón, son los votos del servidor humilde y paternal de siempre.

¡Que Dios nos bendiga!”

Bezerra.

XV Congreso espírita colombiano

En el Centro de Convenciones de Cartagena de Indias, se realizó el XV Congreso Espírita Colombiano, del 21 al 24 de marzo. El tema central del evento: ***150 años del Evangelio según el Espiritismo*** y el programa fue el siguiente:

Divaldo Pereira Franco, viernes 21, conferencia de apertura: *El Evangelio según el Espiritismo* y lunes 24, conferencia de clausura: *Jesús y vida plena*.

Los días 22 y 23, los seminarios: *Psicología de la gratitud* y *Viviendo con Jesús*. Estos fueron únicamente para espíritas, marcando con sus enseñanzas, huellas de iluminación, libertad de conciencia, sensibilidad y compromiso en los asistentes.

El sábado 22, Fabio Villarraga Benavides, *La existencia y comprensión de Dios: Bases racionales de la fe espírita*; Carmen Cardona Fuentes, *Jesús y el Evangelio según el Espiritismo*; Víctor Madero, *La inmortalidad del alma según la ley y la justicia divina*; Axel Rhenals Turriago, *La reencarnación: Gran oportunidad del amor divino*; John Rhenals Turriago, *Doctrina Espírita: El Consolador prometido por Jesús*.

El domingo 23, Alba Leonor Camacho Gil, *El sentido existencial a la luz de la evolución espiritual del ser*; Milton Delgado Jiménez, *Somos herederos de nosotros mismos*; Ubaldo Rodríguez de Ávila, *Consecuencias morales y filosóficas de la comunicación con los espíritus*; Emiro Navarro Mendoza, *Diversidad de moradas: La gran transición planetaria*; Jorge Berrío Bustillo, *El centro espírita y su función consoladora*.

El lunes 24, Andrés Abreu Cubillos, *Construyendo el reino de los cielos: Fundamentos espíritas para una nueva sociedad*; Jhonny Navarro Camacho, *Jesús y Kardec maestro y apóstol*.

Todos los ponentes, con su palabra entusiasta, sembraron la semilla del Consolador Prometido en el corazón de los congresistas e hicieron énfasis en el Amor de Jesús y Kardec, por la humanidad.

Al evento asistieron delegaciones de once países: Brasil, Perú, Puerto Rico, Rep. Dominicana, Ecuador, Paraguay, Uruguay, Panamá, Argentina, Chile y EE.UU.

Este Congreso fue organizado por la Federación Espírita de Bolívar, e-mail: fesbol@confecol.org con el apoyo de Confecol. www.confecol.org

Conferenciantes espíritas visitan Colombia

El Centro de Estudios Espíritas Juana de Ángelis, de Cartagena de Indias, para la celebración del XX aniversario de su fundación, invitó a Julio Rafael Gomes Carvalho, del Brasil y durante los días del 31 de mayo al 2 de junio, se presentó el siguiente programa:

Sábado 31 de mayo, Ubaldo Rodríguez, seminario: *Bienaventurados los que lloran*; John Rhenals, seminario: *Bienaventurados los misericordiosos*

y Julio Rafael Gómez Carvalho, la conferencia: *Nadie puede ver el reino de los cielos, sino naciere de nuevo*.

Domingo 1 de junio, Carmen Cardona, el seminario: *Bienaventurados los pobres de espíritu*; Julio Rafael Gómez Carvalho, el seminario: *Los diferentes aspectos del centro espírita*; Wido Mardini, el seminario: *Bienaventurados los limpios de corazón*; Fabio Villarraga Benavides, el seminario: *Bienaventurados los mansos y pacíficos* y Julio Rafael Gómez Carvalho, la conferencia: *El espírita ante Jesús y Kardec*.

Lunes 2 de junio Rafael Gómez Carvalho, el seminario: *Técnicas de división empleadas por los obsesores para dividir el movimiento espiritista*.

Este evento se constituyó en una fiesta espiritual, por la armonía y la paz vividas durante la exposición de los temas y por las manifestaciones fraternas entre los asistentes.

Miércoles 4 de junio, Valledupar, invitado por la Confederación Espírita Colombiana y la Federación Espírita del Magdalena y Cesar, presentó la conferencia: *Paganismo, Cristianismo y Espiritismo*, en el auditorio de Fenaldo.

Carlos Orlando Villarraga Benavides, colombo-brasileño, realizó una encomiable y destacada tarea de divulgación doctrinaria del 22 de octubre al 8 noviembre, en diferentes ciudades y desarrolló la siguiente programación de conferencias:

Los días 22 y 23, en Cali, en la Asociación Espírita León Denis, *Perdonar: estrategia para la salud integral* y en la Fundación Espírita Alborada, *Como fortalecer su fuerza de voluntad*.

Los días 24 y 25, en Dosquebradas, en la Asociación Espírita Paz y Luz, *Planeta Vida y Perdonar: estrategia para la salud integral*.

Domingo 26, Chinchiná, en el Centro Espírita Nuevos Caminos, *Espiritismo y Desarrollo Sostenible* y *La conservación del medio ambiente físico y espiritual*.

Los días 27 y 28, Cartagena de Indias, en la Sociedad Espiritista de Cartagena, *Depende de mí* y en el Centro de Estudios Espíritas Juana de Angelis, *Los Mitos de la felicidad*.

Los días 29 y 30, Barranquilla, en el Centro Espírita Senderos de Paz, *Como fortalecer su fuerza de voluntad* y en el Centro Espírita Obreros del Camino, *Depende de mí*.

Los días 31 de octubre y 1 de noviembre, Santa Marta, en la Asociación Espírita Francisco de Asís, *La importancia de la lectura y el estudio espírita* y *El mejor GPS para su vida*, respectivamente.

Domingo 2 de noviembre, Valledupar, en la Fundación Espírita Hombres del Camino Recto, *Los Mitos de la felicidad*.

Los días 3 y 4, Bogotá, en la Asociación Espírita Senderos de la Esperanza, *La Alegría como factor de desarrollo espiritual* y *Como mejorar nuestro índice de positividad* y en el Centro Espírita Rutas de Luz, *Perdonar: Terapia para la salud integral*.

Miércoles 5, Villavicencio, en el Centro Espírita La Luz del Mundo, *Como fortalecer su fuerza de voluntad*.

Los días 6, 7 y 8, Bogotá, en la Fundación Espírita Los Sembradores del Camino, *La Justicia social: Visión espírita para la acción social y Programa Acelerado de Crecimiento Espiritual*; en la Asociación Espírita Tercera Revelación, *Como fortalecer su fuerza de voluntad* y en el Centro Espírita Amor y Fe, *El mejor GPS para su vida*.

Carlos Orlando, en su recorrido de trabajo doctrinario, entregó herramientas de fortaleza y superación y recalcó que, con la presencia del señor Jesucristo, en nuestro ser, venceremos los obstáculos y dificultades de la vida.

Carlos Roberto Campetti, brasileño, invitado por la Confederación Espírita Colombiana, para que visitara algunas federaciones, del 29 de octubre al 3 de noviembre, realizó la siguiente programación:

Miércoles 29, Bogotá, Federación Espiritista de Cundinamarca, presentó en el auditorio de Barrios Unidos el seminario: *La humanización de las relaciones del centro espírita*.

Jueves 30, Medellín, Federación Espírita de Bolívar, en el auditorio del Centro Comercial los Molinos, disertó la conferencia: *Dimensión y alcance del Espiritismo con Jesús*.

Viernes 31, Barranquilla, Federación Espírita de la Costa Atlántica, en el auditorio Centro de Convenciones de Combarranquilla-Boston, ofreció el seminario: *Educación del Espíritu*.

Del 1 al 3 de noviembre, Cartagena de Indias, Federación Espírita de Bolívar, en el Centro de Estudios Espíritas Juana de Angelis, presentó los seminarios: *Trabajo en equipo* y *Liderazgo espírita* y la conferencia: *Auto-obsesión*.

Con su palabra fraterna, transmitió enseñanzas llenas de fidelidad a los postulados de la Doctrina de los Espíritus, dejando en el intelecto de los asistentes, esclarecimiento, consuelo y esperanza.

Julio Rafael Gomes Carvalho, brasileño, invitado por la Federación Espírita del Sur Colombiano, durante los días del 3 al 6 de diciembre, llevó a cabo el siguiente programa:

Los días 3 y 4, Palestina, en la Asociación Espírita El Buen Sembrador, conferencia: *El Espiritismo en Nuestras Vidas* y el seminario: *Cómo hacer para que la gente trabaje en la Casa Espírita*.

Los días 4 y 5, Pitalito, en el Grupo Espírita Chico Xavier y en el Centro de Estudios Espíritas Luz del Peregrino, la conferencia: *La Navidad según la doctrina Espírita* y el seminario: *Técnicas de división empleadas por los obsesores para dividir el movimiento espírita*.

Los días 5 y 6, Neiva, en la Asociación Espírita Caminos de Amor Bezeerra de Menezes seminarios: *Conócete a ti mismo* y *Centro espírita, desarrollo y administración* y la conferencia: *Los retos de la vida en pareja*.

Domingo 7, Bogotá, invitado por la Federación Espiritista de Cundinamarca, para la celebración del XXV Encuentro Espírita, presentó las conferencias: *Las religiones del mundo y las leyes morales* y *La Navidad según el Espiritismo*, en la sede de la Asociación Espírita Senderos de la Esperanza.

Julio Rafael esclareció sobre la importancia del estudio del Espiritismo con disciplina para alcanzar la reforma moral; a su vez, motivó a los espíritas a un trabajo coordinado y desinteresado, así también alertó sobre los medios que el mundo espiritual, necesitado de amor, utiliza para hacer daño individual y colectivo. Profundizó sobre asuntos relacionados con la convivencia en pareja. Puntualizó sobre la historia de las religiones y el significado verdadero de la Navidad, que es hacer el bien y seguir las enseñanzas de Jesús.

II Movimiento Tú y la Paz

La Federación Espiritista de Cundinamarca realizó la segunda edición del Movimiento *Tú y la Paz*, el martes 24 de junio, en Bogotá, en el Centro de Convenciones Gonzalo Jiménez de Quesada, con el auspicio de la Confederación Espírita de Colombia.

Este movimiento fue creado en el año de 1998 por el médium Divaldo Pereira Franco, que se propone la divulgación de la no violencia, promoviendo la edificación de la paz a partir del interior de cada ser humano. ¡Vive en Paz! ¡Tú eres la Paz!

El acto de inauguración estuvo amenizado por la oración y violinistas que interpretaron música clásica, creando un ambiente de armonía para la ocasión.

El Presidente de la República de Colombia, Juan Manuel Santos, envió un mensaje al Movimiento Tú y la Paz, del cual, destacaremos textualmente, algunos párrafos:

“Que importante el mensaje que entrega este movimiento y que los convoca hoy:

¡Tú eres la Paz!

La paz debe pasar, antes que nada, por el desarme de los espíritus, y a eso tenemos que convocar -como ustedes hacen- a toda la sociedad colombiana.

La paz la iniciamos en nuestros corazones, en nuestros hogares, en nuestros barrios, en nuestros trabajos...y lo más importante ahora es que cada colombiano se pregunte: ¿Qué puedo hacer yo por la paz?"

Concluye diciendo: "Gracias, muchas gracias, por convocarnos a la No-violencia, por invitarnos a amarnos en lugar de armarnos, por recordarnos que la paz, ¡la verdadera paz! empieza por el corazón".

Diversas personalidades constituyeron la mesa de honor de este evento, entre las cuales se encontraban las homenajeadas, por su trabajo a favor de la edificación de la paz:

Divaldo Pereira Franco, fundador del movimiento ***Tú y la Paz*** recibió la distinción: *Las llaves del corazón del Movimiento Espirita Colombiano*; Milton Fabián Delgado, presidente de la Federación Espiritista de Cundinamarca; Fabio Villarraga Benavides, coordinador para América del Sur del Consejo Espirita Internacional y presidente de la Asociación Médico Espirita de Colombia; Jorge Berrio Bustillo, presidente de la Confederación Espirita Colombiana; Lídice Márquez, representante de la Coordinadora Espirita de Ecuador; Jaime Jaramillo, presidente de la Fundación Niños de los Andes y del Liderazgo Papá Jaime, distinguido en la categoría: *Personalidad física que se dona*; Elena Mogollón, presidente de la Fundación Granitos de Paz, recibió la distinción del reconocimiento en la categoría: *Institución Social que Promueve*; Ubaldo Rodríguez de Ávila, presidente de la Fundación Oasis de Amor, recibió la distinción en la categoría: *Institución Social que Promueve*; Germán Téllez Espinosa, fundador y director del Hogar Infantil Rutas de Luz Asociación Espirita, junto con su esposa María Velasco de Téllez, fueron distinguidos en la categoría: *Familia que siembra la paz*.

Divaldo Pereira Franco ofreció una conferencia sobre *La Paz* y a través de ella, escribió con el lápiz de su elocuente palabra, en la memoria y en los corazones de las mil doce personas que concurrieron a este evento, ejemplos y enseñanzas sobre el perdón, la paz y el amor, aseverando que no se puede ser feliz, odiando y practicando la violencia. Exhortó a los asistentes a vivir en paz, para construir un mundo mejor.

La Asociación Médico Espirita de Colombia realizó su III seminario: Salud y Espiritualidad, durante los días 21 y 22 de junio en Bogotá, con el siguiente programa de conferencias:

El sábado 21, Marlene Nobre. Ginecobstetra, de Brasil, *La vida embrionaria fetal: una visión espirita* y Sergio Lopes, Psiquiatra, de Brasil, *El impacto de la Espiritualidad en la Salud*.

El domingo 22, Dr. Fabio Villarraga Benavides, *El perdón: un enfoque médico-espírita*; Carlos Almira, Ginecobstetra, *La Gestación humana: reencontro de almas*; Ubaldo Rodríguez, Mg. psicólogo, *Medicinas para el alma*; Zaida Villarraga Benavides, *Psicóloga, La Psicología de la Gratitud*; Fabio Alberto Navas, Pediatra, *La vida pasada de los niños y su repercusión en la salud*; Ana Escobar, Psicóloga, *La sublime terapéutica del Amor*; Marlene Nobre, *Causas actuales y pretéritas de las enfermedades* y Sergio Lopes, *Contribución de la espiritualidad al manejo de las patologías psiquiátricas*.

Vale la pena resaltar que todas las exposiciones se enfocaron bajo la visión espírita y se hizo énfasis que, en un futuro, los profesionales de la salud trataran al ser humano de manera integral, es decir cuerpo y espíritu, porque la mayoría de las enfermedades son patrimonio del ayer.

Radio Colombia Espírita

Celebró su V aniversario de vida, del 20 de septiembre 2009 al 20 septiembre del 2014.

Su misión es la de divulgar la consoladora Doctrina Espírita, con entusiasmo y alegría, y para ello recibió como regalo diversos ejemplares de ***El libro de los Espíritus*** y de ***El Evangelio según el Espiritismo***, para ser entregados gratuitamente a sus oyentes.

Para el equipo de trabajo de ***Radio Colombia Espírita***, suplicamos a Dios, les bendiga; al buen Jesús, les ilumine y al maestro Kardec, les muestre la verdad, por siempre, a través del Espiritismo. www.radiocolombiaespirita.com

Permítanme invitarlos a considerar esta enseñanza doctrinaria: ***Los Espíritus trabajan por orden de Dios para el progreso de todos, sin excepción; vosotros espíritas haced lo mismo.*** (San Luis, Allan Kardec, *El libro de los médiums*, Cap. XXXI- ítem 6).

NOTICIAS DE ESPAÑA

Juan Miguel Fernández Muñoz

El año pasado sirvió para rememorar la ***Historia del Espiritismo en España*** que comenzó a caminar a partir del 1860 cuando José María Fernández Colavida, natural de Tortosa (Tarragona), contacta con el Capitán de la marina

mercante Ramón Lagier y Pomares, que había traído a España desde la ciudad de Marsella *“Le Livre des Esprits”*, impresionándole de tal manera la lectura, en francés, que le visita en su propio barco al día siguiente manifestándole, que debido a su profundo conocimiento de la lengua francesa, traducirá la obra al español. Así se comenzó a forjarse una de las figuras más destacadas y sobresalientes del Espiritismo en España.

En 1861 se publica, la traducción de, *El libro de los Espíritus*, significando que fue José María Fernández Colavida el primer español que tradujo las obras de Allan Kardec, con el que mantuvo una gran amistad.

Al igual que las ideas espiritistas se extendían por todo el mundo, en España se formaban sociedades y grupos espíritas, iniciándose a partir de 1868 la época del engrandecimiento del Espiritismo, fundándose periódicos y revistas en las ciudades más importantes del país, destacándose la labor, constante, en la divulgación de la Doctrina Espírita de Amalia Domingo Soler, Joaquín Huelves Temprano, Fernández Colavida, Miguel Vives, Manuel Ansó y Monzó, Torres Solanot, José Pastor de la Roca, el general Joaquín Bassols, Domingo de Miguel, José Amigó y Pellicer, Quintín López, entre otros muchos. Hasta tal punto que el día 26 de agosto de 1873 se presentó a la aprobación de las Cortes Constituyentes una proposición de ley para que el Espiritismo fuese una de las Enseñanzas en el estado español. No tuvo lugar por haber ocurrido antes del golpe de Estado del 3 de enero de 1874.

A pesar de que la monarquía asestó un golpe mortal al Espiritismo, siguieron fundándose periódicos y revistas, publicándose multitud de libros, bajo el auspicio de los nuevos Centros Espíritas, y se celebra en 1888 el **I Congreso Internacional Espiritista** en Barcelona. Representantes españoles acuden en 1889 al **Congreso Internacional y Espiritualista** en París. En 1892 se celebra el **Congreso de Madrid**. Asisten en 1900 los espiritistas españoles al **Congreso de París**. Barcelona de nuevo acoge en 1934, con el apoyo del Ayuntamiento y la Generalitat, cediendo el Palacio de Proyecciones, el **Congreso Espiritista Internacional**, con la bienvenida de su alcalde Carles Pi i Sunyer, representado por el diputado Amadeu Colldeforns que ofreció una recepción en el propio ayuntamiento a los congresistas.

En aquella época, el Espiritismo se había extendido muy ampliamente entre las capas populares por su propuesta de una espiritualidad razonada, sin dogmas ni cultos, centrada en la fraternidad universal. Por eso no es de extrañar que se proclamaran espiritistas personas como Emilio Castelar, presidente electo de la Primera República Española.

El Espiritismo fue un movimiento social dinámico y libertador de tal envergadura en las primeras décadas del siglo XX, que solo la brutal represión a partir de 1939, logró silenciarlo durante décadas.

Durante el enfrentamiento civil algunos grupos espiritistas siguieron re-

uniéndose, pero la mayoría se fueron disolviendo por causa de la guerra y por presiones políticas. En 1939 tras el triunfo de la dictadura militar, el Espiritismo, como el resto del pensamiento no afecto al nuevo régimen totalitario, fue prohibido y perseguido, pasando a la clandestinidad y muchos centros históricos se cerraron y su documentación fue ocultada, destruida o incautada.

Desde 1939 hasta 1978, año de la Constitución Española, en las ideas espiritistas se cernió un manto oscuro y tupido, donde el más hondo de los silencios hizo mella, prohibiéndose toda publicación espírita. Los libros fueron atesorados con el máximo recelo en lugares secretos para no ser hallados y las reuniones, como si de la época de las catacumbas se tratara, se hacían en el más absoluto recogimiento y casi siempre en familia.

Tuvieron que transcurrir cuatro décadas para que Rafael González Molina, regresando de Brasil, legalizase el Espiritismo en España, constituyendo la Federación Espírita Española en 1984. Previamente en 1981 tiene lugar el **I Congreso Espírita Nacional**, primer evento de importancia desde aquel Congreso de 1934. Y así, poco a poco, el Espiritismo fue introduciéndose de nuevo en nuestras vidas.

A partir de esa época fueron incorporándose Asociaciones, Centros y Grupos espíritas que a lo largo del tiempo han trabajado en la divulgación de la Doctrina de los Espíritus, realizando cursos, conferencias, coloquios, encuentros, pases espirituales, asistencias fraternas, etc. Pero lo más destacable es que hoy podemos reunirnos para exponer, analizar y dialogar sobre los temas que son vitales para el comportamiento del ser humano.

Y en esa tarea se siguen publicando periódicos y revistas como si la época pasada no hubiese transcurrido, y se legalizan grupos, integrándose en la Federación Espírita Española.

En este aspecto, como núcleo de unión, debemos destacar el trabajo que la F.E.E. está llevando a efecto, a través de sus Departamentos de Formación, Conferencias y Seminarios, Medios Digitales, Revista Espírita, Divulgación, Infancia y Juventud y Comunicación, Administración, asesoramiento y apoyo administrativo al Centro Espírita, creados para que el Movimiento Espírita Español camine con el progreso. Su página www.espiritismo.cc es una de las más visitadas dentro del entorno espiritista mundial, donde encontramos descargas de libros, chat, cursos, artículos, conferencias y la propia revista de la F.E.E., editada con gran éxito por su calidad y contenidos.

Néstor Joao Masotti, el 15º Presidente de la Federación Espírita Brasileña (FEB), desencarnó en Brasilia (Brasil) tras una larga enfermedad el día 3 de septiembre del pasado 2014. Desde estas páginas nuestro grato recuerdo a su personalidad y agradecimientos por su ayuda y apoyo a la Federación Espírita Española durante el VI CONGRESO ESPÍRITA MUNDIAL celebrado en Valencia en 2010.

Dando continuidad al itinerario de actividades doctrinarias, Divaldo Pereira Franco visitó nuevamente a sus amigos de España. El 29 de noviembre, organizado por la Asociación de Estudios Espíritas de Madrid, disertando sobre *La Vida en plenitud*. El 3 de diciembre el Centro Barcelonés de Cultura Espírita presentó *Los cuatro gigantes del Alma* y el 4 de diciembre la Asociación Espírita de Valencia tuvo la oportunidad de escuchar su conferencia *La Psicología del perdón*.

En la noche del día 5 de diciembre se celebró en el Hotel Diamante Beach de Calpe (Alicante), la Asamblea General de Socios convocada por la Federación Espírita Española, asistiendo los representantes de aquellos grupos que se encuentran legalmente federados.

La Federación Espírita Española, con la presencia de su nuevo Presidente Esteban Zaragoza García, sustituyendo a Salvador Martín que ha dirigido con gran esfuerzo, trabajo y dedicación la Federación desde el año 2000, presentó en Calpe (Alicante) bajo el lema ***El mundo invisible*** el **XXI CONGRESO ESPIRITA NACIONAL** los días 6, 7 y 8 de diciembre, con la participación de los conferenciantes: Divaldo Pereira Franco, *La mediumnidad desvela el Mundo Espiritual*, *La adquisición de la plenitud Espiritual* y *Cómo nos reconoceremos en el mundo invisible*; Carlos Roberto Campetti, *Comunicación con los espíritus: Mitos y verdades*; Juan Miguel Fernández, *Espíritus y su historia en la humanidad*; Alfredo Tabuena, *El más allá del suicida*; Víctor Ruano, *La música en el mundo espiritual: equilibrio del alma*; Janaina Minelli, *Terapia de amor*; Miguel Vera, *Desvelando lo invisible: pruebas científicas, filosóficas e históricas*; Olga Ortiz *Un viaje maravilloso*; y organizado por la Comisión Infanto-juvenil de la FEE: *Espacio artístico*.

Las jornadas de la noche sirvieron para que los conferenciantes contestaran a la gran multitud de preguntas que el público asistente presentó para su esclarecimiento.

Las conferencias fueron transmitidas en directo a través de Internet y sus temas pueden ser consultados en la propia página de la F.E.E.

Se clausuró el Congreso con la composición de la mesa por los miembros de la Junta Directiva de la F.E.E. que fueron acogidos por más de 300 congresistas, que esperarán con gran ilusión el próximo XXII Congreso Espírita Nacional en Calpe (Alicante) en el mes de diciembre del año 2015.

Hoy, las convulsiones políticas y sociales del momento histórico en que vivimos nos obligan a apartar nuestra atención de los problemas de índole psicológica para fijarla en los de índole económica y social, que ocupan también una de las fases de nuestros estudios y exigen ser tratados a la luz del Espiritismo.

Vivimos en una hora de inquietud social, de incertidumbre política, de crisis económica, en que las naciones parecen haber perdido el control de sus

actos, en que nadie se entiende o aparenta no entenderse, en que las ambiciones de mando y poderío han roto el freno de las viejas democracias.

Estas convulsiones que se notan en todos los órdenes de la vida social, en el mundo entero, no son más que los síntomas del nuevo parto de la historia: los estertores de una sociedad que agoniza y los anuncios de una nueva sociedad que nace.

Ante lo que se va y que viene, de más está decir que los espiritistas nos inclinamos decididamente por lo último. Somos evolucionistas, amamos la justicia, defendemos la verdad y trabajamos anhelosos por el bien, tanto individual como social: deseamos una sociedad mejor y bregamos por su pronto advenimiento.

HONDURAS

Celebración del 50 Aniversario de la Escuela Espírita Orientación Cristiana, en Tegucigalpa, Honduras, C. A.

Mirta Canales.

En el año 2014 todos los miembros de la Escuela Espírita Orientación Cristiana celebramos con mucha alegría los cincuenta años de fundación (1964-2014) de nuestra institución, comenzando en el mes de agosto con la realización de diferentes conferencias públicas con ponentes internacionales y como conferencistas nacionales los expresidentes de la institución. Se contó con la visita de nuestros hermanos colombianos: Fabio Alberto Navas Domínguez, Sandra Cristina Estévez y María de la Gracia Simoes de Ender de Panamá, quienes disertaron sobre temas: *Enfermedades Mentales y Obsesión, Reencarnación y Vida en el Mundo Espiritual*, entre otros. Se visitaron instituciones educativas para tratar temas relacionados con la adolescencia y sus problemas más frecuentes. Así mismo se realizaron diferentes entrevistas en radio y televisión a nivel nacional con el fin de dar a conocer la Doctrina Espírita.

Se llevaron a cabo exposiciones de libros espíritas en las Universidades Nacionales de la ciudad de Tegucigalpa y se contó con la exhibición en la Cinemateca de diferentes películas espíritas, con la satisfacción de distribuir gratuitamente, a los asistentes a los diferentes eventos programados y conferencias públicas libros donados por Mensaje Fraternal.

En el mes de agosto, durante la conmemoración, se contó con la asistencia y participación de los hermanos de las filiales de las ciudades de Comayagua, Danlí, Nacaome, Catacamas. La filial de Comayagua, Luz y Verdad, nos deleitó -a través de su grupo infantojuvenil- con su teatro de sombras, con la Obra: *La Fundación Espiritual de la Escuela Espírita Orientación Cristiana*, así mismo con sus diferentes interpretaciones musicales, entre ellas *Fraternidad*, la canción *Mensajeros* con letra del hermano Erasmo Aguilera y Música de Moacyr Camargo (músico espírita brasileño), preparada para este evento. Así mismo, miembros juveniles nos deleitaron con la interpretación de canciones espíritas e instrumentos musicales.

Culminamos la Conmemoración del cincuenta aniversario con un encuentro fraternal de todas las filiales a nivel nacional de la Escuela Espírita Orientación Cristiana, agradeciendo a Dios por la oportunidad de conocer, estudiar y divulgar la Doctrina Espírita en tierras hondureñas.

Fue este un año lleno de sentimiento al rendir tributo a nuestra fundadora, directora, madre espiritual y pionera del Espiritismo en Honduras, Flavia Hernández Láinez, al cumplirse el primer aniversario de su regreso al mundo espiritual.

La institución continúa brindando servicio médico a través de la Clínica Médica gratuita. También desarrollamos un trabajo asistencial a través del grupo: *Manos amigas*, dando anualmente meriendas a alrededor de 20.000 pacientes de escasos recursos económicos con la ampliación de atención este año a madres del *Materno Infantil*. El Grupo juvenil está a cargo del Proyecto: *Libra de Amor*, que consiste en conseguir alimentos para dar canastas básicas a hermanos de escasos recursos económicos.

Tenemos la dicha de compartir y trabajar con hermanos de otras creencias en labores sociales y en colaboración con la Gran Fraternidad realizamos este año cursos de yoga y meditación.

Como todos los años, se continúa distribuyendo periódicamente en forma gratuita la revista, *Despertar espírita*, como parte del trabajo de divulgación y para finalizar el año, se distribuyó la *Colección búsqueda*, Serie Camino, con diez diferentes fascículos sobre reflexiones de diferentes tópicos, autoría de Marcelo Noruega, miembro de la Escuela Espírita que pueden ser descargados desde la página web: www.eeoc-hn.org

Continuaremos este 2015 con nuestro lema: Hacia Dios por el Amor y la Ciencia, comprendiendo que el servicio es para siempre y que sin amor nada somos. Procuremos difundir la Doctrina con las acciones que deben caracterizar al verdadero espírita.

Movimiento de los sitios en Internet

Querido lector.

Durante el año 2014 el sitio **www.mensajefraternall.org.br** fue visitado por 472.982 personas; al sitio **www.tvalvoradaespirita.com.br** accedieron 210.323 y al Canal Youtube de la TV Alvorada Espírita accedieron 467.430 visitantes para un gran total de 1.150.735, de los más variados y apartados rincones del Planeta.

Fueron descargados 58.627 libros de los cuales 19.617 ejemplares en idioma portugués y 33.983 libros en español y 5.027 en griego.

Los libros más descargados en portugués fueron *O Amor Jamais te Esquece* con 5.556 ejemplares, *Bairro dos Estranhos* con 2.288 ejemplares, *Um fluido Vital Chamado Ectoplasma* con 1.640 ejemplares, *Do Outro Lado* con 1.544, *Anuário Espírita 2008* con 1.440 ejemplares. Por su parte en idioma español: *Misioneros de la luz*: 5.042, *Nuestro Hogar*: 3.020, *Anuario Espírita 2014*: 2.201, *Anuario Espírita 2010*: 1.769, *Anuario Espírita 2013*: 1.658

He aqui la relación de libros descargados en idioma español en los último 5 años:

Libros en español	2010	2011	2012	2013	2014
<i>Anuario Espírita 1999</i>	67	75	56	314	941
<i>Anuario Espírita 2000</i>	145	50	59	50	401
<i>Anuario Espírita 2001</i>	0	35	53	44	299
<i>Anuario Espírita 2002</i>	0	29	42	23	221
<i>Anuario Espírita 2003</i>	67	42	49	24	307
<i>Anuario Espírita 2004</i>	54	38	46	296	863
<i>Anuario Espírita 2005</i>	282	147	358	474	1.591
<i>Anuario Espírita 2006</i>	88	90	193	186	204
<i>Anuario Espírita 2007</i>	266	202	307	571	1.534
<i>Anuario Espírita 2008</i>	796	669	663	542	911
<i>Anuario Espírita 2009</i>	200	80	182	380	1.254
<i>Anuario Espírita 2010</i>	884	416	985	1.201	1.769
<i>Anuario Espírita 2011</i>	0	1.196	954	796	1.002

Libros en español	2010	2011	2012	2013	2014
<i>Anuario Espírita 2012</i>	0	0	423	1.076	1.123
<i>Anuario Espírita 2013</i>	0	0	0	1.355	1.658
<i>Anuario Espírita 2014</i>	0	0	0	0	2.201
<i>Atención</i>	74	77	96	75	75
<i>Barrio de los Estraños</i>	96	115	200	201	207
<i>Camino, Verdad y Vida</i>	83	337	277	325	419
<i>Colección de oraciones espíritas</i>	133	137	126	123	465
<i>Compañero</i>	60	45	64	79	83
<i>Derrotero</i>	0	50	53	64	93
<i>El Abridor de Latas</i>	0	383	403	521	596
<i>El Cielo y el infierno</i>	143	158	171	155	280
<i>El Espiritismo en su más simple e.</i>	119	103	103	75	146
<i>El Evangelio según el Espiritismo</i>	140	160	180	227	247
<i>El Libro de los Espíritus</i>	223	219	197	224	158
<i>El Libro de los Médiums</i>	112	125	163	159	183
<i>Hay Flores sobre las Piedras</i>	65	71	74	84	292
<i>La Génesis</i>	111	130	146	146	472
<i>La Luz de la Verdad</i>	131	74	89	86	540
<i>La Luz del Camino</i>	83	44	59	42	615
<i>La Luz del Espíritu</i>	80	49	59	35	560
<i>La Luz del Porvenir</i>	81	42	56	40	260
<i>La Luz que nos Guía</i>	83	47	61	36	297
<i>Los Mensajeros</i>	0	154	210	208	805
<i>Memorias</i>	89	64	68	54	283
<i>Memorias de un Suicida</i>	86	66	84	67	690
<i>Memorias del Padre Germán</i>	65	166	262	289	277
<i>Misioneros de la Luz</i>	0	337	629	770	5.042
<i>Nuestro Hogar</i>	79	256	365	310	3.020
<i>Obreros de la Vida Eterna</i>	149	221	265	204	238
<i>Pan Nuestro</i>	0	236	238	274	265
<i>Pérdida de Seres Queridos</i>	71	66	82	61	630
<i>Qué es el Espiritismo</i>	126	124	100	108	97
<i>Relatos para todos</i>	97	67	81	69	369
Totales	5.428	7.192	9.331	12.443	33.983